

I

IMPEDIMENTA

ELIZABETH BOWEN

*La muerte del corazón*

*Traducción de Eduardo Berti*



# ELIZABETH BOWEN

*La muerte del corazón*

*Traducción de Eduardo Berti*

*Impedimenta*

# Sinopsis

*Elizabeth Bowen es la más brillante sucesora del grupo de Bloomsbury. En su literatura se encuentra el nexo que vincula a Virginia Woolf con Iris Murdoch y Muriel Spark. Publicada en 1938, y considerada una de las 100 mejores novelas del siglo XX por la revista Time, La muerte del corazón es la obra más perfecta de Elizabeth Bowen, una autora que ha sido comparada con escritores de la talla de Virginia Woolf, E. M. Forster y Henry James.*

*Ambientada en el Londres de entreguerras, la novela narra la historia de Portia Quayne, una huérfana de dieciséis años, que, tras la muerte de su madre, es acogida por su medio hermano Thomas y por la mujer de este, Anna, que llevan una vida lujosa aunque emocionalmente estéril. Portia, quien hace gala de una extraordinaria capacidad de observación, se siente perdida en este nuevo mundo de vana falsedad y ostentación y, en su necesidad de hallar una referencia afectiva, poco a poco se irá enamorando de Eddie, un joven irreflexivo y alocado que mantiene una extraña relación con Anna.*

Título Original: *The death of the heart*

Traductor: Berti, Eduardo

©1938, Bowen, Elizabeth

©2012, Impedimenta

ISBN: 9788415130383

Generado con: QualityEbook v0.72

# PRIMERA PARTE

*El Mundo*

# 1

El hielo de esa mañana, apenas una frágil costra, se había quebrado y flotaba en pedazos. Los pequeños bloques chocaban o se separaban formando unos canales de agua oscura por los que unos cisnes nadaban con lenta indignación. Las islas se recortaban en el crepúsculo sombrío, boscoso, helado: eran las tres o las cuatro de la tarde. Una especie de hálito de arcilla, procedente de la ciudad que se erguía más allá del parque, se condensaba enturbiando el aire; tras esa atmósfera impura, los árboles alzaban frígidamente sus copas alrededor del lago. El metálico frío de enero comprimía el cielo y el paisaje; el cielo estaba cerrado al sol, pero los cisnes, los filosos bloques de hielo y las pálidas y retraídas terrazas de tiempos de la Regencia poseían un lustre sobrenatural, como si el frío fuera luz. Siempre ha habido algo trascendente en el momento cumbre del invierno. En este caso, los pasos resonaban en los puentes y retumbaban a lo largo de las paredes oscuras. El clima no iba a cambiar; por la noche helaría.

Sobre un pequeño puente peatonal tendido entre la tierra firme y una de las tantas islas, un hombre y una mujer charlaban de pie, apoyados en la barandilla. En medio del intenso frío, que obligaba a todos a apresurar el paso, ellos habían optado por esta larga pausa poco menos que veraniega. La absorta inmovilidad de la pareja podía dar a entender que eran amantes, pero sus codos se hallaban, en realidad, separados por varios centímetros; el hombre y la mujer no se aferraban con las manos, sino mediante las palabras que intercambiaban. Los abrigos gruesos conferían a sus siluetas el aspecto asexuado y rígido de las piezas de ajedrez. Parecían dos personas acaudaladas y sus cuerpos, al cobijo de las convenientes protecciones de paño y piel,

gozaban de un calor continuo; el frío, tan solo lo veían o, a lo sumo, lo sentían en sus extremidades. De vez en cuando, él golpeaba con un pie en el puente o ella se llevaba su manguito a la cara. El hielo desfilaba por el canal justo por debajo del puente, de modo que, mientras hablaban, sus reflejos se quebraban sin cesar.

Él dijo:

—Ha sido una locura que tocaras eso.

—De todos modos, Saint-Quentin, estoy segura de que tú habrías hecho lo mismo.

—Tengo serias dudas. No me apetece saber lo que piensan los demás.

—Si yo hubiese tenido la más mínima idea...

—Sin embargo, la tenías.

—Pocas veces en mi vida me he sentido tan disgustada.

—Mi pobre Anna... A ver, dime, ¿cómo lo encontraste?

—Yo no estaba buscando nada —se apresuró a decir Anna—. Hubiese preferido no saber que existía; hasta entonces, ignoraba su existencia. Pero resulta que su vestido blanco volvió de la tintorería con uno de los míos. Saqué mi vestido del paquete para ponérmelo y, como era el día libre de Matchett, cogí también el de Portia y fui a colgarlo en su habitación. Portia había salido; estaría estudiando, por supuesto. El dormitorio tenía un aspecto espantoso, cosa que ya no me sorprende: allí guarda de todo, cosas que Matchett jamás osará tocar. Ya sabes cómo es el personal de servicio... No te hace ninguna concesión, mientras que se muestra de lo más indulgente con los caprichos de los niños o los animales.

—¿Crees que Portia es una niña todavía?

—Desde cierto punto de vista, más bien parece un animal. ¡Pensar que, antes de su llegada, yo había dejado tan bonito el dormitorio...! Nunca imaginé que alguien pudiese vivir de un modo tan irresponsable. Ya casi no entro en esa habitación. Me desanima.

De forma algo vaga, Saint-Quentin comentó:

—¡Qué penoso para ti!

Había hundido la cabeza en los pliegues de su bufanda y miraba a Anna con abstracta atención. Ella tenía una rara manera de enmascarar su personalidad y su autocompasión; una manera que parecía calculada para no

desentonar con la idea que él se había hecho de ella. Anna se ofrecía de este modo complaciente, servicial, con un cierto deje de insolencia. Él notaba en su sobreactuación algo semejante a una farsa, y esto le hacía querer a Anna más de lo que ya la quería. La suavidad de sus facciones, su sonrisa entre plácida y burlona, su modo de contraer la barbilla al sonreír, todo esto lo llevaba a compararla con un sardónico pato blanco. Sin embargo, más allá de cualquier comedia, no había duda de que Anna estaba turbada: había hundido su barbilla dentro del ancho cuello de piel y fruncía el ceño oculta debajo de un gorro que también era de piel y que llevaba ladeado sobre la cara. Contemplaba con tristeza su manguito y sus bellas pestañas rubias le ensombrecían las mejillas. De vez en cuando asomaba una mano para limpiarse la punta de la nariz con un pañuelo. Percibía entonces la mirada de Saint-Quentin, pero no le prestaba atención: en la piedad de él por las mujeres, ella detectaba un toque de malicia.

—Lo único que hice —prosiguió— después de colgar su vestido fue echar una ojeada a su cuarto, pues pensé que me correspondía hacerlo. Como siempre, se me vino el alma a los pies y sentí que había llegado la hora de tomar medidas. Pero ella y yo tenemos un vínculo de lo más curioso. No importa lo que yo le diga, parece que nunca me oye. Y es increíblemente insensible a los objetos. Trata un sombrero, por ejemplo, como si fuera un sobre viejo. Nada de lo que posee parece ser realmente propiedad de ella, no sé si entiendes lo que intento decir; así que resulta absurdo hacerle cualquier regalo, salvo que sea algo de comer, y ni siquiera eso la hace necesariamente feliz. Tal vez se deba a que ellas dos siempre vivieron en hoteles. En fin, yo supuse que le podría gustar cierto escritorio, un secreter que perteneció a la madre de Thomas y que su padre seguramente ha usado también. Por eso mandé que lo pusieran en su habitación. Tiene unas gavetas que se cierran con llave y una amplia zona para escribir. La tapa es corrediza y puede cerrarse; con esto yo esperaba hacerle entender mi deseo de que emprendiera su propia vida. Y, aunque fue un tanto arriesgado, le dimos incluso un candado. No obstante, creo que lo ha perdido todo porque no había puesto el candado y por allí no había ni rastro de las llaves.

—¡Qué penoso! —dijo otra vez Saint-Quentin.

—Claro que sí. Porque acaso... En fin, quiero decir que el maldito secreter

me llamó la atención, porque ella lo tiene repleto de papeles, como si fuese un cubo de basura. Al parecer, le encanta amontonar papeles; no recibe correspondencia casi nunca, pero atesora todas las cosas que Thomas y yo tiramos: cartas con pedidos, por ejemplo, o folletos sobre curas milagrosas. A punto estuvo, como diría Matchett, de que me diera un síncope.

—¿En qué momento abriste el escritorio?

—Ay, todo estaba en un estado tan lamentable... La tapa cerraba mal, los papeles desbordaban por todas partes, algunos se habían metido hasta en los goznes. Eso me hizo temblar de furia. No sabría decirte por qué. El caso es que apilé todos los papeles en el sillón con la idea de dejarlos allí y de decirle que tiene que ser más ordenada. Debajo de los papeles había unos cuadernos con apuntes de sus lecciones. Entonces, debajo de estos cuadernos, vi el diario, que, como te he dicho, me puse a leer en el acto. Es una de esas horribles libretas de cubierta negra que puedes comprar por un chelín, más o menos, y que están forradas con tela de muaré... Después, claro, tuve que volver a poner las cosas como estaban antes.

—¿Exactamente igual a como estaban?

—Exactamente. Estoy casi segura. No es posible reproducir un desorden con absoluta fidelidad. Pero ella no notará nada.

Hubo una pausa y Saint-Quentin se quedó absorto en el vuelo de una gaviota.

Luego dijo:

—¡Qué asunto más inoportuno!

Anna juntó las manos dentro del manguito, después levantó los ojos y contempló enfadada el lago.

—Desde que nació, esa chica no hace más que causar problemas.

—¿Quieres decir que lamentas que haya nacido?

—Claro que sí. Eso es lo que siento ahora, aunque sería preferible, desde luego, no decir algo así... Al fin y al cabo, es la hermana de Thomas.

—¿No se te ocurre pensar que acaso estás exagerando? La agitación que uno siente al ver algo inesperado hace que las cosas parezcan peores de lo que son.

—Ese diario no podría ser peor de lo que es. Quiero decir que no podría ser peor para mí. En un primer momento, solo me enfadé superficialmente,



pero desde entonces he tenido tiempo para reflexionar. Y no he terminado aún, pues cada vez me acuerdo de más cosas.

—¿Es muy... hiriente?

—Yo no diría tanto. No. Parece que trasluce un deseo de ayudarnos, sin duda.

—¿Dirías que es algo sensiblero, entonces?

—Más que eso: esa chica lo tergiversa y lo deforma todo. Mientras lo leía, pensé: esta chica está loca. O si no, la loca soy yo. Salvo que no creo estar loca. ¿Te parece que estoy loca?

—Claro que no. Pero ¿por qué te enfadas tanto si solo refleja lo que le ocurre a ella? ¿Es afectado?

—Es profundamente histérico.

—También debemos tener en cuenta el estilo. Nada se plasma en el papel del modo en que ocurrió, y hay mucho que se plasma sin haber ocurrido nunca. Escribir es siempre divagar un poco... incluso si uno sabe lo que ha querido decir, lo cual es hartamente improbable con su edad. Hay maneras y maneras de falsear las cosas: con los años, uno discrimina mejor, pero no se vuelve necesariamente más honrado. Yo debería saberlo, después de todo.

—No tengo dudas, Saint-Quentin. Pero esto no se parece nada a tus bonitos libros. Es más, no tiene absolutamente nada que ver con la literatura. —Hizo una pausa y añadió—: Es tan raro cuando habla de mí...

Saint-Quentin parecía frustrado mientras tanteaba en busca de su pañuelo. Al fin, se sonó la nariz y prosiguió, con férrea determinación:

—Cualquier estilo es siempre un poco fraudulento, pero resulta imposible escribir sin un estilo. Incluso cuando escribimos una dirección en un sobre hay mucho en juego: se trata de cómo nos presentamos. Y, después de todo, uno escribe un diario por una especie de gusto personal, ¿verdad? En consecuencia, no es raro que uno allí exagere o escriba de más. La obligación de escribirlo está en nuestra propia cabeza; ten en cuenta en qué estado se halla uno al redactarlo, tarde en la noche, en su dormitorio, solo y exhausto... Sea como sea, Anna, entiendo que haya concitado tu curiosidad.

—Nada más abrirlo, vi mi nombre allí escrito...

—¿Y, por lo tanto, seguiste leyendo a partir de allí?

—No, el cuaderno se abrió en la última entrada. La leí y después decidí

empezar desde el principio. La última entrada describía la cena de la noche anterior.

—¿Cómo? ¿Ofreciste una fiesta?

—No, no: fue mucho peor que eso. Tan solo estábamos Thomas, ella y yo. Apuesto a que ella se encerró en su habitación y lo escribió todo allí. Naturalmente, después de leer esa parte fui al principio para saber qué la puso de semejante ánimo. Sigo sin entender por qué ha escrito eso.

—A lo mejor —dijo suavemente Saint-Quentin— le interesa la experiencia por la experiencia misma.

—¿Algo así es posible a su edad? No. Piensa en la poca experiencia que ella posee. La experiencia no es interesante hasta que no empieza a repetirse... Hasta que no ocurre algo así, no es realmente una experiencia.

—Dime, ¿te acuerdas de la primera frase?

—Me acuerdo muy bien —dijo Anna—. «De modo que estoy aquí, en Londres, con ellos.»

—¿Con una coma después de «aquí»? La coma está realmente muy bien. Eso es lo que yo llamo estilo... Reconozco que me habría gustado leerlo.

—Me alegra, sin embargo, que no lo hayas hecho. Podría haber significado, Saint-Quentin, querido, que no volvieras a pisar la casa. O que, en caso de volver, no abrieras nunca más la boca...

—Ya veo —dijo secamente Saint-Quentin.

Hizo tamborilear en la barandilla sus dedos tiesos, enguantados, y miró fijamente a un cisne hasta que el animal se perdió debajo del puente. Sus ojos, como los del cisne, estaban muy próximos el uno del otro. De súbito, exclamó:

—¡Así que la jovencita me ha estado observando! ¡Es un pequeño monstruo, sin duda! ¡Tan retraída que parece...! ¿Crees que piensa que presumo de inteligente?

—En su cuaderno suele referirse, más bien, a tu perenne amabilidad. No parece pensar que seas una serpiente escondida en la hierba, ni mucho menos, aunque alrededor de ti ve mucha hierba donde podría instalarse una serpiente. Al parecer, no hay nada que se le escape ni nada que deje sin malinterpretar. Más aún, uno podría preguntarse... Pero ¡deja ya de dar pataditas, Saint-Quentin! ¿Tienes frío en los pies? Haces que tiemble todo el puente.

Saint-Quentin, distraído y distante, contestó:

—¿Y si paseamos un poco?

—Supongo que ya es hora de volver a casa —admitió Anna y suspiró—. ¿Comprendes ahora por qué no deseo volver?

Saint-Quentin se puso en marcha tras comentar bruscamente cuánto le aburría contemplar el lago. El frío empezaba a mordisquear sus rostros, a filtrarse por las suelas de sus zapatos. Anna echó una mirada melancólica al puente; no había acabado de contar todo cuanto deseaba contar. Dejando detrás el lago, avanzaron hacia los árboles que crecían junto a los límites del parque. A esas horas, alrededor de Regent's Park, el tráfico era muy intenso; los coches pasaban sin descanso; pronto se encenderían las luces y sonarían los silbatos que anunciaban el cierre del recinto. Lejos, en el extremo de la calle, el crepúsculo hacía que los edificios de tiempos de la Regencia pareciesen situados a una falsa distancia; así, contra el cielo, parecían siluetas descoloridas, ornamentadas sin gracia, frágiles y frías. La negrura de las ventanas todavía sin iluminar, desprovistas de cortinas, hacía que las casas parecieran huecas en su interior... Saint-Quentin y Anna continuaban dentro del recinto del parque, marchando hacia la casa de ella. Interrumpida en su relato, Anna mecía sin consuelo su manguito negro, incapaz de seguir el ritmo de su compañero.

Saint-Quentin acostumbraba a caminar a toda prisa; en algunas ocasiones, era como si no le agradase el sitio donde estaba; en otras, parecía resuelto a dejar atrás cualquier atracción del momento. La rigidez y severidad de su porte le dotaban de un aire anticuado, poco menos que militar, aunque resultaba engañoso. Era alto, peinaba *en brosse* su pelo oscuro, un poco parecido a la piel de un animal, y lucía un bigotito a la francesa. Acostumbraba a entrar en los salones con la actitud de esos hombres que, quizá por ser bien conocidos, pueden terminar envueltos en situaciones incómodas. Los escritores suelen verse enfrentados con personas dispuestas a tomarse libertades con ellos, y Saint-Quentin, aparte de la fiel bondad que demostraba ante Anna y ante uno o dos amigos más, detestaba el trato íntimo, pues hasta entonces no le había causado más que sinsabores. El temor a sentirse expuesto explicaba su tendencia a apresurarse, a ser superficial hasta el insulto, a malinterpretar adrede. Ni siquiera Anna lograba saber a ciencia cierta cuándo a Saint-Quentin le parecía que ella había ido demasiado lejos,

pero la suya era una amistad tan sólida que Anna había dejado de preocuparse por eso. Además, Saint-Quentin se llevaba bien con su marido, Thomas Quayne, y frecuentaba a los Quayne como un fantasma que aprecia los buenos sentimientos conyugales. En la medida en que los Quayne eran una familia, Saint-Quentin era lo que se conoce como un amigo de la familia. Claro que ahora Anna, enfadada por haber hablado de más, jadeante por el deseo de seguir hablando, hubiera querido que Saint-Quentin no caminase tan deprisa. La mejor ocasión de hablar se había presentado cuando logró que se detuviese.

—¡Muy diferente de Thomas! —soltó de improviso Saint-Quentin.

—¿El qué?

—Ella, quiero decir.

—Muy diferente, sí. Pero piensa cuán diferentes eran sus madres. Y el pobre señor Quayne, supongo, tampoco tuvo nunca mucho peso.

Saint-Quentin repitió:

—«De modo que estoy aquí, en Londres, con ellos.» ¡Esto es lo más increíble!

—¿Que ella esté aquí, con nosotros?

—¿No podía haberse evitado?

—No. Porque esta chica nos fue legada por testamento. O por algún tipo de deseo póstumo, que no es legal y, en consecuencia, resulta bastante peor. El señor Quayne se sintió, moribundo, con un poco de poder por primera vez en su vida... O, al menos, por primera vez desde que apareció Irene. A Thomas le impactó la carta de su padre. Hasta yo sentí la obligación de acatarla.

—Dudo mucho, sin embargo, de que esos raptos de buenos sentimientos sirvan de algo. Tarde o temprano ibas a lamentar este en particular. ¿De verdad creíste que la chica iba a estar bien?

—Si el señor Quayne hubiese tenido algo más para legarnos, algo aparte de Portia, la situación no habría sido tan complicada. Pero todo cuanto él poseía pasó a Irene tras su muerte y, tras la muerte de Irene, fue a parar a manos de Portia: unos pocos cientos de libras por año. Con semejante testamento, Quayne no estaba en condiciones de exigir nada: sencillamente nos suplicó que acogiéramos a su hija (él ya había muerto cuando recibimos su carta; una carta de ultratumba) con lo más parecido a una voz temblorosa. La

mayor parte del dinero era de la madre de Thomas. Creo que el pobre señor Quayne nunca poseyó ni ganó mucho. Y, cuando la madre de Thomas murió, fue el dinero de ella lo que al fin heredamos nosotros. La madre de Thomas, como bien recordarás, murió hace cuatro o cinco años. Pienso, aunque parezca extraño, que su muerte fue lo que acabó con el pobre señor Quayne, aunque supongo que la vida con Irene también contribuyó lo suyo. Cada vez con menor intensidad, Irene, Portia y él se iban arrastrando por los rincones más fríos de la Costa Azul, hasta que él pescó un resfriado, lo ingresaron en un hospital y falleció. Pocos días antes de morir, le dictó a Irene la carta, la carta en la que habla de Portia, pero Irene, que nos odiaba —no sin motivos, tengo que admitir—, metió la carta en su guantera hasta que ella también murió. Por supuesto, él deseaba que hiciéramos algo así solamente si le llegaba la hora a Irene: no quería que le quitásemos el cachorro a la gata. Sin embargo, creo que él intuía la impericia de Irene para vivir mucho tiempo y, en efecto, no se equivocó. Tras la muerte de Irene, en Suiza, su hermana encontró la carta y nos la envió por correo.

—¡Cuántas muertes!

—La de Irene, claro está, fue todo un alivio... Por lo menos, hasta que llegó la carta y comprendimos lo que esa muerte significaba. ¡Santo cielo! ¡Qué mujer más espantosa!

—¿Qué le parecía a Thomas tener una madrastra?

—Irene no era de ese tipo de personas que uno desearía en su familia. Nosotros decidimos mirar para otro lado por el bien del padre de Thomas. El pobre viejo cargaba con tanta culpa que uno debía exagerar la amabilidad con él. No lo veíamos demasiado: creo que a él le parecía incorrecto ver muy a menudo a Thomas, precisamente porque ansiaba mucho verlo. Un día que comíamos todos juntos, en Folkestone, dijo algo así como que si había algo que no quería por nada del mundo era ensombrecer nuestras vidas. Si le hubiésemos hecho sentir que aquello no era importante, habríamos dañado su autoestima. Estoy convencida de ello. Cuando nos veíamos (he de confesar que, en total, fueron solo dos o tres veces), no se comportaba nunca como el padre de Thomas, sino como un antiguo conocido de la familia que, tras haberse borrado durante unos cuantos años de la circulación, se pregunta si ha hecho bien en reaparecer. Castigarse a sí mismo privándose de nuestra

presencia pasó a constituir su segunda naturaleza; tanto que, al fin, ya no quería realmente vernos. Thomas y yo llegamos a pensar que, a su manera, era un tipo feliz. Y, hasta que nos llegó la carta, no imaginamos de qué modo se le había roto el corazón durante todos los años de exilio, mientras pensaba lo que Portia estaba perdiéndose, o más bien lo que él creía que ella se estaba perdiendo. Sentía, según puso en su carta, que por ser Portia hija suya (y más en la forma en que ella había llegado a serlo) había crecido privada no solo de su país natal, sino también de una vida familiar «normal y feliz». Así pues, nos rogó que hiciésemos que Portia saboreara aunque fuera durante un año esa clase de vida.

Anna calló y miró de soslayo a Saint-Quentin.

—Como ves —dijo ella—, nos tenía bastante idealizados.

—¿Creéis que un solo año será suficiente, por muy normales que seáis vosotros dos?

—Sin duda, su secreta ilusión era que nos quedásemos con ella. O que la chica arreglara un matrimonio mientras estaba con nosotros en casa. Si ninguna de las dos cosas sucede, volverá a la casa de una tía, de una hermana que Irene tenía en el extranjero. Él, desde luego, solamente habló de un año. Thomas y yo, hasta ahora, no hemos querido ver más allá de eso. Y, por supuesto, hay años y años: algunos pueden resultar extraordinariamente largos.

—¿Y crees que este año es uno de esos?

—Desde ayer sí que lo creo. Pero, desde luego, jamás osaría decirle a Thomas algo así... Sí, ya sé: la puerta de mi casa. ¿Quieres que entremos? ¿Te apetece?

—Lo que prefieras. Alguna vez habrá que entrar. Son solo las cuatro menos cinco. ¿Cruzamos el otro puente y damos otra vuelta al lago? Aunque ya lo sabes, Anna, que hace muchísimo frío. Después de todo, ¿no podríamos ir a algún sitio a tomar el té? ¿Tus objeciones al té que necesito con suma urgencia significan que es muy poco probable que estemos a solas?

—Tal vez haya ido a tomar el té con Lilian.

—¿Lilian?

—Sí, Lilian. Su amiga. Aunque, en verdad, Portia no sale casi nunca... —dijo Anna con aire abatido.

—Por favor, Anna. No permitas que esto te altere tanto.

—Tienes razón, pero es que tú no has leído lo que ha escrito. Por otra parte, tú siempre parece creer que para cada individuo existe una forma de vivir. En este caso, me temo que no es así.

Cerca del puente de hierro entrecruzado, tres álamos se elevaban como escobas congeladas. Saint-Quentin, que se había detenido en el puente para ajustarse la bufanda y abrigarse, echó una mirada nostálgica a las ventanas del salón de la casa de Anna; dentro se adivinaban los reflejos del fuego ardiendo en la chimenea.

—Todo esto parece muy complejo, sin duda —dijo y, con brusco fatalismo, se apresuró a atravesar el puente. Delante, bajo un cielo que iba oscureciéndose poco a poco, estaban los montículos desiertos y el vasto silencio, frío y húmedo, del interior de Regent's Park. Con pocas ganas de admirar la naturaleza, Saint-Quentin se alejaba del acogedor salón de Anna y lo hacía sin ningún placer.

—¿Complejo? Ni siquiera eso —respondió Anna—. Diría que todo esto ha sido una tontería desde el comienzo. Uno de esos líos de familia desprovistos de la menor dignidad. El señor Quayne sentía devoción por su primera esposa, la madre de Thomas, y no mostraba ningún deseo de dejarla, pasara lo que pasara. Más allá de Irene, la primera señora Quayne siempre lo tuvo comiendo de la palma de su mano. Era una de esas mujeres implacablemente buenas, cuya gentileza no se puede eludir y cuya comprensión se le mete a uno debajo de la piel. En tanto vivió con ella, siempre se sintió dichoso, como si aquello fuera un deber. Cuando abandonó los negocios, se fueron a vivir a Dorset, a una casa encantadora que ella había comprado para que pasasen allí sus últimos años. Solo al cabo de un buen tiempo viviendo en ese lugar, el pobre Quayne se apartó del camino correcto. Ellos se habían casado muy jóvenes (aunque Thomas, no sé por qué, nació bastante tiempo después), de modo que él no había tenido tiempo de hacer demasiadas estupideces. Creo que ella, por otra parte, lo hipnotizó volviéndolo más constante de lo que era en realidad. Al mismo tiempo, como esas mujeres que piensan que todos los hombres poseen un corazón de niño, hacía todo lo posible para que él conservara el suyo. Esto trajo consigo algunos inconvenientes, claro está. En ciertas fotos tomadas justo antes de su crisis, a él se le ve con el aspecto de un idealista suicida. Se lo ve con ganas

de impresionar, tonto, intensamente moral, como ansioso por confesar sus errores. Ella nunca le habría permitido confesar un error; aquello habría sido comparable a cuando le quitas los juguetes a un niño. Quayne solía afirmar que la fe que ella ponía en él lo era todo, pero probablemente también lo frustraba bastante. Había allí algo en cierto modo humillante, ¿no crees?

—Sí —repuso Saint-Quentin—. Es muy posible.

—¿Ya te había contado esto?

—No de este modo. Por supuesto, yo había inferido ciertas cosas a partir de lo que me habías dicho.

—Como relato me parece bastante largo y tedioso, y hace que me deprima un poco... En fin, la cosa ocurrió cuando el señor Quayne tenía cincuenta y siete años de edad y Thomas cursaba su segundo año en Oxford. Ya llevaban cierto tiempo viviendo en Dorset, donde el señor Quayne parecía haberse establecido para el resto de su vida. Jugaba al golf, al tenis y al *bridge*, dirigía el grupo local de *boy-scouts* y formaba parte de varios comités. Aparte de esto, había puesto sendas de cemento en gran parte del jardín y ella le permitió incluso que añadiera un arroyuelo. Muchos de sus propios amigos le inspiraban pánico, de modo que siempre andaba pegado a las faldas de su mujer. La gente de Dorset decía que era bonito verlos juntos, puesto que parecían amantes. A ella nunca le había interesado mucho Londres y esa fue la razón por la que él creyó conveniente retirarse joven. Dudo que sus negocios fuesen muy fructíferos, pero eran lo único que tenía, aparte de ella. Una vez que ella consiguió instalarlo en Dorset, tuvo la bondad de mandarlo cada tanto de viaje a Londres (es decir, cada dos meses) para que pasara unos cuantos días en el club, se viera con los viejos amigos, fuese a algunos partidos de críquet, y en fin, hiciese cosas por el estilo. Él se deprimía bastante en Londres y regresaba rápidamente a su hogar, lo cual resultaba muy gratificante para ella. Hasta cierta ocasión en que, por una razón que solo se supo tiempo después, él envió un telegrama preguntándole si podía quedarse en Londres unos días más. Lo que pasaba es que acababa de conocer a Irene, en una cena en Wimbledon. Irene era una pequeña viuda muy decidida, recién llegada de China, con manos húmedas, voz algo aguardentosa y unos conductos lagrimales fuera de lo común, que conferían a sus ojos un aspecto como anegado. Miraba con aire abatido a todo el mundo y poseía una cabellera



alborotada, inflada como la paja de un nido, en la que solían extraviarse las horquillas. Por entonces, Irene debía de tener unos veintinueve años. No conocía a casi a nadie en Londres, pero era muy audaz y alguien le había conseguido un empleo en una floristería. Vivía en un piso diminuto en Notting Hill Gate y era la protegida de la esposa de un amigo de Quayne que vivía en Wimbledon. Al señor Quayne, en la cena, le tocó sentarse a su lado. Cuando terminó la reunión, el señor Quayne, que ya se sentía en las nubes, la acompañó en un taxi hasta Notting Hill Gate y ella lo invitó a beber un vaso de Horlicks.<sup>1</sup> Nadie sabe qué ocurrió esa noche... Y mucho menos, desde luego, *por qué* ocurrió. El caso es que, a partir de aquella noche, el padre de Thomas perdió completamente la cabeza. Volvió a Dorset al cabo de diez días y, como se supo más tarde, para entonces él e Irene ya se habían comportado indebidamente unas cuantas veces. A menudo imagino esos amaneceres en Notting Hill Gate, con Irene segregando lágrimas sin parar, y dando todas sus horquillas por perdidas mientras el señor Quayne se golpeaba el pecho con aire culpable. La señora Quayne era demasiado honesta para usar artilugios con su marido; en cambio, Irene era una experta en la materia y no tenía el menor reparo en recurrir a toda clase de artimañas. No dudo de que le hizo sentir que nunca antes había estado enamorada, y puede que fuera cierto. Ella no era una mujer que se ofreciera al primer postor, pero con certeza le hizo sentir a Quayne que su minúscula vida estaba ahora en las manos de él. Al cabo de esos diez días, él no lograba entender si se había comportado con ella como una bestia o como san Jorge en persona.

»En cualquiera de ambos casos, volvió a Dorset pensativo y excitado a la vez. Se consagró a cavar un estanque para los lirios, pero al cumplirse dos semanas murmuró algo acerca de un sastre y huyó de prisa, nuevamente a Londres. Esto se repitió, aparentemente, en varias ocasiones a lo largo de todo aquel verano. Él e Irene se habían conocido en mayo. Cuando Thomas volvió en junio, notó enseguida, según recuerda, que su hogar no era ya el de antes, aunque su madre casi nunca decía nada. Thomas se marchó de viaje con un amigo y, tan pronto como regresó, en septiembre, halló a su padre tan deprimido que cualquiera a una milla de distancia se habría dado cuenta de su estado. El señor Quayne no visitó Londres ni una sola vez mientras Thomas estuvo allí, pero la joven viuda había empezado a escribirle cartas.

»Justo antes de que el pobre Thomas retornara a Oxford, la bomba estalló. El señor Quayne despertó a la madre de Thomas a las dos de la mañana y se le contó todo. Todo lo que había pasado. No es difícil de imaginar: Irene estaba embarazada de Portia y no había hecho mucho al respecto, salvo contárselo a él y permanecer sentada en Notting Hill Gate preguntándose qué ocurriría después. Como siempre, la señora Quayne estuvo soberbia. Secó las lágrimas de su marido, se fue derechita a la cocina y preparó té. Thomas, que entonces dormía en el mismo piso, se despertó con la impresión de que algo anormal estaba sucediendo: abrió la puerta y vio pasar a su madre con una bandeja de té. Tenía todo el aspecto, según él, de una enfermera de hospital. Ella sonrió a su hijo y no dijo nada. Thomas pensó que su padre se encontraba mal; jamás en la vida se le habría pasado por la cabeza que había estado cometiendo adulterio. El señor Quayne, al parecer, hizo un drama de todo aquello: al pie del lecho conyugal, se puso a golpear el colchón con los puños mientras repetía: “¡Pobre mujer, siempre tan incondicional conmigo!”. Luego sacó de alguna parte un manojo de cartas y unas cuantas fotografías de Irene y se las entregó a la señora Quayne. En cuanto ella acabó de leer las cartas y de soltar una frase amable sobre las fotos, le dijo que ahora no le quedaba más remedio que casarse con Irene. El señor Quayne comprendió que esto equivalía a una expulsión en toda regla y de nuevo se echó a llorar.

»Desde un principio, la idea no le hizo ni pizca de gracia. Para entender a fondo este asunto hay que hacerse una idea de la estupidez de la que hacía gala Quayne, hombre incapaz de vincular unas cosas con otras por mucho que tuvieran que ver entre ellas. Se había enredado con Irene en una especie de bosque de ensoñaciones, pero lo último que deseaba en el mundo era quedarse atrapado en ese bosque para siempre. En condiciones normales, cuando no le daba por soñar despierto, amaba la estabilidad y la solidez; y eso equivalía a estar casado con la señora Quayne. Supongo que él no discernía, en sus sentimientos, dónde acababa el sentimentalismo y dónde empezaba la necesidad... De hecho, ¿quién podía decirlo, en el caso de un viejo tonto como él? De cualquier modo, Quayne no había previsto ninguna clase de solución. Amaba su hogar con un amor casi infantil. Esa noche se sentó al borde del lecho conyugal, se abrigó con su edredón y lloró hasta quedarse sin el aliento necesario para confesarse culpable. Pero la señora Quayne fue implacable,

por supuesto, y el día siguiente se lo pasó casi en éxtasis. Puede que se hubiese entrenado durante años para un momento semejante; es más, puede que estuviese preparada para ello sin saberlo. La última ilusión de Quayne fue que, si se acurrucaba y se dormía, tal vez descubriría al despertar que nada de todo aquello había sucedido. Así que se acurrucó y se durmió. Pero supongo que ella no... ¿Te aburro con esto, Saint-Quentin?

—Todo lo contrario, Anna. Más bien me estás helando la sangre.

—Cuando la señora Quayne bajó a desayunar tenía un aspecto cansado, pero parecía resplandeciente, mientras Quayne hacía un enorme esfuerzo por resultar agradable. Thomas comprendió, claro está, cuán horrible era lo que había ocurrido y solo pensaba en ganar tiempo. Finalizado el desayuno, su madre le dijo que ya era un hombre, lo llevó a dar una vuelta por el jardín y le contó toda la historia del modo más idealista que pudo. Thomas notó que su padre, tras las cortinas del salón, los seguía con la mirada. Ella le hizo prometer a Thomas que los dos harían lo imposible por ayudar a su padre, a Irene y a la pobre criatura en camino. La imagen del bebé hizo que Thomas sintiera vergüenza de su padre, hasta tal punto que incluso hoy no encuentra palabras para indicar lo ignominioso y ridículo que le pareció el caso. Así y todo, le daba pena que su padre tuviera que marcharse y le preguntó a la señora Quayne si esto último era realmente necesario. Ella repuso que sí. Había pasado la noche planeando todo, hasta el más mínimo detalle: por ejemplo, el tren que debía tomar su marido. Parecía que le seducía la idea que se había hecho de Irene: las cartas de esta encontraban más eco en ella que en el mismísimo señor Quayne, a quien le agradaban poco y nada las cosas por escrito. Me temo, incluso, que la señora Quayne simpatizó siempre con Irene, más de lo que simpatizó después conmigo. La tenue ilusión del señor Quayne de que el asunto caería en el olvido, o bien de que su esposa hallaría la forma de arreglarlo todo, se derrumbó en cuanto vio a su mujer y a su hijo paseando por el jardín. A él no se le permitió decir nada; aunque, para empezar, desaprobaba por completo la idea del divorcio.

»Los dos días que precedieron a su partida (días que el señor pasó en el salón de fumar, donde le llevaban la comida en una bandeja), el idealismo de la señora se esparció por toda la casa, como una gripe, y afectó seriamente al pobre señor Quayne. Toda la excitación causada por su romance con Irene ya

se había desvanecido en él: se sentía otra vez moralmente enamorado de su esposa. Volvía a sentir por ella ahora, a los cincuenta y siete años, lo que había sentido cuando tenía veintidós. Lloriqueó y le dijo a Thomas que su madre era una santa. Al cabo de esos dos días, la señora Quayne lo empaquetó, lo metió en el tren de la tarde y lo envió con destino a Irene. Le tocó a Thomas llevarlo en coche hasta la estación. Ni durante el camino ni después, mientras aguardaban en el andén, el señor Quayne abrió la boca. En el momento en que partía el tren, se asomó por la ventanilla y le hizo una seña, como si tuviera algo que decirle. Todo cuanto dijo fue: “Trae mala suerte mirar un tren que se aleja”. Después, se derrumbó en su asiento. De todos modos, Thomas se quedó mirando el tren que se perdía en la distancia, y más tarde me contaría que la visión del andén vacío le había sumido en un estado de indescriptible tristeza.

»La señora Quayne viajó a Londres al día siguiente y puso en marcha, sin titubear, los trámites de divorcio. Se cuenta incluso que visitó a Irene y tuvo para ella palabras bondadosas. Regresó a Dorset enarbolando un silencio heroico, se ocupó de cuidar la casa y allí se quedó para siempre. El señor Quayne, que detestaba viajar al extranjero, se marchó al sur de Francia, lugar que juzgó apropiado, y unos meses más tarde se le unió Irene, justo a tiempo para la boda. Así que Portia nació en Mentone. Se instalaron allí y jamás volvieron a Inglaterra. O si lo hicieron, fue muy puntualmente. Thomas fue a verlos tres o cuatro veces, como enviado de su madre, pero creo que estas visitas resultaban de lo más humillantes para ambas partes. El señor Quayne, Irene y Portia se alojaban siempre en la habitación trasera de algún hotel o en el oscuro piso de alguna casa que no daba a la calle. El señor Quayne nunca logró acostumbrarse a los fríos atardeceres. Thomas se dijo que su padre moriría en una de aquellas, y fue así. Unos pocos años antes de su muerte, el señor Quayne e Irene volvieron para pasar cuatro meses en Bournemouth. Supongo que optaron por Bournemouth porque él no conocía a nadie allí. Thomas y yo fuimos a verlos en dos o tres ocasiones, pero, como habían dejado a Portia en Francia, a ella no la conocí hasta que vino aquí, a vivir con nosotros.

—¿A vivir? Pensé que solo se trataba de una estancia temporal...

—Bueno, como se llame, es lo mismo.

—¿Por qué le pusieron Portia de nombre?

Sorprendida, Anna respondió:

—Creo que nunca se lo hemos preguntado...

Tan absortos estaban por la vida amorosa del señor Quayne que habían dado toda la vuelta al lago. Sonaban ya los silbatos de los guardianes: el portón de acceso al parque estaba abierto, solo un par de centímetros, nada más que para ellos dos, y un guardia esperaba con tal impaciencia a que ellos llegaran que Saint-Quentin emprendió un trote señorial. Las luces de los coches se iban iluminando a lo largo de la vía de circunvalación del parque; los faroles diluían la bruma desde la salida del recinto hasta la puerta de la casa de los Quayne. Anna balanceaba su manguito con cierta animación; ya no se oponía tanto a que tomasen el té.

## 2

La puerta principal del número 2 de Windsor Terrace raspó pesadamente el felpudo y se cerró con un chasquido. La cruda bocanada de aire que entró junto con Portia agonizó ante la densa y firme tibieza del vestíbulo. El calor resistía en el hueco de la escalera, tras un par de arcadas blancas, idénticas entre sí. Portia hizo que los libros que llevaba bajo su axila resbalaran y cayeran sobre una pequeña mesa y que la llave regresara a su bolsillo; después, se acercó al radiador quitándose los guantes. Entonces vio que su imagen cruzaba por el espejo, pero el vestíbulo estaba en penumbra: no se había encendido una sola luz, ni arriba ni abajo. Por todas partes se oía un eco sin vida: acababa de irrumpir en medio de una de esas treguas que existen en la rutina de toda casa y que suelen iniciarse antes de la hora del té para prolongarse de modo indefinido. Había entrado en una casa que no tenía vida en la planta superior, una casa a la que nadie había vuelto aún y donde el silencio y la penumbra se habían filtrado por las amplias ventanas, decididos a quedarse. Más tranquila, se detuvo y se calentó las manos.

Abajo, en el sótano, se abrió una puerta. Hubo un silencio expectante, después se oyó el ruido de unos pasos que subían los peldaños. Eran pasos cautelosos, los pasos de una empleada doméstica fuera de servicio. El largo rostro pálido de Matchett y su delantal tableado aparecieron en medio de la penumbra, por el centro de una de las dos arcadas.

—Ah —dijo Matchett—, así que has vuelto.

—Hace un minuto.

—Te he oído claramente. Has cerrado la puerta con mucha fuerza. ¿No te habrás dejado de nuevo la llave por fuera?

—No, aquí la tengo —dijo Portia y enseñó la llave después de sacársela de un bolsillo.

—No deberías llevar esa llave en el bolsillo, así suelta, con el dinero. Un día de estos perderás las dos cosas. ¿Ella no te ha dado un bolso?

—Con ese bolso me siento como un burro de carga. Me siento tonta.

Matchett repuso, secamente:

—Todas las chicas de tu edad usan bolso.

Contrariada con Portia, Matchett apretó las mandíbulas e hizo sonar los dientes; después, soltó un suspiro airado que hizo crujir su cinturón. La penumbra parecía concentrarse en torno a ellas dos: a duras penas lograban verse hasta que Matchett alargó, muy decidida, la mano hacia el interruptor de luz que había entre las grandes arcadas. En el acto, la araña de cristal de Anna se encendió sobre sus cabezas proyectando intrincadas sombras en el suelo de piedra blanca. Bajo esa luz, con el sombrero echado hacia atrás, Portia parecía recelosa. Ella y Matchett parpadearon; sobrevino una de esas calladas pausas en que los animales, cuando están cara a cara, se sienten proclives a comunicarse.

Matchett continuaba de pie, con una mano apoyada en la columna. Su cara era adusta, irónica, alargada, con una piel tersa que cubría una sólida estructura ósea. Se peinaba siempre con la raya al medio y recogía severamente su pelo espeso, tieso y casi sin brillo. No llevaba ninguna clase de cofia ni de bonete. Al andar, clavaba los ojos en el suelo y había algo como inexorable en sus pesados párpados. Su boca, voluntariamente inexpresiva en ese momento, exhibía una arruga en cada comisura, recuerdo de su última sonrisa forzada. La expresión y la actitud eran vigilantes, reservadas. La impasividad monacal de su rostro hacía que sus grandes pechos parecieran raros, fuera de lugar, como un saliente ideado para ajustar con alfileres dorados la cinta del delantal. Tan solo sus manos delataban algún drama secreto, interior: una mano parecía sostener la frágil columna estilo Regencia mientras la otra se había posado en forma de abanico —como la mano de un retrato— en la cadera que ocultaba el delantal. Siempre que Matchett pensaba o, mejor dicho, siempre que hacía cálculos, sus ojos se movían lentamente bajo sus pesados párpados.

Eran las cuatro menos cinco. La cocinera, que tenía la noche libre, estaba

dándose un baño. Parada frente al espejo de su despensa, Phyllis, la segunda sirvienta, se probaba un nuevo gorro. Estas mujeres, las dos de veintitantos años, habían sido contratadas por Anna y formaban en el sótano lo que podríamos llamar su equipo personal. A diferencia de ellas, Matchett no había sido elegida. Llevaba años en Dorset. Primero había estado al servicio de la madre de Thomas Quayne y después, tras la muerte de esta, se había mudado a la casa de Windsor Terrace junto con los muebles que siempre había debido cuidar. Una fregona, la señora Wayes, se ocupaba de la limpieza, lo cual permitía que Matchett se encargase exclusivamente de Anna, de Portia y de Thomas. Pero Matchett, en realidad, limitaba celosamente la zona de influencia de la señora Wayes. Por lo tanto, Matchett pasaba más horas en activo que ninguna otra persona de esa casa. Dormía sola, junto al trastero; en la otra punta del piso, Phyllis y la cocinera compartían una buhardilla bien ventilada con vistas a Park Road.

De día, Matchett buscaba tanta privacidad como de noche. La parte delantera del sótano se dividía entre la despensa de Phyllis y una salita que, en virtud de un antiguo acuerdo que Anna no osaba impugnar, Matchett ocupaba en sus momentos libres. Matchett usaba sus propias ollas en su cocinilla a gas y se juntaba con la gente de la cocina únicamente a la hora de cenar. Si la puerta del sótano quedaba abierta, podía oírse cómo el ambiente volvía a alborozarse tan pronto como Matchett se marchaba. Su superioridad sobre las demás estaba subrayada incluso por el hecho de que no usaba cofia; las dos muchachas recibían órdenes de Anna directamente; Matchett apenas recibía sugerencias. Sin embargo, esto no hacía que odiasen a Matchett en la cocina —era un tanto autoritaria, cierto, pero nada entrometida—, pues sabían bien que las situaciones perfectas no existen y Anna era una patrona amable, y hasta indulgente a veces.

Nadie tenía muy en claro dónde pasaba Matchett sus tardes libres: era una campesina con pocos amigos en Londres. Nunca daba la menor muestra de cansancio, salvo en su mirada, y no siempre; a veces, en la salita, se quitaba las gafas que usaba para leer o coser y se llevaba la mano, como una visera, a la frente mientras cerraba los ojos. Al mismo tiempo, como si anhelara olvidarse de todo, se aflojaba los lazos de unos zapatos que le hacían daño en los empeines de los pies. Pero casi siempre se sentaba erguida y se dedicaba a



coser bajo una lámpara.

En las plantas intermedias de la casa, donde ella trabajaba y los Quayne vivían, sus pasos en el parqué o en la escalera resonaban ominosos y discretos al mismo tiempo.

Eran las cuatro menos cinco y no era aún la hora del té. Girándose seria e inesperadamente, Portia se aproximó de nuevo al radiador y abrió los dedos unos pocos centímetros para que por ellos penetrara el calor. Aún tenía las manos moradas por el frío de la calle, y no había sangre en las yemas de sus dedos. Matchett la miraba en silencio. Por fin le dijo:

—De esta manera seguro que te saldrán sabañones. ¡Lo que hay que hacer es frotarlas! ¡Dame las manos!

Se acercó, cogió las manos de Portia entre las suyas y las frotó con vigor. Los delicados huesos de la chica parecieron triturarse.

—Tranquila —dijo—. No tires de este modo. Nunca he visto a una chica tan sensible al frío como tú...

Portia interrumpió sus muecas de dolor y preguntó:

—¿Dónde está Anna?

—Llamó el señor Miller y salieron.

—Entonces, ¿puedo tomar el té contigo?

—La señora Thomas me avisó de que estarían de vuelta a las cuatro y media.

—¡Oh! —dijo Portia—. En tal caso, ¿no puedo hacer nada! ¿Crees que tardarán mucho?

Impasible, Matchett no respondió. Solo se agachó y recogió un guante de lana de Portia.

—No olvides llevarte esto arriba. Y también los libros. La señora Thomas ha dejado caer un comentario sobre tus libros y tus cuadernos de ejercicios. No conviene que estén aquí, a la vista de todo el mundo.

—¿Ha sucedido algo malo?

—La señora estuvo en tu habitación.

—¡Demonios! ¿En serio?

—Sí, y cuando salió parecía muy alterada —dijo Matchett con voz monótona—. Esta mañana me preguntó si no me resultaba complicado limpiar entre tanto desorden. Se refería a tus osos y al resto de tus pertenencias.

«¿Complicado, señora?», le dije. «Si algo así me resultara complicado, no sería quien soy.» Entonces quise saber si tenía alguna queja acerca de mi labor. Se estaba poniendo el sombrero... Todo esto sucedió en su dormitorio. «Por supuesto que no», me dijo. «Solo pensaba en usted, Matchett. Si la señorita Portia consintiese en retirar algunas cosas...» No hice ningún comentario y ella me pidió los guantes. Sin embargo, en el momento que salía me miró de un modo especial. «Todos estos objetos son los pasatiempos de la señorita Portia», le expliqué. La señora repuso: «Claro que sí, por supuesto», y se marchó sin decir nada más por esta vez. No es que la señora sea muy ordenada que se diga, pero presta mucha atención al aspecto de las cosas.

La voz de Matchett era neutra y desapasionada; cuando dejaba de hablar, sus labios se cerraban a la perfección. Permitiendo que el cabello cayera sobre su rostro, como ocultándose de Matchett, Portia se aproximó a la pequeña mesa y cogió sus libros. Ya con ellos bajo el brazo, permaneció un rato de pie antes de empezar a subir la escalera.

—Solo intentaba decir —prosiguió Matchett— que no conviene darle más motivos para que se queje. Al menos por un día o dos, hasta que se le pase.

—Sí, pero ¿qué hacía en mi habitación?

—Supongo que sentiría curiosidad. La casa es suya, al fin y al cabo, nos guste o no.

—Pero Anna repite siempre que esa habitación es mía... ¿Ha estado tocando mis cosas?

—¿Cómo voy a saberlo? Y, en el caso de que las hubiera tocado, ¿qué? Ya no tienes edad para secretitos.

—El otro día noté que se había desprendido un poco de la pasta dentífrica que uso para decorar las tartas de mis osos, pero pensé que había sido por una corriente de aire. Me tendría que haber dado cuenta. Los pájaros saben si alguien ha toqueteado sus huevos, y en esos casos se marchan a otro sitio.

—Por favor, ¿dónde vas a marcharte? Es mejor que subas ya mismo, si no quieres toparte aquí con ella y con el señor Miller. Supongo que volverán pronto. Está haciendo tanto frío...

Portia suspiró y subió a su dormitorio. La sólida escalera de piedra estaba tan bien alfombrada que los pies no hacían el más mínimo ruido cuando discurrían por los escalones. A veces su codo o su abrigo escolar,

desabrochado, rozaban la pared blanca. Al llegar al primer rellano, Portia se asomó y preguntó:

—¿Se quedará el señor Saint-Quentin Miller para el té?

—¿Por qué no?

—Habla tanto...

—Puede ser, ¡pero no va a comerte! No seas tonta.

Portia siguió subiendo hasta llegar a la primera planta. Tan pronto como oyó que se cerraba la puerta del dormitorio, Matchett volvió al sótano donde Phyllis iba de un lado a otro con su cofia nueva, muy llamativa, mientras preparaba la bandeja para el té.

Cuando Anna, a quien escoltaba Saint-Quentin, entró en el salón, el sitio parecía vacío. Pero enseguida, gracias a la luz de una lámpara que había en un rincón y también al fuego que ardía en la chimenea, divisaron a Portia, sentada en un banquillo alto. Su atuendo oscuro no alcanzaba a recortarse contra el biombo de laca negra que quedaba a sus espaldas. De pronto, Portia se puso de pie, decidida a estrechar educadamente la mano de Saint-Quentin.

—¡Estabas aquí! —dijo Anna—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace un instante. Estaba aseándome.

Saint-Quentin dejó caer:

—¡Qué sucias deben de ser esas lecciones que te dan en la escuela!

Anna prosiguió como si nada, pero con mayor vivacidad:

—¿Has tenido un buen día?

—Hoy hemos estudiado Historia Constitucional, Apreciación Musical y Francés.

—¡Qué bien! —dijo Anna observando la bandeja del té, donde inexorablemente había siempre tres tazas. Encendió el resto de las luces, dejó su manguito en una silla, emergió de su abrigo de piel y se quitó los dos *tricots* que había resuelto ponerse. Después, miró alrededor con aquellas prendas colgando de un brazo.

—¿Quieres que me lleve eso? —le ofreció Portia.

—Gracias, eres un ángel. Llévate mi gorro también, por favor.

—Qué servicial... —dijo Saint-Quentin en cuanto Portia se alejó lo

suficiente para que no pudiera oírlo. Pero Anna, apoyando el codo en la repisa de la chimenea, le dedicó una mirada de implacable melancolía. En aquel bonito salón herméticamente cerrado, con cortinas color aguamarina, un sofá mullido y un semicírculo de sillas amarillas, las lámparas con pantallas de seda arrojaban sus luces sobre los espejos y sobre las alfombras de Samarcanda. Había un olor de fresias y de sándalo: era más grato estar allí que en el parque helado.

—Muy bien —dijo Saint-Quentin—. El té nos va a reconfortar a todos.

Y, suspirando de satisfacción, se dejó caer en un sillón, cruzó las piernas, levantó la barbilla y miró en dirección al fuego. Al sentarse de ese modo, exageraba la tensión que había encontrado en el salón y se situaba, adrede, fuera de ella. Todo lo demás era placentero.

Anna se puso a golpetear con sus uñas contra el mármol.

—Mi querida Anna —deslizó Saint-Quentin—, este no es más que uno de los muchos té que tú y ella beberéis en el futuro.

Portia reapareció y dijo:

—He dejado tus cosas sobre la cama. ¿Está bien?

Resuelta a tomar el té, se instaló en su banco, al lado del fuego. Se sentó allí posando la bandeja sobre sus rodillas y dejó en el suelo, muy cerca, el platillo con la taza. Para beber de la taza debía inclinarse. Desde su sitio al lado de la chimenea, podía ver tanto a Anna en el sofá, que fumaba y bebía té, como a Saint-Quentin, que una y otra vez se limpiaba, con la ayuda de un pañuelo, los dedos sucios de mantequilla por culpa de las tostadas. La mirada de Portia, penetrante, neutra y ecuánime, no se perdía el menor detalle de lo que hacían ellos dos. De pronto, sonó el teléfono. Visiblemente irritada, Anna extendió un brazo por encima del sofá y descolgó.

—Sí, en efecto —habló—. Pero no estoy aquí a la hora del té: nunca lo estoy. Ya te lo he dicho, supongo que en un momento en el que estabas muy ocupado. ¿De verdad?... Sí, por supuesto... ¿No hay otra solución? De acuerdo, digamos a las seis. O, mejor, a las seis y media.

—Seis y cuarto —intervino Saint-Quentin—. He de marcharme a las seis.

—A las seis y cuarto —corrigió Anna y colgó sin el menor cambio en la expresión de su rostro. Después, volvió a sentarse en el sofá—. ¡Cuánta afectación!

—¿En serio? —inquirió Saint-Quentin. Y se miraron entre sonrisas.

—Tu pañuelo, Saint-Quentin, ¿está lleno de mantequilla!

—Es todo culpa de tus fabulosas tostadas.

—Entiendo, pero lo agitas demasiado. Portia, ¿te gusta sentarte en ese banco? No tiene respaldo.

—Me gusta, sí. Hoy he vuelto a casa andando.

Anna no contestó: no había oído lo que Portia acababa de decir.

—¿De verdad? —comentó Saint-Quentin—. Nosotros acabamos de dar la vuelta al parque. El lago se ha congelado —añadió sirviéndose una abundante porción de tarta.

—No del todo: he visto que aún nadaban algunos cisnes.

—Tienes toda la razón: no está completamente congelado. ¡Anna! ¿Qué ocurre?

—Perdón... Me he quedado embobada pensando. Odio la personalidad tan blanda que tengo. Odio que la gente se aproveche de mí.

—Mucho me temo que no podremos hacer nada ahora mismo con tu personalidad. A estas alturas, parece bastante inmodificable. Lo mismo me ocurre a mí. En cambio, Portia tiene suerte: su carácter aún se está moldeando.

Portia escrutó a Saint-Quentin con inexpresivos ojos negros. Una sonrisa vaga y alarmante, que ya no tenía nada de infantil, alteró su rostro por un instante y enseguida se evaporó.

Portia no abría la boca y Saint-Quentin, con cierta brusquedad, cruzó las piernas. Anna reprimió un bostezo y al fin dijo:

—Sí, aún puede llegar a ser cualquier cosa... Dime, ¿cuántos centenares de osos guardas en tu habitación? ¿Son osos suizos?

—Sí. Lo siento si acumulan polvo.

—No he prestado atención al polvo... Solamente he visto que tienes cientos. Supongo que han sido tallados a mano por campesinos suizos... Entré en tu dormitorio para colgar tu vestido blanco.

—Si quieres, Anna, puedo quitarlos de allí.

—¡Claro que no! ¿Por qué ibas a hacerlo? Dan la impresión de estar tomando todos el té...

Los Quayne tenían un teléfono interno que, en lugar de hacer que sonase una campanilla, emitía un zumbido penetrante. En cuanto oyó que el teléfono

zumbaba, Anna alargó una mano, dijo: «Seguro que es Thomas» y descolgó.

—¿Hola...? Sí... Ahora estoy con Saint-Quentin... Muy bien, querido. Hasta pronto.

Apenas colgó, anunció:

—Ha llegado Thomas.

—Tendrías que haberle explicado que estoy a punto de marcharme. ¿Quería algo en especial?

—Simplemente anunciar que ha llegado.

Anna se cruzó de brazos, inclinó la cabeza hacia atrás y se puso a mirar al techo. Después dijo:

—Portia, querida, ¿por qué no vas a hacerle un poco de compañía a Thomas al estudio?

—¿Él te ha pedido que fuera? —preguntó Portia, un tanto sobresaltada.

—Me parece que no sabe que estás aquí. Le darás, sin duda, una buena alegría. Dile que estoy muy bien y que bajaré en cuanto se vaya Saint-Quentin.

—Dale muchos saludos a Thomas de mi parte.

Incorporándose con sumo cuidado, Portia puso el platillo y la taza de nuevo en la bandeja. Entonces, sí, tan tiesa que su cuerpo parecía vibrar, fue hacia la puerta con largas zancadas, apoyando solo la parte delantera del pie con gestos algo tímidos. De esta manera lograba avanzar como si los otros fueran personas de la realeza y ella no debiera ofrecerles la espalda en ningún momento. Saint-Quentin y Anna la observaban aguardando que se marchase de una vez. Tenía puesto un vestido de lana oscura, un regalo que reflejaba el excelso gusto de Anna; Portia se lo había abotonado desde el cuello hasta el dobladillo y lo había asegurado con un ancho cinturón de cuero. El cinturón tendía a deslizarse por sus caderas angostas, así que Portia todo el tiempo tiraba de él nerviosamente. Las mangas cortas permitían ver sus brazos delgados y, ante todo, los huesos frágiles, aunque más bien grandes, de sus codos. Todo su cuerpo consistía en líneas cóncavas y bruscos sobresaltos; se movía con una suerte de floja delicadeza y cada uno de sus gestos era un poco exagerado, como una fuerza oculta a punto de asomar. Al mismo tiempo, transmitía cierta cautela y daba la impresión de ser consciente del mundo en el que le había tocado vivir. A los dieciséis años, estaba perdiendo la majestuosidad infantil. La atención algo mordaz que le prestaban Saint-Quentin

y Anna la afectó como una súbita marea o como una agresión: la ordalía de marcharse de aquel salón le había hecho fruncir la boca y contraer los dedos. Se apretaba los muslos con los puños. Finalmente llegó a la puerta, la abrió con gran ceremonia y giró sobre sus talones con una mano siempre apoyada en el picaporte, orgullosamente resuelta a mostrar que era capaz de seguir hablando. De súbito, Anna sirvió otra taza de té y Saint-Quentin se consagró a alisar con su pie una arruga de la alfombra. Portia siguió oyendo el silencio en el que aquellos dos estaban sumidos, hasta que cerró la puerta.

Tan pronto como la puerta se cerró, Saint-Quentin dijo:

—Me parece que podríamos hacer mejor estas cosas. Tú no has estado bien, Anna, hablándole de los osos.

—Ya sabes por qué lo he hecho.

—Y has estado algo tonta al teléfono.

Anna dejó la taza y rió.

—Bueno, ¡al menos, que nos encuentre interesantes! Porque, bien mirado, lo cierto es que somos muy aburridos, Saint-Quentin.

—No, yo no creo que sea aburrido.

—Yo tampoco. Es decir, creo que no lo soy. Es ella quien nos vuelve aburridos, ¿entiendes? Es ella quien insiste en vernos de tal modo o de tal otro... En vernos como...

—Como un par de sinvergüenzas... Esa niña es demasiado lista.

—Al menos piensa bien de ti.

—Como sea, me pregunto de dónde ha sacado tanta distinción. Por lo que tú me has dicho, su madre era bastante vulgar.

—Eso le viene de los Quayne. Lo mismo ocurre con Thomas —replicó ella y, desinteresándose, se hizo un ovillo en una punta del sofá.

Después, extendió los brazos, recogió sus mangas y se contempló las muñecas. En una de ellas llevaba un diminuto reloj con incrustaciones de brillantes.

Sin advertir que Anna no prestaba atención, Saint-Quentin dijo:

—Las frentes anchas me sugieren imágenes de violencia... ¿Era Eddie el que llamó hace un rato?

—¿Por teléfono? Sí, ¿por qué?

—Sabemos de sobra que Eddie es tonto, pero ¿por qué tienes que hablarle

de una manera tan tonta? Por más que Portia estuviera oyéndote. «No estoy aquí. Nunca estoy aquí.» ¡Bah! —dijo Saint-Quentin—. En fin, nada de eso es asunto mío.

—No —asintió Anna—. Supongo que no. —Y con certeza habría añadido algo si la puerta no se hubiese abierto y Phyllis no hubiese entrado a recoger las cosas del té.

Saint-Quentin se miró el pañuelo, frunció el ceño al ver las manchas de mantequilla y lo escondió en el acto. No intentaron decirse nada. Tan solo cuando Phyllis se llevó las tazas, Anna dijo:

—Debo hablar con Thomas. ¿Por qué no vienes tú también?

—No. Si él tuviese ganas de verme —respondió Saint-Quentin sin el menor resentimiento—, habría venido. Me marcho enseguida.

—Por cierto, quería preguntarte... ¿cómo va tu libro?

—Muy bien, gracias. Muy bien —dijo él de manera abrupta. Después, con más entusiasmo, añadió—: ¿Qué harás cuando vayas? ¿Decirle a Portia que se marche?

—¿Del estudio de su hermano? Yo no puedo decirle eso.

Thomas Quayne llevaba un rato de pie junto a la estufa eléctrica, con un vaso en la mano y el ceño fruncido, tratando de olvidar los acontecimientos del día, cuando su medio hermana apareció en la puerta del estudio. Su rostro —los cabellos recogidos sobre las sienes, los ojos oscuros tan separados que parecían no enfocar bien— viajó hacia él por encima de la lámpara de mesa. Entrar allí implicaba un acto de intimidad, pues se trataba de la habitación privada de Thomas. Él nunca estudiaba allí, a no ser que pudiera llamársele estudio a su descanso. Sin embargo, a la habitación la llamaban «estudio» para sugerir importancia y calma. Las paredes eran de color gris mate, las cortinas de azul Picasso, los sillones y el sofá estaban cubiertos con un forro a rayas. Había mesas para libros, bibliotecas y un escritorio tan grande como las mesas que se usan para comer. Al oír unos pasos que no eran los de Anna, Thomas pateó malhumorado la alfombra de pelo de cabra.

—¡Vaya, Portia! —dijo—. ¿Cómo estás?

—Anna me ha dicho que te gustaría que viniera a visitarte.

—¿Qué está haciendo Anna ahora mismo?

—El señor Miller está aquí. No hacen nada en especial, creo yo.



Revolviendo la poca bebida que quedaba en su vaso, Thomas dijo:

—Me parece que he vuelto demasiado temprano.

—¿Estás cansado?

—No, es que acabo de llegar, solamente.

Portia estaba de pie y había posado una mano en el respaldo de un sillón. Pasó un dedo por una franja de color rojo oscuro, después por una franja gris, mientras miraba con suma atención su propio dedo. Entonces, puesto que Thomas no decía nada, anduvo alrededor del sillón, se sentó allí levantando las rodillas, se acarició los codos y observó casi arrobada la roja concavidad de la estufa eléctrica. En la otra punta del tapiz, Thomas también se sentó, aunque sin fijar la vista en nada particular, con una concentración hecha de hastío y lasitud. Cualquiera persona que no fuera Anna, cualquier otra persona que se aproximara a él con alguna expectativa, suscitaba en Thomas, a esa hora del atardecer, una intolerable sensación de agobio. Prefería, a esas alturas del día, que su cara se aflojase hasta no manifestar nada en especial. La mera presencia de alguien hacía que se viera obligado a reaccionar, a adoptar alguna expresión. Y el caso es que, entre las seis y las siete de la tarde, Thomas apenas podía pensar o sentir nada.

—Hace muchísimo frío —dijo al fin, casi sin querer—. Tanto que me arde la cara.

—Sí, lo he notado... Y también en las manos. Hoy he regresado a pie.

—¿Sabes si Anna ha salido más temprano de lo habitual?

—Creo que dio un paseo por el parque.

—¡Está loca! —dijo Thomas con íntimo placer.

Luego, extrajo su pitillera y la examinó frustrado: estaba vacía.

—¿Me harías el favor de pasarme esa otra pitillera? —dijo—. No, la que tienes junto al codo. ¿Qué has hecho hoy?

—¿Quieres que te llene la pitillera?

—Claro que sí, muchas gracias. ¿Qué me has dicho que has estudiado hoy?

—Historia Constitucional, Apreciación Musical y Francés.

—¿Te gusta? Quiero decir, ¿te va bien?

—Creo que la Historia es algo triste.

—Más bien, está llena de sombras —dijo Thomas—. De palabras huecas, de bromas sin gracia y de corrupción desde su mismo inicio. No entiendo por

qué ahora nos preocupamos tanto. No hay ningún motivo para esperar algo mejor.

—Pero, en otros tiempos, ¿no era más valiente la gente?

—Era más dura y no daba tantas vueltas. Además, entonces existía un futuro. Es imposible que uno se ponga en marcha cuando siente que ha llegado a un límite.

Portia parecía perdida.

—Sé un poco de francés —dijo—. Sé más francés que algunas de las otras chicas.

—¡Eso siempre es bueno! —contestó él con una voz que parecía arrastrarse por el suelo.

Arrellanado en su sillón, al otro lado de la estufa, Thomas mecía lentamente la cabeza con aire contrariado, como un animal al que le ofrecen algo que le desagrada. Tenía el pelo muy negro, lo aplastaba con un cepillo, y sus cejas eran decididamente espesas, como las de su padre y las de Portia. Poseía una expresión obstinada, al igual que su padre también, aunque con una remota sombra de indecisión. La cabeza y la frente eran grandes y majestuosas, pero a los treinta y seis años, su semblante gentil e inquieto se apoyaba sobre los hombros con cierta fragilidad. La boca y los ojos mostraban solo una parte de él, pero no todo, pues parecían un poco al margen de lo más esencial de su personalidad. Thomas presentaba el aspecto nebuloso, aun imperioso, de quien sabe que está cumpliendo imperfectamente su destino: se parecía en cierto modo a un emperador decadente. Con una mano sostenía en equilibrio el vaso sobre un brazo del sillón; con la otra tanteaba vagamente cerca del suelo, como si hubiera extraviado algo. De momento, no tenía nada que decirle a Portia. La vibración de Londres llegaba en sordina a través de la ventana, puesto que las persianas estaban ya cerradas y las cortinas corridas; el farol de la calle envolvía el lugar con sus círculos casi irreales; el fuego proyectaba un duro resplandor sobre la alfombra; tan intensa calma reinaba en la casa que podía pensarse que los dos estaban solos allí. Portia levantó la cabeza, como dispuesta a escuchar el silencio.

—Cualquier casa parece tranquila después de haber vivido en un hotel —dijo ella—. En cierto modo, todavía no me he habituado. En los hoteles uno se pasa el día oyendo a los demás; en los pisos alquilados guardamos silencio

por miedo a que nos oigan. Tal vez esto último no ocurre en los pisos grandes de alquiler, pero nosotras siempre debíamos mantenernos silenciosas para no oír las quejas de los vecinos.

—Yo pensaba que esas cosas no molestaban a los franceses.

—Cada vez que alquilábamos un piso, lo hacíamos en casas donde también viviesen los propietarios. Mamá prefería eso, por si surgía el menor percance. Pero en los últimos tiempos vivíamos en hoteles.

—Horrible, ¿verdad? —preguntó Thomas haciendo un esfuerzo.

—Puede ser horrible si has vivido siempre en una casa. Pero a mamá y a mí nos encantaba, por muchas razones. Solíamos inventarnos historias sobre las personas que veíamos a la hora de la cena, y resultaba entretenido ver cómo la gente aparecía y se marchaba. Incluso llegamos a conocer bien a algunos inquilinos.

—Supongo que echarás de menos todo eso —dijo Thomas con aire ausente.

Portia apartó la mirada y guardó un silencio tan abrumador que dio tiempo a que él trazara en la alfombra, con la mano que colgaba, una especie de tatuaje.

—Entiendo que sientas nostalgia, claro está —añadió Thomas—. Y lamento mucho lo de tu madre. Esas cosas no deberían suceder.

Con sorprendente dominio de sí misma, Portia dijo:

—Pero es agradable estar aquí contigo, Thomas.

—Ojalá pudiéramos brindarte una mejor atención... Lo haríamos si tuvieras algunos años más.

—Sí, pero en tal caso quizá yo...

Se interrumpió porque él miraba su vaso con el ceño fruncido y preguntándose si debía servirse más. Dejando la pregunta sin responder, Thomas se volvió para contemplar sin convicción los libros apilados a un lado, a la altura de su hombro, y los periódicos y semanarios amontonados encima de los libros. Ignoró estos últimos con la mirada; dejó su vaso y cogió el *Evening Standard* del borde de su escritorio.

—¿Te molesta si hojeo esto? —preguntó.

Uno o dos titulares bastaron para que frunciera el ceño. Entonces se interrumpió, dejó el periódico a un lado, avanzó hacia su escritorio y oprimió

en forma desafiante un botón del teléfono interno.

—A ver, aclárame una cosa... —dijo por el auricular—. ¿Es que Saint-Quentin se ha mudado a esta casa? De acuerdo, en cuanto él pueda, entonces... No, no hagas eso... Sí, me parece que hoy... Sí...

Colgó el receptor, miró a Portia y le dijo:

—Me parece que hoy he vuelto demasiado temprano.

Pero ella estaba ya con la mirada perdida y Thomas sintió el impacto de ser ignorado... Lo que Portia estaba viendo era la pensión en la cima de una montaña de Suiza, envuelta esa lejana tarde en un manto de lluvia. La lluvia estival es tan densa en Suiza que tiende una especie de carpa alrededor de la mente. Al pie de aquel precipicio, más allá de una empalizada, el lago abría heridas negras en la bruma blanca. Las intranquilas alturas habían sido un elemento clave en los días que ellas dos habían compartido allí, días que habían marcado el fin de su vida en común. Aquella noche habían llegado de Lucerna en el último vapor. Habían alzado la vista, habían detectado entre la lluvia las luces de esa aldea montañosa, tan alta como las estrellas, y habían pensado que era allí donde debían instalarse. Cogidas del brazo, codo con codo, habían ascendido por un camino empinado y zigzagueante mientras oían cómo la lluvia nocturna se escurría por entre los pinos. No sentían ningún temor. Solían alojarse en sitios turísticos antes de que empezase la temporada alta, cuando el teleférico aún ni siquiera funcionaba. En la pensión donde se instalaron todos eran alemanes o suizos. Se trataba de un edificio de madera con balcones pesadamente adornados. La habitación de ellas, aunque quedaba en el fondo, poseía un balcón con vistas a un pinar. En las largas tardes de lluvia evitaban el vestíbulo y se pasaban el rato dando vueltas por su habitación, arriba y abajo. Se tumbaban y se tapaban con unas colchas. Dejaban la ventana abierta e inhalaban el perfume de la madera mojada mientras oían el goteo de la lluvia sobre las canaletas. Alternativamente, se leían una a otra las novelas de Tauchnitz<sup>2</sup> que habían comprado en Lucerna. En la cómoda tambaleante, entre sus camas, habían puesto los utensilios para el té, el calentador y una botella de licor violeta. Cuando el reloj daba las cuatro de la tarde, Portia preparaba el té. A veces comían barritas de chocolate y otras veces *brioche*s. Les gustaban las postales y habían resuelto pinchar en las paredes de pino varios dibujos hechos por ellas mismas. Ponían a secar

sobre el radiador las medias recién lavadas, aun cuando no estuviera encendida la calefacción. A veces oían el amortiguado cencerro de una vaca a lo lejos o unas voces que hablaban alemán en la habitación contigua. Entre las cinco y las seis solía parar de llover y por los troncos de los pinos se filtraba una luz impregnada de humedad. Entonces se levantaban de sus camas, se calzaban e iban por la calle del pueblo que conducía hasta el mirador que había sobre el lago. Por una grieta en la niebla veían como el vapor de las seis de la tarde bordeaba el peñasco y llegaba al muelle, o trataban de leer los nombres de los grandes hoteles, aún cerrados, en las faldas opuestas de las montañas. Al admirar los altos chalés semiocultos tras la hierba, más de una vez desearon contar con gemelos para ver a distancia, pero el señor Quayne había enviado sus gemelos a Thomas, que se encontraba en Inglaterra. En su camino de vuelta, se topaban con las vacas que iban recorriendo la aldea, vacas amables, mojadas, que parecían tropezar con sus propios cencerros. O también ocurría que el ángelus, cuyo sonido llegaba amortiguado a través de la meseta, le arrancaba un suspiro a Irene, porque antaño ella había sido gran amante de las iglesias. En más de una ocasión entraron con ademán culpable en la pequeña iglesia católica del lugar, temerosas de estar haciendo algo indebido, sintiendo que de algún modo le hurtaban al recinto su gracia divina. Cuando se marcharon de aquella aldea de montaña, cuando se fueron para siempre de allí, los grandes hoteles comenzaban a abrir y faltaba un solo día para que el teleférico empezase a andar. Bajaron a toda prisa por el ya familiar sendero zigzagueante, mientras Irene gemía y cogía con fuerza la mano de Portia. Portia no pudo llorar al abandonar la aldea porque su madre tenía muchos dolores. Pero pensó en esa escena mientras esperaba en la clínica de Lucerna donde Irene fue operada y falleció: lo hizo a las seis de la tarde, la hora que siempre había sido para ellas dos la más feliz del día.

Una especie de zumbido brotó del reloj de Thomas. Eran las seis. Las seis, pero no las seis de un día de junio. A esa hora, la meseta suiza estaría cubierta de nieve y habría luces tímidas tras los postigos, incluso una luz en el interior de la iglesia. Thomas está tan cabizbajo mientras espera a Anna que su reloj emite el único sonido en esta habitación, caviló Portia. Pero nuestra calle debe de estar toda en silencio bajo la nieve y también debe de haber nieve en nuestro balcón.

—Esta mañana el lago del parque estaba congelado —dijo Portia.

—Sí, lo he visto.

—Pero esta tarde se resquebrajó y había hasta cisnes nadando... Supongo que esta noche se congelará de nuevo.

De pronto se oyó a Saint-Quentin, que se despedía de Anna en el vestíbulo. Thomas cogió en el acto el *Evening Standard* y fingió que lo leía. Portia presionó las palmas de las manos contra los ojos, se incorporó velozmente y fue a hojear unos libros que había en una mesa apartada, de modo que acabó ofreciéndole la espalda a Thomas. La mesa rebosaba de libros: Anna deseaba que en la habitación reinase algo parecido a un feliz desorden, así que Thomas mantenía aquello con el descuido esperado. No bien Saint-Quentin se marchó tras decir su última frase y dar un sonoro portazo, Anna entró sonriente en el estudio. Thomas parecía aguardar mientras contaba hasta tres; después miró a su mujer por encima del *Evening Standard*.

—Ya ves, querido —dijo Anna—, el pobre Saint-Quentin se ha marchado ya.

—Confío en que no hayas tenido que echarlo...

—Claro que no —repuso Anna—. Se ha ido de pronto, como le gusta a él. Entonces vio el vaso de Thomas en el suelo y preguntó:

—¿Habéis estado bebiendo, Portia y tú?

—No, esto es solamente mío.

—Me gustaría que lo pusieras en la mesa —dijo levantando la voz—. Portia, no deseo importunarte, pero... si te han puesto deberes, ¿no conviene que los hagas ahora mismo? Es muy posible que más tarde vayamos todos al cine.

—Tengo que escribir una redacción.

—Mi pequeña, tu voz suena sofocada. ¿No habrás pescado un resfriado?

Girándose, Portia miró fijamente a Anna, que se quedó con el resto de la frase en la punta de la lengua. Frunció los labios mientras se ajustaba el cinturón; avanzó decidida, pasó junto a Anna y salió del estudio. Anna cerró la puerta y exclamó:

—Thomas, ¡la has hecho llorar!

—¿En serio? Creo que echa de menos a su madre.

—¡Santo cielo! —dijo Anna, sorprendida—. ¿Por qué le ha dado de

pronto por llorar? ¿Por qué echa de menos, de repente, a su madre?

—Eres tú la que dices que no tengo la menor idea de lo que sienten los demás. ¿Cómo quieres que te responda?

—Estoy segura de que la has alterado.

Thomas miró fijamente a Anna y repuso:

—Ya que mencionas el tema, déjame decir que eres tú la que me alteras a mí.

—Óyeme bien —dijo Anna y le cogió una mano, aunque la mantuvo a cierta distancia—. ¿Crees que Portia realmente echa de menos a Irene? En tal caso, es espantoso. Es como tener en la casa a una persona enferma. Ay, hasta siento lástima por ella. Si pudiera quererla más...

—O amarla, incluso.

—Mi querido Thomas: eso es algo que uno no puede hacer de modo deliberado. Además, dime la verdad: ¿realmente te gustaría que la amara? ¿Que me interesara por ella, que esperase el momento de su llegada? No, tú solo quieres que finja que la amo, pero yo no sirvo para fingir. Me he comportado muy mal con ella a la hora del té, lo admito. Pero tenía mis razones.

—No necesitas recordarme que esta situación no te agrada.

—Al fin y al cabo, ella es, en cierto, modo tuya. Y yo me he casado contigo, ¿verdad? La mayoría de las personas tienen algo peculiar en su familia. Por amor de Dios, ¡no empieces a hacer un mundo de esto!

—¿He oído decir que vamos al cine?

—En efecto, has oído bien.

—¿Por qué, Anna? ¿Por qué? Hace semanas que no nos quedamos quietos. Tocándose las perlas con un gesto nervioso, Anna respondió:

—Lo que ocurre, simplemente, es que no podemos estarnos quietos.

—No veo cuál es la razón.

—No podemos estarnos quietos los tres. Mis nervios no lo toleran. Tú no pareces darte cuenta de lo que esto significa.

—Pero ella se acuesta a las diez.

—Sabes bien que nunca es a las diez. No soporto que me observen. Y se pasa el día observándonos.

—No comprendo por qué iba a hacer algo semejante.

—Yo sí lo comprendo. Y, en cualquier caso, hace que nunca estemos solos.

—Esta noche podríamos estarlo. Al menos, después de las diez —dijo Thomas y, para calmarla, alargó otra vez la mano, pero Anna, muy nerviosa, se apartó y se plantó al lado de la estufa con su ajustadísimo vestido negro, cruzada de brazos, absorta en tensos pensamientos. Durante esos minutos de silencio, Thomas la miró detenidamente. Después se puso en pie, la agarró de un codo y la besó con rabia.

—Nunca estoy a solas contigo ya —le dijo.

—Bueno, ¡fíjate cómo vivimos!

—La manera en que vivimos es desastrosa.

Con más amabilidad, Anna dijo:

—Querido, no seas neurótico. He pasado un día complicado.

Thomas se apartó de ella y buscó su vaso mientras musitaba con la voz de quien cita una frase célebre: «Somos minúsculos en todo, excepto en nuestras pasiones».

—¿Dónde demonios has leído eso?

—En ningún lado. Una noche me desperté y me oí a mí mismo decirlo.

—¡Qué pomposo te pones por las noches! Me alegra mucho haber estado dormida cuando se te ocurrió esa tontería.



### 3

Thomas Quayne se había casado con Anna hacía ocho años. En esos tiempos, ella solía visitar a unos amigos que vivían cerca de la casa de su madre, en Dorset, y allí había sido donde ella y Thomas se habían conocido. Anna era entonces una joven educada y bastante holgazana. Dueña de múltiples talentos, había hecho de todo un poco y hasta había ganado algo de dinero. En realidad, se mostraba más holgazana de lo que era por miedo a no ser tan capaz como deseaba. Había trabajado fugazmente como decoradora de interiores, pero sin implicarse mucho: temía dedicarse de lleno a la tarea y no triunfar. Fue una decisión sensata, pues ni siquiera triunfó en una escala modesta. Como no aparecían clientes, abandonó casi de inmediato, herida por el desaire que le hacía el mundo. Era capaz de hacer dibujos satíricos, tocaba a veces el piano, había sido una gran lectora —aunque ya no leía apenas— y le agradaba mucho charlar. No practicaba deportes al aire libre porque no le apetecía hacer cosas que no hacía bien. Cuando Thomas y ella se vieron por vez primera, Anna estaba reticente y triste: acababa de fracasar no solo en una profesión que había elegido a medias, sino también en una historia amorosa, una historia que se había prolongado demasiado y que, poco antes de que conociera a Thomas, había llegado a un cierto desenlace silencioso y —a juzgar por la actitud de ella— ignominioso. Anna tenía veintiséis años cuando se casó con Thomas y antes había vivido con su padre en Richmond, en una casa en la cima de una colina, desde donde se apreciaba un vasto paisaje.

De entrada, Thomas se enamoró de su sonrisa, de su descortés melancolía, de su brillante intelecto, de su carácter afable y del vigor que él entrevió bajo su indolencia. Aunque su cabello era de un rubio ceniciento, poseía en cierto

modo la personalidad de una morena. Se trataba, de hecho, de la primera rubia que atraía a Thomas, quien siempre había detestado la palidez; la piel de Anna, sin embargo, era opaca como una magnolia y su cuerpo bien torneado, no muy esbelto, se movía con decisión y total dominio de sí mismo. A Thomas le impactaron su suavidad y su ecuanimidad, y que no era una chica dura ni rigurosa, y su manera de vestir, que formaba también parte de su estilo.

Los pocos devaneos amorosos que Thomas se había permitido antes de conocer a Anna habían sido con mujeres casadas, y la sospecha, después la certeza, de que Anna ya había tenido un amante hizo que la considerase más buena, menos diferente a él. No se llevaba muy bien con las chicas jóvenes pues lo intimidaban con sus cándidas esperanzas. Temía (mejor dicho, temía en aquel instante de su vida) ser amado por un corazón impulsivo. Era como si evitase que le metieran un dedo en una llaga cuya ubicación exacta ignoraba, pero a la que así y todo protegía. En el momento en que conoció a Anna, no obstante, Thomas empezaba a pensar en casarse. Sus medios ya se lo permitían y no le gustaban las tensiones y los trastornos que suelen causar los amoríos. De vuelta en Londres, ya lejos de Dorset, Anna y él empezaron a verse con frecuencia, a solas o en casa de algún amigo en común, y entre ellos pronto surgió un cierto código de provocación sentimental o de íntima mordacidad. Cuando resolvieron casarse, Thomas se sintió muy feliz, pues Anna aceptó en el acto. Tras la boda, casi enseguida, Thomas descubrió que era presa de una gran pasión por ella, tan difícil de expresar como de satisfacer.

Con un dinero que le había dado su madre, Thomas había comprado parte de una agencia de publicidad que pasó a dirigir junto a un socio: Quayne & Merrett. La agencia marchaba a las mil maravillas. Cualquier aspecto aventurero o arriesgado del negocio (un rubro que a la anciana señora Quayne no le había gustado demasiado, al principio) quedaba neutralizado por la presencia sólida, casi imperial, de Thomas en su despacho. Pronto se ganó la confianza de los socios de su padre, y su labor —novedosa, carente del más mínimo sentido de la tradición— adquirió a los ojos de estos ancianos un prestigio poco menos que polvoriento. El olfato comercial puede suscitar sospechas, pero la habilidad suele ser respetada: en Thomas veían una astilla de mejor calidad que el viejo tronco. Quayne & Merrett se afianzó y muy pronto fue ganando más y más terreno; Thomas daba muestras de seriedad

mientras que su socio, Merrett, lo hacía de perspicacia. Los jóvenes efervescentes que hacían falta para sus propósitos eran reclutados por Merrett. Gracias a su negocio y a los intereses sobre el resto del capital de su madre, Thomas llegó a obtener una renta de unas dos mil quinientas libras anuales. Tras la muerte de su padre, Anna, por su parte, había quedado en posesión de una renta anual de quinientas libras.

Los Quayne habían previsto tener dos o tres hijos, pero en los primeros años de matrimonio Anna sufrió dos abortos espontáneos. Expuesta a la desilusión y a la compasión de sus amigos, Anna se encerró en sí misma: de pronto ya no quería tener hijos. De modo que, a la defensiva, retomó en forma esporádica las actividades que le habían interesado antes de casarse. En lo que respecta a Thomas, conforme fueron pasando los años, el mundo le fue importando cada vez menos. Le daba la espalda para concentrarse en Anna. Tenía ya treinta y seis años y era incapaz de pensar en un buen motivo para desear un hijo propio.

Cuando su padre murió, y cuando finalmente murió Irene, Thomas se sintió aliviado. Su madre se había empeñado en mantener las fotos del señor Quayne donde siempre habían estado, poblando cada rincón de aquella oscura casa de Dorset, como si su marido se hubiera marchado a pasar unas simples vacaciones. Al mismo tiempo, ella lo mencionaba sin cesar y con naturalidad, refiriéndose a él en presencia de Thomas como «tu padre». Cuando su madre murió, Thomas dejó de viajar al extranjero, diciéndose (sin duda, tenía razón) que estas visitas eran tan embarazosas para Quayne e Irene como para él. La decadencia de su padre en aquellas penumbrosas habitaciones de hotel, su risa ansiosa o asustada en aquellos pisos con mala calefacción, su incomodidad con Irene en presencia de terceros, todo ello había hecho que Thomas sintiera una oscura vergüenza de su padre, de sí mismo, de la sociedad entera. El grotesco matrimonio de su padre le parecía repulsivo. En cuanto a Portia, que —en aquellas visitas— parecía constantemente al acecho y atemorizada, lo miraba como un gato a la espera de que lo ahoguen en una alberca.

El inconfesado alivio ante la desaparición de esas dos personas tan desvergonzadas y que tanto dolor le habían causado, y que, al parecer, habían vivido sus últimos años con tan escaso sentido del placer, contribuyó en buena medida a que Thomas aceptara la voluntad de su padre. Era justo, era muy

correcto (afirmó al recibir la carta) que Portia viniera con ellos a vivir a Londres. Con firmeza enfrentó las objeciones de Anna. «Por un año», le espetó. «Él ha dicho que solamente por un año.»

Así, pues, hicieron lo que creían que era correcto. Tan pronto como informaron a Matchett del asunto, esta comentó: «No podíamos hacer menos. A la señora Quayne le habría parecido bien, sin duda».

Matchett ayudó a Anna a preparar la habitación de Portia, un dormitorio con una ventana alta y enrejada, destinada originalmente a ser la habitación de los niños. Si uno se paraba frente a esa ventana, podía ver el parque con sus dibujos de hierba y sus senderos, la parte angosta del lago, el puente diagonal de hierro. Desde la cama (Anna lo intentó un momento posando su cabeza en la almohada), no se veía más que las copas de los árboles, como si uno estuviese en pleno campo. En ese momento, cuando aún no la conocía en persona, Anna llegó a sentir un gran afecto hacia Portia. Después se subió a una silla para poner en marcha el reloj cucú que había sido suyo de niña. Había encargado nuevas cortinas, con dibujos de unas pequeñas ramas, pero no empapeló otra vez la habitación; después de todo, Portia tan solo se quedaría un año con ellos. Los objetos guardados en los dos armarios (que habían sido útiles depósitos) fueron llevados al trastero, y Matchett, que era fuerte como una negra, transportó el pequeño secreter a otro piso. Mientras ponía una pantalla en la lámpara de la mesilla de noche, Anna no pudo reprimir el comentario de que aquello también le habría gustado a la difunta señora Quayne.

Matchett dejó pasar la frase sin abrir la boca; se encontraba de rodillas, pues estaba colocando una especie de cenefa alrededor de la cama. Ella nunca reaccionaba ante una observación hecha de paso, lo cual impedía cualquier acercamiento significativo con las demás personas de su entorno. A cambio de su salario, Matchett ofrecía discreción y una incansable energía, pero ninguna de las leves concesiones al capricho o a la autoadmiraación que, aunque no lo admitamos, suelen esperarse de los sirvientes. Había momentos en que tanto recato tras el delantal se volvía en contra de Matchett: con tal de no ser hostil, no se permitía traslucir el menor sentimiento. Tras colocar la cenefa, se incorporó y, haciendo crujir su vestido de popelina a la altura de las axilas, levantó un espejo de Dresde que Anna había traído de alguna parte y lo colgó de un clavo, tapando una mancha en la pared. No era el lugar donde Anna

deseaba colgarlo y, en cuanto Matchett se distrajo, ella lo retiró con sigilo. Por una vez, Matchett se había excedido en sus obligaciones y esto hacía que Anna se sintiera menos culpable. Cuando por fin el dormitorio quedó listo, le pareció (o al menos eso le dijo a Saint-Quentin) hasta hermoso: sería un placer para Portia, después de tantos hoteles por los que había tenido que desfilarse. Había incluso algo hogareño en el descolorido empapelado y en el último momento añadieron una alfombra blanca junto a la cama, para los pies descalzos de la joven. Pese a que Anna había luchado contra la llegada de Portia, ahora admitía con estilo su derrota...

Portia llegó vestida de negro, como un pequeño cuervo, con el pesado luto suizo escogido por su tía, la que había llegado procedente de algún país oriental justo a tiempo para hacerse cargo de la situación. Anna le explicó sin más que el luto no resucita a los muertos y que no le hace bien a nadie. Logró que Thomas le extendiera un cheque, se fue con Portia a comprar cosas a Londres y consiguió algunos vestidos, abrigos, sombreros, en azul, en gris, en rojo, todo de buena calidad, todo muy elegante. No bien regresaron, Matchett dijo:

—¿Es que piensa vestirla de colores, señora?

—No tiene por qué vestirse como una huérfana: es malo para ella.

Matchett se limitó a fruncir los labios.

—A ver, ¿qué ocurre, Matchett? —preguntó Anna, susceptible.

—A los jóvenes les gusta vestirse como lo hacen todos.

Anna sintió que la desaprobaban. La llegada de Portia empezaba a alterar las cosas y el incidente del espejo marcó una tendencia inédita en Matchett: empezó a entrometerse. De manera algo defensiva, más de lo que hubiera deseado, Anna repuso:

—Le he comprado también un vestido de noche, de color blanco, y otro de terciopelo negro.

—¿Eso quiere decir que la señorita Portia comerá abajo?

—Por supuesto. Tiene que aprender. Además, ¿en qué otro lugar iba a comer?

Las ideas que se hacía Matchett seguramente venían de los tiempos en que, en las casas de familia, las jóvenes de largas trenzas cenaban en la planta superior, con sus gobernantas, quienes preparaban tostadas, contaban cuentos y

leían el futuro en las cáscaras de las manzanas. En los hogares modernos no hay margen para el error: uno solo puede hundirse o flotar. Pero Matchett, que subía y bajaba la escalera a paso firme, era incapaz de admitir que ciertos rasgos de lo real ya no existían. Por el contrario, le parecía que faltaba algo de vida en la casa, como si una especie de defecto congénito afectase a aquel hogar. La falta de hábitos tradicionales en la vida familiar de los Quayne no solamente desorientaba a Matchett, sino que también suscitaba su desdén. Las costumbres familiares, en parte afables, en parte crueles, parecían pulverizadas por el paso del tiempo. En esta casa algo frívola, llena de espejos y de muebles barnizados, no había espacio para que anidasen las sombras ni para que se trasluciese el menor sentimiento. Las habitaciones estaban hechas para albergar una intimidad entre extraños o para que un exhausto solitario se encerrara en ellas.

Los Hermanos Marx aquella noche, en el Empire, no fueron del agrado de Portia. La pantalla arrojaba su engañosa luz sobre el perfil intranquilo de la joven, que casi parecía abrumada por lo que veía. Una o dos veces, Anna apartó la mirada de la pantalla para lamentarse ante Thomas:

—No le parecen graciosos.

Thomas, que había estado emitiendo ronquidos involuntarios, dijo con cierta tristeza:

—Claro, como que son deprimentes.

Inclinándose por encima de Thomas, Anna dijo:

—¿Te ha gustado Sandy McPherson, Portia...? Thomas, sacúdela y pregúntale si le ha gustado Sandy McPherson.

Entre unas acacias iluminadas por los reflectores, el organista, que tocaba de forma ruidosa y firme, descendía por un foso interminable; «Parlez-Moi d'amour» siguió sonando, cada vez más débil, hasta que alguien cerró la tapa. Portia no tenía derecho a decir que la gente era menos valiente ahora. Como los Hermanos Marx habían acabado, los tres Quayne fueron en busca de sus pertenencias y se escabulleron en silencio: para ahorrarse los atascos, se perdieron el boletín de noticias.

Tristes por razones distintas, Anna y Portia aguardaron en el vestíbulo del

cine mientras Thomas buscaba un taxi. Por espacio de unos cuantos minutos, mostraron en el espejo el aspecto de dos obreras que saben que tienen que ir al día siguiente a trabajar. Entonces, de pronto, alguien miró a Anna con suma atención, volvió a mirarla, mostró cierta indecisión, se quitó el sombrero y regresó para tenderle, cordial y ansioso, una mano inmensa.

—¡Señorita Fellows!

—¡Comandante Brutt! ¡Qué coincidencia más extraordinaria!

—Sí, encontrarnos de esta manera, ¡es ciertamente extraordinario!

—Sobre todo porque ya no soy la señorita Fellows. Es decir, ahora soy la señora Quayne.

—Mil perdones...

—No había modo de que usted lo supiera... Me alegra mucho que nos volvamos a ver.

—Han pasado unos nueve años, calculo. Qué magnífica velada compartimos entonces... Usted, Pidgeon y yo... —empezó a decir el hombre, pero se interrumpió enseguida: en sus ojos había asomado una duda.

Portia seguía allí, a su lado.

—Permita que le presente a mi cuñada —dijo de repente Anna—. El comandante Brutt... La señorita Quayne —y, con menos seguridad, añadió—: Espero que se haya divertido con los Hermanos Marx.

—La verdad... Yo solía venir a este cine en los viejos tiempos y nunca había oído hablar de estos sujetos, pero se me ocurrió entrar y echar un vistazo. No puedo decirle que...

—¿Usted también piensa que son deprimentes?

—Supongo que están de moda, pero no son lo que yo llamaría graciosos.

—Sí —dijo Anna—, ahora mismo están muy de moda.

Los ojos del comandante Brutt abandonaron la boca sonriente y parlante de Anna, viajaron por la camelia prendida bajo su barbilla y alcanzaron el ala alzada del sombrero de Portia, donde al fin se detuvieron.

—Espero —le dijo a Portia— que usted sí se haya divertido.

—No lo creo —intervino Anna—, me parece que no se ha divertido mucho... ¡Vaya, mi marido ha conseguido por fin un taxi! Venga con nosotros, vamos a tomar un trago... Mira, Thomas, te presento al comandante Brutt.

Yendo hasta el taxi, Anna le susurró a Thomas:

—Es un amigo de Pidgeon. Una vez pasamos una velada con él.

—¿Una velada? ¿Cuándo? No me...

—¡No digo tú y yo, tonto! Digo Pidgeon y yo. Hace años. Vayamos a tomar algo.

—Claro que sí —dijo Thomas e, imperturbable, la agarró de un codo y la condujo entre la multitud apiñada frente a la puerta, pues no había modo de evitar la aglomeración. En el taxi, Thomas se sentó muy erguido y, contagiado por la presencia de Brutt, se puso a mirar de forma solemne por la ventanilla, como si también él fuera un militar. En cambio, en medio de la penumbra del coche, el comandante Brutt ojeaba con timidez a las mujeres, cuyos rostros emergían como flores de los cuellos de piel. Una o dos veces soltó: «Qué coincidencia asombrosa».

Portia se había ubicado de perfil, para que sus rodillas no molestaran a Thomas. El encanto del incidente, del encuentro en ese lugar suntuoso, evocaba muchas reuniones que Irene y ella habían espiado, presenciado, en algún hotel distinguido. Mientras el taxi ingresaba en Windsor Terrace, Portia exclamó, toda excitada:

—¡Gracias por haberme invitado!

Thomas se limitó a decir:

—Lamento que no te gustara la película.

—¡Pero me gustó estar allí!

El comandante Brutt comentó con firmeza:

—Esos cuatro tipos eran bastante insoportables. ¿Aquí nos bajamos? Muy bien.

—Sí. Aquí nos bajamos —confirmó Anna y se apeó con cierta resignación.

La bruma del atardecer se había diluido con el frío; el hogar, alumbrado por las farolas de la terraza, elevaba sus columnas en el vítreo y oscuro aire nocturno. Portia sintió un escalofrío y llevó las manos al cuello de su abrigo; mientras sus palabras sonaban todavía en el pavimento, el comandante Brutt dio un golpe contra su propio abrigo y exclamó:

—¡Qué frío más insoportable!

—Mañana podremos andar en trineo. Será bonito —dijo Thomas mientras contaba las monedas para pagar al taxista. Después tanteó las llaves en sus bolsillos y, como si algo lo hubiese desafiado o como si hubiese oído un eco,



escrutó por encima de su hombro la terraza, vacía, teatral, en forma de «E», con unas columnas glaciales que se recortaban contra la penumbra. Aquello parecía una fachada hueca.

—Aquí reina una calma maravillosa —le dijo al comandante Brutt.

—Sí, es como estar en el campo.

—¡Por el amor de Dios, entremos de una vez! —propuso Anna. El comandante Brutt la miró con aire solícito.

En el estudio hacía calor y había mucha luz. Puertas adentro, la situación se volvió un tanto disparatada. El comandante Brutt miraba humildemente a su alrededor, como si quisiera exclamar «qué casa más bonita», pero no estuviese seguro de tener la confianza suficiente para decirlo. Anna encendía y apagaba las lámparas, hecha un manojito de nervios, y Thomas, después de preguntar «¿escocés, irlandés, brandy?», se había puesto a servir los vasos en la bandeja. Anna era incapaz de hablar: pensaba en sus años de juventud, veía de pronto a Robert Pidgeon como una enorme mosca atrapada en el ámbar de la memoria. La memoria de ella era pura bruma y remiendos. No sin temor, se preguntó con qué voz iba a decirle al comandante Brutt: «¿Ha sabido últimamente algo de él?, ¿lo ve a menudo?». O incluso: «¿Sabe usted dónde está él ahora?». El magnetismo de esa lejana velada —en la que Robert y ella habían sido, casi, perfectos amantes— la había hecho invitar a este hombre, a este eterno tercero, a su hogar. Pero Thomas, colocándose en una especie de segundo plano, le hacía ver que había actuado con absoluta torpeza. El silencio se prolongaba demasiado; la incomodó ver cómo el comandante Brutt contemplaba el whisky dentro de su vaso mientras a las claras se preguntaba qué hacer, ¿beberlo o no?, ¿marcharse o no?

Aparte de esto, todo era perfecto. Los Quayne habían advertido que el comandante aceptaba de buen grado la invitación. Como era un hombre que volvía de lejos, que había perdido todo contacto con Londres, el comandante se moría de ganas de ir a algún sitio, a cualquier sitio, después del cine. Pero Londres, por las noches, posee una especie de mezquindad provinciana que las luces no hacen más que evidenciar. Por la noche, la ciudad parece una institutriz decadente, ataviada con una barata diadema de Woolworth, maquillada de un modo equivocado. Y el prestigio que supo tener pervive solo en la fantasía de los forasteros. El comandante Brutt era de esa clase de

hombres que, como un fantasma errante, se pasean por el West End cerca de la medianoche: hombres que no quieren comprarse una mujer ni beber a solas ni volver a Kensington, pues anhelan que ocurra algo. Cada minuto que pasa, esto último es menos factible: tarde o temprano, deberán volver. Si pierden el último metro, tendrán que subirse a un taxi, pero los taxis aligeran el bolsillo y los atormentan con la fragancia de mujeres ajenas. Como una habitación vacía y sin postigos, su imaginación contempla boquiabierta ese paisaje y allí creen ver lo que jamás existió. Si esto es todo, mejor coger el último metro. Acaso puedan invitar al sereno del hotel a tomar una copa en el salón. Las luces están medio apagadas, el lugar se halla vacío, todas las ancianas se han ido a dormir ya.

—¡Salud, brindemos! —dijo el comandante y alzó audazmente su vaso al tiempo que contemplaba los tres rostros, cada uno interesante a su manera. Portia contestó con su vaso de zumo y soda. El comandante hizo una reverencia, ella lo imitó y bebieron.

—¿Usted también vive aquí? —preguntó él.

—He venido a pasar un año.

—Una bella y prolongada visita. ¿Y ellos dos están de acuerdo?

—Sí —dijo Portia—. Ellos... Yo...

Anna le lanzó una mirada a Thomas —como diciendo «no te pierdas esto»—, pero Thomas estaba demasiado ocupado en buscar sus cigarros. Entonces vio que Portia, arrodillada junto al fuego, miraba al comandante Brutt con expresión franca y natural mientras metía las manos en las mangas cortas de su vestido. La escena perturbó a Anna, pues recordó cómo su inocencia se había echado a perder en manos de otros... Sí, incluso en manos de Robert: en manos de él más que en las de ningún otro, tal vez. Muchos de sus encuentros que habían finalizado en peleas devastadoras se habían iniciado así: con Robert atento, pero con la guardia baja... Contempló a Portia y pensó: ¿es una víbora o es un pobre conejo? En todo caso, se dijo, endureciéndose de pronto, tiene su propia manera de divertirse.

—Muchas gracias, pero no: nunca fumo —dijo el comandante Brutt cuando Thomas encontró al fin los cigarros. Después de encender el suyo, Thomas miró la caja con desconfianza.

—Continúan desapareciendo. Creo que ya te lo había dicho.

—En tal caso, ¿por qué no los pones bajo llave? Supongo que es la señora Ways; tiene un amigo y le agrada ser gentil con él.

—¿Ella me roba el tabaco?

—No, últimamente no. Matchett la sorprendió una vez. Ahora está demasiado ocupada leyendo mis cartas.

—¿Por qué diablos no la despides?

—Matchett asegura que trabaja muy bien. Y las limpiadoras que hacen bien su trabajo no crecen en los árboles.

Muy divertida, Portia dijo:

—¿Qué aspecto más curioso deben tener esos árboles!

—¡Ja, ja! —rió el comandante—. ¿Conocen ustedes el cuento del árbol-zapato?

Anna posó los pies en el sofá y se apartó un poco de los demás; parecía perdida y cansada... No dejaba de tocarse el pelo. Thomas contempló la luz que se filtraba a través de su vaso de whisky: su cara se alargaba, cada tanto, por obra de algún bostezo reprimido. El comandante Brutt, que se había bebido ya dos tercios de su vaso, dominaba la escena con sus ademanes tranquilos. La animación de Portia revoloteaba por el salón, incluso contra el techo, como un globo que se ha escapado. De pronto, Thomas exclamó:

—Usted ha conocido a Robert Pidgeon, ¿verdad?

—¡Claro que lo conocí! Un tipo excepcional.

—Por desgracia, yo no lo conocí.

—¿Acaso ha muerto? —preguntó Portia.

—¿Muerto? —repitió el comandante—. ¡Dios me libre, claro que no! Por lo menos, no que yo sepa y creo que es muy improbable. Pidgeon es de esos que tienen siete vidas. He pasado con él casi toda la guerra.

—Seguro que no ha muerto —coincidió Anna—. Pero ¿sabe usted qué ha sido de él?

—Las últimas noticias las tuve en Colombo, en abril pasado... No coincidimos por una semana, una pena. Ni él ni yo somos constantes a la hora de escribir cartas, pero así y todo logramos mantenernos en contacto de maneras sorprendentes. Por supuesto, Pidgeon posee una mente excepcional y es capaz de hacer cualquier cosa por sobrevivir. Al mismo tiempo, es uno de esos hombres que pueden llevarse bien con casi todo el mundo. Una clase de

hombre que yo nunca habría conocido, claro está, si no hubiese ido a la guerra. Él y yo estuvimos presentes en la batalla de Somme y después pude conocerlo mejor, cuando a ambos nos concedieron una licencia.

—¿Lo hirieron de gravedad? —inquirió Portia.

—En el hombro —intervino Anna, y en ese mismo instante vio la marca de la cicatriz.

—Pidgeon era lo que se llama un individuo versátil. Podía tocar el piano mejor que un profesional... Con más pasión, quiero decir. Una vez, en Francia, cogió una lámina e hizo allí, con carbonilla, un retrato idéntico a mí, totalmente idéntico. Y, por supuesto, también ha escrito de todo. Pero, a la vez, es alguien desprovisto de cualquier afectación. Nunca he conocido a un hombre menos presuntuoso que él.

—Sí —dijo Anna—, también recuerdo que podía mantener en equilibrio una naranja en el borde de un plato.

—¿Hacía eso a menudo? —preguntó Portia.

—Sí, muy a menudo.

El comandante Brutt, que iba ya por su segundo vaso, miró a Anna fijamente:

—¿Lo ha visto usted últimamente?

—No. Últimamente no lo he visto.

El comandante Brutt se apresuró a decir:

—Siempre ha sido un bicho raro, el bueno de Pidgeon. Era inusual toparse dos veces con él en un mismo lugar. Y yo, desde que dejé el ejército, he andado de acá para allá, intentando diversas cosas.

—Eso tiene que haber sido de lo más interesante.

—Sí, pero también de lo más incierto. Pedí que me transfirieran la pensión, pero no me fue nada bien en Malasia. Ahora he vuelto a casa, por un tiempo, a probar suerte. Pero no me hago muchas ilusiones.

—¿Por qué?

El comandante, entusiasmado, dijo:

—La verdad es que tengo algunas cosas en danza. Eso significa que me quedaré aquí por un tiempo.

Como Anna no sabía qué decir, fue Thomas quien respondió:

—Sí, hace usted muy bien en quedarse.

—Supongo que volveré a ver alguna vez a Pidgeon. Nadie sabe en qué lugar es capaz de aparecer. Y yo tengo la costumbre de toparme con la gente... Esta noche, por ejemplo.

—Si lo ve, salúdele de mi parte.

—Se alegrará de tener noticias tuyas.

—Dígale que estoy muy bien.

—Sí, dígale eso —afirmó Thomas—. Es decir, cuando lo vuelva a ver...

—Cuando uno vive continuamente en hoteles —le dijo Portia al comandante Brutt—, se acostumbra a que la gente aparezca y desaparezca. Uno cree que ellos estarán invariablemente en el mismo sitio, pero de pronto dejas de verlos y no sabes dónde se han metido porque se han marchado para siempre. Es una sensación rara y divertida a la vez...

Anna consultó su reloj.

—Portia, querida —le dijo—, lamento ser una aguafiestas, pero son las doce y media.

Cada vez que Anna la miraba, Portia apartaba inmediatamente los ojos. Esta era, en realidad, la primera ocasión en que se miraban en toda la noche. Sin embargo, durante la charla sobre Pidgeon, Anna había sentido que los oscuros ojos de Portia la escudriñaban una y otra vez con desenvuelta inocencia. Adoptando en el sofá una actitud digna de Madame Récamier, Anna se había mostrado —en medio de todas las cosas que debía demostrar— impermeable a esas miradas. Pero, si la agitación que le corría por el cuerpo hubiese emitido un aura con un borde tembloroso, seguramente los ojos de Portia habrían explorado ese borde a lo largo de la recostada silueta de Anna. Atada a su miedo y a su secreto, Anna se había sentido como momificada por la mirada envolvente de Portia. Por eso había decidido alzar la voz para hacer alusión a la hora.

Portia había aprendido que no debe mirarse fijamente a la gente mucho tiempo. Tenía esa clase de ojos que, al parecer, nunca son bien recibidos y que aprenden a ser tímidos por la alarma que provocan. Esa clase de ojos siempre se apartan o se bajan con modestia, no se posan en ningún lado, salvo en un punto indeterminado del espacio, y su fijeza hace que tengan algo de fanáticos. Pueden conmovir u ofender, pero no comunican nada. A menudo encontramos o, mejor dicho, evitamos encontrar esos ojos en algún rostro infantil, pero

después no sabemos qué ha sido de la vida de ese niño.

Al mismo tiempo, Portia había pasado un momento muy grato con el comandante Brutt. Cuando se es tan joven que todavía no puede hablarse de las convenciones del amor, resulta embriagador ser elegido por otro: uno siente que ha adquirido un estatus humano. El comandante Brutt había buscado de forma afable su mirada, su complicidad, y Portia había respondido sin reticencias. El comandante seguía allí: sus enormes pies estaban plantados sobre la alfombra como dos rocas en medio del océano. Portia se había arrodillado y él hablaba desde allí arriba con su voz ensordecedora. Cuando Anna consultó el reloj, a Portia se le encogió el corazón. Quiso verificar la hora y comprobó que era correcta.

—¡Las doce y media! —dijo—. ¡Dios santo!

Portia saludó a los tres y se marchó. Entonces, el comandante Brutt dijo:

—¡Esta niña debe de ser un motivo de auténtica dicha para ustedes dos!

## 4

Casi todas las mañanas, Lilian esperaba a Portia en la puerta del viejo cementerio que había junto a Paddington Street: a ellas les gustaba coger ese atajo para ir a clase. El cementerio, rodeado de ventanas, había perdido hacía tiempo todo contacto con la muerte: era un lugar de descanso y también un paso poco conocido. Uno o dos sauces llorones y unas cuantas tumbas que parecían pabellones de piedra le conferían al lugar un carácter solemne, pero las lápidas se alineaban contra las paredes como sillas antes de un baile y, entre la hierba, se alzaba un mirador circular cuyo aspecto evocaba el de un pequeño escenario para una banda musical. Había senderos que iban de un portón a otro; había unas matas espesas que bordeaban la muralla y aislaban el cementerio de la calle. El sitio no era triste, sino placenteramente melancólico. A Lilian le agradaba esa melancolía; en cuanto a Portia, cada vez que franqueaba el portón sentía que penetraba en un secreto que era suyo. Así que las dos amigas cogían con frecuencia este atajo.

Tenían que ir a Cavendish Square. En ese rincón tan imponente de la ciudad era donde la señorita Paullie impartía clases para niñas: niñas delicadas, niñas con problemas en la escuela, niñas que querían ganar tiempo antes de viajar al extranjero, niñas que en su vida viajarían al extranjero. Tenía espacio para albergar a una docena de alumnas de ese tipo. Cada mañana, recibía a unas maestras que daban clases en la casa; por las tardes iban de excursión a galerías, exposiciones, museos, conciertos o veladas culturales. En casos excepcionales, las niñas podían incluso comer en casa de la señorita Paullie: este era uno de los muchos arreglos excepcionales a los que se podía llegar con ella. Una secretaria atendía permanentemente el

teléfono. Los métodos, muy novedosos, solían dar buenos resultados; en consecuencia, las tarifas de la señorita Paullie eran elevadas. Aunque Thomas había protestado un poco debido al precio, Anna había logrado convencerlo de los méritos de la señorita Paullie. El colegio solucionaba durante el día el problema de tener a Portia dando vueltas por la casa. Lo que estaba aprendiendo Portia serviría como tema de conversación con ella y, además, existía la posibilidad de que allí hiciera amigas. De momento, solo había hecho una, Lilian, que no vivía nada lejos, en Nottingham Place.

Lilian no le caía muy bien a Anna, y no pensaba que fuera muy recomendable, pero ante eso nada podía hacerse. Lilian llevaba el cabello largo, atado en dos inmensas trenzas como las de la doncella de los lirios.<sup>3</sup> Su expresión solía ser distante y misteriosa; su cuerpo, bien desarrollado, atraía las miradas de los hombres en la calle. Habían tenido que apartarla de una escuela para pupilas porque se había enamorado de su maestra de violonchelo y, como consecuencia de ello, había dejado de comer. Portia tenía la más alta opinión de las cosas que Lilian era capaz de hacer; se decía, por ejemplo, que sabía bailar y patinar muy bien y que incluso había practicado esgrima. No obstante, Lilian aseguraba darse pocos placeres: pasaba el menor tiempo posible en su casa y, cuando estaba allí, no hacía más que lavarse la cabeza. Solía pasearse con esa expresión medio fatal que uno ve en las fotografías de las chicas que luego acaban asesinadas, pero aún no le había ocurrido nada grave... Esa mañana, al ver que Portia se acercaba, había apuntado hacia ella con su guante escarlata.

Portia se aproximaba a toda prisa.

—Lo siento, se me ha hecho tarde. Ven, Lilian, no hay tiempo que perder.

—Hoy no quiero correr: no me encuentro muy bien.

—Entonces será mejor que tomemos el 153.

—Si es que viene... —dijo Lilian, pues esos autobuses pasaban raramente

—. ¿Estoy muy ojerosa?

—No. ¿Qué hiciste anoche?

—He pasado una noche espantosa, ¿y tú?

—Yo no —repuso Portia casi disculpándose—. Fuimos al Empire. Y allí, imagínate, nos encontramos por casualidad con un hombre que conoce a alguien a quien Anna conoció hace tiempo. Un tal comandante Brutt... Me



refiero al tipo que encontramos, no al hombre que Anna conocía.

—¿Y tu cuñada se puso muy nerviosa?

—Se sorprendió, porque el comandante Brutt ni siquiera estaba al tanto de que ella se había casado.

—Yo suelo sentirme bastante incómoda cuando me reencuentro con alguien.

—¿Has conocido a una persona capaz de poner en equilibrio una naranja en el borde de un plato?

—Cualquiera puede hacer eso: solo hay que tener un pulso firme.

—La gente que conoce a Anna es toda muy inteligente.

—Ay, veo que has venido hoy con tu bolso.

—Matchett me ha dicho que es una pena no usarlo.

—Lo llevas de un manera muy rara, si me permites que te lo diga. Pero supongo que te irás acostumbrando.

—Si me acostumbro demasiado, voy a olvidar que lo llevo y acabaré por perderlo. De todos modos, Lilian, enséñame cómo llevas el tuyo.

Habían llegado a Marylebone High Street y allí se detuvieron un minuto con la paciente ilusión de que apareciese un autobús de la línea 153. Esa mañana hacía más frío que la víspera; había caído una especie de helada negra. Pero ellas no hicieron el menor comentario sobre la temperatura, que parecía formar parte de su oscuro destino, lo mismo que la obligación de madrugar y de soportar los cambiantes estados de ánimo de los adultos. El 153 dobló pesadamente la esquina, decidido a ignorarlas, hasta que Lilian, cual joven diosa ofendida, se cruzó en su camino y alzó su guante escarlata. Ya a bordo del autobús, Lilian le espetó a Portia con un leve tono de reproche:

—Hoy pareces muy contenta.

Portia respondió, algo confundida:

—Es que me agrada que pasen cosas.

El padre de la señorita Paullie era un médico exitoso y las clases se impartían en un anexo de la planta baja, un recinto originalmente concebido como salón de billar, al fondo de la gran casa. Para no molestar a los pacientes del médico, las alumnas entraban y salían por la puerta de servicio. Los transeúntes se asombraban al ver a esas pulcras criaturas, algunas de las cuales se apeaban como gatos de lujosas limusinas y se metían en la casa sin

mirar atrás ni una sola vez. Una vez dentro, tocaban el timbre especial de la señorita Paullie y esta las hacía pasar a un corredor alfombrado. Al llegar a un guardarropa en la cima de la tortuosa escalera, colgaban los sombreros y los abrigos y hacían cola para verse en un diminuto espejo. Azulejos rojos y azules, rodapiés de mármol, empapelados con toques dorados y una alfombra turca eran las características salientes del guardarropa. El lugar, que tenía una ventana de vidrio policromado, olía a humedad y a fenol; la sala de billar o «sala escolar» olía a alfombra, a radiadores y a cerrado, pues carecía de ventanas. Una amplia claraboya abovedada informaba sobre el estado del tiempo: se ponía gris con la niebla, crepitaba si llovía o proyectaba un cuadrado de luz sobre la mesa cada vez que el sol brillaba. Al caer las tardes, en invierno, se corría un toldo azul oscuro para cubrir la claraboya y se encendían las luces eléctricas. La ventilación no era el punto fuerte en aquel recinto; quizá por ello Portia se marchitaba como una planta apenas entraba. No le iba muy bien allí: no lograba concentrarse, ni siquiera lograba fingir que se concentraba, como las otras alumnas. No lograba tampoco que sus ideas, en lugar de ascender hasta la claraboya, se quedaran quietecitas en el pupitre. Una maestra hacía una pausa, la miraba severamente y tamborileaba sobre el escritorio; otra le decía: «Por favor, señorita Quayne, ¿es que ha venido usted a contemplar el cielo?». Por momentos, la distracción de Portia rayaba en la descortesía o, peor aún, provocaba que las otras chicas se distrajesen más de lo estrictamente necesario.

Portia no estaba habituada a aprender: no había aprendido que uno tiene que aprender. Ni siquiera parecía tener dentro de ella un rincón donde almacenar datos interesantes. Preocupada por no llamar la atención, por no fastidiar a los profesores, había aprendido en una semana, eso sí, a inmovilizar, incluso a hipnotizar, a la más encolerizada de las maestras, cosa que conseguía clavándole una mirada imperturbable: contemplaba sus labios cuando esta hablaba o escrutaba el aire por encima de su cabeza... La lección de economía política de esa mañana transcurría en un clima de profundo asombro. Portia había entrado en la clase con su bolso y lo había dejado, ahora, sobre sus rodillas. Al terminar la clase, la maestra se despidió y las alumnas se separaron: un grupo iría a visitar una galería privada, mientras que el resto se dispuso a estudiar; algunas chicas cogieron sus estuches y

empezaron a esbozar unos mapas; otras apoyaron los pies sobre las sillas, dichosas de no tener que salir. A cierta distancia de allí, la señorita Paullie leía, sentada ante su mesa en una silla de estilo gótico. Puesto que estaba nublado, una lámpara con un cuello en forma de cisne alumbraba los papeles que leía la señorita. Ella pasaba una página tras otra, las muchachas se comportaban con cautela y, de vez en cuando, se oía el gorgoteo de la tubería de la calefacción... La suma de esos leves ruidos, que ellas llamaban silencio, llenaba el salón de cierto ambiente denso. Lilian se había puesto a examinar su pluma, algo preocupada por su mal estado. Portia apretó su vientre contra el pupitre y sintió el contacto de su estómago contra el bolso. Todas prestaron atención a lo que hacía... Pletórica de optimismo, Portia se sintió a salvo.

Se echó hacia atrás, miró alrededor, después se inclinó hacia delante y, con todo el sigilo del que era capaz, abrió su bolso. De allí extrajo una carta escrita en papel azul; la desplegó en su falda, sin ponerla sobre la mesa, y empezó a leerla por segunda vez:

*Estimada Portia:*

*Fue tan dulce lo que hiciste la otra noche por mí que necesito escribirte para contarte mi alegría. Espero que no te enfades... No, sé que puedes entenderme: siento que ya somos amigos. En el momento de marcharme, yo estaba triste por varias razones; una de ellas era que te habías ido a dormir y no te vería otra vez. Así que imaginarás mi grata sorpresa cuando te vi en el vestíbulo, con mi sombrero en la mano. En ese instante, entendí que te habías dado cuenta de mi abatimiento y que, como eres una criatura adorable, habías querido darme ánimos. No sé cómo explicar lo que ha significado verte así, de pronto, en el vestíbulo, tendiéndome el sombrero. Sé que no me comporté bien en la sala y temo haberme comportado peor desde que te marchaste, aunque no ha sido solamente culpa mía. Sabes cuánto aprecio a Anna, ya que tú también la aprecias, al menos eso creo yo, pero, en cuanto comienza a decir frases como «por favor, Eddie», enfurezco y actúo en consecuencia. La forma en que me trata la gente me influye en demasía... sobre todo en lo que se refiere a Anna. Si las personas me atacan, pienso que tienen razón, me odio a mí mismo y odio a todo el mundo: cuanto más me agradan, más odio siento por la humanidad entera. De modo que esa noche,*

*cuando fui en busca del sombrero (la noche del pasado lunes, ¿verdad?), me sentía de pésimo humor, pero apareciste tú y me alcanzaste el sombrero con tal dulzura que me calmé de inmediato y me sentí en la gloria, no solo porque estabas allí, sino también porque pensé (¿es vanidad de mi parte?) que a lo mejor me habías estado esperando. No fui capaz de decírtelo entonces, pues temí tu disgusto, pero no puedo evitar escribirlo ahora.*

*Además, recuerdo que cierta vez te oí decir, con esa naturalidad con que dices tú las cosas, que no recibes muchas cartas; por lo tanto, pensé que tal vez te gustaría recibir esta. Tú y yo somos dos seres algo solitarios. En tu caso, esto es circunstancial; en mi caso, creo que forma parte de mi mal carácter. Soy una persona difícil, lo sé; tú eres, en cambio, dulce y bondadosa. Esta noche me siento especialmente solo (estoy en mi piso, que no me gusta mucho) porque acabo de llamar a Anna por teléfono y me ha tratado con brusquedad. Algo me dice que la aburro o que me juzga demasiado complicado. ¡Ay, Portia, cómo quisiera que tú y yo fuésemos amigos! ¿Podríamos pasear juntos por el parque? Mientras escribo, aquí sentado, imagino cuán agradable sería eso...*

—¡Portia! —llamó la señorita Paullie.

Portia reaccionó como si hubiese recibido un golpe en la cabeza.

—No se siente tan encorvada, querida. Y no ponga el trabajo bajo la mesa. Póngalo encima. ¿Qué tiene usted ahí? Quite ya mismo esos papeles de su falda.

Como Portia no se movía, la señorita Paullie apartó la mesa que tenía delante, se incorporó y se aproximó de prisa hacia donde Portia estaba sentada. Todas las chicas abrieron los ojos.

—Quiero pensar que no se trata de una carta —dijo la señorita Paullie—. No es el lugar ni el momento para leer una carta, ¿sabe usted? Habrá visto que las demás alumnas no hacen cosas así. Además, no importa dónde estemos, nunca debemos leer una carta bajo la mesa. ¿No se lo han dicho? ¿Qué más tiene ahí, en la falda? ¿Su bolso? ¿Por qué no lo ha dejado en el guardarropa? Nadie entra aquí con bolso. Ponga esa carta en el bolso y deje las cosas en el guardarropa. Entrar en una casa con el bolso es propio de gente que vive en hoteles.

Es muy probable que la señorita Paullie no tuviese idea del verdadero alcance de lo que acababa de decir, pero unas cuantas chicas, incluida Lilian, sonrieron. Confundida, Portia se puso de pie, fue al guardarropa y dejó el bolso en un estante, bajo su abrigo, en el mismo estante donde, como ella ahora podía ver, estaban los bolsos del resto de sus compañeras. En cuanto a la carta de Eddie, tras un momento de angustia la escondió en una de sus medias, sujetándola debajo de la rodilla con el elástico.

De regreso en el cuarto de billar, vio las lustrosas cabezas de las chicas inclinadas sobre sus libros. En realidad, aquellas clases silenciosas en presencia de la señorita Paullie eran (como todas ellas sabían) lecciones para aprender el arte de estarse quietas, de sentir que a una la observan y que no por ello se le mueve un pelo de la cabeza. Solo Portia pudo pensar que los ojos de la señorita Paullie dejaban de vigilar, al menos unos segundos, lo que hacía cada una de las alumnas. Erguida como un obispo en su silla de estilo gótico, la postura rígida de la señorita Paullie acallaba el ansia de esos cuerpos jóvenes, reprimía su goce de sentirse con vida y de percibir otros cuerpos también jóvenes. Hasta Lilian, que tenía el hábito de tocarse la falda o de mirar el interior de sus brazos voluptuosamente blancos, permanecía ahora sentada, en la clase de la señorita Paullie, como si ella misma no existiera.

Portia, que sentía aún el ardor bajo su pálida piel, cogió su libro de teoría arquitectónica y clavó la mirada en la reproducción de una fachada de estilo palladiano. Sin embargo, se había instalado en el recinto la sensación de que Portia no era exactamente como debía ser. Portia sentía que algo indefinible olfateaba el dobladillo de su vestido. Lo más grave del sermón de la señorita Paullie había sido el modo de pronunciarlo, como si se hubiera tomado la licencia de decir la mitad de lo que pensaba realmente, como si la presencia de Portia ante las otras alumnas, todas mejor educadas que ella, constituyese un hecho vergonzoso. Nunca nadie había osado leer una carta debajo de aquel pupitre; nunca nadie había oído hablar de una cosa semejante. La señorita Paullie era muy estricta con las chicas que admitía en su escuela. Los «pecados» pueden darse en todas las clases sociales, pero los desaciertos de educación indican determinado nivel social. De modo que, en aquel momento, algo más que la laboriosidad o la cautela mantenía gachas todas esas lustrosas cabezas y reprimía cualquier mirada a la hija de Irene. La propia Irene, quien

sabía que nueve de cada diez veces las cosas que uno hace de manera espontánea son equivocadas —y ella no era capaz de hacer nada mejor—, nunca habría osado franquear la puerta de aquella clase. Por un instante, Portia creyó que estaba de pie con su madre, en el umbral de esa puerta, observándolo todo con ojos recelosos. El empapelado con volutas de oro, la claraboya, la silla de corte obispa y las lustrosas cabezas de las chicas siempre habían estado allí, pertenecían al lugar, mientras que ella e Irene, sombríamente, habían vivido, aun fuera de temporada, arrastrándose de una estación de tren a unas montañas, ocupando asientos de cubierta en cruceros de tercera categoría, atragantándose con espinas de pescado, tumbándose muertas de risa en colchones impregnados con el olor de las personas que los habían usado antes que ellas. Sin la debida educación, habían deambulado del brazo por las calles de mil ciudades y, al caer la noche, habían juntado sus camas individuales o habían dormido incluso en un mismo lecho desafiando así, hasta donde era posible, la separación entre madre e hija, la separación que se había iniciado con el parto y que tendría que haberlas apartado para siempre a la una de la otra. Pocas veces se prodigaban en sociedad y, cuando lo hacían, Irene cometía algún error y se echaba luego a llorar. ¡Qué exaltada ternura mostraba Irene cuando, después del llanto, se sonaba la nariz y pedía una taza de té! Portia, relajándose un poco, se acomodó en su asiento; entonces sintió que la carta de Eddie crujía bajo su rodilla. ¿Qué diría él, qué diría Eddie de todo esto?

La señorita Paullie, que tenía una elevada opinión de Anna, se sentía apenada por Portia y también por Anna. Lamentaba que Portia no hubiese hecho aquí ninguna otra amiga más que la dudosa Lilian, pero entendía las razones de aquello y pensaba que, en realidad, algo así era inevitable. Lástima que la señora Quayne ya no hiciera el esfuerzo de enviar a alguien para recoger a Portia, como había ocurrido en las primeras semanas. Tenía la firme sospecha de que Portia y Lilian se dedicaban a recorrer las calles holgazaneando, en el camino de regreso a sus respectivos hogares. La señorita Paullie no quería ser tachada de anticuada, pero era conveniente que las alumnas no regresaran solas de ese modo.

Las chicas que se quedaban a comer en la escuela de la señorita Paullie lo hacían en una antecocina del anexo de la planta baja, donde las luces casi

siempre estaban encendidas. El verdadero salón comedor de aquella casa era una sala con armarios grandes como catafalcos. En qué lugar comía el doctor Paullie, nadie lo preguntó ni se supo jamás.

La comida que les servían a las niñas era abundante, sencilla y distaba de ser excelente. Lilian, que debía comer en la escuela porque en su hogar sufrían la escasez de personal doméstico, siempre revolvía lo que le ponían en el plato con ayuda del tenedor. La señorita Paullie presidía la mesa y animaba a las niñas para que se hablara de arte. Aquel miércoles, el miércoles de la carta, Portia se colocó lo más lejos que pudo de la señorita Paullie y, con un entusiasmo inusual, Lilian ocupó el asiento contiguo al de Portia.

—Vaya momento horrible que has pasado —comentó Lilian—. Yo no sabía adónde mirar. ¿Por qué no me contaste que habías recibido una carta? Ya me pareció que tenías un aire misterioso. ¿Por qué no has leído la carta mientras desayunabas? ¿O se trata de esa clase de cartas que hay que leer una y otra vez? Disculpa mi indiscreción, pero ¿quién te ha escrito?

—Un amigo de Anna. Escribe porque le di su sombrero.

—Ah, ¿lo había perdido?

—No. Oí que bajaba, vi que su sombrero estaba allí colgado y se lo alcancé.

—No parece motivo suficiente para escribir una carta a alguien. ¿Es un excéntrico o se trata de alguien excepcionalmente amable? Y, además, ¿se puede saber qué hacías tú en el vestíbulo?

—Estaba en el estudio de Thomas.

—Bueno, lo mismo da. Mientras estuvieras con la puerta abierta, lo mismo da... Supongo que escuchabas su conversación.

—Estaba abajo. Nada más que eso. Y Anna estaba en el salón.

—Eres increíble. ¿A qué se dedica ese hombre?

—Trabaja en la oficina con Thomas.

—¿Se puede sentir eso por un hombre? Yo no me veo capaz de sentir algo así por nadie.

—Es muy distinto de Saint-Quentin. Ni siquiera se parece al comandante Brutt.

—Bueno, Portia, creo que deberías andar con más cuidado. Al fin y al cabo, tú y yo tenemos solo dieciséis años. ¿Quieres ponerle un poco de jalea

de grosella a este espantoso cordero? Yo sí. Y mejor será que te mantengas lejos de ese cerdo...

Portia cogió el platito de jalea de grosella que estaba junto a Lucia Ames, una chica que muy pronto sería presentada como *débutante*, en sociedad.

—Espero, Lilian, que estés mejor.

—Sí que lo estoy, aunque de pronto me noto algo ansiosa.

Cuando acabaron las clases vespertinas —a las cuatro en punto—, Lilian volvió a invitar a Portia a tomar el té.

—No sé —respondió Portia—. Estoy casi segura de que Anna ha salido hoy.

—También ha salido mi madre... Mejor aún.

—Matchett me ha dicho que podía tomar el té con ella.

—¡Por Dios! —dijo Lilian—. ¿No puedes hacerlo otro día? No siempre vamos a tener la casa a nuestra entera disposición. Llevaremos el gramófono al cuarto de baño mientras me lavo la cabeza: tengo tres discos de Stravinski. Y tú me enseñarás la carta.

Portia tragó en seco y fijó la mirada en un punto distante.

—No, no puedo enseñártela porque la he roto.

—¡Desde luego que no la has roto! —clamó Lilian con firmeza—. En tal caso, te habría visto hacerlo. A menos que la hayas roto en el baño, pero no has estado allí mucho tiempo. Hieres mis sentimientos. Lo último que quiero ser es indiscreta. En todo caso, diga lo que diga la señorita Paullie, te aconsejo que no dejes tu bolso en cualquier parte.

—La carta no está en el bolso —dijo Portia incautamente.

Así que Portia fue a tomar el té con Lilian y, a pesar de ciertos resquemores, pasó un buen rato. Comieron bollos tumbadas sobre un pequeño tapiz frente a la chimenea encendida. Se les pusieron rojas las mejillas, pero un soplo reparador entraba por debajo de la puerta. Aprovechando que iba en busca de más carbón, Lilian trajo, sujeto con una cinta, un conjunto de tres cartas que le había escrito la maestra de violonchelo durante las vacaciones. También le contó a Portia que la señorita Heber, un día que ella había tenido un fuerte dolor de cabeza, le había restregado las sienes y la nuca con sus magnéticos dedos.

—Cada vez que me duele la cabeza, pienso en ella.



—Si hoy tienes jaqueca, ¿crees que te conviene lavarte el pelo?

—Seguramente no, pero quiero tenerlo bonito mañana.

—¿Mañana? ¿Qué vas a hacer mañana?

—Entre nosotras, Portia, no tengo la menor idea de lo que va a ocurrir mañana.

El mañana era algo muy misterioso para Lilian y el ayer la hacía suspirar, aunque nunca hablaba de él. Perteneía a la rama juvenil de cierto círculo social que, de tan sensible, siempre parecía en crisis. Sin duda, no era propio de Lilian preocuparse por la vida, como Portia podía advertir fácilmente.

Portia contemplaba la vida, desde su llegada a Londres, con una especie de angustia: siempre animada y ocupada, siempre en acción. Hasta la gente que se detenía en los puentes parecía detenerse con un propósito y ningún pájaro volaba sin un objetivo concreto. Ella era la única que parecía no entender el secreto impulso de estos engranajes: la gente sabía, sin duda, lo que estaba haciendo; por todas partes Portia veía ojos despiertos y vigilantes. Le parecía inconcebible que en todas las cabezas —excepto en la suya, claro está— existiese un proyecto definido, concreto. Tan potente era su anhelo de conocimiento que cada mirada, cada gesto, cada objeto poseía para ella una seriedad casi política: todo lo examinaba a fin de intentar entender su significado. En su vida hogareña (en su *nueva* vida hogareña), tan llena de enigmas, era testigo del constante disimulo de la gente y se preguntaba, no sin candor, por qué razón todo el mundo afirmaba cosas que en el fondo no pensaban, mientras callaban lo que pensaban realmente. Portia creía estar a punto de encontrar una explicación cada vez que oía, con frenesí, cierta réplica inteligente por parte de alguien.

Fuera de la casa, el cuadro era menos complejo. Le gustaba andar por la calle. Las imprevistas sonrisas de los extraños, el ceño adusto que se permiten los que van solos, las miradas que se lanzan los enamorados que parecen haber hecho algún gran descubrimiento, la expresión amable con que los ancianos o los desdichados cargan su pena, todo le hacía sentir que estas personas, aunque ella no las conociera, se conocían perfectamente entre sí. Desde aquella mañana, se sentía muy próxima a Eddie (esa clase de

proximidad que, por lo común, se siente solamente en sueños), lo que equivalía a una especie de contacto íntimo con la vida, algo que hasta ese momento no le había ocurrido jamás, salvo cuando algún extraño le sonreía en el autobús. Le parecía que, aunque la gente en general era feliz, los individuos que vivían solos estaban condenados a algo horroroso. En consecuencia, rehuía ese vasto misterio que todos tendían a su alrededor y escapaba de las sonrisas de Anna, de los «mañanas» de Lilian, de su habitación bajo llave y de los repliegues del corazón.

Portia observaba los discos y daba cuerda al gramófono, colocado encima de la tapa cerrada del retrete mientras Stravinski llenaba el aire del cuarto de baño y Lilian se lavaba la cabeza con champú. Lilian, al terminar, se puso una toalla como si fuera un turbante y Portia devolvió el gramófono a su lugar, junto al fuego de la chimenea. Antes de que Lilian se hubiera secado el cabello sacudiéndolo al calor, el reloj marcó las siete.

Portia dijo que tenía que volver a su casa.

—¡No van a regañarte! Has hablado por teléfono con Matchett, ¿verdad?

—Me dijiste que lo hiciera, pero por algún motivo no lo hice.

En el preciso instante en que entraba en Windsor Terrace, Portia oyó en el estudio la voz de Anna, que le contaba algo a Thomas. Hicieron un breve silencio en cuanto oyeron sus pisadas, pero enseguida reiniciaron el diálogo.

Portia avanzó sigilosamente por el suelo de piedra blanca, que a pesar de ello nunca estaba frío, rumbo a la escalera por la que se bajaba al sótano.

—¿Matchett? —dijo en un tenso susurro.

La puerta al pie de la escalera estaba abierta: Matchett salió de la antecocina y miró a Portia mientras se llevaba una mano a los ojos.

—¡Ah, eres tú! —dijo.

—Espero no haberte asustado.

—Te había preparado el té.

—Lilian quiso que la acompañara.

—Te habrá resultado muy agradable. Hace mucho que no tomabas el té en su casa —dijo Matchett con tono didáctico.

—Sí, pero me sentí miserable casi todo el tiempo. Hubiese sido mejor tomar aquí el té contigo.

—¿Miserable? —repitió fríamente Matchett—. Lilian es una señorita de tu

edad. No obstante, tendrías que haberme llamado por teléfono. ¿Es esa Lilian la chica con tanto pelo?

—Sí. Hoy se ha pasado la tarde lavándose.

—Me gusta ver cabelleras largas en estos tiempos.

—Yo, en cambio, lo único que quería era preparar tostadas contigo.

—Pero no se puede hacer todo, ¿verdad?

—¿Ellos van a cenar fuera? ¿Puedo charlar contigo, Matchett, mientras cenamos?

—Veré si puedo.

Portia le dio la espalda y se alejó. Casi de inmediato, oyó que el agua corría en el baño de Anna y sintió olor a sales de baño. Después, cerró la puerta y hasta ella llegó el rumor de los pasos cansados de Thomas, que atravesaba el pasillo rumbo al cuarto de vestir: esa noche era obligatorio usar una corbata blanca.

## 5

El cargo de Eddie en Quayne & Merrett no facilitaba precisamente el trato entre Anna y él. Anna lo vio con claridad cuando Thomas, más o menos a instancias de ella, logró que Merrett accediera a contratar a Eddie. Entonces le explicó a Eddie lo más cortésmente que pudo que, en adelante, tendrían que verse solo de forma esporádica. Para empezar —y sin ir más lejos—, Eddie estaría muy ocupado: la empresa había comprado su tiempo y su trabajo. Pero esto no sirvió para dejarle las cosas claras. Eddie sentía gratitud (en primera instancia) hacia Thomas, pero no así hacia Anna. Sin duda, ella era bondadosa y, sin duda, a él le hacía falta —mucha falta— un empleo, pero, al meterlo de ese modo en Quayne & Merrett, ¿no había encontrado el mejor modo de deshacerse de él? Fue esta sospecha la que le llevó a enviarle varios ramos de flores y a escribirle, durante las primeras semanas de trabajo, una serie de cartas de aire inofensivo que, al mismo tiempo, actuaban como parodia de los sentimientos que él debía albergar. Esta nueva oportunidad laboral, le decía, lo había convertido en un hombre nuevo, y también le decía que nadie se imaginaba lo deprimido que había estado, y cuáles eran entonces sus sentimientos.

Desde hacía unos cuantos años, varios individuos sabían perfectamente cómo se sentía Eddie. Antes de conocerlo personalmente (en Oxford había trabado amistad con un primo de ella), Anna ya había oído hablar de las depresiones de Eddie y de otros rasgos típicos en su temperamento. El primo no conocía a nadie más que se pusiera en semejante estado ni creía tampoco que nadie pudiera ponerse así. Tanto su primo Denis como Eddie pertenecían por entonces a un círculo donde era muy importante ser *singular*. Todo el

mundo parecía encantado de relacionarse con Eddie; él era una especie de fuego de artificio que, si se lanzaba con adecuado vigor, estallaba estruendosamente dejando a todo el mundo muy alegre. Era el retoño más inteligente de un hogar humilde y había ingresado en Oxford con el propósito de que allí le cambiasen la cabeza. En Oxford lo habían aceptado y habían jugado con él a su capricho, ponderándolo, criticándolo y asignándole por fin la función de un idiota. Su aspecto era encantador: tenía una gracia plebeya, casi animal. Sus modales, tras un año ejercitándose hasta obtener el tono justo, se habían vuelto firmes, vivaces y repletos de confianza. Se había convertido en todo un arribista y, al mismo tiempo, nadie imaginaba cuánto sufría al venderse a sí mismo. Sus supuestos raptos de franqueza, al mejor estilo ruso, resultaban, cuando se los examinaba más tarde, mucho más calculados de lo que podía suponerse a primera vista. Todos los amigos del primo de Anna, que juzgaban a Eddie menos inteligente que un chimpancé, creían que esos arrebatos de furia y esas acusaciones que, a veces, los afectaban a todos ellos constituían precisamente el rasgo sobresaliente de Eddie. Al mismo tiempo, cierto matiz más reflexivo, que él solía exhibir tras esos raptos de ira, había suscitado, una o dos veces, muestras de respeto.

Al marcharse de Oxford, Eddie contaba con muchos camaradas y con pocos amigos verdaderos: se había alejado de su familia, que, como era modesta y residía en una comarca modesta, no estaba en condiciones de hacer nada por él. Fue a Londres y consiguió trabajo como periodista; en sus ratos libres, desplegaba su sentido de la injuria escribiendo una novela satírica que, cuando se publicó, no le fue para nada beneficiosa. Sus lectores, no muchos, se dividieron entre los que no veían ningún sentido en el libro y los que sí lo veían y, por lo tanto, se sintieron profundamente ofendidos y optaron por hacerle pagar su insolencia. Su posición social dependía tanto de favores ajenos que no podía permitirse el lujo de molestar o de ofuscar a nadie: había demostrado tener, y no por casualidad, una de esas personalidades cuyas profundas pasiones resultan ser, en medio de una crisis, más poderosas que el tacto. Semanas después de la aparición de la novela, Eddie perdió su empleo en el periódico, cuyo director —un individuo, al parecer, de pocas luces— era muy amigo de alguien a quien Eddie había incluido en su libro. La indignación y la desilusión de Eddie no conocieron límites, así que se hizo humo tras

anunciar que pensaba alistarse en el ejército, o algo por el estilo. Cuando la gente empezó a notar, no sin cierto alivio, pero también con pesar, que se había evaporado, Eddie reapareció, muy animado y sin síntomas de rencores pasados. Ahora vivía en Bayswater, en casa de un matrimonio apellidado Monkshood.

Nadie se explicaba de dónde había sacado Eddie a los Monkshood; se rumoreaba que los tres habían coincidido en Cader Idris.<sup>4</sup> Los Monkshood conformaban una pareja muy agradable; eran los dos de edad madura, serios, sin hijos, idealistas y llenos de fe en la juventud. Su posición era holgada y parecían dispuestos a adoptar a Eddie como hijo, aunque en el caso de la señora Monkshood tal vez había algo más... Durante el «periodo Monkshood», Eddie acompañó a sus protectores mientras investigaba un poco, concurría a fiestas convenientes, reseñaba libros y escribía panfletos que después eran impresos por una chica que tenía una especie de mimeógrafo. Las artes y los oficios sucedieron al *Sturm und Drang*. Fue en esos tiempos, en los que Eddie parecía correr menos peligro, cuando Denis lo llevó por primera vez a casa de Anna. Allí, Eddie supo abrirse camino con el aplomo propio de un gato. Todo parecía marchar bien, casi excesivamente bien, hasta que cierto amigo al que Eddie le había arrebatado la novia —o, siendo más exactos, al que le había quitado la novia para pronto aburrirse de ella— decidió hablar con los Monkshood y sembrar algo de cizaña contra Eddie. Este último, de forma inconsciente —aunque olfateando, quizá, algún peligro en el aire—, galopó hacia el abismo. Introdujo a la muchacha en su habitación en casa de los Monkshood, pero el sitio era algo pequeño y los dueños, ya inquietos, oyeron más de lo que era deseable. La única solución que encontraron para librarse de él fue desarmar la casa y mudarse al extranjero. Fue un golpe duro para Eddie; había sido bueno con los Monkshood: filial, alegre y cuidadoso. Incapaz de explicarse su cruel reacción, creyó ver en sus protectores ciertas apetencias perversas que acaso él había menospreciado inconscientemente. Por lo visto, no podía confiar en nadie.

Anna proclamó a los cuatro vientos que los Monkshood habían maltratado a Eddie, y compartía con este último la impresión de que en un momento dado habían tenido ciertas intenciones de adoptarlo. Hasta entonces, Eddie había sido un visitante agradable en Windsor Terrace, no una amenaza para los

nervios. La mañana en que Denis, con cierta satisfacción, le dio la mala noticia, Anna envió a Eddie un mensaje algo impulsivo. Este acudió a su casa y ella lo recibió en el salón. Esperaba verlo con todo el aspecto de las víctimas de una fatalidad, pero él había adoptado un actitud bastante serena, más bien silenciosa, que dejaba entrever, al mismo tiempo, una pizca de salvaje reticencia. Anna descubrió que Eddie ignoraba y, aparentemente, no le importaba ignorar dónde habría de comer o dormir esa noche. Su cínico y joven rostro —la frente alta, el espeso pelo rojizo, las enérgicas cejas y la boca demasiado movediza— le hacía parecer asombrosamente cándido. Mientras hablaban, en vez de sentarse, Eddie se mantuvo a cierta distancia, como si el desastre lo apartara de ella, y anunció que pensaba marcharse de inmediato.

—¿Marcharte adónde?

—A cualquier parte —dijo Eddie. Luego bajó la mirada y añadió con voz firme—: Creo que tengo la suerte en contra, Anna.

—Tonterías —dijo ella cordialmente—. ¿Y tu familia? ¿Por qué no vuelves un tiempo a tu casa?

—No, no puedo hacer eso. Ellos están tan orgullosos de mí...

—Sí —repuso Anna e imaginó ese hogar tan modesto del que Eddie procedía—. Supongo que siempre han estado muy orgullosos de ti.

Eddie la miró con una pizca de desdén.

Ella hizo un leve gesto enfático y añadió:

—Lo que intento decir es que debes seguir viviendo. ¿No te gustaría encontrar trabajo?

—Qué buena idea —dijo Eddie con un asomo de ironía que Anna no advirtió—. Pero no me gusta que te preocupes por mí. Es más, pienso que ni siquiera tendría que haber venido aquí.

—He sido yo quien te he pedido que vinieras.

—Sí, lo sé. ¡Eres tan buena...!

—Esto me tiene preocupada. Creo que los Monkshood son una gente monstruosa. Aunque tal vez, a la larga, tu vínculo con ellos tenía que fracasar. Al menos ahora estás mucho más libre, y podrás labrarte tu propio futuro... Después de todo, eres muy inteligente.

—Eso es lo que dice todo el mundo —afirmó Eddie, y sonrió.

—Solamente debemos pensar en algo. Hay que ser prácticos.

—Tienes toda la razón —repuso Eddie mirándose en un espejo.

—Sobre todo, no pierdas la calma, sé más conciliador y evita caer en uno de tus raptos de mal humor. Algo me han contado acerca de ellos. Ahora mismo, no puedes permitirte ese lujo.

—¿Y se puede saber qué te han contado sobre mis ataques de mal genio? —dijo Eddie alzando las cejas. No parecía disgustado, más bien genuinamente sorprendido. ¿Estaba él mismo enterado de que sufría estos ataques? Tal vez eran, sí, realmente ataques.

Anna pasó muy inquieta el resto de la jornada: no podía quitarse a Eddie de la cabeza. A eso de las seis de la tarde, Denis llamó por teléfono para informarle que Eddie acababa de mudarse a su piso y que estaba de excelente humor. Alguien le había encargado una serie de artículos, artículos de esos que Eddie escribía casi sin pensar. Bastante contento con su cambio de suerte, le había pedido dos libras a Denis y había ido en taxi a la consigna de la estación del metro de Piccadilly a fin de recoger sus pertenencias. Y había prometido, de paso, traer algo de bebida.

Muy desconcertada, Anna dijo:

—¡Pero en tu piso no hay espacio para los dos!

—No habrá problema porque me voy a Turquía.

—¿Y qué demonios vas a hacer en Turquía? —preguntó ella, cada vez más irritada.

—Varias cosas, Anna. Y Eddie podrá quedarse mientras yo esté de viaje. Creo que se sentirá bien aquí. Parece que ya se ha librado de esa chica.

—¿Qué chica?

—Bueno, la chica, ya sabes, la que tenía cuando vivía en casa de los Monkshood. A él no le gustaba nada: era una zorra estúpida.

—Yo creo que todos los muchachos de la universidad son vulgares y estúpidos.

—Por favor, querida, trata de que Eddie no esté solo. Es encantador, ¿verdad? —le dijo Dennis—. Es lo que yo llamo un chico volátil —y colgó antes de que Anna pudiera responder.

Tras dos días en los que la ira de Anna fue apaciguándose, Denis se marchó realmente a Turquía y Eddie empezó a sentirse solo en su nuevo hogar.



Con la sensación de que alguien debía hacerse cargo de él, Anna le abrió las puertas de Windsor Terrace. Pensaba que así evitaría que cometiera algún error y, en efecto, las visitas fueron al principio muy positivas: Anna nunca había anhelado ser una mujer romántica, pero Eddie se convirtió en su primer trovador. Se prestaba —o parecía prestarse— rápida y alegremente a las ilusiones que Anna se hacía sobre la vida. Más aún: con su sensibilidad poética logró crear en torno a ella un pequeño mundo ideal. Las vanidades de las que ella era consciente, la honestidad que se imponía a sí misma, incluso los secretos que ella aún no había llegado a contarle existían dentro de una bola de cristal que contemplaban juntos; no solo existían, sino que lucían como embellecidos. Esto producía en Anna el efecto contrario al que le produciría tiempo después el diario íntimo de Portia. Por su parte, Eddie parecía extasiado con Anna... y acaso lo estaba de veras. Si aparecía su mal genio, lograba ahuyentarlo con una suave sonrisa, para no importunarla. Intentaba desplegar ante ella su gracia algo salvaje. Esa ternura casi involuntaria hizo que, algún tiempo después, Anna se riese cuando escuchaba a la gente tildar a Eddie de frío o de huraño. Esta fase de sublime adulación, todavía más delicada a raíz de la ironía de sus sonrisas, duró unas seis semanas, hasta que Eddie dio un paso en falso: intentó besar a Anna.

Y no solo intentó besarla, sino que hizo algo peor: le dijo que creía que ella anhelaba un beso suyo. Cuando ella se puso hecha una furia (a causa de esta torpeza), Eddie volvió a sentirse traicionado, engañado, insultado, y perdió completamente el dominio de la situación. Perdió el dominio y también la cabeza. Pese a que no amaba a Anna, había querido pagarle por su bondad de una manera que, pensó él, a ella le apetecería. Su experiencia le decía que todo el mundo actuaba así. Si en los últimos tiempos había sentido que lo trataban con rudeza, se debía a que la gente no había deseado más que eso; el interés que unos y otros habían demostrado por él, aunque había adoptado las formas más diversas, conducía a ese único punto. Otra de las razones por las cuales había besado a Anna, o había intentado besarla, era que empezaba a considerar la vida desde una perspectiva práctica, y no perdía el tiempo en vínculos que a nada conducían o en relaciones indefinidamente cordiales. Al ver que Anna se escandalizaba, la juzgó estúpida. No estaba al tanto de la existencia de Pidgeon ni de lo duro que había sido para ella cortar con ese

asunto, si es que realmente había cortado. Sospechaba que ella había montado ese escándalo por alguna razón secreta.

Los dos quedaron ofendidos y mortificados, pero ninguno parecía dispuesto a pasar página. Hasta ese momento, su alianza se había fundado en la ilusión de que obtendrían de ella alguna clase de placer; en adelante, se aplicaron en molestarse mutuamente. Eddie empezó a mirar ávidamente a Anna delante de la gente y a cometer toda clase de torpezas y descortesías cuando estaban a solas. Esto habría incomodado muy poco a Anna si Eddie le hubiese resultado indiferente; pero ocurría lo contrario y, ante la falta de pasión que había en cada uno de esos actos, acabó muy ofendida por la farsa, a la que respondía con frases irónicas e hirientes. Lo único que quería era ponerlo en su lugar: un lugar que, por cierto, Anna no había definido con claridad. Y, cuanto más intentaba ella hacerlo, peor se comportaba él.

Hubo ocasiones en las que Anna estuvo a punto de odiar a Eddie pues era consciente del vacío que se abría en su interior. En cuanto a Eddie, pensaba que Anna era una gran simuladora y detestaba su sed de poder. Pese a todo, descubrían el uno en el otro genuinos sentimientos. Anna se preguntaba qué estaban haciendo, pero Eddie aparentemente nunca se lo planteaba. ¿Injuriaba ella al genio que había en él? Cierta día, arrepentida, llamó por teléfono a casa de Denis y oyó que Eddie estaba llorando. La piedad que sintió fue tan extrema que llegó al límite de su hartazgo: bajó las escaleras y le dijo a Thomas que ya no soportaba a Eddie.

Este era un momento que Thomas se había visto venir, que había estado aguardando con filosofía. Ya había esperado antes otros ocasos y caídas. En un principio Eddie, cuyo empeño por caer simpático conmovía debido a su transparencia, no le había desagradado del todo. Thomas había visto, no sin satisfacción, que Eddie importunaba a Saint-Quentin y a otros de sus amigos. También había leído la novela de Eddie con inusitado placer y con más afinidad que Anna: Eddie poseía una libertad que le permitía afirmar muchas cosas que él, Thomas, no podía decir porque estaba demasiado comprometido. De modo que leyó la novela con una sonrisa mitigada, casi con una sensación de complicidad. Y le pasó el libro a Merrett, quien valoró su brillante crueldad y catalogó a Eddie como un individuo a utilizar en un eventual futuro. Esto resultó excelente cuando llegó el momento en que Anna le anunció a

Thomas que a Eddie le hacía falta un trabajo fijo, normal, uno que, de ser posible, no lo agotara intelectualmente. ¿Había posibilidades de contratar a Eddie en Quayne & Merrett? La pregunta llegó en el instante oportuno, así que convocaron a Eddie para una entrevista.

El día en que Anna oyó que Quayne y Merrett estaban dispuestos a tomar a prueba a Eddie durante tres meses, le llamó por teléfono y lo invitó a su casa. La relación prometía volverse ideal: ella sería a partir de entonces su patrona.

Esa mañana, Eddie se puso una sobria corbata, pues ya creía pertenecer a otro mundo. Su actitud era educada y extremadamente distante. Le contó que en Quayne & Merrett lo habían tratado con gran cortesía y que se lo iba a pasar fenomenal escribiendo anuncios publicitarios de lo más cómicos.

—¿Cómo podré agradecerte el favor?

—No hay nada que agradecer. Solo pretendía ayudarte.

Eddie respondió a su sonrisa con una mirada tanto o más santurróna que la de su compañera.

Anna continuó:

—Estaba preocupada por ti, eso es todo: tal vez por eso pude haberte parecido indiferente. Estaba convencida de que necesitabas llevar una vida más normal. Thomas piensa que no soy una buena influencia para ti... —concluyó de forma algo imprudente.

—Eso es imposible, querida —dijo Eddie beatíficamente y cambió enseguida de tono—. Vosotros habéis sido muy buenos conmigo; espero no haberos causado muchos problemas. Cuando me pongo nervioso, todo me irrita. He buscado en vano tantos empleos que acabé desanimado... Llegué a pensar que tenía la suerte en contra... Un razonamiento estúpido, desde luego.

—Pero ¿realmente has estado buscando trabajo?

—¿Qué crees que he hecho todo este tiempo? No he dicho ni una sola palabra a nadie; en parte porque me deprimía, en parte porque pensé que iba a parecerme una situación muy sórdida. Todos mis amigos me esquivan, así que decidí no acudir a ellos. Y, por supuesto, tengo deudas a montones... Entre otras cosas, le debo treinta y cinco chelines a la mujer que limpia en casa de Denis...

—¡Denis no debió dejarte en manos de una mujer tan carera! —dijo Anna llena de ira—. Pero nunca piensa las cosas. En fin, supongo que tienes algo de

dinero...

—Lo tuve hasta que lo gasté.

—¿Y cómo hacías para comer?

—Me las apañaba aquí y allá. Agradezco, por cierto, esas magníficas cenas y comidas que dais vosotros. Espero no haber sido muy sarcástico en ellas, pero la ansiedad me produce indigestión. No soy como Saint-Quentin, como Denis o como otras personas que frecuentáis... Temo no tener el tacto suficiente, querida mía. Y estar sin un céntimo me hace sentirme tan inútil...

—Pero has tenido que darte cuenta de que nosotros deseábamos ayudarte.

—Sí, pensé que probablemente ibais a ayudarme —contestó Eddie con total candor—. Pero, resumiendo, yo no quería pedir nada y todo se complicó cuando me pareció advertir que esperabais que os pidiera algo... En cualquier caso, ya ves lo afortunado que he sido.

Anna recobró la calma.

—Me alegra saber —repuso— que solo ha sido un asunto de dinero. Temía que se tratara de ti y de mí...

—Por desgracia —dijo Eddie—, ha sido mucho más que eso.

—Diría que ha sido, más bien, mucho *menos* que eso. Lo importante es si uno está bien o mal con las personas que lo rodean.

—Supongo que eso es así cuando se tiene dinero. Tú atesoras, Anna, hermosos pensamientos. Conocerme me ha hecho mucho bien. Pero lo cierto es que yo no soy interesante, querida mía. Solo soy un estómago al que alimentar.

—Me siento aliviada por que todo esté bien —dijo Anna con una sonrisa apenas distante. Se levantó del sofá y anduvo hasta la repisa de la chimenea; al acodarse en ella, hizo que tintineara un candelabro. Anna era capaz de quedarse inmóvil y le disgustaban tanto los movimientos nerviosos de los demás que su presente inquietud era comparable con un acto pasional. Consciente de ello, Eddie se volvió y la observó perplejo.

—Sea como sea —dijo Anna—, más allá del dinero, que para ti es muy importante, según veo, ¿qué te ha llevado a comportarte de un modo tan insoportable?

—Para empezar, querida mía, deseaba verte feliz. Por otra parte, pensé que te aburrirías si nuestra relación continuaba igual que siempre, sin que ocurriese nada. La gente, a veces, se aburre conmigo. Y, como lo que me

rodeaba era una gran pesadilla, quise que en nuestro vínculo no hubiera ninguna impostura; quise que sucediera algo para no volverme loco.

Anna hizo que tintineara nuevamente el candelabro, pero ahora con más fuerza.

—Ya no tendrás pesadillas...

—Por supuesto que no, querida mía. Quayne & Merrett serán lo más parecido del mundo a un hermoso sueño.

Anna frunció las cejas. Eddie se alejó y fue hasta la ventana con vistas al parque. Los hombros echados hacia atrás, las manos en los bolsillos, había adquirido el porte de un joven que emprende algo nuevo y excitante. Las cortinas de color azul marino, recogidas con borlas y cordones por encima de su cabeza, caían hasta el suelo a ambos lados de su figura y, con majestuosos pliegues, enmarcaban teatralmente su espalda. Desde allí, Eddie contemplaba el mundo en su versión más segura y más alegre. Había llegado la primavera. Junto a la ventana había unos castaños en flor y entre las ramas resplandecía el lago, con cisnes y con un velero rosado en sus aguas; la escena parecía barnizada por la luz primaveral. Eddie sacó una mano del bolsillo y pellizó un grueso pliegue de la cortina. En ese acto semiconsciente había algo hostil: Anna oyó crujir el muaré entre su índice y su pulgar, y pensó que Eddie, en su cabeza, estaba convirtiendo aquella escena en una farsa. Sí, él le estaba demostrando que era una excelente adquisición, y que llevaba la leyenda «Quayne & Merrett» labrada en la espalda. Con lo más agudo de su voz, Anna dijo:

—Me hace feliz que estés contento.

—¡Cinco libras semanales nada más que por ser bueno e inteligente! ¿Cómo no voy a estar contento, querida?

—Me temo que ellos pretenden sacarte un poquito más que eso. Tienes intenciones de trabajar, espero.

—¿Para no hacerte quedar mal?

Como Anna no respondió, se hizo el silencio. Eddie se volvió hacia ella y la miró con su sonrisa más persuasiva e insignificante.

—¡Ven aquí y observa el lago! ¡Dudo que vuelva a verlo así, contigo a mi lado y a estas horas de la mañana! Estaré muy ocupado.

Para mostrarle cuán irrisorio era aquello, Anna se aproximó

apaciblemente. Permanecieron un rato codo con codo ante la ventana y ella se cruzó de brazos. Pero Eddie, con el afectuoso descuido de alguien cuya cercanía no importa, le puso una mano en el codo.

—¡Cuánto te debo!

—Nunca estoy segura de entender lo que quieres decirme.

Los ojos de Eddie recorrieron su rostro dubitativo. La luz parecía concentrarse en las zonas más brillantes: las pupilas de él mostraron sus puntitos ciegos.

—Debe de ser fabuloso —dijo— tener en tu bolsillo una firma influyente.

—¿Cuándo pensaste por primera vez que podría conseguirte esto?

—Por supuesto, se me pasó por la cabeza. Pero la idea de trabajar en una agencia de publicidad me parecía repulsiva y, para serte franco, Anna, soy tan vanidoso que esperaba conseguir un empleo mejor. No te enfades conmigo. No hay que juzgar a los otros por cómo uno considera que deberían comportarse.

—Tus amigos afirman que siempre caes de pie.

Este comentario fue algo que él nunca pudo perdonar. Tras un minuto de incomodidad, repuso:

—Si he de conocer a personas que van a arruinarme, al menos permitidme que saque el mayor provecho de ellas.

—No comprendo. ¿Arruinarte? ¿Quién te está arruinando?

—Vosotros, todos vosotros. Me habéis convertido en un juguete y sabe Dios si en algo peor. Me avergüenza volver a casa.

—Dudo que podamos hacerte mucho daño, Eddie. Estás muy alterado y hasta puedes resultar muy descortés cuando te lo propones.

—Puedo ser muy descortés, sí.

—Dime, ¿qué es lo que tanto te perturba?

—No tengo ni idea, Anna, no sé —exclamó de forma infantil—. Me parece que estamos siguiendo pistas absurdas. Te ruego que me disculpes... Siempre me quedo demasiado tiempo en los sitios. Vine a darte las gracias por mi magnífico empleo; estoy intentando comportarme como alguien normal... Oh, mira, ¡una gaviota se ha posado en una tumbona!

—Sí, es primavera. Ya han sacado las tumbonas —dijo ella automáticamente, y encendió un cigarrillo con mano algo vacilante. El sol iluminaba a la gaviota blanca posada en la tumbona verde; una vela a rayas

siguió a la vela roja en el lago; unos paseantes sonrientes y unos niños que corrían entre los macizos podados en forma de arpa completaban esa escena casi teatral. El carillón hizo sonar una breve melodía: el reloj daba la hora.

—¿Es esta la última vez en que podré llamarte «querida mía»?

Ella le dijo que era bastante probable. Y aprovechó para indicarle, con suma amabilidad, que en el futuro tendrían que verse menos.

—Ya lo sé —respondió él—. A eso mismo me refería. Así que he venido a decir adiós.

—Solo es una forma de adiós. Tú sí que lo exageras todo.

—Bueno, pues una forma de adiós.

—Nada cambiará, en realidad.

—Entiendo a la perfección, querida mía. Pero ha de dar la impresión de que todo ha cambiado.

Finalmente no hubo ninguna clase de adiós. Pero aquello dio paso, como Anna se dijo a sí misma, al comienzo de una tercera fase entre ellos, la más armoniosa de todas. Esa noche recibió media docena de camelias y tres días más tarde, cuando Eddie ya había empezado a trabajar, llegó una carta: la primera de una serie que vendría escrita en un nuevo e imponente papel de oficina. En su sincera redacción, tan infantil que llegaba a ser siniestra, Eddie le contaba que en la agencia todos eran muy amables. De hecho, el resentimiento de Eddie por el bondadoso acto de ella apenas duró algunas semanas. Anna rompió la carta en la cual él afirmaba que este nuevo comienzo lo había convertido en un hombre real; luego, arrojó los pedazos de papel a la chimenea. Le preguntó a Thomas si estaba satisfecho con Eddie, y Thomas dijo que Eddie aún estaba adaptándose, pero que no había razones para que no lo lograra.

Eddie vino a traerle noticias seis días más tarde, provisto de tres ramos de cerezos en flor envueltos en papel azul. Después de eso, la perspicacia, el dinero con que contaba o ciertos amigos nuevos que hizo motivaron que no renovase por un tiempo las visitas. Su relación se limitó a una rutina de tulipanes semanales, afectuosas llamadas telefónicas, cartas equívocamente amables y, después de los tulipanes, ramos de rosas. Anna consultó de nuevo a Thomas y este le contó que Eddie estaba trabajando bien, aunque no tan bien como él mismo había previsto en un principio. Cuando Denis volvió de

Turquía y reclamó su piso, Anna escribió diciendo que había que terminar con lo de las flores: Eddie tendría que pagar un alquiler. Las flores dejaron de llegar, sí, pero Eddie, como si hubiese visto peligrar el vínculo que le unía a ella, empezó a visitarla más asiduamente. Aparte de la oficina, volvió a ser un elemento familiar en Windsor Terrace. Fue justo entonces cuando llegó Portia para sumarse a la familia.



## 6

Eran las diez y media de la noche. Matchett abrió apenas la puerta de Portia y husmeó con cautela por la ranura: un rayo de luz, proveniente del pasillo, atravesó como un cuchillo la oscura habitación. Sin apartar su cabeza de la almohada, Portia susurró:

—Estoy despierta.

Toda la planta alta de la casa estaba vacía. Thomas y Anna habían ido al teatro, pero Matchett nunca permitía que las idas y venidas de los señores alteraran su humor. Ella era siempre cautelosa, estuvieran ellos en la casa o no. Pero solo cuando ellos no salían Matchett no subía a darle las buenas noches a Portia.

Si a partir de las diez de la noche Matchett bajaba la voz y era avara con sus palabras, era por el respeto que le inspiraba la llegada del sueño. Aguardaba y preparaba ese arribo silencioso mediante una serie de ritos, como abultar las almohadas o disponer la ropa de cama. Al arrodillarse para remover las chimeneas del dormitorio, al agacharse para deslizar bolsas de agua caliente entre las sábanas, parecía postrarse ante la victoriosa noche. La impasible solemnidad de sus preparativos convertía a cada lecho en una suerte de altar: en los grandes hogares donde las cosas se hacen bien, siempre existe un elemento religioso. El ciclo de las necesidades domésticas se cumple con más devoción cuando hay sirvientes.

Tan pronto anochece, Portia empezaba a hablar instintivamente en voz baja: estaba habituada a las paredes delgadas. Vio que la puerta se cerraba, que la línea de luz se recortaba por la ranura y entonces oyó acercarse a Matchett, armada con toda su serena voluminosidad. Como siempre, Matchett

se aproximó a la ventana y descorrió las cortinas: por ellas entró un día falso y débil; la luz era tan rojiza como si todo Londres estuviera incendiándose. De vez en cuando, un coche doblaba la esquina. El silencio de un parque cerrado no suena como el silencio del campo abierto: se oye tenso y reducido. En la intrincada semipenumbra del dormitorio de Portia, alcanzaban a distinguirse los muebles e incluso el delantal de Matchett, fosforescente. El delantal se acercó hasta que su portadora se sentó en la cama.

—Pensé que no ibas a venir.

—Primero me ha tocado hacer algo de costura. El señor Thomas ha quemado una sábana.

—¿Fuma en la cama?

—Fumó la semana pasada, mientras ella estaba fuera. Encontré su cenicero repleto de colillas.

—¿Crees que siempre tiene ganas de fumar, pero que no lo hace delante de ella?

—Fuma constantemente, salvo cuando duerme. Es como tu padre: no le gusta que lo abandonen.

—Dudo que alguien abandonara a papá. Mamá nunca... ¿O lo hizo alguna vez? Me refiero a la señora Quayne. Ay, Matchett, si ella estuviera viva... Si la madre de Thomas estuviera viva, ¿cómo tendría que llamarla? No existe ningún término para eso.

—¿Qué más da? Está muerta: no debes dirigirle la palabra a una muerta.

—Sí, ha muerto. ¿Crees que por eso Thomas y yo somos tan diferentes?

—No, el señor Thomas siempre favoreció a su padre más que a ella. En cuanto a que eres diferente al señor Thomas, ¿cuánto te gustaría parecerle a él?

—No lo sé... Dime, Matchett, ¿estaba arrepentida la señora Quayne? Quiero decir, ¿sufrió al quedarse sola?

—¿Sola? Se quedó con el señor Thomas. ¿Te parece poco?

—Hizo un enorme sacrificio...

—No se debe sentir pena por quienes se sacrifican. Hay que sentir pena por quienes son el objeto del sacrificio de los demás. Al fin y al cabo, los que se sacrifican siempre salen ganando. La gente sabe de qué cosas puede prescindir. Sí. La señora Quayne se desprendía de cosas, pero a la larga nunca perdía nada. El día que oímos que tú habías nacido en Francia, ella adoptó la

actitud de una dama que ha tenido su primera nieta. Vino a buscarme adonde yo estaba lavando la ropa y me dijo: «¡Es una criatura preciosa!». «¡Ay, Matchett!», me dijo, «siempre he deseado tener una niña.» Después, bajó al salón y llamó al señor Thomas por teléfono. «Querido Thomas, tengo que darte una buena noticia», oí que decía.

Fascinada como siempre por el tema de su nacimiento, Portia se acomodó de perfil, encogiendo las rodillas hasta que formaron un arco en torno a las caderas de Matchett, que continuaba allí sentada. La cama crujía cada vez que Matchett, muy erguida, se movía. Metiendo una mano debajo de la almohada, Portia contempló la oscuridad y preguntó:

—¿Cómo fue ese día?

—¿Dónde estábamos? A ver, recuerdo que era un día precioso, como de primavera, pese a que estábamos en febrero. El jardín estaba muy protegido y quedaba en la parte soleada de la colina. La vi bajar sin sombrero por la hierba y cruzar el arroyo que había hecho el señor Quayne; entonces, se puso a recoger unos lirios al otro lado del arroyo.

—¿Cómo es posible que construyera un arroyo?

—Bueno, había un manantial, uno de verdad, pero no estaba en el sitio en el que la señora Quayne quería que estuviese, así que él cavó una zanja e hizo que el agua corriera por allí. Se pasó el verano entero trabajando en ello, justo antes de morir.. ¡Cómo sudó trabajando! Podría haberle retorcido la ropa y habría salido ni se sabe cuánto...

—Pero el día en que yo nací... ¿qué dijiste tú, Matchett?

—¿El día en que ella me anunció que habías nacido? Dije: «¡Cuánto me alegre, señora!», o algo por el estilo. Sin duda, ella esperaba oír algo más. Pero yo estaba conmovida de tal manera que se me hizo un nudo en la garganta y no pude añadir nada. De todos modos, ¿por qué tenía yo que decir algo...? Me refiero a decirle algo *a ella*. Por supuesto, todos sabíamos que tú estabas a punto de nacer. Todo el mundo estaba expectante para ver cómo se lo tomaba la señora Quayne, y te aseguro que ella se sabía observada. Recuerdo que, yendo a guardar la ropa limpia, murmuré: «¡Pobre criatura!». Ella me oyó y nunca me perdonó por decir algo así, aunque no dije nada que ella ignorase.

—¿Por qué pensaste que yo era una «pobre criatura»?

—En ese momento yo tenía buenas razones para ello. El caso es que ella

siguió recogiendo campanillas y otras flores mientras, de vez en cuando, hacía una pausa y miraba al cielo. Tal vez sentía que el Todopoderoso la observaba. Ningún rincón del huerto quedaba fuera de las vistas que ofrecían las ventanas; siempre era posible ver trabajar como un niño al señor Quayne. Entonces ella regresó a casa, hizo un ramo con los lirios y los puso en un florero chino que apreciaba mucho... Si supieras cómo lo apreciaba, pero una de las muchachas lo rompió por accidente. (Recuerdo que acudió a verme con los pedazos del florero en la mano y con una triste sonrisa. «Otro pedazo de vida que se va, Matchett», me dijo. Pero nunca tuvo un gesto de reproche con la muchacha... No, ella era demasiado orgullosa para hacer algo así.) Luego, esa misma tarde, el señor Thomas llegó en tren desde Oxford: supongo que quería saber cómo se había tomado su madre la noticia. Le preparé su dormitorio y pasó la noche allí. Anduvo dando vueltas con aire muy compungido; en su ojal llevaba los tres lirios que ella le había regalado. De repente, se detuvo y me clavó una mirada a través de la puerta giratoria, como si estuviera a punto de decirme algo. «Bueno, Matchett», pronunció con voz bastante enérgica, «parece que tengo una hermana, ¿verdad?» «Eso parece, señor», le respondí.

—¿Eso fue todo cuanto dijo Thomas?

—Supongo que la casa tuvo que parecerle extraña ese día a un joven como él. A todos nos parecía extraña, en realidad. Como si el parto hubiera sucedido allí, y no en Francia. Más tarde, la señora Quayne se sentó al piano y tocó para el señor Thomas.

—¿Crees que eran realmente felices?

—¿Cómo voy a saberlo? Siguió con el piano hasta que se hizo la hora de comer.

—Hay algo que no entiendo, Matchett: si a Thomas le gusta tanto el piano, ¿por qué no tienen uno aquí?

—Thomas vendió el piano cuando ella murió. Ay, sí, durante los quince años que me he pasado a su servicio, fue tan buena conmigo... En cuanto a lo profesional, no se puede pedir una mejor empleadora; mientras una hiciera bien las labores, lo único que la alteraba era que le hiciesen sentir que no era bondadosa. Le gustaba que yo supiese que ella tenía un elevado concepto de mí. «Lo dejo todo en sus manos, Matchett; sé que con usted puedo estar tranquila», solía decirme en el vestíbulo cada vez que se marchaba de viaje.

Pensé en ello mientras sacaban su ataúd por la puerta. No, ella nunca alzaba la voz y siempre tenía una palabra afectuosa para todo el mundo. Pero yo no podía tenerle aprecio: ella no era una mujer normal. Muchas veces noté que me miraba de manera extraña. Le gustaba lo que yo hacía, pero no le gustaba *cómo* lo hacía. No sé cuántas veces oí que les decía a sus amigas: «Trata bien a tus sirvientes, preocúpate por ellos y harán cualquier cosa por ti». Así veía ella las cosas. A mí me gustaba trabajar en la casa, me gustó desde el principio, pero ella nunca me perdonó que me agradara el trabajo por el trabajo mismo. Siempre que me pasaba una mañana fregando en la sala o puliendo los mármoles con cepillo y jabón, ella venía y me decía: «¡Qué bonito luce todo; estoy muy feliz, realmente muy feliz contigo!». A su manera, tenía buenas intenciones, pero el trabajo no es lo que se ve a primera vista: es lo que se pone en él. No se puede lograr que una chica trabaje bien si tan solo trabaja para complacer: en tal caso, únicamente trabajará para que la vean. Ella era, sin embargo, incapaz de entender eso. En cambio, cuando el señor Quayne entraba en la sala de fumar y yo estaba trabajando allí, o en algún sitio donde él deseara estar, en esos casos el señor, pese a tener tan buen genio, me lanzaba una mirada aviesa, como si me dijese: «¡Fuera de aquí!». Él sabía que yo estaba en contra de que él trabajara en la sala de fumar. Y, si encontraba un solo objeto fuera de lugar, se ponía a gritar como un loco, pues le enfadaba que yo hiciese las cosas a mi manera. Así y todo, el señor Quayne era pura bondad. Permitía que una siguiera su camino, salvo que una lo estorbara, mientras que la señora no dejaba que ocurriera nada si ella no podía tomar parte. Todo lo de las flores y el piano lo hizo para demostrar que no era ajena a tu nacimiento. El día que ella murió, aunque yo no estaba a su lado en la habitación, pude sentir que, de algún modo, me vigilaba para ver cómo acogía la noticia. «En fin», me dije, «no hay nada que pueda hacer... Yo no sé tocar el piano.» Claro que me sentía turbada con una muerte en la casa y con todos los cambios que pronto se avecinarían. Pero aquello fue todo cuanto sentí. No sentí nada aquí —y, con un gesto abrupto, Matchett se llevó una mano al pecho—.

Sentada de perfil en la cama, sus rodillas apuntaban hacia la almohada de Portia; su falda oscura se perdía en la penumbra, y solo podía verse su delantal. Su cabeza y su busto se recortaban contra el cuadrado rojizo de cielo;

la cara, deslavada por la oscuridad, como el rostro de una estatua corroída por la intemperie, resplandecía a intervalos, cada vez que la iluminaba la luz de un coche. Había permanecido sentada, erguida, con la actitud de un juez, como si su cuerpo fuese un recipiente de recuerdos que no debían derramarse; pero de pronto, se diría que resuelta a desplazar el peso del pasado, colocó una mano en la cama, lejos del cuerpo de Portia, y se apoyó con fuerza formando un arco.

Dentro de este arco viviente, entre las fluctuaciones de la penumbra, Portia pudo ver el pie de la cama. El pegajoso calor que provenía de su axila llegaba hasta la almohada incluso, y pudo oírse el crujido de su corsé cuando, forzada por la postura, tragó aire. Estaba ahora tan cerca de ella como puede estarlo una persona sin tocar a otra. Al mismo tiempo, la voz adoptó un tono más distante, como si quisiera volver a alejarse:

—Me sentía muy mal —dijo— porque no podía perdonarla. No en lo que atañe al señor Quayne, claro está... Nunca he podido perdonarle lo que hizo. Cuando la enfermera anunció que la señora Quayne iba a morir, la cocinera propuso que subiéramos. Dijo que lo habían anunciado porque esperaban que hiciéramos algo. (La cocinera quiso decir que ella esperaba que hiciéramos algo.) Así que la cocinera y yo subimos las escaleras y nos quedamos un rato en el rellano: las otras estaban demasiado nerviosas y no subieron. La cocinera era católica y al instante se arrodilló y dio inicio a sus plegarias. El señor y la señora Thomas estaban al lado de su lecho mortuario. Supimos que había llegado el fin cuando la señora Thomas salió muy pálida y me dijo: «Ay, Matchett». Pero el señor Thomas pasó a nuestro lado sin decir nada. Yo había ordenado que le llevaran whisky al gran salón y de inmediato oí unas voces que provenían de allí. El señor y la señora Thomas eran muy diferentes a la señora Quayne: tenían su propia manera de enfrentarse a las cosas.

—Pero, Matchett, ella quería hacer el bien..

—No, ella quería hacer lo correcto.

Suspirando y girándose en la oscuridad, Portia apoyó en la rodilla de Matchett unos dedos que, con urgencia vital, imploraban por la muerta. Pero la misma textura del delantal, del almidón que cubría esa sólida rodilla, le indicó que Matchett seguía inconnmovible.

—Tú sabes lo que hizo, pero ¿cómo sabes lo que ella sentía? Era muy

extraño quedarse con un muerto. Tal vez lo correcto era lo único que ella había dejado sin hacer. Quedarse solo puede ser peor incluso que morir.

—Ella se quedó donde quiso, se marchara quien se marchase. No, él había sido injusto con ella y ahora le tocaba a ella ser justa consigo misma. Sí, era como el acero. ¿Peor que morir? Querida Portia, para tu padre tener que marcharse sí que fue peor que morir. Él amaba su hogar de un modo casi infantil. ¿Marcharse? A él lo expulsaron. Estaba a gusto con su lugar en el mundo, con sus trabajos manuales. Ese arroyo no fue lo único que hizo. Para un hombre como tu padre, el extranjero no era un lugar adecuado. Me pregunto cómo osaba ella contemplar ese jardín después de lo que había hecho.

—Tal vez era necesario que yo naciera.

—Ella lo expulsó, como hubiese echado a la cocinera o como me hubiera echado a mí... Aunque nosotras cumplíamos bien nuestras tareas y nos necesitaba. La recuerdo allí, de pie, siguiendo la escena mientras Thomas metía al señor en el coche y se marchaba con él como si fuera un niño. ¿Cómo pudo pedirle Thomas a su propio padre que hiciera eso? Vea usted la forma en que vivieron su padre y su madre, sin un lugar en el mundo, sin nadie que los respetara. A él lo habían respetado allá donde iba. ¿Quién lo puso en semejante situación?

—Pero mamá me explicó que ella y papá le habían hecho algo muy cruel a la señora Quayne...

—¿Y qué decir entonces de lo que ella les hizo? Tú sabes la forma, el estado lamentable en que vivían. Tú no habías nacido entonces, pero él sí que tuvo que vivir todo aquello.

—Sin embargo, a él le apetecía mudarse. Era mamá la que deseaba una casa: papá nunca la quiso.

—No se rompe en vano el alma de una persona.

Aterrada, Portia dijo:

—Pero nosotros, Matchett, éramos felices. Nos teníamos los unos a los otros; él tenía a mamá y me tenía a mí... Ay, no te enfades: me haces sentir que nacer ha sido culpa mía.

—¿Y quién tiene derecho a echártelo en cara? Si tú tenías que nacer, pues tenías que nacer. Esto mismo pensé el día que naciste, mientras lavaba la ropa: «Vaya, otra cosa más que ocurre en esta vida por alguna razón».

—Eso es lo que piensan ellos. Por eso mismo me prestan tanta atención. Me perdonarían si yo fuera alguien especial. Pero no sé qué se esperaba que fuese yo.

—Por favor —dijo Matchett—, no te pongas triste.

Sin querer, Portia había apoyado, al hablar, la rodilla bajo el delantal de Matchett como si tratara de mover una pared. Pero nada se movió. Al dejar que su mano volviese a caer sobre su rostro, en plena oscuridad, sintió un instintivo estremecimiento que sacudió la cama entera. Portia se pasó el dorso de esa mano por la boca. El gesto fue tan cauteloso que pareció frenado por el espanto de cierta monstruosa presencia. Se echó a llorar y vertió unas humildes lágrimas que no pudo contener, pero sin emoción real, como una actriz que ha memorizado un papel. Era como si estuviese teatralizando su pena. En realidad, esta absoluta sumisión intentaba eludir lo peor: el dolor que amenazaba con apoderarse de ella. Cruzó con fuerza sus brazos a la altura del pecho y se aferró a aquella cama como a una tabla de salvación. La menor advertencia del destino, el menor signo de su existencia —por ejemplo, unos pasos en la escalera—, hace que algunas criaturas se retiren a la oscuridad y se acurruquen. Sus lágrimas equivalían a arriar una bandera: se sentía extremadamente vulnerable.

Podía oírse el movimiento de sus hombros sobre la almohada; su temblor se propagaba por la cama y llegaba al cuerpo de Matchett. Los ojos de Matchett la escudriñaban en la oscuridad. Mientras oía la angustiada respiración de Portia, parecía esperar que su compasión por ella se agotase.

—Por el amor de Dios —murmuró—, ¿por qué quieres romperte a ti misma el corazón? Si la cosa no hubiese acabado, yo no hablaría de ello. Sin duda, estoy equivocada, pero me lo has pedido tú, has insistido. No deberías pedírmelo si vas a ponerte así. Quítate todo eso de la cabeza, sé una buena chica y duérmete.

Matchett desplazó su propio peso, le tendió una mano a Portia, notó que tenía las palmas mojadas y las apartó.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿De qué sirve todo esto?

La pregunta era casi retórica: Matchett sentía que algo se había aplacado. Después de arreglar las sábanas, colocó las manos de Portia sobre el embozo, como un par de adornos, y se agachó lo necesario para vigilarlas. Emitió un



sonido largo y sibilante que pareció elevarse por el aire, igual que los cisnes cuando surcan el cielo. Luego se interrumpió y propuso:

—¿Quieres que te acomode la almohada?

—No —contestó Portia con inesperada velocidad—. Pero no te vayas...

—Te gusta colocártela tú misma, ¿verdad? Sin embargo...

—¿Es conveniente que tú y yo olvidemos?

—Ya olvidarás cuando tengas más cosas que recordar. De todos modos, hubiese sido mejor no preguntar.

—Lo único que he hecho fue preguntar por el día en que nací.

—Sí, pero un tema nos condujo a otro... Y así es como reaparecen ciertas cosas.

—Pero, excepto a ti y a mí, a nadie le importa, ¿verdad?

—No, en esta casa no existe el pasado.

—Entonces, ¿por qué están tan nerviosos?

—Porque prefieren que no exista el pasado... Es decir, no tener pasado. No me extraña que no sepan bien lo que hacen. La gente sin recuerdos no sabe nada de nada.

—¿Por eso me has contado todo esto?

—Hubiera preferido no hacerlo. Nunca he sido muy parlanchina y no me gustaría alterar mis costumbres a estas alturas. Veo lo que veo, pero me lo callo. Me ocupo de mi trabajo. De todos modos, como habrás podido notar, no soy olvidadiza. Pienso que todo ocurre por algo. Pero las habladorías no tienen fin y no quiero ser parte de nada. He nacido con la boca cerrada: los que abren la boca no hacen más que meterse en líos, y tragar moscas. Si me preguntan, respondo... Siempre me ha bastado con eso.

—Pero nadie te pregunta nada, excepto yo, ¿verdad?

—Saben que no es conveniente —dijo Matchett. Entonces, al ver que el pliegue superior de la sábana de Portia no requería más atenciones, se reclinó y volvió a apoyarse sobre una mano—. Lo que no se dice, perdura —prosiguió—. Y, al cabo de cierto tiempo silenciado, adopta una forma que muy pocos se atreven a oír. Ay, al señor Thomas no le gustó en absoluto que yo me instalase aquí tras la muerte de su madre, pero me trató muy amablemente y todo salió a pedir de boca. «Hola, Matchett», me dijo, «verte aquí es como estar de nuevo en casa.» Con la señora Thomas fue más simple: a ella le interesaba mi

trabajo y pronto comprobó que sé trabajar. Las pertenencias de la señora Quayne que vinieron aquí estaban habituadas al buen trato. Y la señora Thomas lo sabía. Son muebles muy delicados, cuyo valor conocen bien el señor y la señora Thomas. Los objetos valiosos son el único punto en común entre la señora Quayne y la señora Thomas. Lo que yo limpio reluce a diez metros y la señora Thomas es de esas a las que les importa el aspecto de las cosas.

—¿Qué te hizo venir aquí?

—Me pareció lo apropiado. Además, no tuve el coraje de abandonar los muebles, creí que no sería capaz de reconocerme sin ellos. Esto era lo que me ataba al hogar de la señora Quayne. Me daba pena despedirme de esos mármoles que mantenía en tan buen estado. Pero había que terminar con ellos y me los saqué de la mente.

—¿Estás diciendo que los muebles te habrían echado de menos a ti?

—Los muebles saben. Pocas cosas pasan sin que los muebles las vean, creo yo; y las sillas y las mesas no mueren tan rápidamente, ¿no crees? Cada vez que paso el trapo a los muebles de la sala, me entran ganas de decirles: «Vosotros sí que sabéis más que nadie». Dios mío, cuando llegué aquí y vi la forma en que la señora Thomas había dispuesto los muebles de la señora Quayne... Si fuera una ingenua, diría que me quedé hasta pasmada. Pero los muebles no hablaron y yo tampoco. Si el señor y la señora Thomas son lo que se dice nerviosos, sin duda lo son a causa de las cosas que no se dicen. Yo no soy quién para reprocharles nada: ellos viven del mejor modo que pueden. Los muebles saben si una familia ha adoptado un modo de vida que no es natural, puedes estar segura de ello. Los buenos muebles saben muchas cosas. Un buen mueble sabe que fue hecho con determinado propósito, y se respeta a sí mismo. Cuando dije que estás hecha con un propósito concreto, te echaste a llorar. Los muebles que tenemos aquí son un lujo para gente que no desea tener pasado. Si tuviera que mirarlos mientras ellos me miran a mí, me pondría nerviosa, supongo. Pero, cuando ese es precisamente tu trabajo, no te queda otro remedio. Me he pasado años y años limpiando estos muebles: los conozco como a la palma de mi mano... Claro que sí, los conozco a la perfección. Pero yo no soy muy de hablar: no tengo tiempo. Cuando hicieron hueco para los muebles, hicieron hueco también para mí y pudieron ver que

nada iba a cambiar en sus vidas.

—Cuando yo llegué, sin embargo, fue peor para ellos.

—Fue lo adecuado—repuso de prisa Matchett—; fue lo primero que tu padre osó pedir desde el día en que se marchó...

—Sí, esta era la casa de la que hablaba. Siempre me contaba lo bonita que era. Aunque nunca estuvo aquí, pasó una vez por delante. Me contó que tenía una puerta azul y que estaba en una esquina; supongo que se imaginaba el interior. «Es la mejor zona de Londres para vivir», solía decir, «esas casas se alquilan directamente al rey y tienen un aspecto similar al Palacio de Buckingham.» Una vez, en Niza, compró un libro sobre pájaros y me mostró unas fotos de las aves acuáticas que hay en este lago. Me contó que muchas veces había contemplado esas aves. Me habló de los macizos de flores color escarlata. Yo imaginaba que las flores llegaban hasta el lago en forma compacta, sin un sendero como el que existe en medio. Me dijo que este era el único parque señorial que quedaba en la ciudad, y que Thomas cometería un grave error si se marchaba a vivir a otro sitio. Solía decirme, y se lo decía también a la gente con la que nos cruzábamos, que a Thomas le iba bien en sus negocios, que Anna era bonita —«refinada», era la palabra— y que ambos daban fiestas muy divertidas. Solía decir que un joven que se abre paso en el mundo tiene derecho a darse aires de vez en cuando. Siempre que estábamos en un lugar elegante, prestaba atención a cómo vestían las mujeres y no tardaba en comentarme: «Qué bien le quedaría eso a Anna». Sí, estaba muy orgulloso de Thomas y de ella. Era feliz al hablar de ellos. Como yo era muy pequeña y estúpida, le preguntaba: «¿Por qué no los vemos nunca?». Solía responderme: «Algún día». Me prometía que un día me iría a vivir con ellos. Y aquí estoy, como puedes ver.

—Bueno, pues al fin consiguió lo que deseaba —remató Matchett triunfalmente.

—A mí me gustaban porque papá estaba orgulloso de ellos. Pero, cuando estaba con mamá, tenía que olvidarlos... A ella le incomodaban. Mamá creía que Anna se burlaba de nuestro modo de vivir.

—La señora Thomas no se molestaba siquiera en burlarse. Ella siempre ha dejado vivir y morir a los demás, salvo si con ello se interponían en su camino. Pero nadie osó nunca interponerse en su camino.

—Pues a mí ha tenido que recibirme aquí...

—Tenía esta habitación vacía, disponible —dijo Matchett con amargura—. Nunca la ocupó, pese a que es muy inteligente y sabe sacarle provecho a todo... Al contrario, ha llenado la habitación con relojes, con mesas y con mil adornos. Cosas bonitas, que ojalá te gusten... Tiene un gusto algo especial y le encanta exhibirlo. Nunca ha ido más allá de eso. Y nunca lo hará.

—¿Significa que nunca sentirá afecto por mí?

—¿Eso es lo que anhelas? ¿Afecto? —dijo Matchett golpeando la cama con tal fuerza que Portia retrocedió—. Por supuesto, es ella quien tendría que estar aquí, donde yo estoy ahora —prosiguió Matchett con voz desapasionada—. Es absurdo que sea yo quien tenga que estar aquí, perdiendo el tiempo, con todo lo que tengo que coser.

El peso de su cuerpo tensó la cama. Se incorporó y se cruzó ariscamente de brazos, como expulsando de una vez para siempre todo el amor de su pecho. Portia distinguió su silueta contra la ventana, y comprendió que no era despecho lo que la animaba, sino un arrogante amor propio que alteraba el tono de su voz e imponía distancia.

—Tengo cosas que hacer —le dijo Matchett— y me parece bien que busques en contextos más adecuados a las personas que han de quererte. Ojalá que las encuentres. Sí, claro que me alegré el día que me anunciaron que habías nacido. Aunque tal vez hubiese hecho mejor en lamentarlo.

—¡No te enfades así, Matchett, te lo ruego! Con tu afecto me llega y me sobra.

—¡La que no te tienes que alterar eres tú!

—No, por favor, no te marches... —insistió Portia, desesperada. Entonces extendió los brazos y se escuchó el roce de las sábanas al caer al suelo. Reblandeciéndose contra su voluntad, Matchett abrió los brazos, se inclinó de nuevo sobre la cama y, en la misteriosa oscuridad, por encima de la almohada, ambas caras se acercaron y los ojos se buscaron, aun sin verse. Algo firme surgió entre ellas: no llegaron a besarse, de modo que siguió un silencio apremiante y nulo a la vez. Al cabo de un rato, Matchett se zafó juiciosamente y suspiró.

—Por favor, que llevo prisa.

Pero la mano de Portia, con su carga de emoción nerviosa, seguía aferrada

al cuello firme y ancho de Matchett, a su fuerte espalda. El abrazo de Matchett le había hecho sentir una especie de resistencia mesurada, como si estuviese resuelta a desear, no solo a sufrir, el poderío de la pared divisoria. La oscuridad ocultaba cualquier cambio que se hubiera permitido su rostro. Por fin dijo:

—Voy a colocarte la almohada.

Portia se puso tensa.

—No, no quiero. Me gusta así... No quiero.

—¿Por qué nunca me dejas?

—Porque me gusta así.

No obstante, la mano de Matchett se deslizó bajo la almohada, decidida a girarla. Y, una vez allí debajo, se detuvo.

—¿Qué es esto? ¿Qué tienes aquí?

—Es una carta, simplemente.

—¿Por qué la guardas ahí?

—Debo de haberla olvidado.

—O tal vez vino caminando solita —dijo Matchett—. ¿Puedo preguntarte quién te escribe cartas?

Portia trató de no decir nada. Con suma gentileza, permitió que Matchett recolocara la almohada y posó luego una mejilla en el lado más frío. Por un minuto, o casi, actuó como alguien que se dispone a dormir. Después, con infinito disimulo, tanteó debajo de la almohada... Así descubrió que la carta había desaparecido.

—¿Por favor, Matchett! —clamó.

—El lugar adecuado para tus cartas es el escritorio. De lo contrario, ¿para qué te ha dado un escritorio la señora Thomas?

—Me gusta poner aquí las cartas que acaban de llegar.

—A tu edad, ese no es lugar para cartas. Y no deberías recibir cartas de ese tipo.

—No es una carta de ese tipo.

—¿Y quién la ha escrito entonces, si se puede saber? —dijo Matchett alzando la voz.

—Ese amigo de Anna... Eddie.

—¿Vaya! ¿Así que él te ha escrito?

—Solo porque he cogido su sombrero.

—¡Cuánta amabilidad por su parte!

—Sí —dijo Portia con firmeza—. Sabe que a mí me gusta recibir cartas. Hacía tres semanas que no recibía ninguna.

—Y él sabe esas cosas, ¿verdad? Sabe que a ti te gusta recibir cartas.

—Así es, Matchett. Me gusta.

—Entonces creyó pertinente escribir para darte las gracias por el sombrero... Es la primera vez que este hombre se acuerda de tener modales. ¡Qué digo modales! Pero si ni siquiera tiene clase. La próxima vez dejarás que Phyllis le dé el sombrero o que él mismo lo recoja. Viene tanto por aquí que ya sabe de sobra dónde buscarlo... Y más vale que me prestes atención. Sé muy bien de lo que hablo.

La voz de Matchett, densa y carente de énfasis, resonó como una lenta grabación, con una pausa en la última palabra. Portia reposaba en una especie de ataúd de silencio, con una mano debajo de la almohada, allí donde la carta había estado hasta que Matchett la descubrió. Fuera de la habitación se oía el momentáneo silencio del tráfico detenido en Londres. Buscó con sus ojos la ventana y vio aquel cielo semejante a un vidrio oscuro, velado con su rojizo resplandor. La mano de Matchett asomó por su manga como un pájaro rabioso, golpeó una sola vez la pantalla fruncida de la lámpara de la mesilla de noche y la encendió. Enseguida, Portia cerró los ojos, apretó los labios y permaneció inmóvil sobre la almohada, como si tanta luz le causase una herida profunda. Se dio cuenta de que era muy tarde, más de las doce: ese momento en que el río de la noche fluye por debajo del tiempo, ese punto en que se produce el misterioso nacimiento del día de mañana. Aquella luz blanca, brusca y antiestética, despojada de sus sombras por los pliegues de las cortinas, hacía que aquella pareciera la habitación de una enferma. Y, como si, en efecto, estuviese en la habitación de una enferma, su espíritu se replegó hasta cerrarse.

Matchett seguía sentada, con la carta sobre su falda. Mientras tanto, sus dedos espatulados doblaban e incluso dañaban —con una crueldad sensual e inconsciente— los contornos del sobre azul. Tanteaba el sobre para sopesar el volumen de la carta, pero se cuidó muy mucho de sacarla.

—Sería un error que confiases en él —le dijo.

Sintiéndose por un instante segura, inviolable bajo sus párpados cerrados, Portia yacía mientras imaginaba que estaba allí mismo con Eddie. Vislumbraba, a la hora del atardecer, un vasto paisaje con lomas y cordilleras de sombras, como la superficie del mar. Una penumbrosa luz amarilla se posaba en los árboles y penetraba en sus oscuros corazones. En aquel sitio imaginario, el silencio era vibrante, como un delicado cristal. Sumergida en el crepúsculo, la comarca se elevaba con una ondulación tensa y lenta hasta el lugar donde estaban ella y Eddie, sentados a la puerta de una cabaña. Portia sentía a sus espaldas la presencia de la cabaña, colmada de oscuridad. Una luz sobrenatural les iluminaba las caras. La luz acariciaba los pómulos y las puntas de las pestañas de Portia; él la contemplaba con los ojos enceguecidos por el sol. Las manos de él colgaban entre sus rodillas y las manos de ella pendían apaciblemente, mientras los dos seguían sentados en el umbral de la cabaña. Sintió una suerte de calma henchida de satisfacción: ella y él eran uno solo, no hacía falta nadie más en el mundo. Portia ignoraba qué había en la cabaña a sus espaldas, pero aquella luz era eterna y ellos estarían siempre allí, juntos.

Después oyó que Matchett rasgaba el sobre. Sus ojos se abrieron de pronto:

—¡No toques eso! —exclamó.

—No habría creído esto de ti...

—Mi padre lo hubiese entendido.

Matchett meneó la cabeza.

—Estás diciendo disparates.

—Eres injusta, Matchett. No sabes nada.

—Yo sé que Eddie es de los que jamás da puntada sin hilo. Y se toma libertades. Eres tú, en cambio, la que no sabe nada.

—Pero sé cuándo estoy feliz. Eso sí que lo sé.

## 7

El comandante Brutt pensaba que hacer una visita como aquella era asunto sencillo: todo parecía propicio. Para empezar, había un excelente autobús, el 74, que iba de Cromwell Road directamente hasta Regent's Park. Él no era partidario de hablar por teléfono: llamaba a una puerta y listo. Anunciarse por teléfono le parecía pomposo y él era de los que sabían entrar en las casas con modestia. Había vivido en diversos lugares del mundo donde uno se presenta de improviso, así que no le resultaba raro hacerlo. Conservaba un recuerdo cálido y luminoso de Windsor Terrace y le hacía especial ilusión contemplar nuevamente aquel salón. Desde su última visita, la soledad casi constante de su hotel había hecho que Windsor Terrace se convirtiera en el repositorio de sus sueños, los cuales se orientaban hacia la buena de Anna y hacia su encantadora niña, a las que profesaba un deseo ferviente y tierno, poco menos que asexuado. Los hombres románticos tienen tendencia a conmovirse más con dos mujeres a la vez que con una sola: su amor parece alcanzar el ideal en un punto intermedio entre dos rostros distintos.

Ahora, el comandante volvía a ese paraíso quimérico comparado con el cual el resto de Londres parecía un árido desierto. Aquella noche, los Quayne habían sonreído mientras lo escoltaban hasta la puerta y habían dicho gentilmente: «Vuelva a visitarnos pronto». Brutt solía dar por sentado que la gente sentía lo que decía, de modo que aquí estaba, de regreso. Que Thomas hubiese añadido «llame antes por teléfono» no le había llamado especialmente la atención. Le habían dado *carte blanche* y allí estaba él, visitándolos de sopetón. A sus ojos, el sábado era un día de lo más propicio.

Esa tarde de sábado, tras regresar de la oficina, Thomas se hallaba sentado



en el escritorio de su estudio dibujando gatos en el cartapacio mientras esperaba que Anna volviese de una comida. No le convencía que ella comiese fuera de casa un sábado, y mucho menos que se demorase tanto. En cuanto oyó el timbre, levantó la mirada con actitud hostil (aunque existía la posibilidad de que Anna hubiera olvidado la llave), aguzó los oídos, frunció el ceño, le dibujó un bigote a uno de los gatos y volvió a levantar la mirada. En caso de que hubiera sido Anna, el timbre habría sonado dos o tres veces más. Pero la llamada no se repitió; tan solo quedó resonando en el aire de modo incierto. Era improbable que trajeran un encargo siendo sábado. Los telegramas ya se transmitían, casi siempre, por teléfono. En cuanto a la opción de que se tratase de una visita, esa posibilidad no se le cruzó ni un instante a Thomas por la cabeza. Las visitas eran algo inaudito en Windsor Terrace. Habían sido erradicadas: simplemente no ocurrían. La vida hogareña de los Quayne era tan privada como la de un matrimonio ilegítimo. Una suerte de alambrada eléctrica envolvía su intimidad: los amigos no aparecían sin telefonar antes. Nunca.

Por todo esto, hasta Phyllis, pese a su aplomo y pese al sentimiento de superioridad que le confería su nueva cofia, había olvidado cómo lidiar con una simple visita. Phyllis reconocía el aspecto de la gente allí «admitida»: esa gente llegaba espontáneamente y pasaba ante ella sin que mediase pregunta alguna. Algunos le sonreían, otros no, pero ella conocía el estilo de cada uno. Salvo con ocasión de cenas o comidas multitudinarias, jamás acudía a la casa alguien que no fuera un amigo íntimo o un conocido privilegiado.

Por consiguiente, cuando abrió la puerta y se topó con el comandante Brutt, Phyllis supo al instante que tenía derecho, por una vez, a imponer su autoridad: arqueó las cejas y lo miró fijamente. El comandante sintió que la promisoría puerta se había abierto de manera inesperada. Sabía, desde luego, que mucha gente cuenta con personal doméstico, pero la vez anterior aquel mismo vestíbulo había rebosado de luz, de sonrisas de despedida, de femeninos abrigos de piel. Titubeó un poco y Phyllis vio cómo su aplomo masculino flaqueaba. El desprecio que sentía Phyllis por la humildad hizo que lo catalogara como uno de esos militares retirados que venden aspiradoras, o incluso esos calcetines tan brillantes que se compran por lástima y que luego nadie se atreve a usar.

Con aplastante aire triunfal anunció que la señora Quayne no estaba en casa. Modificando su estrategia, el visitante preguntó por el señor Quayne, lo que terminó de persuadir a Phyllis de que estaba en presencia de una especie de pedigüeño. Tenía toda la razón: Brutt había hecho ese peregrinaje para ver a una Sagrada Familia.

—¿El señor Quayne?

—Iré a ver —repuso secamente Phyllis, lo miró de arriba a abajo y agregó—: ...señor. Iré a ver, ya le digo, siempre que usted me espere aquí.

Phyllis alzó la mirada: el hombre no traía maleta, así que le permitió entrar en el vestíbulo hasta cierto punto. Demasiado astuta para poner en evidencia a Thomas entrando directamente en el estudio, abrió la puerta que daba a las habitaciones de servicio y pensó en llamarlo desde allí por el teléfono interno. En el momento en que descolgó el receptor junto a la escalera, dispuesta a decirle «señor, ha venido alguien que dice...», oyó que se abría la puerta, que Thomas salía y decía algo. La señora Quayne nunca hubiera permitido que algo así ocurriera.

En los escasos segundos que mediaron antes de que Thomas abriera la puerta, el comandante había parecido entender que en esa casa era preferible aguardar un triunfo tardío antes que intentar abrirse un esforzado camino hacia él y así malograr sus objetivos de forma precipitada. Y, al tiempo que observaba aquellas escaleras poco o nada ventiladas, ciertos sueños se evaporaron de su mente. Echó una mirada al perchero, pero no quiso dejar allí su sombrero; no todavía, por lo que se mantuvo de pie, vacilante. Muy pronto, unas pisadas del otro lado de la puerta lo reanimaron como a un perro: sus bigotes se ensancharon, listos para sonreír.

—Pero... si es usted, ¡magnífico! —dijo Thomas y le tendió la mano abierta con tensa cordialidad—. Me pareció oír la voz de alguien. Lamento que...

—Por favor, soy yo quien espera no...

—¡No, por Dios, claro que no! Tan solo estoy esperando a Anna. Se ha ido a una especie de comida... Ya sabe usted cuánto se demoran esas cosas.

El comandante Brutt no tenía la menor idea al respecto: pensaba que era más bien la hora del té. Dijo «deben de ser lugares muy aptos para conversar», mientras Thomas, no del todo resignado, lo hacía pasar al estudio haciendo

gala de excesivo alboroto. El salón se desdibujaba en una vaporosa penumbra vespertina. Thomas se había quedado dormido durante una hora, antes de desenroscar su pluma fuente, abrir el cartapacio y colocar unos papeles sobre su mesa de trabajo.

—Todo el mundo habla a la vez —dijo Thomas—. No me explico cómo se las apañan para conversar.

Miró con cierta nostalgia a sus gatos, cerró el cartapacio, metió algunos papeles en un cajón y lo cerró ruidosamente. Sí, parecía estar diciendo, estaba ocupado, pero no importa. Mientras tanto, el comandante Brutt tiró de sus pantalones hasta que tuvo las perneras a la altura de las rodillas y se instaló en un sillón.

Tratando de concentrarse, Thomas dijo:

—¿Un coñac?

—No, gracias. No por ahora.

Thomas acogió esta respuesta con una pizca de resquemor porque la situación se estaba volviendo complicada a ojos vista. Con certeza, el comandante Brutt deseaba tomar el té, mientras los Quayne preferían pasarlo por alto. Anna, a quien las grandes comidas no le sentaban bien, regresaría seguramente con el ánimo irritado, sin ganas de ver a nadie. Ella y Thomas habían planeado dar un paseo por el parque y después, a eso de las cinco, ir al cine, a ver alguna película francesa. En el cine se sentían amantes clandestinos; solían volver cogidos del brazo en un taxi. A Thomas se le ocurrió que la joven Portia podía ser tanto o más útil que él para el comandante Brutt; es más, tal vez fuese ella su verdadero objetivo; pero, desgraciadamente, Portia no apareció por ningún lado. El sábado era su día libre, el día que solía quedarse en casa. Sin embargo, después de venir a comer, según le contaron a Thomas, Portia había vuelto a salir de inmediato, y nadie sabía adónde había ido. Matchett pensaba que probablemente no fuera a tomar el té. Thomas notó que se había habituado a la presencia de Portia, tanto que le molestaba no tenerla cerca un sábado por la tarde.

Este inconveniente adicional hizo que Thomas se preguntara por qué había abierto la puerta en vez de hacerse el dormido. ¿Se había sentido encerrado u oprimido en su estudio? ¿Se hallaba, en realidad, más solo de lo que pensaba? ¡Qué problema estar sentado frente a un hombre tan paciente...! De forma

imprecisa y mezquina, Thomas le lanzó al comandante Brutt una rauda mirada. A todas luces, Brutt estaba desempleado: ¿no le había dicho que tenía varios proyectos entre manos? Aquello significaba que rondaba en busca de algo. Sí, por eso había venido. Andaba al acecho de una oportunidad en Quayne & Merrett: no sería tampoco el primero, de todos modos.

De pronto, Thomas sintió una suerte de repugnancia hacia sí mismo. Apartó bruscamente su cabeza del sillón y comprobó, avergonzado, que el trabajo lo había puesto en una falsa posición, lo había encaramado a las almenas de una especie de odioso castillo. Solo podía ver a través de unas rendijas, unas grotescas rendijas en su rostro, unas rendijas que lo dotaban de visión reducida. Su modo de mirar las cosas se había vuelto, con el tiempo, limitado y engañoso. Al distinguir que algo se movía en su campo de visión, incluso un animal, pensaba: «¿Adónde conduce esto?». El menor ademán ajeno lo ponía a la defensiva: «¿Qué andan buscando? ¿Qué quieren?». La vida en sociedad eran los intereses personales maquillados con un agradable barniz. Uno sentía la presión detrás de la charla más banal. Las charlas con las amistades estaban punteadas con largos silencios, y siempre había un ojo calculador que miraba el reloj. El amor parecía el único recreo, lo único que aniquilaba ese cruel conocimiento. Thomas era capaz de amar sin pensar en nada más. Por eso amaba sin las precauciones adoptadas por las almas más simples; y esto sirve para explicar por qué los hombres astutos resultan engañados con mayor frecuencia.

Más allá de lo que Brutt esté buscando, pensó Thomas, sin duda no podemos darle trabajo. En Quayne & Merrett solo querían individuos de buen olfato, dotados de una especie de nerviosismo destilado. Podían emplear a muchos Eddies, pero a ningún Brutt. El comandante, se dijo, debía probar suerte en algo vinculado a los viajes, si es que no estaba ya tentando el terreno. Todo lo que podía ofrecer en el mercado era su (dudosa) experiencia, su imperturbable viveza y su mirada franca, gris y pétrea, una mirada que a Thomas le resultaba poco menos que hipnótica. También estaba, desde luego, su coraje, pero dicho atributo carecía ahora de contexto, de utilidad, de aplicación, resultaba inútil y manoseado. Los modelos de hombre tienen sus épocas, al igual que los modelos de coches; el comandante Brutt era un modelo 1914-18: ya no había mercado para él. Y su afán por seguir vivo

volvía más patético si cabe el caso... No, no podemos darle trabajo, se dijo. Y Thomas volvió a mover con brusquedad la cabeza. El comandante era, francamente, un desecho, el golpe final a un mundo que a Thomas le disgustaba profundamente.

Con una rudeza algo hostil, Thomas le ofreció su pitillera a Brutt, quien vaciló y al fin decidió fumar. Esto iba a serenarlo. (Aunque Thomas no sospechó que Brutt quisiera serenarse.) El hecho de que Thomas existiera, de que Thomas fuese marido de Anna, era un golpe duradero. El comandante todavía pensaba en Anna como en la amante de Pidgeon. La imagen de aquella velada que habían compartido los tres —Anna, Pidgeon y él— seguía grabada en su mente de modo indeleble, resultaba imposible de borrar, como el preciado bien de un hombre con pocos bienes que viaja por todas partes atesorando ese recuerdo. Al aproximarse a Anna en el vestíbulo del Empire, no se había imaginado que ella estuviera esperando a otro hombre más que a Pidgeon, y su corazón se había acelerado porque supuso que se reencontraría con su amigo. Pero entonces había aparecido Thomas diciendo algo acerca de un taxi y, con sonrisa apropiatoria, había agarrado a Anna del codo y la había arrastrado fuera del vestíbulo. Eso había sido impactante (por más que ella acababa de decirle que se había casado) y aún lo era. Aquella velada imborrable —la de ella, la de Pidgeon, la suya propia— había tendido un hilo continuo a través de sus inciertos días. Cada vez que se sentía deprimido, se acordaba de esa noche. La boda de Anna con Pidgeon era el gran acontecimiento que correspondía esperar. Sin embargo, como Pidgeon no decía nada al respecto, y seguía sin decir nada, el comandante Brutt solo pensó que llevaba esperando demasiado tiempo. No hay fidelidad comparable con la fidelidad del amante vicario que ha contemplado una vez a dos personas darse un beso. Al haberse casado con Thomas, al haber vivido ocho años en Londres como esposa de Thomas, Anna había aniquilado a una parte del comandante Brutt. Por la sonrisa triste y serena de ella en el vestíbulo del Empire, el comandante notó que Anna era consciente del efecto que había causado en él, e interpretó su gentileza como una expresión de remordimiento. Cuando, más tarde, en la casa, con su afabilidad femenina, lo había empujado a hablar de Pidgeon, de su único amigo en común, lo único que había conseguido era agravar las cosas. Brutt no había sabido qué cara poner mientras ella hablaba

de Pidgeon, del plato y de la naranja. Lo único que había hecho algo más soportable aquella situación fue la presencia de Portia.

Pero un hombre debe vivir. Por algo ponemos tanto de nosotros en las vidas ajenas o incluso en las imágenes fugaces de ciertas personas que no conocemos. El grupo feliz al otro lado de la ventana iluminada, la silueta de pie entre la alta hierba de la huerta que vemos desde el tren permanecen y nos reconfortan en nuestras horas más sombrías. Las ilusiones son arte para la persona que siente; vivimos por medio del arte, si es que vivimos. Si a algo somos fieles, después de todo, es a la emoción, tanto que aprendemos a rescatarla en otras partes. El comandante Brutt, invitado esa noche por primera vez a Windsor Terrace, hallándose en el punto culminante de su angustia en nombre de Pidgeon, se había encariñado en el acto con esa cálida habitación. La hospitalidad general y la joven sentada junto al fuego influyeron para que empezara a olvidar a Pidgeon. También él poseía cierta rudeza en sus sentimientos, y había estado viviendo solo en un hotel de Cromwell Road. El resplandor en el tapiz, Anna tumbada en el sofá con sus bonitos pies en alto, Thomas buscando los cigarrillos, Portia acariciándose los codos como si mimara a un par de gatos... De todo eso parecía brotar un sueño. Salvo que Thomas no encajaba del todo en ese sueño. Así que Brutt esperaba, al aceptar su cigarrillo y quedar un poco más en deuda con él, entablar un vínculo más normal, un vínculo de hombre a hombre.

El comandante miró a Thomas como a alguien que se ha alzado con el gran premio de una rifa. Pero, en la luz menguante de aquella tarde de sábado, la soledad flotaba como una nube en medio del estudio. Los papeles revueltos, las cenizas, la taza de café vacía le daban un aire poco y nada triunfal al sucesor de Pidgeon, como si nunca se hubiera alzado con ningún premio. El fuego parecía limitarse a sonreír, semejante al fuego de un anuncio publicitario. El comandante Brutt, a quien el raciocinio nunca lo conducía a grandes deducciones, era dado a una especie de intuición meteorológica con las personas y, a partir de los bruscos movimientos que hacía Thomas con la cabeza, notó la tensión que anidaba bajo sus buenos modales. El comandante Brutt, que estaba impasible, poseía esos reflejos que hacen que un animal se marche súbitamente o se resista a entrar en un recinto. ¿Estaba Pidgeon con ellos, cerniéndose por encima de Thomas, mientras Thomas rendía honores al

amigo de Pidgeon? Brutt había decidido fumar, por lo que dio una calada y la pequeña incandescencia de la punta del cigarrillo se reflejó en sus ojos color guijarro. Se dijo que debía marcharse pronto... Pero no aún.

Entre tanto, Thomas ofrecía la cabal imagen de un hombre dichosamente instalado en un mullido sillón. Sin querer, soltó un bostezo exagerado y dijo, para disculparse:

—Siento mucho que Anna no esté en casa.

—Bueno, he sido yo quien ha corrido el riesgo con esta visita casual.

—Lamento que Portia tampoco esté. No tengo idea de adónde ha ido.

—Sale a menudo, me imagino.

—Lo cierto es que no sale tanto. Todavía no. Es muy joven.

—Hay algo delicioso en ella, si se me permite decirlo —soltó Brutt, entusiasmado.

—Sí, hay algo... Es mi hermana, ¿lo sabía usted?

—Me alegra oírlo.

—O, mejor dicho, mi medio hermana.

—Es más o menos lo mismo.

—¿De verdad? —preguntó Thomas—. Bueno, supongo que así es. En cierto modo, resulta un poco raro. Para empezar, nos separa media generación. Sin embargo, me parece que nos entendemos bastante bien. Hemos pensado en hacer una prueba de un año, más o menos, para ver si a ella le gusta vivir aquí, con nosotros. Portia es huérfana, ¿sabe? Cosa que es bastante dura. No la veíamos a menudo porque mi padre prefería vivir en el extranjero. Así pues, tuvimos miedo de que no le interesase nuestra propuesta. Como acaba de perder a su madre y aún es joven para salir con Anna, pensamos que tal vez Londres le parecería un poco... En fin, por suerte todo está saliendo muy bien. Le hemos encontrado una buena escuela y se está haciendo amiga de varias muchachas de su edad...

Abrumado por la aparente insipidez de lo que él mismo decía, Thomas dejó inconclusa la frase y se reclinó en el sillón. Pero el comandante Brutt, que había escuchado con suma atención, esperaba más.

—Es una bendición contar con una chica de su edad. Me da la impresión de que les contagiara con su alegría —comentó—. ¿Qué edad me ha dicho que tiene?

—Dieciséis.

—Ha de ser una gran compañía para... para la señora Quayne.

—¿Para Anna? Claro que sí. Qué curiosa fue la forma en que usted y Anna se encontraron. Ella es un poco perezosa para mantener el contacto con sus viejos amigos; pero, al mismo tiempo, los echa de menos.

—Me pareció muy gentil que recordara mi nombre. Sobre todo, porque, no sé si usted lo sabe, ella y yo nos vimos una sola vez.

—Sí, por supuesto, con Robert Pidgeon. Lamento no haber tenido el gusto de conocer a Pidgeon. Me temo que él no para de viajar, mientras que yo ya he echado mis raíces aquí.

Tras lanzarle al comandante una nueva mirada preñada de sospechas, Thomas añadió:

—Tengo una agencia de publicidad... No sé si usted lo sabe...

—¿De veras? —repuso amablemente el comandante Brutt y arrojó la ceniza en el enorme cenicero de vidrio—. Me parece perfecto, si le agrada vivir en la ciudad.

—¿A usted le gustaría vivir en otra parte?

—Sí, admito que sí. Pero todo depende, claro está, de lo que se va presentando. Tengo varias...

—¿Opciones posibles? Creo que hace usted muy bien.

—Sí. De esta manera, si una cosa no sale, siempre puede haber otra que se concrete... El único inconveniente es que he perdido contacto con mi antigua gente.

—¿Ah, sí?

—Sí, supongo que he pasado demasiado tiempo en el extranjero. Por eso quiero quedarme un poco aquí, para reestablecer contactos.

—Sí, pero... ¿a qué contactos se refiere? —preguntó Thomas—. ¿Qué intenta usted exactamente?

Una oscura vacilación, una duda momentánea, hizo que el comandante Brutt frunciera el ceño y mirase a Thomas de forma más personal que hasta entonces. Sin embargo, su mirada fue menos clara: la miasma que se espesaba en el estudio tendía una especie de velo ante sus ojos.

—Bueno —dijo—, espero que haya algo. Hablo en términos generales. Algo que todos ustedes...



—¿Todos nosotros? ¿Quiénes somos nosotros?

—En fin... Usted, por ejemplo —dijo el comandante Brutt—. Algo tiene que haber... Por eso, yo estoy sin contactos. Sé que existe algo... Algo que los une a ustedes.

—Entiendo —respondió Thomas—, pero dudo de que realmente exista algo. Lo cierto es que no solemos juntarnos mucho. Ninguno de nosotros se siente muy bien en esos casos, y ninguno quiere que el otro lo sepa. Supongo que no hay nada más desintegrador que la competencia y el miedo, y eso es lo que sentimos todos. Lo irónico es que los demás nos clavan los cuchillos a nosotros, los burgueses, porque dan por sentado que nos estamos dando la gran vida. Eso imagino yo, al menos, que suponen los demás. Pero no se han dado cuenta de que no nos preocupamos mucho por nosotros mismos. No éramos tan odiados cuando les dábamos más motivos para odiarnos. Pero hay que tener agallas para ser tan idiotas como lo fueron nuestros padres. Nosotros somos apenas una lamentable pandilla de pequeños Christopher Robins.<sup>5</sup> Por supuesto, tenemos que vivir, pero no sé si sabemos para qué. Todo lo que podemos esperar es seguir adelante hasta que los demás nos quiten el poder de las manos.

—Vaya, ¿no tiene usted una visión muy tétrica de las cosas?

—Supongo que usted intenta decirme que debería hacer más ejercicio físico, o tomar sal de frutas, ¿verdad? No, en serio, no creo que usted esté perdiéndose mucho. Dudo que haya por ahí fuera nada interesante... Sin embargo, tal vez Anna sepa de algo... ¿Un cigarrillo?

—No, gracias. No por ahora.

—¿Qué es eso? —dijo Thomas bruscamente.

El comandante también volvió la cabeza. Ambos oyeron que giraba una llave en la puerta principal.

—Anna —dijo Thomas con fingida indiferencia.

—Bueno... en tal caso me parece que yo debería...

—De ningún modo. Ella estará encantada.

—Pero viene con gente.

En efecto, del vestíbulo llegaban unas voces apenas audibles.

—Por favor, quédese. No se marche —repitió Thomas y se puso de pie con un suspiro. Fue hacia la puerta del estudio y la abrió súbitamente, como

resuelto a desbaratar un motín. Después, exclamó con voz sombría:

—Ay... Hola, Portia... Hola, buenas tardes...

—Buenas tardes —contestó Eddie con la educada cortesía que ahora le dispensaba a Thomas fuera del horario de trabajo—. No queremos molestar, ya nos marchamos.

Moviéndose hábilmente alrededor de Portia, Eddie cerró la puerta del estudio a espaldas de la hermana de Thomas. Su desenvoltura mostraba el buen estado de sus nervios puesto que, ¿desde cuándo tenía el viejo Thomas la costumbre de asomarse inesperadamente a ver qué ocurría en el vestíbulo? Portia no dijo nada; seguía de pie detrás de Eddie, sonriendo de una manera un tanto excesiva. A Thomas le pareció estar ante dos horribles mellizos que alzaban las cabezas con el mismo frágil orgullo y esbozaban la misma confiada sonrisa. Desde luego, habían planeado entrar sigilosamente, sin ser vistos, y su reacción excesivamente cortés ante Thomas probaba cuán desagradable había sido toparse con él. Tenían ambos el rostro encendido por haber caminado deprisa.

Thomas, por su parte, exhibía su desconcierto y miraba, perdido, por encima de ellos.

—Pensé que era Anna —explicó.

—Lamentamos no ser ella —dijo Eddie con suma educación.

—¿No ha regresado todavía? —preguntó Portia mecánicamente.

—No, pero te diré quién está aquí —repuso Thomas—. El comandante Brutt. Puedes pasar a verlo, Portia. No te llevará más de un minuto.

—Nosotros... Bueno, ya nos íbamos.

—No te hará daño pasar un minuto, ¿verdad?

Hasta el hombre más díscolo y misántropo del mundo tiene momentos en los que quiere imponerse, asomarse al vestíbulo y conseguir lo que se propone. Los dibujos de una gota de lluvia al caer por un cristal o la desobediencia de un animal doméstico pueden volverse inesperadas formas en que la naturaleza se despliega. Thomas sintió cierto placer forzando a Portia a entrar en el estudio, apartándola de Eddie y propiciando un encuentro con el comandante Brutt. Apoyó una mano en su omóplato y la empujó con una invisible e inconfesada crueldad. Obstinado en su idea de estar lo más al margen posible, Eddie se mantuvo unos pasos atrás.

El comandante, mientras duraba esta charla en el vestíbulo, había permanecido sentado, con las piernas abiertas, moviendo vagamente las muñecas hasta hacer relampaguear los gemelos en los puños de su camisa. Llegó a oír ciertas palabras, pero se las quitó de encima como un perro sacude las orejas. La muchacha, tras el empujón, cruzó la puerta y se aproximó a él; después, Thomas presentó a Eddie. Portia y Eddie se alinearon hombro con hombro y sonrieron a Brutt con deferencia de cautivos. El comandante creyó ver en los ojos de ella la complicidad de una alegría interrumpida.

—No he podido evitar venir de improviso —le dijo el comandante a Portia—, y me temo que estoy molestando a su hermano. Pero su cuñada había tenido la bondad de decir que...

—Por supuesto. Y no dudo de que hablaba en serio —intervino Portia.

—En cualquier caso —retomó Brutt su argumento, manteniendo penosamente su cordial sonrisa—, su cuñada no está en casa. Me dicen que ha comido fuera. Mientras tanto, he impedido que su hermano pudiera trabajar en paz.

—¡En absoluto! Ha sido un rato muy entretenido —dijo Thomas, y volvió a sentarse en el sillón con tal firmeza que Portia y Eddie se vieron obligados a decidir si sentarse también o permanecer de pie. Hicieron esto último, revelando aún más su deseo de ausentarse, de estar en otro lugar. Aunque estaban separados entre sí apenas por unos centímetros, parecían casi cogidos de la mano. Portia miraba más allá de Eddie, hacia la nada, muy lánguidamente, como si él no existiese mientras no fuera posible mirarlo. Eddie se puso a fumar, pero lo hacía de una forma muy aparatosa. Esta prueba del vínculo que existía entre ellos —tan poderoso que implicaba una total indiferencia hacia los demás— Thomas la acogió fríamente: otra preocupación doméstica. También se preguntó cómo Eddie tenía la insolencia de...

Incluso al comandante Brutt, más indulgente que Thomas con el amor, esto le pareció una especie de sacrosanta anomalía.

—¿Dónde han estado? —dijo Thomas, que tenía, después de todo, pleno derecho a preguntar.

—Hemos ido al zoológico.

—¿No hacía demasiado frío?

Portia y Eddie se miraron, incapaces de responder.

—Allí no hay más que rachas de aire y malos olores —dijo Eddie—. Pero nos ha parecido muy bonito, ¿verdad, Portia?

Pasmado, Thomas pensó: qué atrevimiento el de Eddie... ¿Qué ocurrirá cuando regrese Anna, qué dirá ella de esto?

## 8

—¿Quién era ese vejstorio?

—El comandante Brutt. Un amigo de alguien que Anna conocía.

—¿Quién?

—Su apellido era Pidgeon.

Eddie rió al oír el nombre. Después quiso saber:

—¿Ha muerto?

—No. El comandante Brutt dice que goza de buena salud.

—Nunca había oído hablar de ese tal Pidgeon —dijo Eddie frunciendo el ceño.

Sin malicia, ella preguntó:

—Pero ¿es que acaso conoces a todos los amigos de Anna?

—Te dije que íbamos a cruzarnos con alguien. Te previne sobre lo que iba a suceder si volvíamos.

—Pero tú me propusiste que viniera a recogerlo...

—Es cierto... Y me parece que este Brutt es un viejo indecente. Te miraba con lascivia.

—No, Eddie. No es así.

—De acuerdo, lo que tú digas —convino Eddie con aire abatido—. Supongo que es mucho más amable que yo.

Girándose, Portia observó la ansiosa expresión de Eddie.

—Hoy parecía triste —dijo.

—No lo dudo —comentó Eddie—. Estaba esperando su turno. De acuerdo, puede que él sea mucho más amable que yo, pero debo decirte que no tolero a esa clase de individuos. ¿Has visto en qué estado dejó al pobre Thomas?

Parecía poco menos que hecho trizas. No, ese Brutt es un bestia. ¿Comprendes, querida Portia, que si existe gente como yo es porque existe gente como él? Lo que no consigo explicarme es cómo diablos logró introducirse en esa casa...

—Dijo que Anna lo había invitado.

—¡Anna es tan cínica...!

—Creo, Eddie, que exageras.

—Gracias a Dios, carezco de todo sentido de las proporciones. Y no hay duda de que ese hombre me desprecia.

Eddie guardó silencio y resopló alargando el labio inferior.

—Ay —dijo Portia—, lamento que nos hayamos topado con ellos.

—Te advertí de lo que podía suceder si regresábamos. Esa casa es como una telaraña.

—Pero me dijiste que deseabas ver mi diario.

Tomaban el té o, mejor dicho, habían pedido el té. Estaban en el museo de cera de Madame Tussaud. Portia, que nunca antes había estado allí, se sentía decepcionada porque las camareras eran de carne y hueso; pero no se trataba de ninguna estafa, pues los muñecos de cera no estaban lejos de allí. Eddie y ella se habían sentado codo con codo en una gran mesa preparada para cuatro o seis personas. El diario de Portia, que habían cogido en Windsor Terrace, yacía intacto entre ambos, sujeto con una suerte de elástico.

—¿Por qué dices que Anna es cínica? —inquirió ella.

—Porque tras sus nobles actos se ocultan razones perversas. Sea como sea, a mí no me importa.

—Si no te importa, ¿por qué te indignas tanto?

—Después de todo, cariño, se trata de un alma humana. Y ocurre que, en otro momento, su forma de ser me alteró. Me he vuelto peor de lo que era desde que conocí a Anna. Si te hubiese encontrado antes a ti...

—¿En qué sentido «peor»? ¿Te consideras malvado acaso?

Apartándose un poco de la mesa, Eddie recorrió con la mirada todo el restaurante, las luces, las otras mesas, los espejos, y sopesó lo que iba a responder, como si Portia le hubiese preguntado si se sentía mal. Después, posó su mirada en el rostro de ella y dijo con una sonrisa casi radiante:

—Sí.

—¿En qué sentido lo dices?

En ese preciso momento, apareció la camarera con una bandeja y dejó en la mesa una tetera, una jarra con agua caliente, un plato con panecillos y otro con pastas. Apenas se retiró, Eddie levantó la vista, vio los panecillos y dijo:

—Demonios, ha olvidado traernos la sal.

—Hazle una seña y pídesela... Realmente, Eddie, no entiendo por qué dices que eres malvado. ¿Malvado en qué sentido?

—A ver, ¿qué es lo que no soportas de mí?

—No me parece que yo...

—Intentémoslo de otra manera: ¿qué es lo que menos te agrada de mí?

Portia meditó un instante. Después dijo:

—Esa manía de hacer muecas todo el tiempo, sin un motivo concreto.

—Las hago cuando no quiero tener rostro. No soporto que la gente haga deducciones a partir de mis muecas.

—Pero llaman demasiado la atención. Y la gente se da cuenta, por supuesto.

—De acuerdo, pero los ponen sobre una pista falsa. Dios santo, piensan, va a tener un ataque de nervios, está al borde de un colapso. Eso los excita y a mí me da tiempo para serenarme. Al rato, ya estoy hecho nuevamente un témpano.

—Entiendo... Pero...

—Lo que tú debes entender, cariño, es que la gente me abruma... ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Sí.

—Es muy importante que lo entiendas. En cierto aspecto, creo que me porto peor con otras personas (con Anna, por ejemplo) cuando tú estás presente. Siento que tú sabes por qué lo hago, y sentir eso me excita. Nunca debes hacerme sentir que no entiendo.

—¿Qué podría pasar si lo hago?

—Me convertiré en una criatura irreal —repuso Eddie. Cogió los guantes de Portia y los apretó en su puño. Seguidamente miró, horrorizado, por encima del sombrero de ella. Portia volvió la cabeza para saber qué estaba observando y, de este modo, los dos se encontraron con su imagen reflejada en un gran espejo.

—Siento que siempre entenderé lo que sientes. ¿Crees que es muy grave

que, en ocasiones, no comprenda lo que dices?

—Para nada, cariño —dijo Eddie animado—. Entre tú y yo, ¿sabes?, no hay nada intelectual. De hecho, no sé para qué te hablo. En más de un aspecto, sería preferible que no te hablase.

—Pero algo debemos hacer.

—Tengo la impresión de que a este paso echaré a perder nuestra amistad. Veo que te devanas los sesos y que eso te hace infeliz. ¿Será que nunca has conocido a alguien como yo?

—Ya me has explicado que no existe nadie como tú.

—Pero hay muchísimas personas que imitan lo que yo soy realmente. Supongo que no has conocido a ninguna de ellas todavía... Sirve el té, cariño, sirve, que se está enfriando.

—Espero hacerlo bien —dijo Portia asiendo la tetera de metal con ayuda de su pañuelo.

—Dime, Portia, ¿nunca nadie te había llevado antes a tomar el té?

—Nunca así, a solas.

—¿Tampoco a comer? ¡Me haces sentir tan feliz!

Eddie observó cómo ella llenaba lentamente la taza, de manera cautelosa, con un temblequeante chorro de agua.

—Para empezar —siguió diciendo—, tengo la sensación de que puedo estarme quieto. Eres la única persona que conozco con quien no necesito hacer nada en especial. Todas las demás personas que conozco me hacen sentir que debo ganarme el pan. En cambio, siento que tú y yo estamos hechos de la misma pasta: los dos somos algo malvados, pero también algo inocentes. Me pareció que tu cara se iluminaba cuando dije que Anna era perversa.

—No has dicho eso. Has dicho que era cínica.

—Cuando pienso en el dinero que me he gastado enviándole flores...

—¿Eran muy caras?

—Eran caras para mí. Lo cual demuestra lo tonto que he llegado a ser por su culpa. Hace tres años que ando con deudas y ya no hay quien me eche una mano... Pero no, cariño, no tengas miedo, puedo pagar este té. Perder la cabeza es algo que literalmente no puedo permitirme. Te dirán que suelo vivir a costa de los demás. Pero una sola cosa es cierta: he sido comprado. Todos piensan que anhelo lo que ellos tienen, pero no es así. Creen que, si me



compran, hacen un buen negocio.

—Supongo que, en cierto modo, es así.

—Ay, cariño, tú no lo entiendes... ¿Pensarás que soy vanidoso si te digo que soy guapo?

—No. Yo también pienso que eres muy guapo.

—Pues lo soy. Y, además, poseo un gran encanto que seduce a la gente. Casi nunca advierten mi inteligencia. Siempre me están maltratando. Odian mi intelecto porque no está en venta. Esa es la verdadera razón por la que todos me odian. Yo mismo siento odio, a veces. Pero no podría estar con esos cerdos si no fuera tan inteligente. La última vez que estuve en mi casa, Portia, mi hermano menor se burló de mis manos delicadas.

Portia llevaba un rato sin mirar directamente a Eddie, temerosa de que su atención hiciera que él se callara. Había cortado su bollo en porciones muy pequeñas y las iba mordisqueando distraída mientras le echaba sal a cada porción. Apenas dio cuenta del primer bollo, se limpió los dedos en una servilleta de papel y bebió un largo sorbo de té. Mientras bebía, observó a Eddie por encima de la taza. Dejó la taza en el platillo y dijo:

—La vida es siempre tan complicada...

—No se trata únicamente de la vida... Se trata de mí.

—Supongo que se trata de ti y de la gente.

—Sí, mi ángel, sospecho que tienes razón. Yo no trato sino con gente a la que le caigo bien, pero ese grupo no incluye a ninguna persona decente.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Salvo tú, por supuesto... Si dejas de gustarte, no has de permitir que me dé cuenta, ¿vale?

Portia se fijó en si la taza de Eddie estaba vacía. Después, clavó los ojos en el cuaderno donde escribía su diario y se quedó contemplando la cubierta de color negro.

—Me has dicho que soy guapa.

—¿Te he dicho eso? Mírame. Déjame verte.

Orgullosa y tímida al mismo tiempo, Portia le enseñó su rostro. Pero él se rió:

—Cariño, tienes la barbilla sucia de mantequilla y sal, como la nieve de las tarjetas de Navidad. Permíteme que te limpie... ¡No te muevas!

—¡Iba a comer algo más de pan!

—En ese caso, no vale la pena... No, eso no está bien. No soportaría inspirarte pensamientos serios.

—¿Tienes pensamientos serios a menudo?

—Muy a menudo... Te lo juro.

—Eddie, ¿qué edad tienes?

—Veintitrés.

—Dios mío —soltó ella con gravedad, y cogió otro panecillo.

Mientras Portia comía, Eddie la estudió con ojos fulgurantes.

—Tienes una cara algo bobalicona —dijo—, pero muy animada. Una cara llena de comprensión. ¿Por qué estoy siempre con personas que no son como tú? Cada vez que hablo con esas personas, sé que se burlan en secreto y piensan que soy histriónico. De acuerdo, soy histriónico. ¿Por qué no? Soy dramático y teatral. La obras completas de Shakespeare habitan en mí. Todo el mundo siente lo mismo, claro está, y por eso se vuelven tan locos con Shakespeare. La diferencia es que yo lo demuestro, mientras que ellos no se atreven y se me echan encima. ¡Serán idiotas!

Sin dejar de comer, Portia escrutaba el ceño de Eddie, tenso tras la fuerte emoción, pero no osaba decir nada. Tan meticulosa actitud la convertía en una especie de espectadora que asiste a una obra teatral hablada en un idioma extranjero del que no entiende ni media palabra: hay que seguir cada hecho con el máximo de atención. Un poco inquieto por la mirada de ella, Eddie se interrumpió.

—¿Te estoy aburriendo, cariño?

—No... Solo pensaba que, excepto por lo que respecta a mis charlas con Lilian, esta es la primera conversación que he tenido con alguien. Desde mi llegada a Londres, quiero decir. Y se parece al tipo de conversaciones que mantengo en mi cabeza constantemente.

—Tienes suerte. Son bastante más amenas que las conversaciones que mantengo yo en la mía. Me hago toda clase de reproches. No me llevo nada bien conmigo mismo, ¿sabes...? Pero ¿no me habías dicho que hablabas con Matchett por las noches?

—Sí. Pero ella no está en Londres, está en casa. Y últimamente está algo más fría conmigo.

El rostro de Eddie se ensombreció de repente.

—Por mi culpa, supongo, ¿verdad?

Portia titubeó.

—Nunca le caen bien mis amigos.

Molesto por el plural, él contestó:

—Tú no tienes amigos.

—Está Lillian...

Eddie torció el gesto.

—No, el problema con esa vieja es que es una celosa. Y una esnob, como todos los sirvientes. Has sido demasiado buena con ella.

—Ella fue muy buena con mi padre.

—Lo siento, cariño... Eso sí, óyeme bien: por lo que más quieras, nunca hables de mí. Nunca, con nadie.

—Yo nunca haría algo así, Eddie. Jamás podría hacerte eso.

—Siento deseos de matar a la gente cuando imagino lo que son capaces de pensar.

—Ten cuidado, Eddie... ¡Has derramado té sobre mi diario! Matchett solo sabe que te conozco porque ha encontrado tu carta.

—¡No debes dejar mis cartas tiradas por ahí!

—No la he dejado tirada: Matchett la encontró donde estaba.

—¿Dónde?

—Debajo de la almohada.

—¡Cariño mío! —exclamó Eddie, a punto de derretirse.

—Yo estuve allí todo el tiempo y Matchett no llegó a abrir el sobre en ningún momento. Únicamente sabe que he recibido una carta tuya.

—También sabe dónde la habías guardado.

—No creo que vaya a decir nada. Le gusta saber cosas de mí que ellos ignoran.

—Supongo que tienes razón: esa mujer es como una tumba. He notado la forma en que observa a Anna. Usará esta información cuando lo estime conveniente. Ay, Portia, cuídate de las ancianas. No tienes ni la menor idea de cómo se las gastan. Esconde todo bajo llave. ¡Oculta todo! Ni una palabra, ni un gesto, nada.

—¿Como si esto fuera un complot?

—Esto *es* un complot, en efecto. Conspiramos todo el tiempo.

Portia parecía preocupada.

—Entonces —dijo—, ¿nos quedará algo de tiempo?

—¿Tiempo para qué? ¿Qué intentas decir?

—Tiempo para nosotros.

Tras un gesto despectivo, Eddie le dijo:

—Un complot. ¡Una revolución! Es nuestra vida. Y el mundo entero está contra nosotros. Será mejor que lo ocultes todo.

—¿Por qué?

—No tienes ni idea de cómo es la gente.

Portia permaneció un rato pensativa.

—Me parece que el comandante Brutt se ha dado cuenta.

—¡Viejo cerdo idealista! Para colmo, Thomas nos ha pescado. Te he dicho que no teníamos que haber vuelto a casa.

—¡Pero tú me dijiste que querías ver mi diario!

—Hemos hecho una locura. Espera a que Anna tenga una conversación con Brutt. ¿Quieres saber la charla que mantendremos Anna y yo?

Eddie se echó hacia delante apoyándose en un codo e imitó la actitud despreocupada de Anna. Se pasó una mano por la frente, apartó un mechón imaginario y, soltando cada palabra con deliciosa desgana, empezó a hablar como ella:

—«Mira, Eddie, no quiero que te enfades conmigo. Esto me aburre tanto como a ti. No obstante, siento que...»

Portia paseó una mirada nerviosa por el salón.

—¿Hace falta que te pongas a imitar a Anna?

—No creo que quiera hacerlo otra vez. Normalmente, pensar en Anna me pone furioso. Quería que oyeses lo que me dirá si recibe la valiosa información... Me dirá que debo recordar que tú no eres más que una niña. Sugerirá que le sorprende mucho que yo me interese por ti y con eso insinuará, desde luego, que busco algo y que no termina de entender mis intenciones. Me dirá, claro está, que ella no ha de decirte una palabra de cómo soy realmente. Me dirá que, por supuesto, entiende que Thomas y ella son aburridos en comparación conmigo, que soy un genio, tan superior que puedo desempeñar con los ojos cerrados el primer trabajo que ella me ofrece. Me dirá que,

evidentemente, las personas que pagan sus cuentas son aburridas. Que, por supuesto, entiende cuánto me cansa vivir de acuerdo con mi reputación y que se da cuenta de que necesito todo el estímulo posible. Y, al fin, dirá: «Además, por supuesto, es la hermana de Thomas...».

—No le veo el menor sentido a lo que dices.

—No, cariño, por supuesto que no se lo ves. Pero yo sí se lo veo. Anna estará tumbada en el sofá y yo me retorceré en una de sus horrendas sillitas amarillas. En cuanto quiera ponerme de pie, me dirá: «Me provocas cansancio». Y se pondrá a fumar de esa manera tan propia de ella...

Eddie abrió su pitillera, hizo un gesto lánguido con la punta de los dedos, ladeando la cabeza como si tocara el arpa, eligió un cigarrillo, lo estudió con aire críptico, lo encendió con sumo cuidado y con un gesto volvió a apartar un mechón imaginario de su cabeza.

—Entonces, ella me dirá —prosiguió—: «Es mejor que te marches ahora. Creo que Portia está esperando en el vestíbulo».

—Pero, Eddie... ¿la crees capaz de decir algo así?

—Ella es capaz de decir cualquier cosa. Es típico de Anna intentar que uno quede siempre como alguien malvado. Nunca se atreve a ser ella la mala.

Portia pareció confundida.

—Sin embargo, sé que a ti te gusta Anna...

—Sí, en cierto modo. Por eso me irrita tanto.

—Una vez me dijiste que había sido muy buena contigo.

—Claro que ha sido bondadosa... Es su modo de controlarme. Cariño, ¿no te ha parecido graciosa mi imitación?

—No. La verdad es que no. Además, me ha dado la impresión de que no te agradaba imitarla.

—Pues sí que me ha gustado, ¡ha sido muy gracioso! —exclamó Eddie, desafiante. Después, hizo varias muecas estirando sus facciones como si buscara que los últimos restos de Anna cayeran por su propio peso. En la imitación había (como notó Portia) cierto trasfondo de furia: él había adornado con una sonrisa diabólica cada hipotético dardo que Anna le había lanzado. Ahora Eddie alzaba la taza y bebía un abrupto sorbo de té frío. Mostraba un aire tan amenazador que Portia pensó por un momento que iba a escupir el té, como si se estuviera enjuagando la boca. Sin embargo, se lo

tragó y sonrió, aunque de forma demasiado amanerada, casi como un actor que ha concluido una escena importante de un drama. Al mismo tiempo, parecía aliviado, como si se hubiera quitado un peso de encima, y también beatamente satisfecho, como si hubiera cumplido un deber. Ahora parecía moverse libre de culpa. Al fin, se volvió hacia ella y la observó como si estuviera feliz de haber regresado a casa.

Tras una pausa, le dijo:

—Sí, Anna me gusta. Pero siempre hace falta que alguien haga de villano.

Los tiempos de reacción de Portia eran más lentos. Mientras él hablaba de villanos, ella masticaba otro panecillo más y unía sus cejas formando una línea incierta. Aunque no estaba realmente sorprendida, parecía hipnotizada por esta versión de Anna que tenía ante sus ojos. Agitada y exaltada, se sentía como un árbol joven en medio de un torbellino. La potente conducta de Eddie la arrastraba como un remolino y la libraba de las humillaciones y de los errores en que habría incurrido en caso de haber adoptado una conducta ordinaria. Portia era capaz de enfrentar las exigencias de Eddie con el genio natural de la amiga y de la amante. El ímpetu con que él parecía moverse hacía que en torno a ambos se instaurase, de inmediato, un nuevo orden poético. Cualquier clase de estrategia en el reino de los sentimientos resultaba fatal para el amor: había que entregarse al viento. La inexperiencia de Portia —que había transformado Windsor Terrace en un tribunal de leyes incomprensibles— la ponía en situación favorable ante Eddie. Ella no tenía prejuicios. Era naturalmente dócil. Las miradas furtivas y ansiosas que le lanzaba a él solo contenían ardor, no perplejidad. Hasta tal punto se había convertido en una suerte de instrumento de Eddie que tenía la impresión de que sus labios sonreían por reflejo, como si fueran los labios de él. Sentía que estaba aprendiendo a conocerlo y, quizá, a conquistarlo. Las palabras que él decía, la actitud que él adoptaba, todo se volvía ineludible. Desde un principio, él había causado un potente efecto en Portia. Podía decirse que, por primera vez desde la muerte de Irene, se había sentido en compañía de una persona que le parecía cercana, familiar.

La inocencia se encuentra tantas veces sometida a falsas situaciones que los individuos interiormente inocentes aprenden a perder la ingenuidad. Al no encontrar un idioma para hablar en sus propios términos, se resignan a ser

traducidos de forma imperfecta. Viven en un perpetuo estado de soledad y, cuando intentan entablar alguna relación, tal es su deseo de dar y recibir afecto que se comprometen, falseando así su manera de ser. Nuestro punto de vista en asuntos amorosos es demasiado corrupto para ellos. Se ven forzados a cometer un error y acaban siendo acusados de engaño. La dulzura y la violencia que tiñen su manera de amar implican mil traiciones para los menos inocentes. Incurablemente ajenos al mundo, nunca cesan de buscar una felicidad heroica. Su soledad, su impiedad, su continuo deseo hace que tiendan a ser crueles y padezcan la crueldad de los otros. Son tan pocos los inocentes que raramente verás a dos juntos; cuando se encuentran, el campo queda cubierto de víctimas. Portia y Eddie, siempre sentados codo con codo, con el diario en medio, bajo una mano de ella, se miraron durante un buen rato, apartaron por un instante los ojos y de nuevo volvieron a fundir sus miradas. Sus ojos parecían emplearse por primera vez a plena potencia, hasta engendrar esa mirada única. La mirada contenía una especie de soberbio saludo mutuo, un saludo que iba más allá de cualquier ternura amorosa. Se habría dicho que eran dos cómplices que hablaran por vez primera el uno con el otro acerca de su papel en un mismo crimen, o dos niños que descubrieran súbitamente sus orígenes comunes. Pero del tema del amor no tenían nada que decirse: no había a este respecto ni proyectos, ni sueños, ni deseos. La conversación había girado en torno a algo no dicho, algo cuyo profundo significado ellos parecían empezar a comprender.

La vida de Portia había estado hecha, hasta entonces, de sutiles y amables concesiones, pero había sido concesiva sin piedad. Ahora contemplaba, velados bajo el cristal de la piedad —pero sin reprochárselo a sí misma—, a todos los sacrificados: al comandante Brutt, a Lilian, a Matchett, incluso a Anna... Todos los que ella había tenido que pasar por encima para encontrarse con Eddie. Portia sabía que la cosa no se terminaba allí, pues el sacrificio no se limita a un único acto. Nadie en Windsor Terrace estaría orgulloso de ella, y esto no era un asunto de justicia: las personas ajenas al amor no se merecen el mal negocio que obtienen en consecuencia. Hasta Anna le había demostrado una especie de inmoral bondad. Y el amor de Matchett, por más que hubiera sido una forma de que ella se quitara un peso de encima, había sido amor.

En cuanto a Eddie, el amor de Portia por él parecía refutar las acusaciones

que durante años había recibido y también las acusaciones que él se hacía a sí mismo. Aún no le había dado muestras a ella ni de la mitad de la indignación que sentía. Mayor que Portia, había sufrido durante más tiempo las apariencias del mundo. Había tomado conciencia no tanto de tener razón como de lo inevitable del caso. Se había equivocado al tratar con otras personas en términos que, según descubrió más tarde, no habían sido los suyos. Por muy afectuoso que fuera el pecho donde él había elegido apoyar su cabeza, había encontrado allí reglas absurdas y eso había hecho que, tarde o temprano, aquel pecho le pareciera atroz. Más allá de sus calamitosas historias de amor, planeaba una especie de virtud espiritual. Sus veloces contactos con la gente (palabras afables, sonrisas que respondían a sonrisas, miradas más o menos bienintencionadas) eran su defensa ofensiva, la defensa de algo que ellos no debían tocar. Sus modales habían perdido algo de elegancia con el apetito: su cuerpo estaba perdiendo su ingenuidad. Su verdadera ingenuidad estaba en lo más hondo de su interior, y soñaba con el honor y la paz. Aunque se sentía alejado de su padre y de su madre, en cierto modo nunca se había marchado de su hogar. Odiaba a Anna, en la medida en que la odiaba; porque veía en sus ojos la perpetua pregunta: «¿Y ahora, qué?». Por su parte, él jamás veía un futuro, sino un presente perpetuo.

Miró la mano de Portia sobre el diario y comentó:

—¡Qué diario más imponente!

Ella levantó la mano y dejó ver la cubierta negra del libro.

—Está bastante lleno —dijo—; llevaré más de la mitad.

—Cuando lo completes, ¿seguirás con otro?

—Creo que sí. Todo el tiempo ocurren cosas.

—Pero imagina que dejara de importarte si las cosas ocurren o no...

—Siempre habría comidas, y lecciones y cenas. Ciertos días no sucede más que eso. En esos casos dejo toda la página en blanco.

—¿Te parece que merecen toda una página en blanco?

—Claro, porque han sido días, al fin y al cabo.

Eddie cogió el diario y lo sopesó.

—¿También están aquí tus pensamientos? —preguntó.

—Algunos. Haces que me plantee si debería dejar de pensar.

—Ay, no. A mí me gusta que pienses. Si dejaras de pensar, me sentiría



como si mi reloj se hubiese detenido en medio de la noche... De todos tus pensamientos, ¿cuáles son los que consignan aquí?

—Los más íntimos.

—Me encanta, cariño, que quieras que me lleve el diario a casa... Pero supongamos que, al salir de aquí, lo olvidara en el autobús...

—Lleva mi nombre y mi dirección. Seguramente me lo devolverían. Por si acaso, podrías llevarlo en el bolsillo.

Entre los dos lograron meter el diario en un bolsillo del abrigo de Eddie.

—La verdad —dijo Portia—, ahora que has aparecido en mi vida, creo que ya no me interesa tanto mi diario.

—Pero no vamos a vernos tan a menudo...

—Podría contarte a ti lo que pienso.

—No, escríbelo y enséñamelo después. Me gustan los pensamientos en el momento exacto en que son pensados.

—Sí, pero no sería lo mismo. Quiero decir que esto podría alterar mi diario. Hasta ahora lo he escrito por el solo placer de hacerlo. Para seguir escribiéndolo de igual modo, debería imaginar que tú no existes.

—Yo no hago que seas diferente.

—Pero haces que no esté sola. Y estar sola formaba parte de mi diario. Recién llegada a Londres, yo era la única persona que existía en el mundo.

—Dime una cosa: ¿dónde escribirás mientras yo tenga este libro? ¿Quieres que vayamos a Smith's para que te compremos otro?

—La tienda más cercana está cerrada los sábados por la tarde. De todos modos, creo que no escribiré sobre el día de hoy.

—No, no lo hagas. Me parece perfecto. No quiero que escribas acerca de nosotros dos. De hecho, nunca tienes que escribir acerca de mí. ¿Me prometes que no lo harás?

—¿Por qué no?

—Porque no me gusta la idea. No. Escribe solo sobre las cosas que ocurren. Escribe sobre las lecciones, sobre las deplorables charlas que sin duda mantienes con Lilian, sobre lo que comes o sobre lo que dice la gente. Pero promete que no escribirás lo que sientes.

—Aún ignoras si lo hago.

—Detesto la literatura. Odio el arte... Están repletos de cosas falsas. No

me gusta que tengas que buscar las palabras cuando hablas de mí. Si lo haces, tu diario se convertirá en una trampa horrible y dejaré de sentirme seguro a tu lado. Me gusta pensar en ti de cierta manera; me gusta pensar que funcionas como un reloj. Pero entre tú y yo no debe haber pensamientos. Y mucho menos pensamientos ocultos y segundas intenciones. Y, en verdad, me alegra quitarte este diario, incluso durante unos pocos días. Aunque me temo que no entiendes lo que te estoy diciendo.

—No, pero no me importa.

—El hombre con quien deberías tener una buena conversación es el comandante Brutt... ¡Santo Dios!

—¿Por qué?

—Ya son las seis. Tengo una cita en otra parte. Debo irme... Aquí tienes, cariño, tus guantes... Bueno, ¿qué te ocurre ahora?

—No olvidarás que lo llevas en el bolsillo, ¿verdad?

## 9

El diario

*Lunes*

Eddie me ha devuelto por correo este diario. No lo acompañaba ninguna carta; no ha escrito ninguna porque no tenía tiempo. El paquete mostraba, por fuera, el sello de la oficina. Ahora tendré que escribir mucho porque he perdido nueve días.

Han mandado la pequeña alfombra blanca que había junto a mi cama a la tintorería, así le quitan las manchas del barniz que uso para mis osos. Matchett ha puesto otra alfombra, una roja que me pincha los pies.

Hoy estudiamos la historia del arte en Umbría y tuvimos Contabilidad y Redacción en alemán.

*Martes*

Eddie no me ha dicho nada todavía sobre este diario. Lilian se ha puesto «biliosa» en clase y ha tenido que marcharse. Dice que se pone biliosa siempre que algo la preocupa. Como Anna no estaba cuando volví hoy a casa, pude tomar el té con Matchett. Estaba arreglando el vestido de gasa morada de Anna, de modo que no me hizo ninguna pregunta. En cuanto Anna regresó, me mandó llamar y me anunció que quería llevarme a un concierto, porque le sobraba una entrada. Parecía un poco alterada.

Hoy tuvimos Redacción en inglés, Primeros Auxilios y una clase sobre Racine. Ahora debo vestirme para el concierto.

### *Miércoles*

Eddie no me ha dicho nada todavía sobre este diario. Esta mañana, Lillian y yo hemos llegado tarde a la primera clase. Su madre la ha puesto a dieta. Anoche, yendo en el taxi con Anna, me dijo que esperaba que me hubiera divertido con Eddie y con el paseo. Le dije que sí y entonces ella me comentó que Eddie le había dicho que él también se lo había pasado bien. Miré por la ventanilla. Me dijo que tenía jaqueca; le pregunté si no había sido mala idea ir al concierto; ella respondió que sí, que por supuesto. Parecía arrepentida de haberme invitado.

Hoy tuvimos Higiene y escribimos en francés un breve ensayo sobre Racine; después, nos llevaron a ver los cuadros de la escuela de Umbría en la National Gallery.

Thomas y Anna no cenan hoy en casa. Me pregunto si Matchett vendrá a darme las buenas noches. Ojalá recupere pronto mi alfombra blanca.

### *Jueves*

Hoy he recibido carta de Eddie; sigue sin decir nada acerca de este diario. Dice que ha comido con Anna y que ella fue muy amable. Dice que pensó en llamarme por teléfono, pero no lo hizo. No dice por qué. Dice que tiene la impresión de estar empezando una nueva vida.

Me gustaría saber quién ha sido la persona que no fue al concierto con Anna.

Eddie dice que debemos vernos pronto.

Hoy escribimos un ensayo sobre nuestros cuadros favoritos de la escuela de Umbría y tuvimos que explicar cuáles son sus características. Hablamos de Heine y nos devolvieron las redacciones en alemán. También hubo una clase sobre los hechos más destacados de la semana.

### *Viernes*

He escrito a Eddie, pero no acerca de este diario.

He escrito a Eddie a las cuatro y media, en cuanto volví a casa. Después, he vuelto a salir para comprar un sello de correos. Matchett no ha oído la puerta ninguna de las dos veces o, en todo caso, no ha salido a abrirme. Tomando el té con Anna había dos personas nuevas, que no supieron si debían hablarme o no. Anna no les causó ninguna impresión en especial y ellos no le causaron ninguna impresión especial a ella. No me quedé con ellos después de tomar mi té.

Ha sido extraño volver dos veces porque, generalmente, una vez que regreso, no vuelvo a salir. Tras haber comprado el sello me sentí más rara de lo acostumbrado y la casa me pareció más como suele parecerme habitualmente. Siempre se pone así por las tardes. En cuanto vuelve, Thomas parece olfatear en busca de comida prohibida. En esta casa hay un olor que es fruto de los sentimientos. Desde que conozco a Eddie, me pregunto a qué se debe este olor. Cada vez es más intenso.

Hoy nos devolvieron nuestros ensayos sobre Racine y algunas chicas comentaron lo que habíamos escrito. Hablamos de Metternich y nos dieron una lección sobre Bach.

Mañana será sábado. Otra vez.

### *Sábado*

Me ha llegado una carta de Eddie en la que habla de lo que haremos el domingo. Dice que le llame por teléfono si no pienso ir con él, pero iré y no tendré que llamarlo. Thomas y Anna salieron en coche antes de la hora de comer porque se ausentarán este fin de semana. Anna me ha dicho que puedo invitar a Lilian para el té si quiero; Thomas me ha dado cinco chelines para ir al cine y me ha dicho que espera que todo vaya bien. Lilian no puede venir, así que estoy en el estudio, al lado de la chimenea. Me gustan los días en que se puede pensar en algo parecido al mañana.

### *Domingo*

Pongo simplemente «domingo» porque a Eddie le gusta así.

### *Lunes*

Hoy empezamos a estudiar la escuela de arte de Siena, hubo clase de Contabilidad y leímos una obra teatral alemana. Esta noche, Anna dará una fiesta, pero asegura que no voy a divertirme.

Sin embargo, después de ayer, nada me importa.

### *Martes*

Hoy he tenido una especie de charla con Thomas. Llegó y llamó por el teléfono interno preguntando si estaba Anna, entonces le dije que no y le pregunté si le apetecía que bajase. Aunque pareció dudar, al final dijo que sí. Cuando entré, Thomas leía en su escritorio el periódico de la tarde. Me dijo: Ahora hace más calor, ¿verdad? Tanto calor, dijo, que uno siente que le falta el aire. Como la noche anterior no me había visto, por lo de la fiesta, me preguntó si había pasado un buen fin de semana. Dijo que esperaba que no lo hubiese pasado sola. Dije que no. Me preguntó si Eddie me caía bien. Respondí que sí y me dijo: Eddie se pasó ayer por casa, ¿verdad? Dije que sí, que nos habíamos sentado ahí mismo, en el estudio, y que esperaba que a él no le molestara que nos hubiéramos sentado allí, en su estudio. Dijo ¡ay, no!, ¡ay, no!, con una voz como ausente. Dijo que suponía que Eddie y yo éramos más bien amigos y le contesté que sí, que éramos eso. Entonces, volvió a leer el periódico como si pusiera algo sorprendente.

Thomas quería a medias que yo me marchase y yo lo quería a medias también, pero no me marché. Era la primera vez que él me preguntaba algo, que parecía deseoso de saber. Me alegró oír el nombre de Eddie y me senté en el brazo del sillón mientras él leía. Cuando tuvo deseos de fumar, me ofreció antes, como distraído, un cigarrillo a mí. No pude evitar soltar una carcajada. Oh, me he olvidado, dijo. Y añadió: Por favor, no empieces ya a comportarte como una adulta. En nuestra familia, dijo, abunda la gente que ha cometido errores. Después contó que, cuando mi padre había empezado a frecuentar a

mi madre, en los tiempos en que aún vivía en Dorset con la señora Quayne, a mi padre le había dado por fumar compulsivamente. Dijo que a mi padre le daba mucha vergüenza fumar tanto, hasta el punto de que recogía las colillas en un sobre y después las enterraba en el jardín. Como era verano y no había un fuego encendido, no podía tirar las colillas en la chimenea y no quería que Matchett se pusiera a contarlas. No quería que ella supiese todo lo que fumaba. Quise saber cómo se había enterado Thomas de eso; él soltó una especie de risa y me contó que había pescado a nuestro padre con las manos en la masa. A mi padre no le gustó nada que él lo descubriera, pero a Thomas aquello le parecía más bien una broma.

Thomas dijo que no sabía por qué se le había metido esa locura a nuestro padre en la cabeza y luego me echó una mirada pensando que yo no estaba mirándolo. Todas las miradas de Thomas, excepto cuando mira a Anna, van dirigidas a personas que no están mirándolo. Pero no le importó que yo estuviera mirándolo. Al fin y al cabo, él y yo compartimos padre. Aunque Anna y él tienen muchísimo en común, no es comparable con lo que tenemos él y yo en común. De pronto, Thomas me dijo de una manera veloz y familiar: Confío en que Eddie sea educado. Le pregunté qué intentaba decir con eso. Me contestó: Bueno, no conozco a Eddie, ¿acaso busca algo? Y añadió, sin esperar a mi respuesta: No, seguro que no sabes lo que intento decir. Yo dije que no y él dijo que, en tal caso, todo estaba bien, o eso creía. Le dije que Eddie y yo habíamos estado charlando, solamente, y Thomas posó su mirada en el tapiz, como si supiera que nos habíamos sentado allí. Ya veo, muy bien, comentó. Después, pisoteó el tapiz, como si le disgustase que otras personas se sentaran en él.

La lámpara que hay en el estudio hace que el rostro de Thomas se cubra de bolsas y arrugas: parece como si se acabara de despertar. Muy bien, me dijo, veremos cómo te las apañas. Entonces cogió un libro y dijo que era una equivocación amar a cualquier persona. Le contesté que eso estaba bien cuando uno se ha casado, ¿verdad? Claro, repuso enseguida, en ese caso está bien. Oí que un taxi se detenía como suelen detenerse los taxis en los que viaja Anna, así que dije que debía marcharme y subí las escaleras. Mis sentimientos se parecen tanto a los de Thomas que me alegré cuando oí que el taxi frenaba.

### *Miércoles*

Hoy tuvimos Higiene y Elocución francesa. Después, nos llevaron a la National Gallery, a ver los cuadros de la escuela de Siena. Yendo a la National Gallery, Lilian quiso saber en qué estaba pensando. Dije que en nada, pero ella dijo que me veía distraída. Después del museo, me invitó a Peter Jones's para que la ayudara a elegir un vestido de noche. La madre de Lilian le deja elegir sus vestidos, así desarrolla el gusto. Pero Lilian ya tiene el gusto desarrollado. Le dije que debía llamar por teléfono a Matchett y Lilian comentó que pronto me molestaría hacerlo. Lilian escogió un bonito vestido azul que le sentaba de maravillas y que le costó cuatro guineas.

Al regresar, oí que Anna estaba en el estudio. No he visto a Thomas desde ayer.

### *Jueves*

He recibido una carta en la que Eddie quiere saber si alguien me ha preguntado acerca de lo que pasó el domingo. Dice que ha hecho un retrato mío, pero por lo visto se le ha olvidado enviármelo junto a la carta. Dice que este fin de semana debe irse de viaje.

He recuperado mi pequeña alfombra, más mullida que nunca, suave y mullida como el vientre de un gato. Espero no mancharla otra vez.

Hoy escribimos una redacción sobre el arte en Siena y nos preguntaron qué características de esta escuela están ausentes en el arte umbro. Hubo una clase acerca de los hechos más destacados de la semana y una mujer nos ha enseñado a leer en voz alta.

La madre de Lilian dice que el vestido azul se le ciñe demasiado al cuerpo, pero Lilian no está de acuerdo.

Esta noche hay bastante niebla.

### *Viernes*

Al despertar, mi ventana era como una piedra oscura, tanto que apenas



podía ver el resto de mi habitación. Toda la casa estaba así. No parecía de noche, parecía que el aire estaba enfermo. Durante el desayuno vi que alguna gente se asía a nuestra verja mientras andaba por la calle. Thomas suele desayunar después de mí, pero esta mañana vino antes y me dijo: Seguro que esta es tu primera niebla. Después, Anna mandó a decir que tal vez debería faltar a la escuela de la señorita Paullie, pero le dije que no, que prefería ir. Así que Anna mandó otro mensaje diciendo que era mejor que Matchett me acompañase. Thomas dijo que Anna tenía razón, que en días como estos no se ve el tráfico de los coches. Que hay que abrirse paso con una mano y, desde luego, la mano de Matchett es más fuerte que la mía.

La caminata fue toda una aventura. Junto al portón de entrada del parque habían encendido fogatas: Matchett dijo que eran fuegos para orientar a la gente. Luego ordenó que me cubriera la boca y que no hablase, que así no me tragaría la niebla. A mitad de camino, cogimos un taxi; Matchett se sentó muy tiesa, como si ella fuese la que estaba al volante, y volvió a decirme que no hablara. Cuando llegamos a la casa de la señorita Paullie, la mitad de las chicas habían faltado. Hubo que tener las luces encendidas todo el tiempo, y eso produjo un clima como de fiesta. Por la tarde, hubo menos niebla, pero con todo y con eso, Matchett pasó a buscarme para llevarme a casa.

Debíamos tener una clase sobre Mozart, pero, a raíz de la niebla, debatimos sobre la consistencia de las ideas en las mentes humildes. También escribimos una redacción sobre la política de Metternich.

Esta noche, Thomas y Anna han cenado en casa. Anna dijo que, cada vez que hay niebla, siente que es la consecuencia de algo incorrecto que ella ha hecho, pero sospecho que no hablaba en serio. Thomas dijo que, a su juicio, mucha gente siente lo mismo y Anna repuso que no, que no es así. Después fuimos al salón y noté que ellos querían que yo no estuviera allí.

Mañana es sábado. Pero no sucederá nada.

### *Sábado*

He acertado casi por completo al decir que hoy no sucedería nada. Hasta la niebla se ha esfumado, pero ha dejado en su lugar una mancha marrón. Thomas y Anna estarán fuera todo el fin de semana; esta vez han viajado en

tren. Así que me senté en el salón y me puse a leer *Grandes esperanzas*, mientras Matchett se encargaba de la ropa de Anna. Bajé a tomar el té con ella y me dijo: Vaya, parece que te has convertido en una especie de fantasma. Pero yo creo que es la casa la que se ha vuelto fantasmal. Phyllis me invitó a escuchar el gramófono de la cocina. Solamente lo encienden cuando no está Anna.

Hasta que salí con Eddie, nunca me había sentido así, a menos que ya me haya sentido de esta manera sin darme cuenta.

### *Domingo*

Esta misma hora, este mismo día, la semana pasada.

Por la mañana, he salido a pasear por el parque. Estaba bastante desierto. Los perros correteaban hasta perderse y la gente silbaba; por todas partes olía a arcilla. Eché un vistazo a los lugares que más nos agradaban, pero ya no eran los mismos. Ciertos domingos son muy tristes. Por la tarde, Matchett me llevó en autobús a la misa vespertina en la catedral de San Pablo. Todos cantaron «Vive a mi lado». Volviendo a casa, Matchett me ha preguntado si sé que Thomas y Anna se marchan en abril. Dijo que planeaban viajar al extranjero. Vaya sorpresa para mí. Me dijo que le llamaba la atención que no hubiese notado nada, pues yo soy de las que siempre intuyen las cosas. Por supuesto, dijo, ya te informarán en su momento. ¿Me quedaré en Londres?, le pregunté. No, dijo Matchett, eso es imposible porque yo tengo que hacer la limpieza de primavera. ¿Qué ocurrirá conmigo entonces?, dije, pero ella no abrió la boca. Las calles parecían más oscuras desde el autobús puesto que las tiendas estaban cerradas.

Qué bonito sería si alguien que me quiere mucho pasase por la casa, durante mi ausencia, y dejara en la mesa del vestíbulo una sorpresa para que yo la encontrara a mi regreso.

Cuando volvimos de San Pablo, Matchett entró por la puerta de servicio, pero permitió que yo entrase por la puerta principal utilizando mi llave.

Después de cenar, me senté en nuestro tapiz frente a la chimenea de Thomas y recordé algunas cosas que me contó Eddie la vez que estuvimos juntos allí.

Su padre es constructor.

De niño, Eddie se sabía de memoria pasajes enteros de la Biblia.

Le tiene un miedo atroz a la oscuridad.

Sus dos comidas predilectas son el queso y el *consommé* en gelatina.

En realidad, a él no le gustaría ser demasiado rico.

Dice que, cuando amas a alguien, empiezan a cumplirse todos tus deseos pendientes.

No le agrada que se rían de él, por lo que finge que le encanta que la gente se ría de él.

Tiene treinta y seis corbatas.

Así escrita, esta lista se parece a los apuntes que nos fuerzan a tomar en clase. Me pregunto si, en alguna ocasión en que yo haya salido, a Eddie se le ocurrirá dejarme una sorpresa en la mesa del vestíbulo.

### *Lunes*

Eddie me ha escrito durante su viaje. Dice que está con una gente que no le cae nada bien. Me ha pedido que lo llame a la oficina y le diga qué noche no estará Anna, pero no sé cómo averiguar algo así sin que ella se huelva algo.

Hoy tuvimos más lecciones sobre la escuela de Siena, Contabilidad y Redacción en alemán. Lilian no me estaba esperando junto al cementerio y, de hecho, llegó tarde a clase. Está enfadada por culpa de un actor y me ha pedido que mañana tome el té con ella. Anna estaba de un humor excelente y me contó cosas de su fin de semana como si yo fuera Saint-Quentin. Tal vez esté de buen humor porque pronto va a viajar al extranjero. Pero no puede darme esa noticia hasta que no resuelva qué hacer conmigo.

### *Martes*

Como si hubiese respondido a mis plegarias, el comandante Brutt me ha enviado un puzzle. Lo he encontrado sobre la mesa, nada más entrar. El comandante dice que le gustaría imaginarme armándolo.

Hoy tuvimos Redacción en inglés y Primeros Auxilios; después, nos llevaron a ver *Le Cid* a una escuela de señoritas. Más tarde fui a tomar el té con Lilian, porque quería hablarme de su actor. Los presentaron en alguna parte; ella le escribió para decirle que admiraba su trabajo, ya que en verdad lo admira mucho. El actor no le contestó hasta que ella escribió por tercera vez; entonces, la invitó a tomar el té. Lilian se puso su vestido azul, con una chaqueta encima. Había otros invitados para el té, pero él le pidió que se quedara y después se comportó de una manera espantosa. Según ella, actuó de un modo demasiado apasionado. Lilian se quedó muy alterada y, en cuanto regresó a su casa, le escribió dos cartas explicándole lo que sentía. Como él no ha contestado ninguna de las cartas, Lilian piensa que tal vez haya herido sus sentimientos. Esto hace que se sienta de nuevo «biliosa».

En mi dormitorio, ninguna mesa es lo suficientemente grande para que quepa todo el puzzle. Me pregunto si a Matchett le disgustará que lo monte en el suelo.

### *Miércoles*

Matchett ha enviado el vestido de terciopelo blanco de Anna a la lavandería porque tiene que usarlo mañana por la noche. ¿Aquí, en casa?, he preguntado, y Matchett ha dicho que no, que fuera. Debo contárselo a Eddie.

Hoy tuvimos Higiene y Elocución francesa; después, nos llevaron a ver vestimentas históricas en el London Museum, lo cual hizo de la salida algo diferente. También vimos una maqueta de Londres en llamas y la señorita Paullie dijo que debíamos hacer todo lo posible por evitar una futura guerra.

He telefoneado a Eddie.

### *Jueves*

Eddie dice que no es culpa nuestra tener que mentir. De modo que hoy, se supone, me veré con Lilian. En casa me han dicho que sí, siempre que vuelva a las diez. Así que tendré que pasarme de verdad por la casa de Lilian porque es probable que envíen a Matchett a recogerme. Lo malo es que Eddie vive muy

lejos de la casa de Lilian. ¿Qué haré si no me llega el dinero?

### *Viernes*

Ayer todo salió bastante bien.

### *Sábado*

Esta mañana, Anna me llevó a hacer compras. Esta tarde, Thomas me ha llevado al zoológico. Ella me dejó elegir la comida. ¿Han estado hablando entre ellos o acaso tienen que decirme que se van de viaje y no se atreven?

### *Domingo*

Me han llevado a comer con una gente que vive en Kent. De modo que he pasado sentada en el coche la mayor parte del día, todo el tiempo pensando, salvo cuando bajamos a comer. Anna y Thomas ocupaban los asientos delanteros; de vez en cuando, él preguntaba: ¿Cómo está? Entonces, girándose, Anna me echaba una ojeada.

Desde que hemos vuelto, avanzo con el puzzle.

El jueves pasado, de noche, cuando estuve por primera vez en casa de Eddie, vi que no vivía como yo imaginaba. No le gusta su habitación, y eso se nota. Me ha enseñado todos sus libros y me ha dicho que lo alegra que no me guste tanto leer. Comimos una deliciosa cena fría en platos de cartón; Eddie tuvo el gesto de comprarme dulces y después preparamos café en el hornillo. Me preguntó si sabía cocinar y le conté que mamá cocinaba cuando vivíamos en Notting Hill Gate. Aunque tiene tenedores, Eddie no encontró más que un cuchillo. Por suerte, el jamón venía cortado ya. Me dijo que nunca antes había invitado a comer a alguien, que va al restaurante cuando está solo y que cuando está con gente va al restaurante también. Le dije que eso debía de ser bonito, pero me respondió que no. Le pregunté si entonces nadie había estado antes allí, pero me dijo que sí, que ciertas personas iban a tomar el té de vez en cuando. Quise saber quiénes eran y él dijo: Bueno, unas señoras,

¿entiendes? E imitó a una señora que suele ir a tomar té con él. Hizo como si arrojara su sombrero sobre el diván y se arregló el pelo delante del espejo. Después, anduvo curioseando las cosas de la habitación. Después, imitó a una señora que, según dijo, se contonea en su silla y le sonríe de una manera misteriosa. Y después me enseñó varias cosas que sabe hacer; por ejemplo, coge el abrigo de piel de una señora y se convierte en un gato. ¿Qué más haces?, le pregunté. Lo menos posible, cariño, contestó. Le pregunté por qué razón las invitaba a tomar el té y me dijo que le resultaba más barato que invitarlas a comer afuera, si bien a la larga le resultaba más agotador.

Después, recogió el sombrero imaginario del diván e hizo como si saltara sobre él con los dos pies al mismo tiempo. Dijo que yo hacía que se sintiera liviano, que le quitaba un peso de encima; me sirvió los últimos dulces que quedaban, apoyó su cabeza en mi regazo y fingió que se dormía, pero me dijo: No me tires migajas en los ojos. Al despertar, dijo que, en caso de haber sido él un abrigo de piel, yo le habría acariciado la cabeza. Me puse a acariciársela y me miró como si tuviera ojos de vidrio.

De pronto, dijo que era una lástima ser tan jóvenes para casarnos. Después se rió y preguntó: ¿No ha sonado cómico? Dije que no le veía la gracia y él repuso que no, que no era cómico, que más bien era enternededor. Después, volvió a cerrar los ojos. A las diez menos veinte lo desperté para decirle que tenía que coger un taxi.

Le he prometido que no escribiría sobre esto. Pero los domingos hacen que uno piense en el pasado.

El comandante Brutt se va a sentir decepcionado si no avanzo más con su puzzle.

### *Lunes*

Esta tarde, al volver de la escuela de la señorita Paullie, me encontré a Anna en mi habitación armando mi puzzle. Me dijo que lo lamentaba, pero que no podía parar, así que las dos continuamos juntas. Me preguntó de dónde había sacado la mesa en la que estaba el puzzle y entonces le expliqué que era una que Matchett había rescatado de no sé qué lugar. Vaya, me dijo. Anna había logrado armar toda una esquina: un pedazo de cielo con un avión. Se

sonrió a sí misma, buscó más piezas y me dijo: ¿Cómo andan tus galanes? Y añadió que correspondía invitar a comer al comandante Brutt, a ver si así lográbamos que él hiciese la parte más tediosa del cielo. Después me dijo: ¿A quién más quieres que invitemos? ¿A Eddie? Decide tú, me dijo, será tu fiesta. Y continuamos con el puzzle hasta que llegó el momento en que Anna tuvo que vestirse.

Hoy empezamos con el arte toscano y tuvimos clases de Contabilidad y Gramática alemana.

### *Martes*

Cuando bajé a desayunar, pasé por la habitación de Anna. Vi que su puerta estaba entreabierta y oí que hablaba con Thomas. Le decía algo como: Bueno, son asuntos tuyos y no míos. Thomas suele estar sentado en la cama, casi siempre, mientras Anna se tomaba el café de la mañana. Acto seguido, ella le dijo: Es la hija de Irene, ¿verdad?

Lilian sigue sin noticias de su actor.

Hoy tuvimos Primeros Auxilios, comentamos nuestras redacciones en inglés y nos llevaron a escuchar una conferencia sobre Corneille.

### *Miércoles*

He recibido carta de Eddie. No me dice qué ha hecho este fin de semana. Me dice que no le cuente a Anna nada sobre sus imitaciones porque ella ha ido una o dos veces a tomar el té con él. ¿Qué cree que le cuento a Anna? A veces me desconcierta.

Hoy ha llovido mucho. Tuvimos clase de Higiene, una charla sobre Corneille y nos llevaron a la National Gallery.

Esta tarde, Anna me llevó a una importante reunión en la que había sillas doradas, pero también varias chicas de mi edad. Me puse el vestido de terciopelo negro. Una señora se acercó y le dijo a Anna: Me han contado que usted también se va de viaje. Anna respondió: Aún no lo sé. Después, me miró de soslayo.

### *Jueves*

Hoy tuvimos una charla sobre los hechos más destacados de la semana, una lección especial acerca de Savonarola y clase de Elocución (en alemán).

Thomas y yo comimos solos esta noche porque Anna fue a cenar con alguien. Thomas me preguntó si no me importaba que no saliéramos, pues había tenido una jornada algo dura. Me pareció que no quería hablar de nada en especial. Al final de la cena, dijo que temía que la velada hubiese sido un tanto desabrida, pero que la vida de familia era así. Entonces le he contado que nosotros, cuando vivíamos en el sur de Francia, a menudo no hablábamos durante horas. Y él me dijo: Ay, hablando del sur de Francia... ¡he olvidado decirte que nos vamos a Capri! Yo le dije que eso era muy bonito. Thomas tosió y dejó caer: Quiero decir que nos vamos Anna y yo. Luego se apresuró a añadir: Llevamos un tiempo pensando cuál podría ser el mejor plan para ti. Le dije que Londres me parecía muy bien.

### *Viernes*

Anoche, tan pronto como guardé este diario, vino Matchett a desearme felices sueños. Dio un aplauso al ver que aún no me había metido en la cama. Aproveché para contarle que me habían anunciado que se iban de viaje. Vaya, ¿te lo han dicho al fin?, preguntó sentándose en mi cama. Ella ha insistido para que él te lo dijera, me explicó. Bueno, repuse, no pueden evitarlo: tampoco es culpa suya que yo esté aquí. Matchett convino que no, pero acotó: Si ellos te tratasen mejor, tú no andarías todo el tiempo detrás de Eddie. Contesté que, después de todo, ellos estaban casados y yo no estoy casada con ninguno de los dos. Matchett me dijo que el matrimonio atrae todos los males. Le dije: Sea como sea, yo contaba contigo. Ella se inclinó entonces sobre la cama y me dijo: Todo está muy bien, pero ¿estás siendo una buena chica? Le dije que no entendía lo que quería decirme. Ella contestó que no, que justamente ese era mi problema. Me dijo que, si el señor Thomas hubiese sido la mitad de hombre que había sido su padre, yo habría tenido que... ¿Qué cosa, Matchett?, pregunté. No, nada, no importa, me dijo.



Después, se puso de pie y se acarició el delantal mientras arrugaba los labios. Es un pequeño farsante, me dijo. Debería dejarte tranquila.

Sus buenas noches ya no son como las de antes.

Mañana será sábado.

### *Sábado*

Anna apareció esta mañana con su sonrisa habitual y me dijo: Eddie está al teléfono. Había pasado un buen rato desde que yo había oído la campanilla, por lo que supongo que Anna estuvo hablando con él. ¿Qué me dices de otro paseo por el parque?, me preguntó Eddie. No hay problema, agregó, lo sé porque ellos se irán a Richmond. Y me propuso que nos encontráramos en el puente a las tres.

Matchett me ignoró cuando nos cruzamos en la escalera.

Nos encontramos en el puente a las tres.

### *Domingo*

Hoy se han levantado tarde, así que yo he aprovechado para seguir con mi puzzle. Apenas se levantaron, dijeron que harían todo lo que yo quisiera. A mí no se me ocurrió nada, pero uno de ellos dos habló de Epping. De modo que fuimos en coche a una taberna llamada The Robin Hood y comimos salchichas. Después, Thomas y yo paseamos por el bosque, mientras Anna permanecía en el coche leyendo una novela policíaca. El bosque posee un aire negruzco, como el de Londres, y los árboles tienen un aspecto raro. Thomas me dijo que lo ha dejado todo solucionado para que yo viaje a la costa los días que Anna y él pasarán en Capri. Ay, sí, le dije, será divertido. Thomas me miró fijamente y dijo que sí, que él pensaba lo mismo.

En cuanto volvimos al coche, Thomas dijo: He estado hablando de nuestros planes con Portia. Anna respondió: ¿De veras? Pues me parece estupendo. Estaba tan interesada en su novela que siguió leyendo todo el viaje de vuelta a la casa.

Les dije que había pasado un día muy agradable.

Anna contestó: Será primavera antes de que nos demos cuenta.

# SEGUNDA PARTE

*La carne*

# 1

No bien llegó marzo florecieron en el parque los azafranes y se tiñeron enseguida de púrpura y amarillo. Muy pronto se corrió la voz: era posible pasear por allí después del té. Es a las cinco de la tarde, más o menos, cuando suena la primera hora de la primavera; el otoño llega muy temprano por la mañana; la primavera llega al final de un día invernal. A punto de caer la noche, el aire se vuelve más ligero y se ve atravesado por una misteriosa luz blanca; el manto de oscuridad queda suspendido, como a la espera de que ocurra algún hecho sin precedentes. Puede que aún no sea la hora del crepúsculo y que los árboles no estén todavía en flor, pero los sentidos quedan atrapados por un presagio, por un presentimiento tan tenue y, sin embargo, tan concreto que hace girar nuestra mente y exalta nuestro corazón.

Ningún momento de la experiencia humana puede compararse en intensidad con esta experiencia en la tierra. Las últimas fases de la primavera, cuando ella ha puesto un pie en el umbral, son recibidas con una alegría convencional. Pero los primeros signos de su presencia resultan desconcertantes: se desvanece el silencio —el deseo de estar a solas o con un amante se hace palpable en las miradas o en los ademanes—, las ventanas se abren de golpe, la gente se cruza miradas por la calle. En las ciudades, el tráfico se vuelve liviano y acelerado; los edificios adquieren tal sensación de profundidad que las calles semejan atajos en un bosque. Lo que sucede lo admiten tan solo los desconocidos, con miradas cómplices, o las parejas de amantes. La poesía no escrita retuerce los corazones de los treintañeros. Nada le resulta inanimado, nada le es indiferente a quien pasea en el primer atardecer de la primavera: las chimeneas ennegrecidas, los viaductos, los

chalés, las fábricas de acero y vidrio, las tiendas, todo parece concreto como una roca, todo parece no únicamente existir, sino también soñar. Unas partículas de luz tiemblan entre las ramas de los frondosos árboles negros. Es a esta hora fabulosa del primer crepúsculo de primavera cuando puede sentirse al máximo la angustiada vivacidad de la tierra. Es un momento tan terrible que alguna gente se oculta bajo techo o corre a encender las luces: se siente amenazada por la fragancia de las violetas que se venden en la calle.

Aquella tarde de inicios de marzo, Anna y Portia caminaban por Regent's Park al mismo tiempo, aunque no iban juntas. Era la primera primavera de Portia en Inglaterra: las personas muy jóvenes son instrumentos genuinos, pero nada resonantes. Sus sentidos están en sintonía con la tierra, como los sentidos de los animales: sienten, aunque sin conflictos ni dolores. Portia no era como Anna, estaba a mitad del camino en la desorientada madurez de una vida en la cual la inteligencia tan solo añadía distorsión. En el caso de Anna, los sentimientos eran a estas alturas involuntarios, pero en ella resonaban mucho mejor. Los recuerdos crecían y crecían en su interior hasta hacer eco dentro de una especie de cueva que Anna no visitaba muy a menudo. Ella era capaz de recordar con más facilidad y placer su niñez que en aquellos tiempos en los que había tenido la edad de Portia: con su adolescencia se había iniciado una etapa nubosa. No sabía de lo que se acordaba a medias, hasta que una sensación sacudía su memoria; se había olvidado de aquellos primeros atardeceres de primavera de su adolescencia.

En diferentes momentos de aquella tarde, Portia y Anna cruzaron distintos puentes sobre el mismo lago y contemplaron los cisnes con las cabezas plegadas: signos de color blanco oscuro, como un sueño en el agua clara. Las dos admiraron las curvas citereas del lago. Las dos alzaron la mirada y vieron que unas palomas agitaban sus alas sobre los árboles casi transparentes. Vieron las flores de azafrán que, cual débiles llamas, teñían el atardecer de amarillo y púrpura. Oyeron el silencio, después bocinazos, gritos, un remo en el lago, el silencio que renacía, el hermoso trino de un tordo. Anna se detuvo una y otra vez, después pasó junto a las parejas apoyadas contra las barandillas. Marchaba sola, con su elegante vestido negro, y atraía las miradas. Finalmente, fue a presenciar cómo corrían los perros por el corazón del parque. Portia casi iba corriendo, cargando su propia alegría como un niño

que arrastra un aro.

Hace falta estar al norte de una latitud concreta para sentir las estaciones con tamaña intensidad. En la Costa Azul, Portia advertía la llegada de la primavera cuando florecían los aromos y cuando Irene sacaba de los baúles sus arrugados vestidos de algodón. La primavera no le traía ningún placer especial; para las niñas inglesas, la primavera significa vacaciones de Pascua, paseos en bicicleta, dulces de jengibre en los bolsillos, violetas de color azul en la hierba descolorida, juegos de persecución, confidencias y *hockey* mixto. Pero Portia, primero gracias a Irene y luego gracias a Anna, seguía sin conocer nada de esto. Había venido directamente a Londres... Un sábado, a ella y a Lilian las autorizaron a coger un autobús rumbo al campo. Caminaron por un bosque cercano a la parada del autobús. Después, oyeron truenos en la lejanía y optaron por regresar.

Un día antes de que Thomas y Anna partieran con dirección a Capri, Portia se mudaría a casa de cierta señora Heccomb que vivía en Seale-on-Sea. El difunto esposo de la señora Heccomb, un médico retirado, había sido secretario del club de golf del lugar. La señora Heccomb, antes de casarse de modo tardío, se había llamado señorita Yards y había sido la gobernanta de Anna. Había pasado un tiempo en Richmond con ella y con su padre, ocupándose de la casa y ayudando en todo cuanto fuera posible ayudar, hasta que Anna cumplió los diecinueve años. En realidad, durante los últimos años no se había encargado de la educación de Anna: se había limitado a acompañarla a la escuela, supervisar sus lecciones de piano y recordarle su condición de niña sin madre. Pero se había convertido en todo un personaje en el hogar de Anna, esa casa en la colina desde la cual podía verse un hermoso río, esa casa que contaba con un salón ovalado y un huerto con avellanos. Anna, por entonces, la llamaba «pobre señorita Taylor»<sup>6</sup> y se había sentido feliz y sorprendida cuando la señorita Yards había seguido los pasos de la señorita Taylor y, de regreso de unas vacaciones, les había anunciado que iba a casarse con un viudo. Anna y la señorita Yards se habían sumido en una incómoda fase de semiconfianza por un motivo concreto: Robert Pidgeon acababa de aparecer y la señorita Yards estaba demasiado pendiente de él.

Aun cuando perderla equivalió prácticamente a agujerear su cotidianidad, la partida de la señorita Yards también suscitó cierto alivio. En adelante, fue Anna quien se encargó de administrar el hogar: los gastos se abultaron un poco, pero las cenas pronto resultaron más entretenidas. El padre de Anna pagaba sin protestar y ella se emocionó cuando él le dijo que todo parecía más agradable. Si su padre había mantenido a la señorita Yards, era porque había supuesto que toda muchacha debe tener una mujer a mano. Durante el reinado de la señorita Yards, el padre de Anna había adquirido la costumbre de ser convenientemente distraído. Y así continuó, de tal modo que apenas reparó en Robert o en otros jóvenes que eran menos importantes para su hija.

Robert había celebrado el matrimonio de la señorita Yards trayendo a Richmond un cargamento de fuegos de artificio; la misma noche de la boda, Anna y él fueron al huerto y encendieron algunos de esos cohetes. Cuando volvían a casa, Robert besó a Anna por primera vez. Después, se pasó dos años en el extranjero y ella no tuvo más remedio que empezar a salir sola. La conducta irresponsable que él tuvo más adelante había sido culpa de ella tanto como de él, según razonó Anna con el tiempo. Muy tarde, ya casi de madrugada, iban en coche los dos hasta la casa en la colina de Richmond, donde el padre de Anna dormía roncando ruidosamente, donde las botellas de leche ya no esperaban en el umbral y donde la señorita Yards ya no dejaba entreabierta la puerta de su habitación. En el salón, diestramente, Robert reavivaba el fuego y Anna ponía bajo su nuca el cojín chino... No se casaron nunca porque se negaban a confiar el uno en el otro.

Después de su matrimonio, la señora Heccomb, Yards de soltera, se había marchado a vivir a Seale, en la costa de Kent, a unas setenta millas de Londres. Su esposo había comprado una franja de playa, un terreno ganado al mar, al lado de una explanada. Allí había levantado una casa frente al canal de la Mancha, con balcones, un jardín de invierno y postigos venecianos que protegían de las tormentas, pues en invierno los vientos hacían no solo que las tejas cayeran en los huertos, sino también, cuando alguna ventana permanecía abierta, que cayeran sobre las alfombras o sobre los pianos de esas casas un tanto desprotegidas que salpicaban el litoral. El doctor Heccomb estimaba que su casa había sido una buena inversión, y ciertos hechos pronto se lo confirmaron: en julio, agosto y septiembre, el doctor, su segunda esposa y los

hijos del primer matrimonio del doctor se marchaban de Seale para alojarse en una granja, pues dieron en alquilar la casa a orillas del mar a cambio de seis guineas semanales. Durante esos breves exilios de verano, el doctor Heccomb se desplazaba a diario, en su pequeño coche, al club de golf de Seale. Allí era muy popular; todos los socios lo conocían y él participaba en todas las celebraciones. Volviendo de una de estas fiestas, el doctor Heccomb, que conducía con inusitada euforia por las tardes, se estampó contra un autocar. Tras la terrible tragedia, se organizó en el club de golf una colecta en beneficio de la viuda, que recaudó ochenta y cinco libras como muestra de la solidaridad de los vecinos. El dinero no merecía depositarse en un banco, así que la señora Heccomb se lo gastó comprando ropa de luto para ella y sus hijastros, le pagó un curso de secretariado a Daphne Heccomb y compró una bonita cruz para adornar la tumba del doctor Heccomb en el cementerio de Seale.

Durante sus años en Richmond, no solamente había vivido sin preocuparse por el dinero, sino que además había adquirido ciertas costumbres un poco lujosas. Como viuda, al cabo de varios años de matrimonio, estaba satisfecha, pero se sentía incompetente. Sus amigos se preocupaban por ella más que ella misma. Desde luego, la señora no vivía en la indigencia, pero parecía no entender que el dinero que le quedaba era bastante escaso. El padre de Anna insistió en asignarle una modesta pensión y después, cuando murió, le dejó una renta vitalicia. Anna enviaba a la señora Heccomb la ropa que ya no usaba y le concedía otros beneficios. La señora Heccomb disfrutaba bastante redondeando su presupuesto: daba lecciones de piano en Seale y Southstone, pintaba mantelillos individuales, pantallas para lámparas y otros objetos por el estilo; en ocasiones, cobraba por alojar a algún huésped, pero la exposición de la casa cuando el tiempo era malo, los rugidos del mar en la playa de guijarros y los rudos modales de los dos hijos de Heccomb ahuyentaban al poco tiempo a cualquier huésped que se aventurase por la zona.

Los hijos de Heccomb fueron de bastante ayuda cuando crecieron y lograron irse ganando la vida: Daphne trabajaba en la biblioteca de Seale; Dickie trabajaba en un banco en Southstone, a cuatro millas de distancia. Los dos seguían viviendo en casa y, con el tiempo, contribuyeron a mantenerla. Habían sido los amigos del doctor Heccomb en el club o los parientes de su



madre quienes les habían conseguido sus empleos, ya que la señora Heccomb no había hecho grandes esfuerzos en tal sentido. Sus sueños eran algo más ambiciosos: le habría gustado que Dickie entrase en el ejército y habría educado a Daphne siguiendo el molde de la educación de Anna. Cuando se había ocupado de ellos por primera vez —pues se había casado, en cierta medida, como llegó a advertir, para ocuparse de ellos—, los hijos de Heccomb eran dos criaturas casi salvajes, bastante poco parecidos a la clase de niños que ella habría aceptado en sus tiempos de gobernanta. Al crecer, habían seguido siendo agrestes, pese a todos sus esfuerzos. El caso es que, aunque nadie aludía a este asunto, la primera mujer de su marido no había sido lo que se dice idónea. Pero la señora Heccomb, cariñosa por naturaleza, se había resignado a estos niños, que siguieron viviendo allí a medida que fueron creciendo, porque estaban cómodos al lado de ella, porque todos sus amigos vivían cerca y porque no sentían deseos de explorar el resto del mundo. Aburridos de entretenerse haciendo de rabiarse a los huéspedes de pago, en cuanto fueron capaces de aportar sus quince chelines semanales para el mantenimiento de la casa lo primero que hicieron fue pedirle a la señora Heccomb que no acogiera más pensionistas. Esto hizo que la casa se volviese algo más tranquila.

Cuando Daphne y Dickie Heccomb no trabajaban, iban con su grupo de amigos a pistas de patinaje, a cafés, a cines o a salones de baile. Como eran populares y divertidos, sus amigos solían invitarlos. La vida social en los balnearios, aun fuera de temporada, resulta ideal para la gente joven, pues crece alegre, satisfecha y saludable. Seale es un sitio apacible, pero salen de ella varios autocares que permiten viajar a Southstone, una ciudad que se jacta, con razón, de poseer mayores y mejores recursos.

En cuanto a la señora Heccomb, tenía algunos amigos en Seale. En la costa, todo era demasiado comercial y de mal gusto: la mayoría de sus amigos vivía en bellas mansiones con terrazas o en sólidos chalés con tejado de madera que se alzaban en las colinas cercanas. Allí se encontraba ella en su salsa. Emprendía obras de caridad e ensayaba con el coro. Salvo la leve inquietud que le producían los modales vulgares de sus hijastros, su vida era de lo más tranquila. Le alegraba haberse casado, pero no lamentaba que su matrimonio fuese cosa del pasado.

Una vez en la estación de Charing Cross, Matchett instaló a Portia en su vagón y vigiló cómo el mozo de cordel cargaba su equipaje. Cuando el tren empezó a alejarse, saludó varias veces con una mano metida en un guante de tela, como si estuviera dirigiendo el tráfico. Le había dado a Portia un frasco lleno de caramelos, pero le había aconsejado que no se los comiera todos porque le podían sentar mal. Su actitud en el viaje en taxi había sido un tanto amenazadora, como una nube que encapota el cielo, pero que probablemente no traerá lluvia. Los párpados de Matchett parecían tensos, como si estuviera aguantándose las lágrimas. Representaba tan cabalmente el papel de un ama de llaves que escolta a una niña hasta el tren que Portia lamentó, apenada, que la confianza entre ellas se hubiese estropeado por culpa de Eddie. Mientras compraba en el kiosco los caramelos, el rostro de Matchett se había vuelto más adusto si cabe, pues no deseaba que Portia malinterpretase el gesto.

—El señor Thomas lo hubiese querido así —le dijo—. Los caramelos de lima apagan la sed. Quién sabe cuándo tomarás el té...

Portia no pudo por menos que alegrarse cuando el tren se puso en marcha. Y, con un caramelo dentro de cada mejilla, se consagró a leer su libro. Nunca había viajado sola y, durante cierto tiempo, no osó mirar a nadie en el vagón, por temor a no hacerlo con la debida indiferencia.

Cuando el tren arribó a Lymly, estación de trasbordo para Seale, la señora Heccomb agitó dos o tres veces la mano: la primera, al ver la locomotora, como indicándole que debía detenerse; las otras veces, para que Portia no tuviera necesidad de cansarse buscándola. Esto último era improbable porque no había nadie más que ella en el andén. Se trataba de una línea ferroviaria escasamente frecuentada; quedaba lejos del pueblo y sus vías atravesaban un bosque. Una especie de capa de hiedra cubría sus arbustos recortados en forma romboidal y todo parecía envuelto en un silencio húmedo y boscoso, interrumpido solamente por el paso de los trenes: momentáneas apariciones que transitaban intrépidas en un visto y no visto. La señora Heccomb llevaba un abrigo de piel que había sido de Anna y que le iba un poco apretado en la espalda. Había resuelto llevar alzado el cuello de su abrigo porque siempre hacía viento en las estaciones. Metódicamente había buscado el vagón

empezando por el primero después de la locomotora. Al ver que Portia descendía del último, inició un trote a la vez que intentaba no perder su dignidad. Apenas llegó junto a ella, le miró el sombrero redondo, trató de adivinar su edad, su madurez mental y le plantó un beso en la mejilla.

—No intentaremos hablar —previno—. No hasta que no estemos bien instaladas.

Un mozo llevó el equipaje de aquel andén hacia otro donde esperaba un tren bastante más corto, y que constaba apenas de tres vagones. Pasaron unos minutos, una vez que ellas se instalaron allí, antes de que el tren se internara en el bosque por una vía solitaria.

La señora Heccomb, sentada frente a Portia, mecía sobre sus rodillas un cesto de paja tan colorido como vacío. Su cara era regordeta, de expresión algo perpleja, y bajo el sombrero asomaba una densa cabellera gris. Portia notó que en el abrigo de piel había marcas, raspaduras y hasta huellas de botones arrancados que habían sido reemplazados por otros.

—Qué alegría más grande recibirte —dijo la mujer—. Has cumplido y has venido, como me aseguró Anna. Ahora, dime, ¿cómo está mi querida Anna?

—Me ha pedido que no me olvide de darle recuerdos.

—Qué gentileza por su parte, ¡pensar en eso cuando está a punto de viajar al extranjero! Ella sí que se toma las cosas con calma. ¿Ya han hecho el equipaje?

—Matchett aún debe terminar.

—Y luego vendrá la gran limpieza de cada primavera... —dijo la señora Heccomb—. Matchett es un tesoro. Sabe llevar tan bien la casa...

Al ver que Portia se quedaba embobada mirando el bosque, le preguntó:

—¿Te agradaría tal vez pasar un rato en el campo?

—Sí, claro que me gustaría.

—Donde vivimos, me temo, no es el campo, sino el mar. No obstante...

—También me gusta mucho el mar.

—El mar de Inglaterra o, mejor dicho, el mar que rodea a Inglaterra debe de ser nuevo para ti, ¿verdad? —dijo la señora Heccomb.

Portia vio que la señora no esperaba una respuesta y dedujo que Anna le había contado toda la historia: dónde habían vivido y por qué nunca habían regresado a casa. Anna no habría continuado frecuentando a la señora

Heccomb si esto hubiera significado tener que ser discreta. Anna sentía un verdadero cariño por la señora Heccomb, pero entre ellas no habrían tenido de qué hablar, cuando no concurrían a alguna *matinée*, si Anna no hubiese aprovechado sus fugaces tribulaciones para contarle historias y captar así toda su atención. Unas dos o tres veces al año, Anna le enviaba a la señora Heccomb el dinero equivalente a un billete de tren a Londres y después le dedicaba, con singular afecto, una jornada completa. Cada vez que esto ocurría, solía cosechar un gran éxito, pero nunca quedó claro si la señora Heccomb no viajaba con sus preocupaciones personales auestas. ¿Le hablaba a Anna de sus hijastros? «Me temo que son espantosos», había comentado Anna cierta vez.

—¿Sabes patinar? —preguntó la señora Heccomb sin venir a cuento.

—Lo siento, pero no sé.

Con cierto alivio, la señora Heccomb dijo:

—Tal vez sea mejor. Así no tendrás que ir a la pista de patinaje. ¿Te gusta leer?

—De vez en cuando.

—Tienes razón —dijo la señora Heccomb—. Ya tendrás tiempo de leer cuando seas más vieja, como yo. Durante una época, Anna leía demasiado. Por suerte, también le gustaba salir y divertirse; constantemente recibía invitaciones. De hecho, sigue divirtiéndose como si fuera una niña. ¿Qué edad tienes tú, si me permites preguntártelo?

—Dieciséis.

—Vaya. Eso significa que en tu caso será diferente —dijo la señora Heccomb—. Quiero decir que no sería lo mismo si tuvieras dieciocho...

—Yo me lo paso muy bien todo el tiempo... Incluso ahora.

—Claro, estoy segura de ello —dijo la señora Heccomb—. Espero que disfrutes del mar mientras estás con nosotros. También hay algunos sitios interesantes por las inmediaciones. Unas ruinas, por ejemplo, en forma circular. Sí, eso deseo...

—Estoy segura de que disfrutaré de una estancia grata.

—Al mismo tiempo —dijo la señora Heccomb, un tanto ruborizada—, no quiero que te sientas en casa como una mera visita. Quiero que te sientas como si fuera tu verdadero hogar, quiero que te sientas como en casa de Anna. Ven a

verme si tienes algún problema, como lo harías con ella. Por supuesto, espero que no surjan problemas. Pero no dudes en pedirme todo lo que necesites.

Lo que Portia más necesitaba era su té: los caramelos de lima le habían dado sed y tenía la boca seca. Temía que aún estuvieran lejos de la costa, pero entonces el tren salió del bosque y rodeó la cima redondeada de una montaña. Un aire salino entró por la ventanilla del vagón y a lo lejos —allí abajo, tras una llanura— Portia alcanzó a ver el mar. La estación de Seale apareció de súbito; la locomotora se detuvo ante unos paragolpes: era el final de la línea. El cielo surgió enmarcado dentro de la puerta principal, pues la estación quedaba en la cima de una colina, en la punta de una especie de rampa. Mientras la señora Heccomb conversaba con el mozo, Portia se asomó y contempló el panorama desde lo alto de una escalera. Se sentía exaltada. Pensó: «Aquí seré feliz». Bajo la luz de marzo, mitad gris y mitad verde, el paisaje hecho de mar, de ciudad y de llanura pareció inclinarse hasta encontrar en sus ojos algo semejante a un espejo.

—Esa de ahí es mi casa —dijo la señora Heccomb apuntando al horizonte—. Todavía estamos algo lejos, pero cogeremos un taxi: siempre hay uno junto a la estación.

La señora Heccomb le dedicó una sonrisa al taxi; ella y Portia subieron.

El taxi avanzó por una amplia curva en dirección a Seale mientras desfilaba frente a los blancos portones de las mansiones rurales, cada cual con un misterioso jardín donde a veces cantaba un tordo.

—Ahora deberíamos coger este camino —dijo la señora Heccomb tan pronto alcanzaron la base de la colina—, pero hoy iremos por el otro porque he de comprar algunas cosas. No suelo coger taxis para comprar provisiones, a pesar de que me tienta hacerlo. Anna me rogó que cogiese un taxi hasta la estación. Pero le dije que no, que la caminata me haría bien, aunque tal vez lo cogería a la vuelta, para los recados.

Como el taxi era un poco estrecho e iban algo apretadas, Portia solo podía ver escaparates de tiendas: las tiendas de la calle principal, ¡pero qué tiendas! Aunque bastante pequeñas, todas parecían animadas, expectantes, tentadoras, llenas de gente y bullicio. Vio cantidad de pastelerías, anticuarios, tiendas de regalos, floristerías, bonitas farmacias y elegantes librerías. La señora Heccomb, que también parecía muy dichosa, no soltaba su cesta.

La cesta no dio abasto y hubo que amontonar varios paquetes sobre los asientos del taxi. Cada vez que volvía al vehículo, la señora le decía a Portia:

—Espero que no estés muy desesperada por tomar el té.

El reloj de la alcaldía marcaba las cinco y veinte. Un hombre se acercó cargando una esterilla enrollada y la depositó a los pies de Portia.

—Me alegra mucho recibirla —dijo la señora Heccomb—. La encargué la semana pasada, pero no estuvo lista hasta hoy... Ahora tengo que ir hasta allí, al final, a mandarle el telegrama a Anna.

Con «el final» quería decir la oficina de correos, al final de la calle principal.

—¿Para qué? —preguntó Portia.

—Le diremos que has llegado bien.

—Dudo que esté preocupada.

La señora Heccomb pareció presa de la congoja.

—Nunca antes has estado separada de ella. No quiero que emprenda su viaje al extranjero preocupada —dijo, y su espalda desapareció tras la puerta de la oficina de correos.

Tan pronto como regresó, se acordó de que había olvidado algo en la otra punta del pueblo.

—Esto nos llevará otra vez al punto de partida, me temo. Y así de paso podremos, al fin, coger el camino más corto.

Portia sintió que todo esto lo hacía en su honor, y la entristeció pensar cuánto se habría mofado Matchett de los pequeños saltos, idas y venidas de la señora Heccomb, que se movía como un pato. Matchett habría preguntando por qué no había comprado todo eso antes. En cambio, Portia creía que Irene habría estado a gusto con la señora Heccomb y se habría interesado por sus esperanzas y temores. El taxi cruzó un puente sobre un canal y avanzó hacia el mar por unos campos perfectamente llanos que separaban la playa de la ciudad. La línea de la costa apareció, por fin, entre altas hileras de casas. Unos *bungalows* rojos punteaban el paisaje. Todas estas viviendas habían sido edificadas justo por encima del nivel del mar, a lo largo de un dique que servía para contener las aguas del canal de la Mancha.

El taxi dobló y trepó por la parte de atrás del dique: la señora Heccomb, briosamente, comenzó a ordenar los paquetes. Desde donde estaban ellas, las

paredes traseras de las terrazas, con su estuco descascarillado, parecían más altas que cualquier otro edificio que pudiera haber visto en Londres. La hierba descuidada y los tamariscos a sus pies, el rumor solitario del mar a sus espaldas, todo ello volvía el lugar más misterioso y adusto si cabe. Unos caños oxidados corrían entre las ventanas, casi todas protegidas por blancas cortinas de algodón. Los campos del lado norte eran más grises que el mar. El miedo a que las casas se derrumbaran —miedo que uno pierde rápidamente en Londres— renació en Portia de forma inusitada.

—¿Quién vive allí? —preguntó apuntando nerviosamente con la barbilla.

—Nadie, querida. Son hosterías.

La señora Heccomb golpeó el vidrio y el taxi, que ya había empezado a frenar, se detuvo bruscamente con una sacudida diríase que satírica. Se apearon. Portia cargó los paquetes que la señora no podía llevar; el taxista las siguió con las maletas. Los tres subieron por una pendiente escarpada hasta llegar a una terraza. La señora Heccomb le mostró la explanada a Portia. El mar se convulsionaba bajo sus pies y un viento oblicuo le aflojó el sombrero. Los guijarros de la playa llegaban hasta el borde mismo del asfalto; todo lo impregnaba un enérgico y salobre olor marino. Dos vapores avanzaban lentamente en la línea del horizonte, pero en la explanada no había un alma.

—Espero que te agrade el lugar —dijo la señora Heccomb—. Y espero también que puedas con los paquetes. No hay ni siquiera un sendero hasta la puerta de entrada... Como verás, estamos casi metidos en el mar.

Waikiki (que es como se llamaba la casa de la señora Heccomb) quedaba a un minuto a pie por la explanada. Varias ventanas, en diferentes niveles, se asomaban a la fachada ocultas bajo el pintoresco techo rojo; el viento había abierto una de ellas y una cortina desteñida se agitaba salvajemente a su merced. Más abajo el jardín de invierno, la gran puerta de vidrio que hacía las veces de entrada y la amplia ventana saliente (una *bow window*), hacían que la casa mostrara un aspecto casi transparente. Construida en buena medida con cristales y paredes pintadas de blanco, Waikiki le plantaba cara al mar temerariamente, como si desafiase a la naturaleza.

Portia distinguió, en medio de la penumbra interior, una chimenea encendida. La señora Heccomb llamó tres veces a la puerta de vidrio. Había un timbre, pero colgaba de un cable largo y retorcido. Apareció entonces una

diminuta criada que cruzó el recinto arreglándose los puños y que les abrió la puerta con aire un tanto displicente.

—Tengo llave —explicó la señora Heccomb—, pero usted ya estará habituada, Doris... Siempre echo el cerrojo cuando salgo —le dijo a Portia—. La playa no es el campo, ya sabes. Veamos, Doris, esta es la señorita que viene de Londres, ¿recuerda usted que debe subir sus cosas a la habitación? Y lo que el hombre está trayendo es una alfombra de esterilla, ¿recuerda usted el lugar donde le he dicho que debe ponerla?

Mientras la señora Heccomb pagaba al taxista, Portia se puso a inspeccionar educadamente el salón; de vez en cuando bajaba los ojos para no dar la impresión de estar tomándose excesivas libertades mientras lo escrutaba todo. Aunque el crepúsculo ya había caído sobre la explanada, el lugar aún encerraba una luminosidad que Portia supuso que provenía del mar. Reconoció el perfume de la primavera en unos jacintos azules que acababan de florecer. Una de las paredes del salón estaba casi totalmente cubierta por ventanales de estilo francés: unas puertas acristaladas que daban paso al jardín de invierno, aunque en esos momentos estaban cerradas. En el jardín de invierno, al cual Portia echó un veloz vistazo, había sillones de mimbre y una pecera vacía. En una punta del salón, un fuego de llamas extravagantes ardía en un hogar revestido con azulejos marrones; el objeto más lujoso de todos, sin embargo, era una radio sin cable que había sobre una mesita. Frente a los grandes ventanales se alzaba una biblioteca con puertas de vidrio; estaba colmada de libros, pero así, cerrada, no servía para otra cosa más que para reflejar el paisaje marino. Una cortina de seda azul, cuyo color se diluía en franjas cada vez más claras, ocultaba un arco que seguramente condujese a una escalera. En otras partes del salón, la mirada no tan discreta de Portia descubrió un gramófono portátil color escarlata, una bandeja con utensilios de pintura, la pantalla de una lámpara a medio pintar y una pila de revistas. Dos sillones y un canapé, con sus asientos arrugados, se agrupaban en forma de cuadrilátero junto a la chimenea. También había una mesita plegable, preparada para el té, si bien los platos estaban vacíos todavía, aunque la señora Heccomb ya había empezado a sacar bizcochos y tartas de unas bolsas de papel.

Fuera, el mar jadeaba casi con vida propia, aun cuando parecía un anexo



del salón. Mientras dejaba sus guantes en un sillón, Portia sintió que en el salón había espacio para todos. Más adelante supo que Daphne llamaba a ese recinto «la sala de estar».

—¿Te gustaría subir, querida?

—No veo que sea necesario aún, gracias.

—¿Ni siquiera para ver tu habitación?

—De verdad que no es necesario, se lo agradezco.

La señora Heccomb, por algún motivo, pareció aliviada. Cuando Doris trajo el té, dijo en voz baja:

—Ahora, Doris, la esterilla...

La señora se quitó el sombrero para tomar el té y Portia pudo advertir que sus cabellos, como si fueran las hojas de un alcaucil, tendían a crecer hacia arriba: ella se los había sujetado firmemente, con un rodete aplastado, en la cresta de su cabeza. Esto le daba a la señora una expresión como azorada. Al mismo tiempo, esa mujer le inspiraba cierta confianza. Hablaba con tal soltura y le refería tantas cosas a la vez, que Portia, ya acostumbrada a las tácticas propias de Windsor Terrace, se preguntó si aquello era realmente conveniente. ¿Les quedaría algo que decirse al cabo de una semana de convivencia? Aún debía aprender que, a menudo, la intimidad entre las mujeres parece retroceder conforme pasa el tiempo: empieza con revelaciones y acaba en charlas banales, sin que ello equivalga necesariamente a una pérdida de estima mutua. La señora Heccomb le contó un par de historias de cuando Anna era adolescente, allá en Richmond, a las que supo dotar de detalles patéticos y hermosos a un tiempo. Después dijo que había sido sumamente triste el caso de esos dos bebés que Anna había estado a punto de dar a luz, y que se malograron. Portia comía donuts y porciones de tarta mientras contemplaba el mar que se extendía a espaldas de la señora Heccomb. Pensó que el salón, con las luces encendidas, debía de tener un aspecto bastante animado desde la explanada. Pensó que fuera había empezado a oscurecer ya y sintió envidia de sí misma.

Pero entonces la señora Heccomb se puso de pie de un salto y fue a correr las cortinas.

—Nunca se sabe —le dijo—. Y además, no queda del todo bien exhibirnos de este modo.

Se refería a que uno podía ser visto desde fuera por cualquiera que pasara.

Después, le sirvió a Portia otra taza de té y le dijo que imaginaba que echaba mucho de menos a su madre. Qué suerte tenía, no obstante, de contar con Thomas y Anna. Durante años y años, cuando todavía era la señorita Yarden, no había tenido más remedio que ser cautelosa y optimista, pues su objetivo era que los niños viesan siempre las cosas de forma correcta. Esto la había vuelto un tanto exagerada en su manera de sentir. La independencia le confería, ahora, cierta autoridad: cuando afirmaba que algo era de tal o cual modo, eso era así y punto. Miró el reloj de caoba que latía ruidosamente en la repisa de la chimenea y dijo que estaba contenta porque Daphne no tardaría en regresar. Desde luego, Portia se sentía incapaz de contradecirla.

—Creo que subiré a cepillarme el pelo —se limitó a responder.

Ya en su habitación, mientras se adecentaba entre los crujidos del papel de seda procedentes de su maleta y contemplaba los efímeros bultos que formaba el viento en su nueva cortina de esterilla, escuchó el portazo que indicaba la llegada de Daphne.

Waikiki, como no tardó en comprender, era una gigantesca caja de resonancias: resultaba sencillo saber dónde estaban los demás y qué hacía cada cual, excepto cuando los ruidos eran ahogados por el viento, que soplaba sin descanso. Entonces, oyó que Daphne pedía algo en voz muy alta y dedujo que la señora Heccomb había levantado una mano a modo de advertencia porque la pregunta de Daphne quedó truncada. Portia pensó: «Ojalá que Daphne no me coja antipatía...». La luz eléctrica de su dormitorio, dentro de una pantalla de porcelana, emitía un destello de una franqueza desconocida en Windsor Terrace. La luz oscilaba levemente al compás de las corrientes marinas y Portia sintió que una nueva vida se había iniciado tras su viaje. Abajo, Daphne encendió a todo volumen la radio y le gritó a la señora, por encima del escándalo:

—¿Puedes decirme cuándo piensa encargarse Dickie del timbre?

## 2

Cuando Portia reunió fuerzas para bajar, se encontró con que Daphne daba vueltas alrededor de la mesa de té engullendo unos pequeños pasteles mientras la señora Heccomb, ocupada en pintar la pantalla de una lámpara, le gritaba por encima de la música que, si seguía comiendo así, iba a perder el apetito para la cena. La voz que la señora Heccomb empleaba para gritar había adquirido, al cabo de años y más años de hablarle a Daphne por encima de la música de la radio o el gramófono, la misma tersura de la voz que empleaba para hablar normalmente: podía gritar sin el menor esfuerzo. Había, de hecho, un aire de inconsciente solemnidad en todo cuanto ella hacía. Al pintar la pantalla de la lámpara aproximándose para ver los detalles y apartándose para apreciar el efecto general, daba la impresión de alguien que pinta una pantalla en una escena de una obra teatral.

Cuando Portia asomó desde detrás de la cortina, Daphne no se dignó siquiera a mirarla, pero apagó la radio con irritada cortesía. Las voces callaron en el punto culminante de su algarabía y la señora Heccomb levantó la vista. Daphne se introdujo en la boca otro pastel, se limpió los dedos aplicadamente, con un pañuelo de *crêpe de Chine*, y extendió la mano para saludar a Portia, aunque sin abrir la boca. Daba la impresión de que era de esas que no hablan salvo que haya algo importante que decir. Era más bien alta y su ajustado vestido de punto azul subrayaba su corpulencia. Llevaba el cabello recogido en un moño, pero el moño semejaba una profusión de rizos untados con brillantina. Su semblante era moreno y usaba un lápiz labial color mandarina. Sin haberle hablado aún a Portia, le dijo a la señora Heccomb por encima del hombro:

—Ninguno de ellos va a venir esta noche.

—Muchas gracias, Daphne.

—No es a mí a quien tienes que dar las gracias.

—Daphne tiene muchos amigos —le explicó la señora Heccomb a Portia—. Pero parece que ninguno vendrá esta noche.

Daphne lanzó una mirada algo despectiva a lo que quedaba de los pasteles y se dejó caer pesadamente en un sillón. Del modo menos ostentoso que pudo, Portia rodeó el cuarto y se instaló detrás de la señora Heccomb, quien trabajaba con sus pinturas y sus utensilios bajo una lámpara especial. Aunque había algo preocupante en todo aquello, se sentía menos incómoda que en Windsor Terrace, donde Saint-Quentin y los otros amigos de Anna siempre parecían estar escrutándola. En la pantalla de la lámpara vio, pintados sobre un fondo de cielo color salmón, unos delfinios y unos cupidos.

—¡Vaya, qué preciosidad! —dijo.

—Quedará mejor cuando esté barnizado. Creo que la idea es bonita. Es un encargo, un regalo de boda, pero confío en pintar después otra para Anna, y así le doy una sorpresa... Daphne, querida, estoy segura de que a Portia no le importará si pones un poco de música.

Daphne gruñó, pero se puso de pie y volvió a encender la radio. Después, se quitó las zapatillas, encendió un cigarrillo y dijo:

—¿Sabes qué? Hoy siento la primavera en mis huesos.

—Lo sé, querida, ¿no es magnífico?

—No en mis huesos —Daphne miró a Portia con cierto interés—. Bueno —le dijo—, ¿así que no te llevaron con ellos al extranjero?

—No podían hacerlo, querida —intervino velozmente la señora Heccomb—. Van a alojarse en casa de unos amigos que tienen una mansión. Además, Portia acaba de llegar del extranjero.

—Vaya, ¿y qué te han parecido nuestros policías ingleses?

—Me parece que yo...

—Daphne, no deberías gastar tantas bromas todo el tiempo. Anda, sé una buena chica y dile a Doris que recoja las tazas de té.

Daphne echó atrás la cabeza, exclamó «¡Doris!», y Doris le lanzó una mirada mientras entraba diestramente con su bandeja. Portia comprendió después que el silencio sepulcral de la biblioteca de Smoot, donde Daphne

tenía que pasarse todo el día sentada, entregando libros que odiaba, no era solo antipático, sino también peligroso para ella. Así que, una vez en su hogar, compensaba las cosas haciendo toda clase de ruidos imaginables. Daphne jamás se limitaba a tocar los objetos: los sobaba con las manos y hasta fruncía la boca como si los estuviera degollando. Incluso cuando la radio no estaba a todo volumen, Daphne acostumbraba a hablar a gritos. De modo que, en cuanto se oían sus pisadas en la explanada, de regreso al hogar, la señora Heccomb dejaba caer una suerte de cortina sobre sus nervios. Como gran parte de su vida profesional había estado consagrada a interceptar aquellos ruidos que podían molestar a los demás y a repetir a todas horas a los niños de turno aquello de «silencio, por favor, silencio», parecía disfrutar de unas placenteras vacaciones al permitir todo ese bullicio que Daphne montaba. El grado de estridencia que le permitía a Daphne era acaso el tributo de la señora Heccomb a esa fuerza vital que, durante años, ella había debido reprimir por razones de trabajo. Tanto asociaba el ruido con la presencia de Daphne que, si se apagaba la radio o se producía una pausa en el alboroto, la señora abandonaba sus tareas de pintura o cerraba una ventana a fin de avivar el fuego: bastaba que sintiera la menor carencia para que creyese tener frío. Ya había perdido la esperanza de que Daphne, al crecer, se pareciera mínimamente a Anna. Pero ahora parecía gobernada por una idea fija: bajo ningún concepto Portia debía regresar a Londres, a casa de Anna, contagiada de los modales de Daphne.

En cuanto Doris retiró el servicio de té, dobló el mantel de encaje y lo guardó en un cajón, la señora Heccomb destapó un frasco de barniz y, con ademanes tensos, aplicó la primera capa a la pantalla. Después de eso, pareció volver al mundo y comentó:

—Creo que Doris se está portando a las mil maravillas.

—Más le vale —dijo Daphne—. Se ha echado un novio.

—¿Ya? ¡Vaya, querida! ¿En serio?

—Sí, estaban en el piso superior del autobús en el que viajaba yo. Él tiene una mancha en el cuello. Primero vi la mancha, después miré al chico y después, ¿a quién vi, sino a Doris, que viajaba tan sonriente a su lado?

—Espero que sea honrado...

—Bueno, ya te he dicho, tiene una mancha en el cuello... No, en serio,

mamá, espero que te pongas más firme con Dickie por este asunto del timbre. Tiene una pinta espantosa, colgando así. Y lo peor es que no suena. ¿Por qué no tenemos un timbre eléctrico?

—Tu padre siempre creyó que se averiaban a las primeras de cambio.

—Lo que tú digas, pero ponte firme con Dickie, por favor. ¿Para qué ha dicho que iba a encargarse del timbre, si nunca ha pensado en hacerlo y si nadie le ha pedido que dijese que lo iba a arreglar?

—Fue un gesto de lo más amable por su parte, querida. Se lo recordaré en la cena.

—No vendrá a cenar. Tiene una cita. Eso ha dicho.

—¡Claro que sí! ¿En qué estaría pensando yo?

—No me lo preguntes a mí —dijo Daphne afectuosamente—. En cualquier caso, no hay problema: me comeré su salchicha. Por cierto, ¿qué hay de comer?

—Pastel de huevos. He pensado en preparar algo ligero.

—¿Ligero? —repitió Daphne, espantada.

—Para Portia, ya sabes, ha hecho un largo viaje. Si quieres algo más, querida, abriremos la galantina.

—De acuerdo... —dijo Daphne con resignación.

Sentada en una punta del canapé, Portia hojeaba un ejemplar de *Woman and Beauty*. La señora Heccomb estaba tan absorta en su pantalla y Daphne continuaba allí con un aire tan melancólico que Portia lamentó no haber llevado consigo el puzzle del comandante Brutt: al menos habría podido avanzar. Pero es imposible meter en la maleta un puzzle del que ya llevaba montadas tres cuartas partes. Instalada bajo una lámpara colgante de alabastro que vertía sobre su cabeza una tenue luz anaranjada, se sentía estupefacta frente a un mundo que se le revelaba enteramente nuevo. El ruido sordo de la radio, la profunda vibración del mar, el olor del barniz y los jacintos, el tapiz oriental, el calor del fuego rugiente de la chimenea, todo ello la impactaba de manera arrolladora. Aún no lograba acostumbrarse a ese mundo. Había viajado muy lejos, y no solo en términos de espacio.

Mientras se preguntaba si este lugar podía hacerla sufrir, Portia pensó en Windsor Terrace. Ya no estoy allí, se dijo. Y repasó, una a una, las cosas que había amado instintivamente en Londres: su cama con la lámpara encendida

durante las mañanas de invierno, el pequeño tapiz del estudio de Thomas, el baúl del rellano con sus ángeles esculpidos, el mantel de hule de la habitación de Matchett. Solamente en una casa donde se ha aprendido a estar solo puede uno tener tanto cuidado con las cosas. La relación que uno entabla con los objetos, el rito diario de verlos o de tocarlos, empieza a convertirse en amor y deja abierta una puerta al dolor. Al mirar atrás y ver la reiteración de días vacíos, uno advierte que se han puesto en pie ciertos monumentos. El hábito no constituye una mera subyugación, sino que es un tierno lazo: cuando se recuerda lo acostumbrado, uno cree recordar que fue feliz. Al echar la última mirada a cada habitación de hotel, antes de marcharse, ella e Irene casi siempre se sumían en un estado de tristeza. No podían dejar de sentir que estaban traicionando algo con su partida. Inconscientemente, buscaban cierta familiaridad en los lugares ignotos. No son nuestros ánimos exaltados, sino nuestros sentimientos, los que construyen el hogar imprescindible. La necesidad de afirmarse hace que los vagabundos echen raíces por un día allá donde caen: vivimos siempre que sentimos de forma inconsciente.

En la planta superior de Waikiki, los cielorrasos de los dormitorios estaban en pendiente, adoptando la forma del techo. La señora Heccomb, tras desearle buenas noches a Portia, había levantado unas seis pulgadas la hoja de una ventana con borde de acero, así que la cortina ondeaba a la luz de uno de los faroles de la explanada. Portia alargó una o dos veces la mano para tocar el techo que descendía en pendiente sobre su cama. La señora Heccomb le había dicho que esperaba que no se sintiera sola.

—Duermo en la habitación de al lado. Simplemente tienes que dar un golpe en la pared. En esta casa estamos todos muy cerca y muy juntos. ¿Te gusta el ruido del mar?

—Suena muy cerca.

—Hay marea alta. Pero no se acercará más, no te preocupes.

—¿De verdad?

—Te lo prometo, querida. ¿Tienes miedo del mar?

—Claro que no.

—Y allí tienes un retrato de Anna —había añadido la señora Heccomb

apuntando con gesto beatífico a la repisa de la chimenea.

Sí, Portia ya había visto ese óleo que mostraba a Anna, a Anna a la edad de doce años, más o menos, con un gatito entre las manos y con su pelo largo y lacio sujeto gracias a un par de lazos de seda. La dulce impericia del retrato le confería al semblante, tan augusto bajo aquella cabellera, una especie de aire espiritual. La cara del gato era como una cuña oscura en el pecho.

—Así no estarás sola del todo —dijo la señora Heccomb y, tras llegar a esta feliz conclusión, apagó la luz y se marchó... La cortina empezó a golpear contra el alféizar de la ventana; el mar llenaba la penumbra con su jadeo cada vez más cercano, un poco enronquecido por los guijarros de la playa. ¿Marea alta? El mar no podía estar más cerca...

Portia soñó que leía un libro en compañía de una niñita. Las puntas de la larga cabellera rubia de Anna rozaban las páginas. Las dos estaban sentadas en el alto alféizar de una ventana esperando a que ocurriera algo. Lo peor que podía ocurrir era que sonase la campanilla; Anna y ella deseaban seguir leyendo el libro. Pero Portia advirtió de pronto que ya no sabía leer y no tuvo el valor de decírselo a Anna, quien seguía pasando las hojas como si nada. Portia sabía que las dos tenían que leer y sintió angustia y pena por su futuro. Un bosque (al pie de la ventana) estaba siendo totalmente barnizado: no había escapatoria. Y, de pronto, se produjo el horrendo fin de todas las cosas: la precipitación, los rugidos, los gorgoteos llenaron el aire... Portia dio un brinco y soltó un grito mientras huía.

—No es nada, querida, no es nada... Estoy aquí. No pasa nada. Tan solo es Daphne vaciando su bañera.

—No sé dónde...

—Estás aquí, querida. Estás aquí.

—Oh...

—¿Has tenido un mal sueño? ¿Quieres que me quede un rato aquí, a tu lado?

—No, gracias. No será necesario.

—Entonces, sé una buena niña y duerme. Y no tengas pesadillas. Recuerda que siempre puedes golpear la pared.

La señora Heccomb se marchó cerrando la puerta con suavidad. Enseguida, en el rellano, Daphne y ella intercambiaron algunos susurros. Sus



voces resonaban como los cuchicheos de los pasillos de hospital o como los sonidos del bosque que Portia acababa de visitar en sueños. «Madre mía», decía Daphne, «¡qué nerviosa es esta niña!». En el rellano, sonaron los pasos de Daphne en pantuflas; la bañera acabó de vaciarse y a lo lejos se cerró una puerta.

La sensación que tenía Portia de no haber sido una chica buena, de haber despertado de golpe, era acaso lo que ahora la mantenía en la hechizada periferia del sueño. No había sido buena con Anna; nunca lo había sido. Había vivido en casa de ella con un sentimiento de hostilidad... El gatito del retrato, por ejemplo, ¿estaba muerto? Anna nunca le había hablado de él. ¿Se había sentido Anna frágil y pequeña en la escuela? ¿Cuándo le habían cortado el pelo? Bajo la luz eléctrica, la cabellera del retrato poseía el tinte amarillento de las mimosas. ¿Era Anna como ella, que a veces no sabía qué hacer? Y dado que Anna ahora sabía cuál era el próximo paso que debía darse, y como ahora sabía de qué cosas debía reírse y qué cosas debía decir, ¿significaba eso que siempre había tenido todo tan claro? Dentro de cada individuo, ¿no existe una criatura, llena de dudas, que vacila nerviosa en una habitación vacía? Incorporándose en la cama, Portia pensó: «Se ha ido y tal vez no vuelva más».

La señora Heccomb continuaba levantada, tal vez para evitar que Dickie hiciera ruido. Había escuchado retumbar las recias pisadas de Dickie por la explanada. Bajo el suelo de la alcoba pudo escuchar cómo la señora Heccomb intentaba silenciar a Dickie mientras este abría ruidosamente la puerta de vidrio, desplazaba un sillón con gran estrépito y atizaba los leños de la chimenea: era como si un gigante estuviese rondando por el salón. Se oyó, acto seguido, el tintineo apagado de un carrito: tal vez estaban abriendo la galantina. La señora Heccomb puede que le dijera algo acerca del timbre, pues oyó que Dickie replicaba:

—¿Pero por qué me hablas de esto justo ahora?

Portia se percató de que esa misma mañana iba a conocerlo. Le habían dicho que tenía veintitrés años: la edad de Eddie.

Cuando bajó, eran las ocho ya y Dickie estaba a punto de terminar su desayuno. Debía coger cierto autobús que lo llevaría a Southstone. Tan pronto

como ella entró, él se levantó a medias, limpiándose unos restos de huevo del mentón. Después de estrecharse la mano y de que los dos mascullaran algo, Dickie volvió a sentarse bruscamente y siguió bebiendo café sin volver a decir palabra. Dickie no era tan corpulento como su voz le había hecho suponer a Portia, pero era robusto y atractivo, de tez morena, con ojos de gacela y expresión de notable franqueza, una mandíbula fuerte y un pelo que, por más que lo engrasara, saltaba a la vista que no conseguía domar. Dickie, sin duda, daba una impresión de decidido vigor. Esa mañana vestía un traje oscuro, de cuello rígido, que llevaba de una manera que revelaba a las claras que no le iba en absoluto. La forma precipitada en que se había bañado y vestido, un poco antes, había llenado de ecos toda la casa, y en el cuarto de baño quedaba el olor limpio, una pizca infantil, de la crema de afeitar. En Windsor Terrace, con sus muchas plantas y su extensa red de cañerías, la vida íntima de Thomas resultaba poco menos que imperceptible. Pero la presencia de Dickie se hacía notar en aquel lugar como un poderoso organismo. Mirando por encima de Portia, dando a entender que nada debía alterar sus costumbres, Dickie se incorporó, se apartó de la mesa y se perdió tras la cortina de seda. Al cabo de cinco minutos, reapareció con un sombrero y, con satisfecho aire cívico, hizo un gesto con la cabeza para despedirse de Portia y de la señora Heccomb (quien entraba y salía sin parar de la «sala de estar» con nuevas provisiones para el desayuno conforme bajaba más y más gente) y franqueó la puerta de vidrio para cumplir con sus compromisos laborales. La señora Heccomb se quedó embobada mirando cómo Dickie se alejaba por la explanada.

—Cualquiera diría que es un reloj —comentó con un suspiro de satisfacción.

La biblioteca de Daphne quedaba en la calle principal de Seale, a apenas diez minutos a pie de Waikiki por el sendero arbolado que unía la explanada con el pueblo. Daphne debía estar allí a las nueve y cuarto y, como dormía vorazmente, raras veces bajaba a desayunar antes de que se hubiera marchado su hermano. En cuanto oía salir a Daphne del baño, la señora Heccomb le hacía una señal a Doris y esta echaba en la sartén un huevo o un arenque ahumado, para que la joven desayunara caliente. El desayuno era en Waikiki como un servicio continuo que ponía de manifiesto la capacidad organizativa de la señora Heccomb, aunque ella parecía quedar exhausta tras esta tarea,

pues durante el resto del día tenía un aspecto espantoso. Daphne aparecía siempre con el peine y, mientras esperaba su huevo o su arenque, se instalaba con las piernas abiertas frente al espejo de la chimenea y libraba un combate con sus incontables rulos. Debido al huevo, e incluso a la mermelada, no se ponía carmín antes del desayuno. Mientras Daphne se arreglaba el pelo, la señora Heccomb velaba por que el café y la leche no se enfriasen. El desayuno de la señora consistía en roscas con leche caliente, cosa que era, como ella le dijo a Portia, algo más bien europeo. Entre la salida de Dickie y la llegada de Daphne, Portia había permanecido allí sentada, intentando terminarse el desayuno que le habían servido, con los codos pegados al cuerpo, esperando no llamar mucho la atención.

Mientras se sentaba, Daphne le dijo:

—Lamento que mi baño haya alterado tus sueños.

—Ay, no. Ha sido culpa mía.

—¿Algo que has comido, quizá?

—Portia tan solo estaba cansada, querida —dijo la señora Heccomb.

—Supongo que no estás acostumbrada a unas cañerías como estas. Imagino que tu cuñada tiene cloacas dignas del palacio de Buckingham.

—Yo no sé si...

—Daphne está de broma, cariño.

Daphne prosiguió:

—¿Es verdad que tiene una enorme bañera de porcelana verde? ¿O una de esas hundidas en el suelo, con una luz oculta?

—No, Daphne. A Anna no le gustan ese tipo de lujos.

Daphne se limitó a gruñir y dijo:

—Supongo que tiene una bañera donde le es posible flotar como un nenúfar.

Luego, Daphne se arrojó sobre la mermelada y contrajo las mejillas de forma enérgica, con el aire de alguien que se niega a decir algo más. Resultaba obvio que su actitud hacia Portia sería agresiva hasta que dejase de asociarla con Anna. Daphne tenía la impresión de que todas las personas que llegaban a Waikiki por consejo de Anna eran de las que se llevaban el mundo por delante. Solo había visto tres veces a Anna y cada una de esas veces, de forma pacientemente implacable, había tomado nota de todo cuanto le disgustaba de

ella. Pese a ello, Daphne no era una chica envidiosa y sentía un reticente respeto por las clases altas: de haber viajado más asiduamente a Londres, habría acabado liderando esas muchedumbres femeninas que asedian los tinglados y las escaleras con alfombras rojas: una de esas muchachas de cara regordeta que sin rastro de envidia examinan la punta del velo de una novia famosa o que olfatean sin resentimiento, a la salida de la ópera, los jazmines que llevan otras personas. Las muchachas como Daphne, decentes, rudas, satisfechas, son el principal sostén del perverso orden antiguo. Daphne se deleitaba rindiendo homenaje a lo que era perfectamente feliz de no poseer. Al mismo tiempo, y por debajo de todo eso, tal vez hubiera un asomo de *tricotouse* en Daphne y eso provenía de la ira constante que sentía contra Anna.

Ella no consideraba (con acierto) que Anna perteneciera exactamente a la clase alta. Así y todo, percibía el poder de Anna y consideraba que había conseguido más de lo que se merecía. Pensaba que Anna se daba aires. Y albergaba también un oscuro resentimiento (que nunca verbalizaba) ante el hecho de que Anna hubiese convertido a su madre en un parásito a su servicio. En caso de que Anna hubiera tenido un título nobiliario, le habría resultado menos amargo. Pasaba por alto, acertadamente y con cierta sensación de grandeza, que, de no ser por el padre de Anna, los Heccomb no habrían sido capaces de abrir tantas latas de galantina.

Algunas personas están moldeadas por las cosas que admiran; otras, por las cosas que odian. Si algo había influido en la evolución de Daphne, había sido el deseo de comportarse y de hablar en todas las ocasiones como nunca lo habría hecho Anna. En ese momento, la sola idea de la existencia de Anna le hacía mordisquear la tostada con una expresión peculiar, manchándose con mermelada todo el labio inferior.

En Waikiki la mermelada era muy espesa, muy dulce y de brillante color anaranjado: la mesa estaba puesta con un juego de porcelana de diseños chinos en blanco y cobalto. Unos gruesos posafuentes de mimbre hacían que las fuentes se balancearan sobre la madera de roble sintético. Un sol de pura sustancia marina inundaba la mesa del desayuno. Paseando su mirada por el jardín de invierno, Portia se dijo que el lugar resultaba de lo más agradable. Los Heccomb no solo comían, sino que también vivían en la sala de estar,

puesto que desconfiaban, con sobradas razones, de la estufa de antracita ubicada en lo que supuestamente era el comedor. Por lo tanto, utilizaban solamente ese comedor en verano o con ocasión de fiestas cuyo número de invitados generaba una especie de calor natural... Las gaviotas se abalanzaban sobre la hierba en una serie de blancas zambullidas; apenas, la señora Heccomb notó que Daphne estaba en medio de uno de sus raptos de odio contra Anna.

—Nadie pone nenúfares en las bañeras, hija —dijo al fin.

—Podrían ponerse si es que se desea mantenerlos frescos.

—En tal caso, querida, sería mejor ponerlos en el lavabo.

—No lo sé... Yo no tengo nenúfares, ¿a que no? —dijo Daphne, y tendió la taza para que le sirvieran más café. Después añadió, como quien aborda asuntos más gratos:

—¿Te has peleado con Dickie por lo del timbre?

—Él no cree que...

—¿De verdad? —interrumpió Daphne—. ¿Qué no cree Dickie? Esto es algo cien por cien típico de él, no sé si me entiendes. ¿Por qué no permitió en su momento que llamaras al hombre de Spalding's? Lo mejor que puedes hacer es llamar al hombre de Spalding's. Quiero que para mañana por la noche el timbre esté arreglado.

—¿Y qué pasa mañana por la noche, querida?

—Que vendrá gente a casa.

—De acuerdo, pero todos llaman golpeando el cristal, ¿no es así?

Daphne pareció acorralada: era su modo habitual de mostrarse cohibida. Los ojos se le juntaron como los de un tiburón.

—El señor Bursely —dijo— ha mencionado que vendrá.

—¿El señor... quién? —inquirió tímidamente la señora Heccomb.

—Bursely, mama. B-U-R-S-E-L-Y.

—No creo haber tenido nunca...

—No, claro —clamó Daphne armándose de paciencia—. De eso se trata, justamente. Él no ha venido nunca antes aquí. No querrás que vea ese timbre... Bursely está en la Academia de Mosquetería.

—Ah, ¿en el ejército? —dijo la señora Heccomb animándose.

(Portia sabía tan poco acerca del ejército que, en el acto, creyó oír ruidos

de espuelas y sables en la explanada.)

—¿Dónde lo has conocido? —quiso saber la señora Heccomb.

—En un baile —atinó a decir Daphne.

—Supongo que alguno querrá bailar mañana.

—Bueno, tal vez podamos quitar la alfombra. Tampoco vamos a estarnos quietos, como pasmarotes... ¿Tú sabes bailar? —preguntó Daphne dirigiéndose a Portia.

—Sí, en fin... He bailado con otras chicas en hoteles...

—Bueno, bueno, los hombres no van a comerte si bailas con ellos —soltó Daphne, y entonces miró a la señora Heccomb—: Haz que Dickie traiga a Cecil... Santo cielo, ¡debo marcharme ya mismo!

Así lo hizo y, de inmediato, pudo verse cómo se alejaba por la explanada. Cuando hablaba, Daphne tan solo empleaba interjecciones moderadas pues ponía todo el vigor en sus ademanes. En esto era muy diferente de Anna, quien continuamente profería insultos y obscenidades en los momentos de tensión, aunque de forma algo más desvalida y delicada. Mientras que Anna, por ejemplo, tildaba de «perra» a otra mujer, Daphne la tildaba de «gata vieja». La personalidad de Daphne era sexual, pero su conversación era impecablemente casta. Neutralizaba la más mínima insinuación diciendo «es usted incorregible» o limitándose a usar la mirada... Nada más irse Daphne, Portia sintió que se desinflaba y la señora Heccomb pareció caer en un cierto obnubilamiento. Daphne y Dickie, a los ojos de Portia, eran un caso de lo más singular: no podía creer que escenas como la que acababa de presenciar ocurrieran a diario.

—Ayúdame a recordar que debo pasar por Spalding's —le dijo la señora Heccomb.

En ese momento, el sol estaba velado por las nubes, pero el mar resplandecía y hacía que el salón siguiera colmado de luz. La señora Heccomb, deseosa de airearlo tras el desayuno, abrió la hoja de una de las ventanas que daban al jardín de invierno y después abrió una ventana que había en el mismo jardín. Un potente olor a algas y salitre penetró en la casa junto con los chillidos de las gaviotas. El primer día que uno pasa a orillas del mar hace que se sienta en el cuerpo el efecto de la sal —potente, elástico y hueco— como una gran alga marina que se niega a ceder bajo los pies. Portia

salió al jardín de invierno y escrutó, a través de las rejas, la explanada. Luego abrió intrépidamente la puerta de vidrio y salió. Un muro que le llegaba a la altura de la rodilla, dotado de un alto y severo portón, protegía la hierba de los Heccomb y la separaba de la calle. Antes de saltar el muro (lo cual, debido a la existencia del portón, resultaba casi una falta de respeto), Portia contempló las ventanas de Waikiki. No, nadie la estaba mirando; nadie parecía oponerse a sus deseos. Así que saltó el muro y alcanzó el parapeto de la explanada.

La playa de Seale dibuja una curva imperceptible en la anchísima bahía, extraordinariamente plana. Hacia al este, la costa se eleva bruscamente o, más bien, las colinas del interior se desploman sobre el mar: un imponente acantilado se ve coronado por el más notable de los hoteles notables de Southstone. Su cúpula dorada y las banderas que ondean sobre su tejado le confieren plena gloria al atardecer; un cielo plutocrático refulge en la distancia para los humildes turistas en la explanada de Seale. En las mañanas claras y sin sol, la silueta del Splendide parece recortarse contra el cielo, como un dibujo plasmado en grisácea tinta azul... Desde Seale, en dirección a Southstone, la poderosa muralla de contención, con su superficie asfaltada, se extiende desnuda a lo largo de dos millas. Los campos protegidos por esta muralla se apartan de ella, solitaria y salada, tierra adentro. La abstracta soledad del dique termina solamente cuando el camino Seale-Southstone empieza a bordear la costa.

Al oeste de Seale no se distinguen más que terrenos pantanosos. La línea de la costa, inanimada y llana, acaba en un promontorio en forma de aguja. La vaga curva oscura se interrumpe debido a unos bastiones circulares, cada uno más pequeño que el anterior, cada uno más diluido por la luz. El silencio solo es quebrado por las prácticas de tiro. Hacia el oeste de Seale, uno se interna en un mundo vacío, un mundo suspendido y olvidado como una idea caduca. Los planos inclinados y las luces crean sombras interpuestas y trazan un ámbito propio... En esta parte de la playa, los guijarros han sido reemplazados por grandes extensiones de arena, sobre las que las olas más arrebatadas resbalan mansamente hasta alcanzar los bastiones.

De pie, a medio camino entre esos dos espacios, con las manos cruzadas en la espalda, Portia contemplaba el mar: la línea del horizonte se ceñía al

extenso arco de la bahía. El humo de tres barcos a vapor formaba rizos en el claro cielo; el mar parecía de acero bruñido: difícil creer que pudiera cortarse con una hélice. El borde de espuma de la playa era trémulo, esponjoso, pero el horizonte aparecía rotundo como la hoja de una navaja.

Algo más tarde, esa misma mañana, aquella navaja cortaría a Thomas y Anna. Caerían por detrás del horizonte, dejando tras ellos, al menos durante un minuto, un rizo de humo. En el momento de desembarcar en Calais, sus vidas serían meras hipótesis. Mirar el mar el día que otra persona lo atraviesa es aceptar la finalidad de la línea definida. Pues los sentidos limitan el mundo tal como lo sentimos: hay una abrupta interrupción donde termina su poder: cuando la puerta se cierra, cuando el tren desaparece en el recodo, cuando el zumbido del avión se vuelve ya inaudible, cuando el barco se interna en la bruma o cuando su estela se marchita sobre el mar. El corazón puede creer que sabe más: los sentidos saben que la ausencia anula a las personas. No existen, en rigor, los amigos ausentes. El amigo se convierte en un traidor cuando se marcha, por más que lo haga de forma involuntaria o triste, y una severa sentencia se dicta de acuerdo con las exigencias del corazón. La ausencia voluntaria (por involuntaria que sea) significa la negación del amor. Recordar puede ser, a veces, nada más que un frío deber, pues recordamos en la limitada medida en que nos es soportable. Observamos pequeños ritos, pero nos defendemos contra aquella tremenda memoria que es más poderosa que la voluntad. Nos defendemos de los lugares, de los hechos y aun de los objetos que propician la alucinación, que sacuden los sentidos y que despiertan fantasmas. Abandonamos a quienes nos abandonan: no podemos permitirnos sufrir; tenemos que vivir como podemos.

Por fortuna, no es sencillo engañar a nuestros sentidos o, por lo menos, engañarlos a menudo. Ellos se fijan, y nos fijan con ellos, en lo que se puede poseer. Son despiadados en su vívida infidelidad. Portia estaba aprendiendo a vivir sin Irene, no por haber negado o por haber olvidado aquella infalible intimidad entre madre e hija, sino porque ya no notaba la mejilla de su madre contra la suya (la mejilla que la punta de los dedos de Eddie, al trazar el pliegue de una sonrisa, había tocado con cierto aire holgazán), ya no olía el aroma de las bolsitas perfumadas en los vestidos de Irene y ya no amanecía en aquellas habitaciones alquiladas donde ambas solían despertarse.



En cuanto a Eddie, en su caso la dura ley de la presencia —o de la ausencia— había quedado en suspenso. De momento. En la primera gran fase del amor, que en las personas muy jóvenes dura un tiempo considerable, el ser amado no está fuera de uno, de modo que no llega ni se marcha. En esta confusión, algo tonta, exaltada y exaltante, lo que de verdad ocurre juega en realidad un papel secundario. El estado de ánimo es tan intenso que la presencia real del ser amado puede llegar a ser excesiva, insoportable, hasta tal punto que uno desearía decirle: «Vete, así podrás estar aquí». Las horas que se viven más intensamente en esta etapa son las del recuerdo o la anticipación, cuando el corazón se expande por completo, sin control. Portia le contaba ahora a Eddie todo cuanto podría ocurrir en su vida: veía a Eddie en todas las cosas. Que él estuviese en Londres y ella estuviese en Seale no hacía más que comprimir dentro de una intensa área privada las setenta millas de suelo inglés que los separaban. Además, siempre podían escribirse cartas.

Pero la ausencia y la total disolución en el espacio de Thomas y Anna parecían antinaturales: ellos eran ahora la cotidianidad de Portia. Que ella estuviera solo algo apenada, que no los echase en realidad de menos, la enfrentaba esa mañana con algo semejante a la metálica expansión del mar. Thomas y Anna, al abrirle las puertas de su hogar (obligados a abríselas por motivos sanguíneos), se habían convertido en los sucesores de Irene en todas las cosas naturales. Él, ella y Portia, los tres Quayne, habían vivido apiñados en una sola casa durante el frío invierno, aceptándose vagamente, más que eligiéndose de un modo expreso. Los tres habían ido perfeccionando su papel dentro de aquel contexto. Habían subido y bajado por las mismas escaleras, habían abierto las mismas puertas, habían escuchado los tañidos de los mismos relojes. Detrás de las puertas de la casa de Windsor Terrace habían oído las voces de unos y de otros, como si se tratara del continuo murmullo que uno escucha cuando aplica el oído a las espirales de las caracolas. Portia había aspirado el humo de cada una de esas habitaciones y, cada vez que había atravesado el vestíbulo, había visto sus nombres escritos en algún sobre. Cuando salía, la gente le preguntaba cómo estaban su hermano y su hermana. Para el mundo exterior, ella olía a Thomas y a Anna. Y, sin embargo, algo había fracasado en aquello que debería haber salido bien. Se habían sentado los tres en torno a un fuego de cartón, en lugar de ante un fuego ardiente, y

habían hecho el vano intento de calentarse con él las manos... Se empeñó en imaginarse a Thomas y a Anna inclinados sobre la barandilla del barco, mirando ambos en la misma dirección. El cuadro era tan real que intentó descubrir en sus rostros algún tipo de mirada traicionera. Pero tenían el aspecto de unos refugiados, no de unos turistas que viajan por placer. Thomas —quien le había dicho que siempre usaba gorra cuando estaba a bordo de un barco— lucía una gorra de visera baja, mientras que Anna acababa de alzarse entre rezongos el cuello de su abrigo de piel. Su proximidad —estaban de pie, codo con codo— hacía que su aire de fugitivos se acentuase: estaban huyendo. Pero sus rostros parecían ya menos concretos que los rostros de Daphne y Dickie Heccomb... Entonces, Portia recordó que aún no podían estar siquiera a bordo; de hecho, seguramente acaban de salir de Londres. Y se dijo que, en cuanto hubieran subido al barco, Anna se encerraría en su camarote y se tumbaría. Era una marinera pésima: no le gustaba en absoluto el mar.

### 3

*2, Windsor Terrace*

*N.W. 1*

*Querida Portia:*

*Siento comunicarte que Phyllis ha estropeado tu puzzle, que yo protegía con unos periódicos, tal como me habías pedido. Aunque Phyllis tenía orden de no tocar nada, lo pasó por alto. Mientras yo preparaba el equipaje de la señora Thomas, enviaron a Phyllis a tu habitación y, como ignoraba qué había debajo de los periódicos, movió la mesa. Ha desbaratado así parte del cielo y de los oficiales, pero yo he puesto las piezas en una caja al lado de tu cama. Phyllis se quedó muy preocupada cuando le expliqué lo importante que es el puzzle para ti. He querido contártelo para que no sufras una desilusión cuando vuelvas. Phyllis no volverá a entrar en tu dormitorio porque no tiene nada que hacer allí.*

*El señor y la señora Thomas pudieron coger a tiempo el tren con destino a Italia. Hoy he de enviar las cortinas a la tintorería. Me alegró recibir el telegrama de la señora Heccomb informándome de que has llegado bien a Seale. No dudo de que el señor y la señora Thomas también se habrían alegrado. Espero que tengas cuidado con el viento de la costa, es muy peligroso en esta época del año. La última vez que vino a Londres, la señora Heccomb hizo alusión al frío que hace allí y se puso muy contenta cuando la señora Thomas le regaló su viejo abrigo de piel de nutria. Deberías ponerte un cárdigan entre el abrigo y el jersey: he metido dos en tu maleta, pero*

*seguramente te habrás olvidado.*

*Me han dicho que el comandante Brutt se ha pasado por aquí esta tarde y se ha sentido muy decepcionado al saber que la familia se había marchado. Al parecer, se ha confundido de fecha; o bien no entendió lo que le había dicho la señora Thomas. Ha preguntado por ti. Le contestamos que estás en el mar. No podrías reconocer esta casa sin las cortinas, no se parece a lo que estás acostumbrada a ver. También quitamos los libros del señor Thomas para pasarles la aspiradora eléctrica y limpiar las estanterías. Tu amigo, el señor Eddie, vino a buscar una bufanda que dijo haber olvidado e hizo un comentario acerca del olor a jabón que había por toda la casa. También se llevó unos libros franceses que, según dice, le había prestado a la señora Thomas. Tuve que quitar las fundas a todos los muebles para que pudiera encontrar los libros, pues lo había tapado todo antes de barrer.*

*Confío en que te sientas a gusto a orillas del mar. Una vez estuve en Seale con mi hermana casada, la que vive en Dover. Todos dicen que es una bonita zona residencial. Sin duda, el tiempo pasará muy deprisa allí.*

*Debo seguir trabajando.*

*Respetuosamente,*

*R. Matchett.*

*P.D.: Si deseas que te envíe algo, escíbeme. Basta y sobra una postal.*

*Q. & M.*

*Viernes*

*Querida Portia:*

*Gracias por la carta que me escribiste antes de marcharte. Es horrible saber que te has ido; tenía la esperanza de no sentir tu ausencia, pero la siento, vaya si la siento. He pasado fugazmente por Windsor Terrace para*

*recuperar mi bufanda roja y fue como si todos hubiesen muerto por culpa de alguna peste y Matchett se hubiera visto obligada a desinfectar la casa. Por todas partes había un horrible olor a jabón. Matchett había hecho una pila con los libros de Thomas y parecía bailar sobre ellos. Me miró con inesperada dureza. Por un momento, pensé que me toparía con vuestros cadáveres en el salón lleno de sábanas. Matchett me dejó entrar a regañadientes y me examinó moviendo la mandíbula, mientras yo buscaba *Les Plaisirs et les Jours*, ansioso por recuperarlo antes de que Anna lo perdiera. Tuve una extraña sensación en el salón al saber que no oiría tus pasos en la escalera. Reinaba un eco propio de un osario, así que me dije a mí mismo: «Al menos Portia ha muerto joven».*

*Dime, cariño, ¿hasta qué punto sabe Matchett lo que hay entre tú y yo? Ha sido un día siniestro, negro, y ha faltado poco para que me echase a llorar.*

*No olvides que a veces me siento mal; escíbeme largas cartas. Como me sigas hablando así de Dickie, me plantaré allí y le mataré de un balazo. Soy un hombre celoso. ¿Es tan asqueroso como dice Anna? ¿Y Daphne? Quiero que me lo cuentes todo, todo: eres cruel al decir que no leo tus cartas. ¿Será posible que viaje allí algún fin de semana, aunque no sea para matar a Dickie? Sería muy divertido. Supongo que podrán darme alojamiento, ¿tú qué crees? Desde luego, todo depende de cómo sigan las cosas. Ahora mismo estoy atravesando un momento espantoso.*

*Esta oficina se cae a pedazos sin Thomas, cosa que a él debería enorgullecerlo. No te imaginas cuán horrenda es la gente por aquí. Siempre he sabido que son unos canallas: intrigan de manera venenosa y no hacen nada de nada. Al menos, esto me deja algo de tiempo libre para escribirte. Como ves, no uso el papel de la oficina; vigilo los intereses de Thomas durante su ausencia.*

*Ay, mi querida Portia, es horrible no estar contigo. Dime que esto te tiene tan triste como a mí. He visto en Holborn un par de brazaletes indios de plata, de niña. Probablemente te los compre para que adornen tus pequeñas muñecas.*

*¿Te acuerdas de nuestro sábado?*

*Creo que todo esto es muy típico de ellos: te empaquetan y te envían a*

*orillas del mar cuando las cosas podrían ser más agradables si ellos no fueran tan entrometidos. Anna te encierra dentro de una especie de frasco de mermelada. Espero que llueva y granice todo el tiempo que pasen en aquella vulgar mansión italiana. En realidad, me moriré de risa si voy a Seale. ¿Oyes el mar desde tu cama?*

*Tengo que terminar. Me siento desarraigado y muy desdichado. Debo salir a tomar unas copas con un grupo de gente, pero nada es comparable a estar contigo. Sería maravilloso si, ahora mismo, estuvieras esperando mi llegada mientras atizas el fuego.*

*Adiós, cariño, buenas noches. Piensa en mí antes de dormir,*

*Eddie.*

*Hotel Karachi  
Cromwell Road, S.W.*

*Estimada señorita Portia:*

*Me ha apenado no hallarla presente al pasar por Windsor Terrace. Quería desearles un buen viaje a su hermano y a su cuñada, y responder personalmente el delicioso mensaje que usted me ha enviado por medio de la señora Quayne informándome de sus progresos con el puzzle. Asimismo, tenía intenciones de preguntarle si no le apetecería otro puzzle, puesto que ya debe de haber montado el primero, o casi. Montar dos veces el mismo puzzle no es lo que se dice divertido. Si usted permite que le envíe otro, podría librarse del primero dándoselo a un amigo enfermo. Me han dicho que son muy apreciados en los hospitales, pero yo gozo de tan excelente salud que no he podido comprobarlo nunca. Este modelo de puzzle no tuvo demasiado éxito durante la guerra.*

*Hoy el tiempo se ha puesto horrible, así que «hace bien en no estar en Londres», como suele decirse. La hospitalaria casa de su hermano se veía, cuando pasé por allí, totalmente desmantelada para la limpieza de la primavera. ¡Vaya labor agotadora! Espero que esté en alguna parte de la*

*costa que sea agradable y no sea muy ventosa. Estos últimos días he estado bastante ocupado con entrevistas, de cara a un posible empleo. Según oigo decir, las cosas parecen marchar por buen camino.*

*Unos amigos, a los que he conocido en este hotel, se acaban de mudar y han dejado un gran vacío en mi corazón. A veces, en estos hoteles, uno tiene la fortuna de encontrar personas con las que es posible congeniar de veras. Pero lo normal, desde luego, es que la gente llegue y se vaya.*

*Si desea probar su habilidad con otro puzzle, ¿tendrá la bondad de escribirme un par de líneas? Tal vez quiera tener su nuevo puzzle a orillas del mar, ya que la naturaleza no siempre nos trata como nos gustaría. Si usted me diera su dirección, podría enviárselo cuanto antes. Mientras tanto, su eficientísima criada hará que le llegue esta carta.*

*Con sincero aprecio,*

*Eric E. J. Brutt*

Portia nunca había recibido tantas cartas a la vez en una misma mañana; al parecer, esta era una de las ventajas de haberse marchado de Londres. Las tres cartas fueron entregadas por el cartero el sábado por la mañana y ella las leyó y las releyó instalada en una mesa de azulejos verdes en el café Corona, mientras esperaba a la señora Heccomb. Era su segunda mañana en la casa y ya estaba habituándose a la rutina de Waikiki. La señora Heccomb siempre compraba sus provisiones entre las diez y media y las doce, y siempre solía hacer una pausa tomando algo en el café Corona. Si no estaba en «la ciudad» a las diez y media, se intranquilizaba. Con su cesto en forma de colmena bajo el brazo y con Portia a la zaga, caminaba alegremente y sin darse prisa por la calle principal, cruzando a menudo de acera y aun desandando sus pasos a veces. Las mujeres que compran por teléfono no conocen los placeres del verdadero comercio. Las mujeres ricas viven tan distanciadas de la vida que muchas veces no llegan a ver ni su propio dinero. Cuentan que la reina, por ejemplo, no tiene siquiera monedero. Pero el monedero de cuero de la señora Heccomb, sin costuras y con deslustrados ángulos plateados, estaba siempre a la vista. Pagaba en efectivo en casi todos lados, en parte porque había

descubierto por alguna razón que las cuentas siempre tienden a crecer más de lo esperado, en parte porque su naturaleza errante hacía que odiase verse limitada a un conjunto de tiendas. Le agradaba ser conocida en el mayor número de establecimientos, y recibir una sonrisa personalizada cuando entraba en cada lugar. Y, a estas alturas, había hecho tan bien las cosas que era conocida en todos los comercios distinguidos de Seale. Si no había comprado nunca nada en cierto lugar, al menos había consultado a menudo los precios. Admitía que estaba en manos de una carnicería y de una lechería que le enviaban cosas a domicilio: a la señora Heccomb no le gustaba acarrear carne y pensaba que el suministro de leche en una casa tenía que ser automático. Pero tampoco era completamente fiel a estos dos comercios: sabido era que, cada tanto, adquiría en otros lugares los riñones, la mantequilla y hasta la crema de leche.

A Portia, que nunca había visto manejar tan raudamente un monedero (cuando se vive en hoteles no hay casi nada que comprar), los gastos de la señora Heccomb le parecían principescos. Todo esto le deparaba, al mismo tiempo, varias moneditas de propina. Cuando la señora Heccomb tenía demasiados peniques, construía con ellos columnas de doce o de seis monedas que apoyaba con esmero en el siguiente mostrador. Cuando debía pagar solamente con monedas de cobre, tenía la impresión de haber hecho un buen negocio: el dinero se estira más cuando uno no gasta los billetes de más valor, y toda persona ahorrativa frunce el ceño cuando cambia un billete y recibe a cambio monedas.

Así que todo en casa de la señora Heccomb se compraba en pequeñas dosis, según las necesidades del momento. Aquel día, por ejemplo, el listado era el siguiente:

*Una pastilla de jabón Vinolia para el cuarto de baño.*

*Media docena de plumines.*

*Pasta de salmón y camarones (tamaño pequeño).*

*Un estropajo de metal.*

*Tabletas de magnesia bisurada (tubo de tamaño pequeño).*

*Un frasco de salsa inglesa.*

*Hilo de lana para zurcir (color natural, para los chalecos de Dickie).*



*Una bombilla eléctrica.*  
*Una planta de lechuga.*  
*Lona rayada para una silla de tijera.*  
*Ballenas para corsé.*  
*Cuatro riñones de cordero.*  
*Media docena de tornillos pequeños.*  
*Un ejemplar del Church Times.*

La señora también hizo, siguiendo las recomendaciones de Daphne y con un billete especial de diez chelines, una lista para la fiesta de esa noche. En cuanto a Portia, compró una caja de papel violeta ligeramente rayado y unos sobres de color azul, y se gastó nueve peniques en sellos postales de tres medios peniques. Estimulada hasta la extravagancia por el aire marino, se compró también una caja verde jade para guardar el cepillo de dientes y una larga cinta roja para ponerse aquella noche en el pelo.

Acto seguido, la señora Heccomb fue a ver al agente inmobiliario para hacer una consulta sobre el alquiler de su casa ese verano. Ningún otro propietario en Seale empezaba a ocuparse tan temprano del alquiler. El caso es que Daphne y Dickie se oponían cada año más vigorosamente a marcharse de Waikiki durante los tres mejores meses. Pero el padre había construido esa casa para alquilarla en verano y la viuda se mantenía fiel al plan con un toque de piedad conyugal. Así que, en julio, agosto y septiembre, cogía sus utensilios de pintura y efectuaba una ronda de visitas a sus parientes mientras Daphne y Dickie vivían en las casas de sus amigos. Dadas las objeciones que ellos le oponían, a la señora le agradaba organizar todo con suma antelación y así presentaba a sus hijastros un *fait accompli*. La ponía algo triste, no obstante, visitar al agente inmobiliario: sentía que conspiraba contra Daphne y Dickie. Tanto es así que no quiso que Portia presenciara el tenebroso acto y la envió al Corona, a ocupar una mesa.

El Corona estaba repleto a aquella hora; el sector más elegante quedaba en la planta superior, desde donde era posible ver la calle principal. Solamente los forasteros tomaban el café en la planta baja. Allí, entre el olor del café y los crujidos de las sillas de mimbre, reinaba la animación. La estufa irradiaba bramidos de calor, el sol entraba a raudales por las ventanas cuajando el humo

audaz de unos escasos cigarrillos. Unas damas que esperaban a otras damas leían antiguos ejemplares de *Tatler* y *Sketch*. Unos perros con correas se enredaban en las patas de las mesas. En los floreros había tulipanes de papel y, en las mesas de cerámica, unos bizcochos envueltos en coloridos papeles ponían la nota alegre. Las camareras conocían a todo el mundo y el ambiente era mucho más vivaz que en Londres. Se respiraba cierto abandono en ese jolgorio matinal; hay que ser respetable para permitirse tal abandono.

Cada tanto, Portia apartaba su mirada de las cartas y veía pasar otro sombrero de mujer. Pero, durante un largo rato, ninguno de los sombreros fue el de la señora Heccomb. Cuando esta apareció por fin, pareció surgir de la nada, como un muñeco de resorte. Las tres cartas continuaban sobre la mesa. La señora Heccomb les echó una ojeada de automático entusiasmo, aunque dicho entusiasmo fue simulado con discreción. No por nada ella había sido, durante años, dama de compañía. La letra de Eddie, a simple vista, resultaba inofensiva, pero la del comandante Brutt era irremisiblemente masculina. La carta de Matchett podía catalogarse de inmediato como una probable carta de Matchett. La señora Heccomb no había visto aún esas tres cartas; era Daphne quien, adelantándose a todos cada mañana, recogía la correspondencia.

—Me alegra que no te hayas aburrido. Me he entretenido con el señor Bunstable. Voy a pedir café. Come una pasta de chocolate entre tanto.

Todavía excitada por su propia llegada, la señora Heccomb dejó su cesto en una silla vacía y llamó con una seña a la camarera. Estaba toda rosada y exhibía ese día, como si llevara un sombrero adicional, un aire de franca cautela e indecisión.

—Es grato recibir cartas... —le dijo a Portia.

—Claro que sí. Esta mañana me han llegado tres.

—Imagino que, de tanto viajar, tu madre y tú habréis hecho infinidad de amigos.

—No. Lo cierto es que, en realidad, viajábamos demasiado.

—Pero supongo que ahora te habrás hecho amiga de los amigos de Anna.

—De algunos, pero no de todos.

De pronto, la señora Heccomb pareció menos ansiosa.

—Anna tiene una forma, como diría, maravillosa de juzgar a las personas —dijo—. Ya de niña era muy exigente y ahora acuden a su casa personas muy

distinguidas, ¿no es verdad? Uno no se equivoca si le cae bien una persona que, al mismo tiempo, le cae bien a Anna. Ella posee una asombrosa habilidad para rodearse de gente: es una suerte, querida, que estés viviendo en una casa como aquella. Apuesto a que para Anna debe ser un gran placer que tú te entiendas bien con sus conocidos. Anna es extraordinariamente comprensiva. Supongo que te gusta enseñarle las cartas que recibes.

—Cuando más cartas recibo es cuando estoy de vacaciones.

La señora Heccomb pareció perpleja por un instante, hasta que una dama, instalándose en una mesa vecina, golpeó su hombro. Entre las dos se inició un divertido diálogo no exento de reproches. Portia, también algo perpleja, le puso crema a su café. Muy pronto la señora Heccomb le presentó a su amiga y Portia se puso amigablemente de pie para estrecharle la mano al tiempo que metía las cartas en un bolsillo de su chaqueta de *tweed*.

Salieron del café, se internaron en la calle principal y la señora Heccomb, deteniéndose frente a Smoot, señaló con un gesto un tanto doloroso el lugar donde trabajaba Daphne. Portia imaginó que Daphne, detrás de aquella ventana, era como una furiosa Dama de Shalott.<sup>7</sup>

—¿A Daphne le gusta leer? —preguntó.

—La verdad es que no. Pero eso a ellos no les importa mucho. Quieren una muchacha que sea alguien, no sé si me entiendes. Una joven que... en fin, no sé bien cómo expresarlo. No les sirve simplemente una de esas muchachas procedentes de un «buen hogar». ¡Escoger libros es algo tan personal...! Seale es un pueblo muy pequeño y la gente es tremendamente educada. Aquí cuenta mucho la personalidad. Por ejemplo, el café Corona está regentado por señoras, ¿lo sabías?

—No.

—Y, por supuesto, todo el mundo conoce a Daphne. Es formidable cómo se ha adaptado a su trabajo. Me temo que a su padre no le habría parecido el empleo ideal. Pero uno no siempre puede prever el futuro, ¿verdad?

—Verdad.

—Aquí casi todo el mundo intercambia libros. Tienes que visitarla una mañana de estas. Se pondrá muy contenta. Ay, querida, ¡si ya son las doce! Debemos regresar a casa.

Viajaron muy deprisa hacia la costa por el camino de asfalto y esperaron

cerca de una hora en Waikiki, en la sala de estar, mientras Doris preparaba la comida. La señora Heccomb hizo girar varias veces su pantalla y le explicó a Portia que el barniz estaba secándose. Después de comer, anunció que descansaría unos minutos y durmió una siesta sobre el sofá, de espaldas al mar.

Portia observó varias veces a la señora Heccomb mientras dormía. Después, se quitó los zapatos y subió con sigilo a la zona de los dormitorios, deseosa de husmear a ver si encontraba una habitación para Eddie. El dormitorio de la señora Heccomb, en el que no se atrevió a entrar, poseía una enorme cama matrimonial un poco hundida en el medio y varias fotos en las que aparecían jovencitas. El dormitorio de Daphne olía a polvo de Coty (marca Chypre) y Portia se fijó en que bajo el escritorio había desplegado un ejército de zapatos; sobre la cama se veía un perro de trapo, un Dismal Desmond,<sup>8</sup> y en los bordes del espejo había diversas fotos de personas de ambos sexos, todas con semblante serio.

La habitación de Dickie, cuya ventana dejaba ver la ciudad, estaba impregnada de ese olor que no tardan en adquirir los cuartos que dan al norte. Había allí botas altas, guantes de boxeo, un montón de viejos números de *Esquire* y tres pequeños trofeos de plata sobre pedestales de ébano, los cuales brillaban bajo unas fotos donde aparecía mucha gente. La habitación de Doris era tan innegablemente de Doris que, de inmediato, Portia cerró la puerta. Pero también descubrió otra habitación más, una en forma piramidal, semejante al último trozo de un queso. Era un ático o un trastero y su ventana daba al norte, como la de Dickie. Allí encontró viejas cajas de cartón amontonadas, y un maniquí de modista dotado de una regia prestancia. En las paredes había fotos de las zonas tropicales que el doctor Heccomb había visitado. También había una camilla, un espejo cuadrado y una mesa de bambú. Portia echó un último vistazo y se marchó, siempre con sigilo, bajando las escaleras. Cuando la señora Heccomb despertó, Portia había escrito ya la mitad de una carta.

Escribía: «Hay un dormitorio libre, y creo que el sitio te gustará. Podemos salir a pasear en dos direcciones. Sacaré este asunto mañana, que es domingo...».

La señora Heccomb se despertó y se echó el pelo hacia atrás, como si al

hacerlo estuviera escuchando algo.

—¿Muy ocupada? —preguntó—. Tenemos que salir en una hora. Iremos a tomar el té a la colina... Hay allí dos jovencitas, aunque algo mayores que tú.

Se arregló la blusa dentro del cinturón y pasó un rato yendo de un extremo a otro de la sala, cambiando la ubicación de uno o dos objetos como si hubiese acuñado nuevas ideas mientras dormía. Una ráfaga proveniente del jardín de invierno hizo vibrar los aros de la cortina: entonces Waikiki emitió uno de sus crujidos como de barco y las olas empezaron a golpear con más vigor en la playa.

Mientras Portia y la señora Heccomb, las dos con guantes de gamuza, subían con toda calma la colina, dispuestas a tomar el té, en los jardines empezaban a abrirse ya los pimpollos de narcisos. Seale presentaba una de sus típicas escenas primaverales, llenas de viento y de sol, y las nubes parecían caer sobre los pantanos que se podían avistar desde allí. Más abajo, la curva de la bahía parecía crepitar bajo la cambiante luz plateada.

—Supongo que saldrás a menudo a tomar el té con Anna...

—Bueno, lo cierto es que Anna no suele salir a tomar el té.

De regreso, la señora Heccomb aprovechó para pasarse con Portia por la misa que se celebraba en la capilla. Después entraron por la sacristía y recogieron unas sobrepellices que la señora Heccomb debía llevarse para arreglar. Como no podía permitirse comprar flores hermosas con que decorar el altar, esta era su ofrenda de amor para con la iglesia. «Los chicos son todos unos salvajes», decía, «las clases acaban casi siempre en peleas.» Le llevó cierto tiempo revisar las sobrepellices y algo más de tiempo envolverlas en papel de estraza, con ayuda de unos alfileres. La señora Heccomb, junto con otras damas que tenían acceso a la sacristía, tenía una provisión de papel de estraza para uso personal y la guardaba tras un armario semisagrado de pino. El vicario no estaba al tanto de la existencia de ese papel. Cada vez que la señora Heccomb abría un paquete, guardaba el papel y lo llevaba a la iglesia, así que jamás había papel de estraza en Waikiki... Cuando las dos volvieron a Waikiki con las sobrepellices, Daphne estaba arrastrando sillas por toda la sala de estar.

Daphne se había peinado de una manera diferente y sus cabellos parecían de hierro dorado. La puerta que llevaba al comedor estaba abierta para que el calor de la estufa de la sala de estar aliviase un poco el frío del comedor: la ráfaga que llegaba desde allí era ciertamente fría. Todos pasaron al comedor para echar un vistazo y, de forma exasperantemente calmada, Daphne sopló el polvo que cubría las grosellas del centro de mesa.

—La campanilla del timbre suena muy bien ahora, querida.

—Sí, está bien, pero, cuando la probé, Doris dio tal respingo que casi le da un síncope.

—Puede que suene demasiado fuerte.

—Lo que quiero decir es que Doris debe aprender a no hacer eso. Tampoco es capaz de encontrar la carne en conserva.

—Perdón, querida. ¡Lo siento! Se me había olvidado en el cesto.

—Pero, mamá... No ha podido empezar todavía a preparar los sándwiches. Supongo que has pasado por la iglesia —dijo Daphne, no sin precipitación.

—Sí, no hemos hecho más que...

—Me parece que la iglesia puede esperar. Es sábado, después de todo.

Esa noche sirvieron una cena fría y, como acabaron temprano, Doris tuvo tiempo para quitar la mesa. Después, había que vestirse. Dickie se mostraba un tanto indiferente con la fiesta, pues quería ver un partido de *hockey* sobre hielo. Se había pasado en Southstone toda la tarde del sábado jugando al *hockey* en el barro.

—No sé por qué quieren venir —dijo.

—Bueno, después de todo, también viene Clara.

—¿Con qué intención viene? Es la primera noticia.

—Por favor, Dickie... ¡Si tú mismo la invitaste! Eres tú quien le ha propuesto que se pasara un rato el sábado y, desde luego, se entusiasmó con la invitación. Creo que, con tal de venir, es capaz de anular cualquier otra cita que tenga.

—Yo no sé qué citas tienen tus amigas, pero sé que jamás he invitado a Clara. ¿Crees que iba a invitarla justo cuando las Águilas de Montreal están aquí?

—¿De qué águilas hablas, querido? —preguntó la señora Heccomb.

—De las que juegan esta noche en el Icedrome. Daphne lo sabe desde hace

semanas.

—A mí me importa un comino dónde juegan esas malditas águilas. Solo sé que tú has invitado a Clara. Y no necesitas insinuar que yo sé qué otras citas tiene Clara. Me parece que es asunto tuyo, no mío.

—¿En serio? ¡No me digas! —dijo Dickie, lanzándole a su hermana una mirada llena de descaro—. Me pregunto en qué te basas para decir algo así.

—En que ella solo aparece cuando tú andas por aquí —replicó Daphne.

—Creo que es asunto suyo adónde va, ¿no te parece?

—En ese caso, no vengas ahora con que ella es amiga mía.

—De acuerdo, de acuerdo. Tú no la invitaste. He sido yo quien la invitó. Y yo no quería ver a las Águilas de Montreal, ¡claro que no! ¿Va a venir Cecil, por cierto?

—Acabo de invitarlo —dijo la señora Heccomb—. Pensé que era hora de olvidar viejas rencillas. Y, además, se habría sentido tan ofendido...

Dickie dijo:

—No termino de entender por qué tenemos que invitar a Cecil.

—Yo sí —repuso Daphne—, mamá y yo hemos pensado que puede hacerle compañía a Portia.

—Ay, Daphne, eso fue idea tuya, no mía.

Por primera vez, Dickie miró directamente a Portia.

—Cecil te parecerá un poco maricón —le dijo.

—Eso no es cierto, Dickie.

—Cecil me cae bastante bien, pero no soporto esos jerséis de maricón que se pone.

—Tú también usas jerséis.

—Pero no son de maricón.

—A propósito, Dickie, ¡si vieras los saltos que da Doris cada vez que suena el timbre!

—¿De modo que ahora ya funciona?

—No gracias a ti, desde luego.

—Dickie está muy ocupado, querida. Oye, deberíamos subir para vestirnos. Doris está esperando a que lo hagamos para recoger los platos.

—¿Por qué no recoge todo de una maldita vez? Dile que abra las ventanas... No quiero que la casa apeste a ternera y a jamón cuando la gente

llegue.

Las tres mujeres subieron y la señora Heccomb se llevó su última taza de café. Tras un cierto intervalo de reflexión, Dickie subió también a cambiarse. En toda la primera planta de Waikiki se escuchó un estruendo de cajones que se abrían y de grifos que lanzaban chorros de agua. Se había levantado un leve viento nocturno y Waikiki lo enfrentaba con firmeza, torciéndose como un transatlántico: cada juntura de la casa se sacudía. Todo ello intensificaba la sensación nerviosa que antecede a las fiestas. Portia logró deslizarse dentro de su negro vestido de terciopelo que, al haber estado colgado tras una cortina, había adquirido una salitrosa humedad interior: el terciopelo se le pegaba a la piel por encima de la camisola. Se peinó hacia atrás y se ató el pelo con la cinta roja, de manera tan tirante que sintió que se le levantaban las cejas. Con los ojos demasiado dilatados para verse bien, se observó de forma extraviada en el espejo.

Fue la primera en bajar. Se colocó de cuclillas sobre las baldosas, junto a la chimenea, y se dedicó a escuchar el rugido del fuego. Con los brazos en alto, como una figura egipcia, giró y calentó su cuerpo mientras sentía que el pegajoso terciopelo se desprendía lentamente de sus omóplatos.

Aquella sería su primera fiesta. El techo parecía más alto que nunca esa noche y la sala de estar se extendía ante ella tensa y misteriosa. Columnas de sombras leonadas se alzaban entre las lámparas de tonalidades naranjas. El gramófono estaba abierto, con un disco puesto; el brazo con la aguja colgaba como un brazo a punto de asestar un golpe mortal a algo. Doris pasó por delante de Portia sin verla, cargando bandejas y envuelta en una amplia capa fantasmal. Desde el mar se hubiera tomado a esta casa por otro barco iluminado más. En breves instantes, ese recinto mágico atraería a gente que llegaría caminando por la oscura explanada. Portia no vería la cara de sus parejas de baile: todo el que bailase con ella sería Eddie aquella noche.

Dickie bajó vistiendo un traje azul con rayas angostas y le preguntó si podía ayudarle con la alfombra. Acababan de empezar a enrollarla cuando fuera se oyó una especie de revuelo de murciélagos y Dickie soltó un gruñido y se acercó a la puerta. Era Cecil.

—Sospecho —le dijo Cecil— que he llegado demasiado temprano.

—Sí, la verdad es que sí. A ver, ayúdame a mover la alfombra. Como



siempre, me han pedido que me encargue de todo... Ah, por cierto, el señor Cecil Bowers, la señorita Portia Quayne... Por si no lo sabes, y para tu información, querido Cecil —dijo Dickie en un tono más severo—, ha vuelto a funcionar el timbre.

—Lo siento. Por lo general no funciona.

—Bueno, pues ahora funciona. Toma buena nota de ello.

—Dickie, ¿quién es? —exclamó Daphne desde la barandilla.

—Solo es Cecil. Está ayudándome a enrollar la alfombra.

En cuanto Cecil terminó con la alfombra, se alisó la corbata y fue a lavarse las manos. Portia no vio nada objetable en su aspecto, aunque desde luego no era tan viril como el de Dickie.

—Entiendo que acabas de llegar de Londres —había empezado a decir Cecil, pero entonces apareció Daphne y le puso una bandeja entre las manos.

—No, Cecil, ahora no tienes tiempo para charlas.

Su actitud dejaba bien claro que, si Cecil se dirigía a Portia, debía hacerlo teniendo en cuenta que era uno de los desechos de Daphne.

Daphne llevaba puesto un vestido de *crêpe de Chine* muy apretado en los muslos y cubierto de estampados por doquier: rosas y amapolas florecían borroneadas por los pliegues de la tela. Con sus zapatos esmeraldas de tacones altos parecía aún más esbelta. Entonces sonó la campanilla, atronando toda la casa, y Dickie fue a abrir. En cuanto a Daphne, envió a Cecil y a Portia al comedor para clavar los banderines en los sándwiches y contar los vasos para la sidra.

Solo podía espiarse qué había dentro de los sándwiches levantando las puntas. Así y todo, no estaba seguro de qué clase de pasta de pescado estaban hechos: así que Cecil, después de cerciorarse de que estaban solos en el comedor, probó una pizca de cada uno con la punta de un dedo.

—Esto no es muy correcto —admitió—, ¿pero, *que voulez-vous?*

—Nadie se dará cuenta —dijo Portia, detrás de él.

La complicidad que se había establecido entre ella y Cecil los llevó a sentarse en un par de sillas, a clavar los banderines y a mirarse con interés de hito en hito. Desde la sala de estar llegaba el murmullo de las voces de los que iban llegando. Allá fuera nadie los echaba de menos.

—Las cosas que hacen Daphne y Dickie son realmente divertidas —dijo

Cecil.

—¿Hacen esto con frecuencia?

—Sí, con bastante frecuencia. Casi todos los sábados. Siempre parecen repletos de energía. Pero supongo que a ti, comparado con Londres, esto ha de parecerse muy aburrido.

—La verdad es que no. ¿Vas mucho a Londres?

—Bueno, sí... Cuando no me escapo a Francia.

—Vaya, ¿te escapabas a Francia?

—Sí, debo admitir que bastante a menudo. Tal vez pienses que estoy loco; al menos la gente de aquí lo cree. Todos actúan en esta casa como si Francia no existiera. «¿Qué es eso que se ve a los lejos?», les pregunto cada tanto, cuando el cielo está despejado. Me responden: «Ah, eso es Francia». Pero no les impresiona. Yo suelo ir de vez en cuando a pasar el día a Boulogne.

—¿Y vas solo?

—Sí, suelo ir solo, pero también voy de vez en cuando con una tía mía que es una espléndida compañera de viaje. Y una o dos veces he ido con algún amigo.

—¿Qué haces allí?

—Más que nada, caminar. Pese a que está cerca y resulta fácil llegar, Boulogne es una ciudad magníficamente francesa. Dudo incluso que París sea más francesa. Claro, que aún no he estado en París: me temo que pueda decepcionarme... Cada vez que no me ven en el Pavilion, o en el Icedrome o en el Palais, me dicen: «¡Vaya, así que has estado de nuevo en el extranjero!». No sé qué se imaginan que hago allí —dijo Cecil mirándose concentradamente la punta de la nariz. Luego, añadió—: No sé si te has dado cuenta, pero muy poca gente se preocupa por ampliar sus horizontes. Sin embargo, yo siempre intento hacerlo.

—Ah, yo también —dijo Portia, y miró con timidez a Cecil—. Sobre todo últimamente, mis horizontes se han ampliado mucho.

—Ya lo creo que sí —repuso Cecil—. Nada más verte me di cuenta, y por eso te hablo así.

—Algunos de mis horizontes se amplían casi antes de tenerlos delante.

—Sí, eso mismo he sentido yo alguna vez. Por lo común, soy un poco reservado... ¿Te llevas bien con Dickie?

—Cuando llegaste, nos disponíamos a enrollar la alfombra.

—Espero no haber sido inoportuno.

—Claro que no.

—Dickie es extremadamente popular en el pueblo —dijo Cecil con una mezcla de orgullo y tristeza—. Diría que ha nacido para ser un líder. Y me imagino que Daphne te parece fascinante...

—En realidad, casi nunca está en casa.

—Daphne —siguió diciendo Cecil con un asomo de reproche— es una de las chicas más populares que he conocido. Sospecho que será imposible acercarse a ella en toda la noche.

—¡Madre mía! ¿No harás ni siquiera un intento?

—La verdad —contestó Cecil— es que aquí estoy muy a gusto.

Estaban inmersos en aquel momento tan interesante, cuando la señora Heccomb apareció y los miró ansiosa. Llevaba un vestido de gasa de color granate que, sin duda, no había heredado precisamente de Anna.

—Ah, estabas aquí, querida. Ya estaba empezando a preocuparme —dijo—. Buenas noches, Cecil, me alegra mucho que hayas venido. Creo que piensan ponerse a bailar de un momento a otro.

Portia y Cecil se incorporaron y se acercaron lentamente a la puerta. En la sala de estar, un silencio incierto les indicó que la primera euforia de la fiesta había pasado ya. Vieron a unas doce personas, algunas de pie, otras sentadas contra el rígido respaldo del sofá o sobre la alfombra enrollada. Todos miraban a Daphne, pasivamente dispuestos a acatar su próximo plan, aunque sin mostrar mucho entusiasmo. Tal vez la señora Heccomb había acertado al decir que se iban a poner a bailar de un momento a otro: en caso de que estuvieran pensando en algo, sin duda era en eso. Daphne les lanzó un par de miradas audaces: eso era lo que ella llamaba «no amedrentarse». Después, girándose, escoltada por el señor Bursely, que examinaba unos discos, intentó encender el gramófono. Pero todo parecía en punto muerto: no lograba que el aparato se pusiera en marcha. Y sabía que ellos no se pondrían en pie mientras el gramófono no funcionara.

Dickie, que estaba junto a Clara, se dijo que ya había hecho bastante. Con su actitud parecía decir: «Si hubiésemos ido a ver a las Águilas, esto no habría sucedido». Clara era una chica menuda, con el pelo ceniciento y rizado,

nariz larga, pescuezo corto y una mansa expresión ratonil. En torno al cuello se había colocado una especie de collar de rosas blancas de organdí, por lo que su cabeza daba la impresión de estar servida en un plato. La forma en que contemplaba a Dickie acentuaba la inflexible virilidad de este. Si entre ellos se entablaba alguna conversación, sin duda se debería a la tenacidad de Clara.

La aparición de Portia en el umbral, junto a Cecil, activó inmediatamente un resorte interior en Daphne, quien automáticamente se puso a pensar en Anna. Acto seguido, animada súbitamente, echó a andar el gramófono, bajó ruidosamente la púa y ensayó unos cuantos pasos de baile con el señor Bursely. Cuatro o cinco parejas más se incorporaron resueltas a comenzar a bailar. Portia se preguntó si Cecil iba a invitarla; hasta el momento, entre ellos todo había sido puramente cerebral. Mientras pensaba en esto, Dickie se alejó de Clara, cruzó driblando a los bailarines todo el salón hasta plantarse ante Portia y le tendió el brazo:

—¿Bailamos?

Portia sintió cómo la arrastraban con firmeza, hacia atrás, hacia delante, obligándola a girar con calculada lentitud, como si fuese un trompo. Al alzar los ojos, vio en la cara de Dickie la expresión que suelen tener algunas personas cuando están al volante de un coche. Dickie la guiaba presionando levemente un pulgar bajo el omóplato, mientras que con el índice y con su otro pulgar aferraba la muñeca de Portia; tan pronto como otra pareja se acercaba, le torcía un poco el brazo, como quien cierra apresuradamente una navaja, y la alejaba de allí. Crucificada contra el pecho de Dickie y sintiendo su respiración, Portia notaba que sus pies barrían el suelo como los de una marioneta. Cada vez menos ansiosa, observó de soslayo el hoyuelo en el mentón de Dickie. Portia no se hacía ilusiones. El comportamiento de Dickie tenía un único propósito: humillar a Clara para así irritar a Daphne. Por encima del hombro del señor Bursely, Daphne le lanzó a Dickie una mirada feroz, llena de ira. Clara era agradecida y adinerada a la vez, así que Daphne, por obra de un convenio tácito, obtenía un porcentaje de todos los buenos momentos de Clara. Pero Dickie, aunque inescrutable, era muy gentil y, a mitad del segundo disco, le dijo bondadosamente a Portia:

—Te las apañas muy bien.

Ante el inesperado elogio, Portia se olvidó de un pie y él se lo pisó.

—Lo lamento.

—No, ¡soy yo quien lo lamenta!

Ella tenía razón y Dickie aceptó sus disculpas cogiéndola con más fuerza. Apoyó entonces la palma de una mano contra las costillas de Portia y continuó con el foxtrot, sin dejar de moverla de un lado a otro. En cuanto terminó la canción, la condujo hasta la chimenea, donde hasta hacía un momento había estado la pobre Clara. Reina encogida, pero excitada, Portia echó una mirada al salón y vio a la señora Heccomb, que tejía, vio la mano del señor Bursely sobre el moño de *crêpe de Chine* justo encima de las nalgas de Daphne, vio que Bursely y ella charlaban en el jardín de invierno, de espaldas al salón de estar, vio que Cecil se mostraba desanimadamente amable con alguien y vio el rostro blanco de Clara, oblicuo sobre su golilla blanca. Deseó no estar despertando la malicia de nadie.

—Tú no fumas, ¿verdad? —preguntó Dickie con voz un poco amenazante.

—No estoy segura de saber fumar.

Dickie, que ya había encendido sin prisas su propio cigarrillo, dijo:

—Yo en tu lugar no me preocuparía por eso. Casi todas las chicas fuman más de lo que deberían.

—Tal vez yo nunca lo haga.

—Otra cosa que harías muy bien en no hacer es ponerte esmalte en las uñas. Es la clase de cosa que nos da asco a la mayoría de los hombres. No entiendo por qué las mujeres lo hacéis.

—A lo mejor porque no lo sabemos.

—Bueno, yo lo digo siempre. Si quieres conocer a una chica, lo mejor es decirle lo que piensas a las primeras de cambio. Otra cosa que no me gusta son las bocas pintarrajeadas. Cuando invito a tomar el té a una muchacha, siempre vigilo su taza. Si deja una huella roja en el borde, le digo: «¡Qué sorpresa! No había notado que tu taza tenía dibujitos de colores». Suelen avergonzarse mucho cuando se lo digo.

—¿Y si la taza realmente tiene dibujitos de colores?

—En ese caso me invento otra cosa. Las chicas soléis pifiarla cuando intentáis ser atractivas con métodos que hacen que un hombre os pierda el respeto. Ningún hombre desearía para sus hijos una madre que se adorna con esas inmundicias. A este paso, no será raro que la población decrezca.

—Mi cuñada dice que los hombres sois muy especiales.

—No veo qué hay de especial en tener ideales. Yo solo me casaría con una chica que pareciese natural y fuese capaz de fundar un hogar decente. Y pienso que todos los hombres te dirían lo mismo. ¿Te apetece un poco de limonada?

—No, gracias. Aún no.

—Da igual. Tendrás que disculparme: debo prepararme para bailar la pieza que sigue a esta. Te espero junto al gramófono.

Portia estaba a punto de sentarse junto a la señora Heccomb cuando llegó Cecil y la invitó a bailar.

—Te han raptado antes de que pudiera dirigirte la palabra —dijo respetuosamente.

El método de baile de Cecil era más persuasivo, y Portia se encontró con que no lo seguía tan bien. Vio la mano ratonil de Clara posada de forma implorante sobre el hombro del compañero de turno (Dickie bailaba ahora con una muchacha muy guapa, vestida con un conjunto anaranjado), y comprobó que no usaba esmalte de uñas, a diferencia de la actual pareja de baile de Dickie. Después de esto, sin dejar de contonearse, estudió las manos de las otras chicas y, como estaba tan distraída, chocó un par de veces con Cecil. Después de tres vueltas, él le propuso que fueran a charlar: era obvio que prefería su plano intelectual. Se sentaron en el canapé, pues allí llegaba una corriente de aire proveniente del jardín de invierno. Portia se reprochó por sentir que el estilo de Cecil carecía de autoridad. Cecil dejó de hablar y se puso a observarla con ojos resplandecientes.

—Aquí viene ese tipo, Bursely, de la Academia de Mosquetería. Se cree que puede comportarse como le viene en gana y que puede tratar a las personas a su antojo. Dudo mucho que Dickie tenga buena opinión de él. Debemos darle a entender que estamos enfrascados en un diálogo.

Sin embargo, pese a que ella fijó obedientemente sus ojos en los de Cecil, el señor Bursely se dejó caer en el canapé, junto a ella.

—¿Molesto? —preguntó sin ansiedad.

—Debería saberlo usted —masculló Cecil.

El señor Bursely repuso animadamente:

—No he entendido lo que ha dicho.

—He dicho que voy a buscar un cigarrillo.

—¿Qué le pasa a este sujeto? —le dijo Bursely a Portia apenas quedaron a solas—. En realidad, ya fuimos presentados, pero creo que no se enteró porque miraba hacia otro lado. Le he preguntado a Daphne quién era usted en cuanto la he visto entrar, pero ella no se ha mostrado muy interesada en que yo la conociera. Entonces, le he pedido a la anciana dama que nos pusiera en contacto, pero ella no ha podido hacerse oír por encima de este ruido infernal. Bonita fiesta, ¿no cree?

—Claro que sí.

—¿Está disfrutando?

—Sí, mucho. Gracias.

—Eso mismo diría yo —dijo el señor Bursely—. Veo que le brillan los ojos y todo lo demás. ¿Qué me dice de una excursión a eso que llaman el bar? Solo hay gaseosas; parece que no han conseguido la licencia para expedir alcohol. Me ha contado un pajarito que el clima aquí era algo seco, así que me he bebido un par de tragos en la cantina antes de venir.

Esto último era bastante evidente. Portia dijo que prefería quedarse donde estaba.

—De acuerdo —dijo el señor Bursely tumbándose en el sofá y extendiendo sus piernas cuan largas eran sobre el suelo—. Así que recién llegada...

—Llegué el jueves pasado.

—¿Empieza a conocer a la gente del lugar?

—Así es...

—Yo, por mi parte, no lo hago tan mal. Por supuesto, nosotros vamos por lo general a Southstone.

—¿Quién es «nosotros»?

—Nosotros, los soldados licenciosos. Dígame una cosa: ¿qué edad tiene usted?

—Dieciséis.

—¡Dios me asista! Pensaba que tenía usted diez como mucho. ¿Le han dicho ya que es una chiquilla adorable?

Portia pensó en Eddie y dijo:

—No con esas palabras.

—Pues bien, yo se lo digo ahora. Su viejo tío Peter se lo dice. Nunca

olvide lo que le ha dicho el tío Peter. Honestamente, cuando la vi aparecer por esa puerta me entraron ganas de echarme a llorar y de confesarle todos mis pecados. Supongo que le produce el mismo efecto a muchos hombres, ¿verdad?

No del todo a gusto con la situación, Portia se metió un dedo dentro del moño. El señor Bursely giró sobre el sofá con un brazo extendido sobre el respaldo. Su rostro, bien afeitado, atontado por la emoción, se aproximó al de Portia. Sin quererlo y sin mirarlo fijamente, ella se topó con sus ojos azules, desvaídos e implorantes. La mirada de ella no hizo más que flotar un instante sobre aquellos ojos.

—Solamente dígame —pidió el señor Bursely—. Si yo muriese, ¿sentiría usted algo de pena?

—Claro que sí. Pero ¿por qué habría usted de morir?

—Bueno, uno nunca sabe.

—No, supongo que no.

—Es usted una chiquilla preciosa...

—Portia —dijo la señora Heccomb—, este es el señor Parker, un gran amigo de Dickie. El señor Parker desea bailar contigo.

Portia levantó la mirada y se encontró, de pie junto al canapé, con una especie de brigada de rescate encabezada por la señora Heccomb. Se levantó como si no tuviera fuerzas y el señor Parker, con una sonrisa comprensiva, dio unos pasos de baile, la cogió y se alejó con ella. Bamboleándose fuera de ritmo, por debajo del hombro del señor Parker, Portia miró a su alrededor y vio que Daphne, con expresión tensa y malhumorada, ocupaba su lugar en el canapé, al lado del señor Bursely.



## 4

Solamente en la iglesia, durante el sermón, Portia se detuvo a pensar en lo que le había dicho el señor Bursely. ¿Por qué motivo había suscitado en ella unos ecos tan desconcertantes? ¿Por qué motivo había tratado de olvidarse de ello? Allí había algo que Portia evitaba afrontar. ¿Era por esta razón por lo que, desde la fiesta, no había pensado ni una sola vez en Eddie? Resulta aterrador descubrir que el ser al que amamos puede ser involuntariamente caricaturizado por alguien que no lo conoce en absoluto. Tal vez el diablo estuviera dentro del señor Bursely cuando le preguntó, con tanto aplomo, si nadie le había dicho ya que era una dulce chiquilla. Le impactaba no poder recordar ahora que Eddie la hubiera llamado jamás de otra manera. Sentada junto a la señora Heccomb, agachándose para examinar las costuras de sus guantes negros de gamuza —guantes que Portia, imitando a la señora, no se quitaba al sentarse con los brazos cruzados sobre las rodillas—, se preguntó si un sentimiento podía nacer directamente del corazón, si podía ser imperioso sin ser original. (Pero, si el amor era el único refugio para dos almas solitarias, todo esto no tenía ninguna importancia; las mayores compulsiones que sentimos a lo largo de la vida no son más que impulsos que nos fuerzan a repetir un modelo preexistente, un modelo que no es nuestro refugio.)

Debajo de su rostro opaco, debajo de esa expresión moldeada por la intemperancia, ¿había sentido el señor Bursely el mismo impulso que, en su momento, hizo que Eddie le escribiese a Portia una primera carta? Por debajo de la fiesta, del bullicio y de la excitación, Portia temía que el estado de gracia que vivía con Eddie pudiera reducirse a esta frase sensiblera pronunciada por Bursely. Ese miedo había atormentado sus sueños y la había

absorbido al despertar, como las olas que bañan los guijarros bajo el cielo terriblemente sereno de la mañana.

Todo corría peligro, ahora.

Hay momentos en que resulta aterrador comprender que, en realidad, no estamos solos en el mundo o que estamos, en todo caso, solos en el mundo con otra persona. El teléfono que nos pilla mientras soñamos despiertos es como una voz que nos agrede de forma cruel. La bondad general y tierna hacia el mundo, especialmente la bondad de una persona joven, proviene de una patética percepción de la irrealidad del mundo. La naturaleza, pasiva y feliz, refleja lo que sucede, pero pide que nadie se le aproxime, encerrada en sí misma como un espejo en una habitación. Al parecer, existe un pacto con la vida, un pacto de inmunidad. Sin embargo, este pacto no es respetado para siempre: un accidente callejero, una querrela que presenciamos por casualidad, la inflexión de una voz, un rostro que se nos aproxima demasiado, un árbol que ha derribado el viento, el injusto destino de alguien: basta algo así para que el pacto se rompa. La vida conspira contra la tan anhelada reclusión. En el caos que irrumpe de pronto, nada sigue siendo irreal, nada salvo, acaso, el amor. Y el amor tan solo pervive como una amplificadora susceptible: lo sentimos cuando pagamos el precio de experimentar todos los riesgos y los pesares humanos. El amante se convierte en el símbolo sensible de toda la humanidad empujada por el peso de la especie a través de los impíos elementos. El egoísmo de los enamorados inspira piedad: es breve, es una esperanza desvalida, es imposible.

Frenéticas sonrisas en las fiestas, insinuaciones cuyo trasfondo es la angustia, intentos de charlar con cierta persona aburrída que ya no veremos más, atajos para acercarnos por medio de miradas, de abrazos o de besos: todas esas cosas indican que no podemos vivir solos. Y, aparte de que no podemos remediar la soledad, al final es posible que tampoco podamos elegir nuestra compañía. El intento de luchar contra todo esto en Windsor Terrace era probablemente lo que volvía tan intranquila la casa. Esa errónea actitud de vida —de la que todos eran, a ratos, conscientes: desde Thomas Quayne hasta la cocinera— producía las tensiones y escaramuzas de una historia amorosa poco o nada promisorias. Cada una de las personas de Windsor Terrace vivía atravesada por una obsesión concreta, por más ligera que fuese. El teléfono, el

timbre, la llamada del cartero eran indicios amenazadores, aunque de momento lejanos. Al cruzar el mullido felpudo del umbral, los forasteros sufrían un gran cambio. Algo dirigía la vida en casa de los Quayne: la acción de una especie de freno o factor disuasivo era evidente en la conducta de personas como Eddie. Al mismo tiempo, nadie parecía saber a ciencia cierta qué se descartaba o si algo vital estaba echándose a perder allí. Si Matchett era temida, si algo en ella amenazaba la casa, era porque parecía muy capaz de meter el dedo en la llaga.

La vida menos rígida que se vivía en Waikiki favorecía un comportamiento franco y emprendedor. Nada regía allí, sino la más ingenua corrección: Daphne gritaba, pero no decía palabrotas; Dickie mantenía una actitud púdica y severa; incluso la mano del señor Bursely, con ocasión de la fiesta, se había mantenido unos centímetros por encima del trasero de Daphne. La corrección no es un freno serio para los instintos: la naturaleza se agazapa tras la corrección y por eso vemos ojos que se salen de sus órbitas, pieles que cambian de color por impulsos intensos y poco sutiles. Procedente de Windsor Terrace, Portia encontraba en Waikiki la honrada rudeza del estado primitivo, donde reina el máximo de rigidez. El temblor que corría por toda la casa cuando se daba un portazo o cuando alguien bajaba muy deprisa las escaleras, los ruidos de las cañerías, la prodigalidad de la señora Heccomb con sus medias coronas y chelines, los innumerables indicios de que Doris era humana y no funcionaba en un espacio vacío, todo ello hacía de Waikiki un centro de vida espontánea. Allí la vida parecía expresar su más alto voltaje, y Portia se maravillaba ante Daphne y ante Dickie, como podría haberse maravillado ante una dinamo. Por la noche, pensaba en toda la energía que albergaban las camas de los demás dormitorios.

De esta existencia libre, ahora veía, o volvía a ver, mejor dicho, no solamente a la gente conocida en Waikiki, sino a todas las personas que había conocido en su vida. Las pocas grandes figuras que allí estaban encarnaban la sociedad con alarmante exactitud, con una justeza innegable. En dichas figuras se sentía forzada a captar todos los deseos y las pasiones, pues los deseos y las pasiones son alarmantemente escasos. Su amor aún aspiraba a rechazar toda semejanza entre Eddie y Bursely. En cualquier caso, algo en ella se preguntaba (o la llevaba a preguntarse) si no era Eddie quien, como caído del

cielo, había ocupado la última noche el sofá.

Portia tanteó la moneda de seis peniques para la colecta, la que tenía entre la palma de su mano derecha y el cuero del guante. El ligero tintineo y la forma del canto de la moneda, mientras cerraba la mano, le recordaron dónde se encontraba: en la iglesia de Seale, en medio de una congregación de hombres leales entrados en años y de mujeres vestidas de marrón, de gris, de azul marino o de lila con cuellos de piel barata. El sol, oblicuo y vaporoso en las ventanas que daban al sur, formaba un nimbo polvoriento e imprimía en las mejillas los colores de los vitrales pintados. Volviendo un poco la cabeza, reconoció a algunas personas con las que había tomado el té. Por encima de la confiada congregación, la iglesia se elevaba hasta una inescrutable altura. Inclinando su barbilla, Portia estudió la vidriera oeste y la refulgente historia que mostraba. Por haber llegado tarde, solo había captado lo esencial del sermón: aunque había quedado atrás la Semana Santa, uno no debía ser ahora más insensible que durante la Cuaresma.

Mecido por las ráfagas del órgano, el coro desapareció en la sacristía, debajo de la torre. A medida que pasaba la procesión, la señora Heccomb miraba con deleite las sobrepellices. La devoción de otras creyentes y una cuota de Brasso le habían conferido a la cruz procesional un dorado resplandor. No bien sonaron los últimos acordes, hubo un intercambio de discretas sonrisas por encima de la nave, y la feligresía se reunió alegremente. La señora Heccomb era toda una experta en conversar a las puertas de la iglesia y, por consiguiente, ella y Portia emprendieron el camino de retorno junto con un grupo de amigas. Daphne y Dickie no frecuentaban la iglesia y jamás iban el domingo posterior a una fiesta. Cuando volvieron a Waikiki, vieron que la sala de estar, puesta nuevamente en orden, parecía inundada por el sol; Daphne y Dickie leían los periódicos del domingo en medio de un potente olor a carne asada. No estaban allí a las diez y veinte de la mañana, cuando la señora y Portia se marcharon a la iglesia. Fuera, las gaviotas volaban por el aire más bien frío. La señora Heccomb cerró de prisa la puerta de vidrio.

—Hola —le dijo Dickie a Portia—. ¿Cómo has amanecido?

—Muy bien, gracias.

—Bueno, al menos se ha acabado —comentó Dickie, y volvió a

enfrascarse en el *Sunday Pictorial*.

Daphne aún no se había quitado las pantuflas.

—Vaya, ¡qué pesado es Cecil! —dijo—. Llega temprano y no se marcha nunca. No entiendo cómo se atreve... Ay, tengo que decirte algo: Clara ha olvidado su bolso de perlas.

La señora Heccomb dijo, mientras colocaba una o dos cosas:

—Han limpiado maravillosamente.

—Excepto la estantería —dijo Dickie.

—¿A qué te refieres, cariño, con eso de la estantería?

—Que un vidriero tendrá que arreglarla. Ese militar amigo de Daphne la estropeó con el codo, como puedes ver, mamá, si te fijas con atención. Pero a nadie se le ocurre que él deba pagar la cuenta.

—Bueno, no creo que podamos pedirle algo así, querido... Pero parece que la fiesta ha sido un éxito.

—No ha estado mal... —convino Daphne, oculta tras el *Sunday Express*, y añadió alzando la voz—: Pese a algunos que abandonan a sus amigos y se vuelven estirados con las demás personas. Si el señor Bursely se cayó sobre la estantería fue porque Wallace Parker lo empujó de manera grosera. Agradezco que no se hiciese daño, pero no me ha gustado que viera tamaña brutalidad en casa.

—La verdad —repuso Dickie—, dudo que se haya percatado de eso. Se habría quedado incrustado en la estantería si Charlie Foster no lo hubiese rescatado de allí. Cuando llegó, ya estaba bastante ebrio, y me han contado que se escabulló para beber un par de tragos rápidos en el Imperial Arms. Me pregunto qué romperá la próxima vez que venga. Este tipo no termina de caerme bien, pese a que siempre me dices que ignoro quién es quién.

—Bueno, a Clara le ha caído bien. Por eso se olvidó el bolso. Se retrasó porque se encargó de llevarlo en coche hasta su casa.

—Ya me lo habías dicho. Y ese bolso no me gusta, por más que sea de Clara. Parece cubierto de huevos de hormiga.

—¿Por qué no se lo dices?

—Se lo diré, no lo dudes. Se lo diré esta misma tarde. Clara y yo vamos a ir a jugar al golf.

—Ay, Dickie, ¡eres un tramposo! ¡No me habías dicho nada! Evelyn nos

espera para un partido de bádmin-ton.

—Pues tendrá que esperar, me temo. Clara me recogerá a las dos y media. Es casi seguro que volvamos aquí a tomar el té, pero también es probable que vayamos a su casa... A propósito, mamá, ¿podría Doris ser más puntual con la cena?

—Primero debe poner la mesa, querido. ¿Puedo retirar el periódico? Daphne, ¿qué vas a hacer después de comer?

—Algunos han propuesto un paseo corto. Después jugaremos al bádmin-ton en casa de Evelyn. ¿Me estás diciendo que te gustaría que llevase allí a Portia?

—Eso sería magnífico, querida. ¿Te gusta la idea, Portia? Así, podré descansar un poco. Todo salió tan bien en la fiesta que hemos trasnochado bastante.

La comitiva —Daphne, Portia, Evelyn (la guapa muchacha que se había vestido de naranja la noche anterior), Cecil (que, al parecer, no había sido invitado) y otros dos jóvenes: Charlie y Wallace— marchaban lentamente junto al mar, a lo largo del muro de contención, rumbo a Southstone. Los chicos llevaban pantalones bombachos, jerséis, sombreros de fieltro abollados en la copa y unos calcetines acanalados que daban a sus pantorrillas cierto aspecto de robustez. Daphne y Evelyn llevaban birretes, pañuelos de cuello y elegantes abrigos a cuadros. Evelyn había venido con su perro.

El camino que había encima del muro estaba tan desierto como de costumbre; al pie de la escollera, el mar, que aquella tarde era color azul sardina, se inflaba tersamente entre los rompeolas. Aquí y allá, una gaviota era acunada por las olas y adoptaba una expresión más bien tonta. Reinaba el olor de los muelles, el olor de las planchas carcomidas por el mar, de los tablones verdosos, mohosos, lamidos por las mareas. El vasto cielo primaveral trazaba un arco desde el bosque hasta el horizonte marino. La escollera formaba una alta plataforma por la que deambulaban los paseantes: aquí se olía no solo el mar, sino también la tierra, pues las ráfagas llegaban de los huertos, de los bosques que se abrían en las grietas y hendiduras de las colinas, de los tojos florecidos en la espinosa penumbra del campo de golf donde estaban Dickie y

Clara. Las crestas de las dos corrientes, la marina y la terrestre, producían una especie de jubiloso nerviosismo al chocar sobre el asfalto, un júbilo que giraba en la blancura azulada de aquel día tan sereno y excitante.

El grupo de Daphne avanzaba con aire tenaz, llenando sus pulmones hondamente, pero sin sentir nada. Conocían cada pulgada del muro de contención; miraban hacia delante, a Southstone, donde la cúpula del Splendide era de oro refulgente. Estar expuestos a este aireado vacío hacía que fueran osados cómplices. En general, se adelantaban y se separaban todo lo posible; por momentos se apretujaban tanto que entrechocaban los codos; si se separaban en grupos de dos, una pareja le gritaba a la otra, a plena luz del día. Al final del sendero, de milla y media de largo, estaba la vieja estación de botes de salvamento y, sin decir una palabra, giraron sobre sus talones dispuestos a regresar. Las chicas formaron un grupo; los tres chicos se ubicaron exactamente tras ellas y enfilaron hacia el oeste.

Con las primeras señales del crepúsculo, con el primer resplandor, los invadió una vaga sensación poética. Unos bostezos de ozono interrumpieron su frívola charla. Evelyn cogió del brazo a Daphne; Cecil anduvo a solas hasta el borde de la explanada y se consagró a patear un guijarro. Un bonito bergantín apareció, rosado por la luz, en el canal.

Portia tomó aliento y le dijo a Daphne súbitamente:

—Tengo un amigo... ¿Podría venir a pasar aquí unos días?

Así dicho, sin preámbulos, sonó muy adecuado.

Daphne se giró, pensativa, con las manos en los bolsillos, mientras hundía el mentón en los pliegues de su bufanda. Evelyn, mientras tanto, miraba de soslayo a Daphne, sin soltarle el brazo.

—¿Qué? —preguntó Daphne—. Un novio, querrás decir...

Evelyn dijo:

—Es en lo que ha estado pensando todo el rato.

—¿Para quedarse cuánto tiempo? —preguntó Daphne.

—Para quedarse unos días.

—¿Cuándo? ¿Cuántos días?

—Un fin de semana.

—Bueno, si tienes un novio, no veo por qué no ha de venir. ¿Tú ves algún inconveniente en ello, Evelyn?

—Pues... Yo diría que depende.

—Sí, por supuesto que depende. ¿Realmente tienes novio?

—Quién lo hubiera dicho —deslizó Evelyn—. Y, sin embargo, ¿por qué no?

Daphne se apresuró a preguntar:

—¿Es un amigo de tu cuñada?

—Sí. Ella y él... Ellos...

—¿No será demasiado elegante para nosotros? —preguntó Daphne, mirando a Portia de forma burlona, aunque con cierto respeto—. De todos modos, si tantas ganas tiene de venir, no le hará mal socializar un poco. Bueno, sin duda no te gusta perder el tiempo, ¿verdad? Por supuesto, deberás aclarar las cosas con mamá. Por supuesto... Pero, vamos, no seas tonta. Ella no va a pensar nada malo: está acostumbrada a los muchachos.

Claro que los muchachos no eran como Eddie. Tras un silencio, Portia dijo:

—Quería preguntártelo a ti. Para que luego tú se lo dijeras a ella.

—¿A qué se dedica tu amigo? —inquirió Evelyn—. ¿Diplomacia?

—¿Quién está en la diplomacia? —preguntó Charlie, acercándose.

—El amigo de Portia que va a venir.

—No, en realidad no. Trabaja en la oficina de mi hermano.

—Bueno, bueno... —dijo Evelyn, digiriendo la información. Era la recepcionista del salón de belleza más importante de Southstone: su cara, sin tener en cuenta lo que Dickie pudiera pensar, florecía en voluptuosos y artificiales tonos de color melocotón. Su padre era el señor Bunstable, un importante agente inmobiliario que no solo se ocupaba de alquilar Waikiki en verano, sino que poseía también clientes en todo el condado. En consecuencia, Evelyn era una luminaria social y gozaba de una sólida posición. Pero no se podía esperar que apoyara los sentimientos de Daphne contra los Quayne. Los comerciantes son, ante todo, comerciantes.

—Es muy bonito que sea tu novio —comentó amablemente.

—Tu cuñada —dijo Daphne, no sin satisfacción— probablemente sufrirá un ataque.

—No veo por qué —repuso Evelyn.

—¡Por favor, Cecil! —clamó Daphne girándose bruscamente hacia él—.



¿Puedes dejar de patear esa piedra?

—Lo siento mucho, estaba pensando en algo.

—Si lo que quieres es pensar, ¿por qué vienes a pasear? Cualquiera que nos viese diría que esto es un funeral... Oye, Wallace, oye, Charlie: ¡Portia tiene una idea muy pobre de los chicos del lugar! Quiere traer aquí a su propio amigo.

—Los exponentes locales quedan así bastante desprestigiados —dijo Wallace—. Pero, en fin, ¿qué podemos esperar de las mujeres de Londres?

—Sí, es verdad —repuso Daphne—. Cualquiera de la zona estaría satisfecha al ver cómo Cecil le da patadas a esa vieja piedra.

—¡Ay, no es así! —dijo Portia mirándolos con ansiedad—. No me refería a eso.

—No veo cuál es el problema —dijo Evelyn dando el tema por zanjado. Después, escaló unos peldaños y le silbó a su perro, que había bajado a la playa y se estaba revolcando sobre algo horrible.

Los otros esperaron a Evelyn. La acción de detenerse hizo que el grupo sintiera un leve escalofrío, como la sacudida que se siente en un tren cuando este arranca. Pero ellos, en realidad, parecían un tren de carga más que un tren de pasajeros: dichosos como una fila de vagones, observaban el camino que pronto iban a recorrer. Por encima de Seale, que a la distancia asomaba coronado por la iglesia, el humo se disolvía bajo el flamante sol primaveral. El velo confería un aire etéreo a las casas de la colina, con sus jardines arbolados; detrás de los balcones y las cornisas, la colina adquiría tonalidades azules, como un fantástico puesto fronterizo. Portia echó una ojeada a los demás y le alegró comprobar que se habían olvidado de Eddie. Más que no pensar en Eddie, no pensaban en nada.

Había aprendido a alarmarse menos con los amigos de Daphne, pues había aprendido a entender el sentido de sus silencios. Cierta gente nos alarma debido al temor que nos causa su presencia continua e interesada. Pero en Seale la continuidad solo consistía en la acción: si interrumpías lo que estaba haciendo alguien, interrumpías las ideas que había tenido. Cuando estos jóvenes interrumpían lo que estaban haciendo, se detenían del todo, como un reloj. De modo que nada, absolutamente nada, llenaba esa interrupción cuando, cada domingo, iban a tomar el té. Es probable que el aroma de unas

pastas con grosellas, de unos bizcochos de chocolate y de unos tibios sillones de cuero llegara hasta ellos, vibrante, desde la casa de Evelyn. Habían caminado; pronto regresarían; la caminata tenía que haberles hecho bien.

El perro de Evelyn subió los escalones con un olor repugnante en el lomo. El animal, tras una reprimenda, meneó las ancas alegre y servil. Le ordenaron que se sentara, pero no podía estarse quieto, así que el grupo, siempre en silencio, reanudó su marcha a un ritmo regular.

En casa de Evelyn, Portia tuvo tiempo de pensar en el domingo próximo (o en el otro) porque nadie hablaba mucho y ella no jugaba al bádminton. La inmensa casa de los Bunstable había sido construida a principios de los años veinte, y era de antiguo estilo normando: con una oscura y nudosa madera de roble por dentro y por fuera. El conjunto parecía una suma de recovecos, con ventanas metálicas de grueso vidrio verdoso que diluían el cielo primaveral. Las escaleras eran señoriales, los salones suntuosos y pintorescos. Entre los azulejos, unos discos de bronce o de cobre deformaban por todas partes las caras. La influencia normanda había cruzado de forma tan oblicua el canal que muy pocos pobladores de Seale sabían que la casa no era de estilo inglés, aunque databa de tiempos más dichosos. El comedor era tan impresionantemente oscuro que tuvieron que encender unas lámparas anticuadas. Evelyn trataba a su madre con desdén, pero con gentileza; en cuanto al padre, había salido. Cecil quiso sentarse al lado de Portia, pero lo enviaron a la otra punta, donde estaba la tetera, para que conversara con la señora Bunstable. Casi enseguida, dejó caer una porción de bizcocho de mantequilla sobre sus pantalones y se pasó la mayor parte del té con aire ausente, mientras en vano intentaba quitarse la mancha con una servilleta que humedeció en agua caliente.

Después del té, pasaron al campo de juego de bádminton, que tenía un techo de vidrio: varias zapatillas con suela de goma, destinadas a todo el grupo, colgaban de sus cordones en una fila de ganchos. Mientras se calzaban, Portia se subió a un alto taburete que había junto a la estufa. Allí arriba, tuvo la impresión de ser un pájaro e imaginó a Eddie participando de aquello, el domingo próximo. A no ser que, cuando llegase el momento, los dos optaran por quedarse a un lado, a orillas del mar, no en el dique de contención, sino cerca de las torres, contemplando las olas que rompen en la arena llana. No.

Eso no sucedería: ella y Eddie no debían perderse de ningún modo las diversiones del domingo. Ellos aún no habían estado juntos en sociedad. El mero hecho de haber pronunciado en la playa el nombre de Eddie había logrado que los amigos de Daphne se mostraran más solícitos con ella — aunque luego hubiesen olvidado la razón—. Tanto, que Portia se sentía rodeada de mayor afecto. Si quería entablar con ellos un contacto más estrecho, ¿quién podía ayudarla más que Eddie? Él era capaz de derretir cualquier hielo; Portia se sentía muy orgullosa de él. El deseo de exhibir públicamente a nuestro amante tiene mucho de sentimiento tribal. El deseo de mostrar que alguien nos ama es parte de nuestro amor propio. Cada uno sería parte, ahora, del secreto del otro; su complicidad ya no se limitaría a cuando Eddie le guiñaba un ojo desde la otra punta de un salón. A solas, tenemos visiones más bien incompletas: no sabemos con certeza qué es gracioso y qué no. Uno de los goces más concretos del amor consiste en que podemos verificar con alguien más lo ocurrido. Desde que se habían visto por última vez, Portia creía no haber vuelto a reír; había sonreído, desde luego, pero para satisfacer a los demás. No, sería un error quedarse junto al mar.

Eliminado en la primera rueda, Cecil atravesó el terreno y se detuvo junto a Portia: apoyó un pie en una barra del taburete y este propagó una vibración semejante a un suspiro. Portia se puso a pensar de inmediato en otra cosa. En la otra punta del recinto, la madre de Evelyn puso una música que acompañaba los gestos de los jugadores —los raquetazos, las cimbreadas jugadas, el ruido de cada impacto— con un ritmo tan vivaz que alegró a Portia y deprimió aún más a Cecil.

—No me gusta la primavera —dijo Cecil—. Hace que me sienta un poco desastrado.

—Tú no me pareces desastrado, Cecil.

—Lo parezco con este bizcocho encima —respondió mientras tiraba tristemente hacia abajo de su pantalón—. ¿En qué pensabas?

—Ya he dejado de pensar.

—Sí, pero pensabas en algo, ¿verdad? Te he visto. Si fuera más emprendedor, te ofrecería un penique por tus pensamientos...

—Trataba de imaginar cómo será el domingo próximo.

—Será como siempre, supongo. Aunque en esta estación del año uno

empieza a anhelar cambios.

—Esto es un cambio para mí.

—Por supuesto. Es agradable pensar que esto supone un cambio para alguien. También será un cambio para tu amigo, espero. Qué gracioso, la primera vez que te vi en casa de Daphne tenías el aspecto de no tener un solo amigo en el mundo. Supongo que eso fue lo que me atrajo de ti. Al parecer, te he malinterpretado. ¿Realmente eres huérfana?

—Sí, lo soy. ¿Y tú? —preguntó ella con brusquedad.

—Por el momento, no lo soy, pero supongo que es algo que llega tarde o temprano. El futuro acecha mi mente. Y creo que tengo algo de lobo solitario. Me entiendo bien con las chicas, pero hasta cierto punto. A partir de ahí, ellas me encuentran demasiado enigmático. No me resulta fácil aventurarme. Creo que las chicas, en su mayoría, no aprecian la amistad; lo que realmente desean es que uno les haga la corte.

—A mí me agrada mucho la amistad.

—Ah —dijo Cecil, y la miró sombríamente—. Pero, si me disculpas, eso se debe a que eres joven y los chicos no han empezado todavía a meterte prisa. Cuando eso empieza a ocurrir, las chicas pierden la cabeza. Tú eres, aún, más bien tímida. Ayer sufrí bastante por ti.

Portia no supo qué responder. Cecil volvió a agacharse y observó sus pantalones.

—Por supuesto, puedo llevarlos a la tintorería. Pero me costará dinero, y estoy ahorrando para viajar a Francia.

—Tal vez tu madre pueda limpiártelos con gasolina. Siempre la uso para quitar las manchas de mantequilla o de grasa de mi ropa.

—¿De verdad? —preguntó Cecil—. Oye —añadió—, me gustaría saber si una de estas tardes querrías venir a Southstone, en el autobús de las cinco y media, para que nos veamos al salir de la oficina. Podríamos ir a un concierto en el East Cliff Pavilion e incluso a comer algo. Es un sitio muy bonito, bastante cosmopolita. Si te apetece...

—Desde luego. ¡Me encantaría!

—Trato hecho. Ya fijaremos la fecha.

—Eres muy amable, muchas gracias.

—No debes agradecermelo —repuso Cecil.

El partido había terminado: Charlie y Daphne acababan de vencer a Wallace y Evelyn. Esta última se acercó a ellos dos y arrastró a Cecil al terreno de juego, diciéndole que debía reemplazarla.

—¿No quieres intentarlo? —le preguntó con amabilidad a Portia—. Ah, ya entiendo lo que pasa. Te diré lo que vamos a hacer: vienes un día entre semana y practicas con Clara. Ella quiere practicar. Entonces, sí, podrás jugar la próxima vez... ¡Madre mía! —exclamó Evelyn—. ¡Aquí falta aire! ¡Este sitio está mal ventilado!

Cogiendo a Portia de un codo, atravesó todo el terreno y abrió una puerta que daba a un jardín. En contraste con las intensas luces del interior, el jardín se hallaba sumido en una penumbra azulada. La puerta, al abrirse, espantó a un pájaro que revoloteó para salir de un matorral. Las luces de la ciudad parpadeaban entre las ramas que se mecían desnudas: al fondo se oía el crepitar del mar. Evelyn y Portia, de pie en el umbral, llenaron sus pulmones con el oscuro y salado aire de la primavera.

## 5

*Querida Portia:*

*¡Qué maravillosa idea! Por supuesto que deseo ir, pero no sé si seré capaz de hacer una escapada. Si realmente me esperan, lo intentaré. No, no me importaría dormir en el trastero. Supongo que tendré que oír los ronquidos de Dickie a través de la pared. Seguimos todos muy bien aquí, en la oficina, con la ausencia de Thomas. Si al señor Rattisbone no le da uno de sus ataques, creo que podré escabullirme. Otro asunto es que tengo comprometidos los tres siguientes fines de semana. El próximo, me parece, será el compromiso más fácil de eludir. Si me gano enemigos a causa de ello, te tocará consolarme. En caso de que vaya, llegaré en el tren de la mañana del que hablas. Te lo haré saber el viernes. Lamento si es algo tarde.*

*Ojalá que tus brillantes amigos simpaticen conmigo. Me sentiré muy tímido. Bueno, cariño, aquí debo poner punto final: hace tres días que me acuesto tarde y me siento fatal. En cuanto desapareces, empiezo a ir por el mal camino, lo cual demuestra lo importante que eres para mí. Pero me veo empujado a salir porque, como sabes bien, detesto mi habitación.*

*Acabo de recibir un breve mensaje de Anna. Parece muy feliz. En fin, ya te contaré. Ojalá pueda viajar.*

*Con todo mi cariño,*

*Eddie.*

La carta, bastante perturbadora, llegó la mañana del miércoles, mientras la

señora Heccomb se ocupaba de embellecer el trastero. Había aceptado sin problema la idea de la visita, pues le habían presentado a Eddie como un antiguo amigo de familia de Anna y Thomas que simplemente venía a ver cómo se encontraba Portia. Esto le parecía sumamente correcto a la señora. En cambio, le resultaba poco menos que inaceptable que un amigo de los Quayne tuviese que dormir en el trastero. Pero Daphne y Dickie no propusieron el menor cambio y la vigilaban de noche, no fuera a ocurrírsele a ella mudarse de habitación. Cuanto más empeño ponía Daphne en decir que el trastero no mataría a Eddie, más se arrugaba el ceño de la señora Heccomb, quien compró más estereras y puso en aquella habitación su espejo modelo Sheraton. Incluso instaló su *prie-dieu* para que sirviera de mesilla de noche, improvisó una lámpara con una floritura de papel rojo y le pidió a la madre de Cecil un colchón y un edredón.

Portia seguía estos preparativos con creciente inquietud, temiendo que Eddie finalmente no viniera. Sentía que la enorme amenaza de una posible decepción crecía a diario en la casa, pues ni siquiera Daphne era indiferente, e incluso Dickie había tomado nota de que aguardaban a un invitado. En vano, Portia rogaba que la señora Heccomb no perdiese de vista que los planes de Eddie para el fin de semana pendían de un hilo. También se alarmó al descubrir la imagen seria y sólida que la señora Heccomb se había formado de Eddie, a quien imaginaba con certeza como una especie de comandante Brutt. A diferencia de ella, su hijastra estaba más enterada. No bien se mencionaba a Eddie, una mirada pícara refulgía en los ojos de Daphne. En cuanto a los asuntos de la propia Daphne, no iban demasiado bien. El señor Bursely, a pesar del buen comienzo, no había vuelto a aparecer desde el último sábado; ahora Daphne había adoptado una actitud despectiva hacia los modales tan educados de Wallace y Charlie.

El segundo puzzle del comandante Brutt había llegado el miércoles por la mañana, al mismo tiempo que la carta de Eddie, y Portia se puso a montarlo de inmediato, en la mesa del jardín de invierno, pues eso la ayudaba a serenar los nervios. Pronto entrevió que el puzzle mostraba una escena de despliegue aéreo. Esa semana había mucho sol; sus ojos se encandilaban mientras encajaba una pieza con la otra, y la sombra de una gaviota en el puzzle hacía que de tanto en tanto levantase la mirada. Los aviones, que se recortaban

macizos contra un cielo de color ultramarino, empezaron a adquirir forma, uno tras otro, y, al tiempo que Portia unía las piezas con los espectadores, le pareció notar una amenaza o una promesa en cada rostro que miraba al cielo. Una tarde, Dickie le ofreció su ayuda: pusieron la mesa bajo una lámpara, y fue capaz de armar una ambulancia que Portia no había osado empezar.

En esos días recibió una postal de Anna, una esquila breve de Thomas y una extensa carta de Lilian, cuyas penas parecían ya muy lejanas.

Cada mañana iba al pueblo con la señora Heccomb. La señora le insistía para que visitara a Daphne en Smoot. La primera visita fue alarmante: en la planta baja de la biblioteca, la calefacción soltaba un olor gomoso de los libros y Daphne debía fruncir todo el tiempo la nariz. En el sentido más amplio, la literatura equivalía allí a mal olor.

El sol lanzaba sus dardos sobre la cabeza rizada de Daphne. En la penumbra, al fondo de la biblioteca, una compañera de Daphne leía encorvada sobre una mesa. El desdén hacia la lectura quedaba implícito en la forma en que Daphne tejía, dejaba de tejer para limarse las uñas y tejía otra vez tirando impacientemente de la larga hebra de lana para atraer el redondo ovillo rojo. El temblor de la madeja no lograba sacudir la apatía del gato de la biblioteca: un cazador de ratones introducido en aquel sitio tan pronto los roedores habían iniciado su asedio a las *belles lettres*, pero que solo trabajaba por las noches. No había un solo suscriptor en la biblioteca cuando llegó Portia. Reclinándose, Daphne la observó con actitud imperturbable.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Qué haces tú aquí?

—La señora Heccomb pensó que podría gustarte que te visitara.

—Sí, por supuesto —dijo Daphne, pero continuó tejiendo mientras hacía correr la lengua por la boca, de una mejilla a otra. Posando un dedo en el escritorio de Daphne, Portia miró alrededor y exclamó:

—¡Cuántos libros!

—Y no son todos. Toma asiento.

—Me pregunto quién los lee.

—Muy sencillo —contestó Daphne—, pronto verás quién. ¿Tu cuñada lee?

—Dice que le gustaría, pero que no tiene tiempo.

—Es asombroso todo el tiempo libre que tiene la gente. Es algo asombroso, realmente. Supongo que Anna tendrá alguna clase de suscripción.



Esa gente siempre viene con pretensiones. Piden un libro, por ejemplo, antes de que uno lo haya encargado. Supongo que de este modo creen que le sacan provecho a su dinero. Lo que yo digo es que...

Desde el fondo de la sala, la señorita Scott tosió en señal de advertencia. Eso parecía indicar que llegaban suscriptores. Dos damas se aproximaron a la mesa, dijeron «buenos días» con extrema gentileza y devolvieron sus libros. Daphne guardó su tejido y las observó.

—Qué mañana tan hermosa...

—Sí —dijo Daphne de modo cortante.

—¿Cómo está su madre?

—Bien, gracias.

La dama que aún no había hablado se había puesto a examinar una mesa con las últimas novelas recibidas. Su amiga lanzó a esos libros una mirada nostálgica y, muy decidida, se dirigió al sector de alta literatura. Una vez allí, acomodó su *pince-nez* en un punto exacto de la nariz, eligió una serie de libros, miró los títulos, las ilustraciones y fue poniéndolos de nuevo en su lugar, uno tras otro, con diversos suspiros de decepción. ¿No sabía que a Daphne la irritaba que la gente se distrajesa manoseando así los libros?

—Tiene que haber aquí algo que me agrada —dijo—. ¡Es tan difícil darse cuenta solo con las cubiertas...!

—Señorita Scott —soltó Daphne con voz quejumbrosa—, ¿puede usted ayudar a la señora Adams?

Mortificada, la señora Adams dijo:

—Tendría que hacerme una lista.

—Sí, hay quien piensa que son de ayuda.

A la señora Adams no le gustaba ser atendida por la señorita Scott, quien le propuso una colección de ensayos que a ella le avergonzó rechazar. La señora Adams miró ansiosamente a su amiga, que volvía de lo más campante con una novela que parecía muy entretenida.

—No debería usted dejar de leer estos: están admirablemente bien escritos —dijo la señorita Scott echándole a la señora Adams una mirada de arpía. Pese a su estilo servicial, estaba aprendiendo a ser tan bravucona como Daphne.

Daphne había extraído del cajón las tarjetas de los suscriptores y esgrimía

un lápiz, a fin de trazar en ellas unas marcas despectivas. Quedaba claro que Daphne proporcionaba, y sabía que proporcionaba, cierto prestigio en Smoot con su forma displicente de tolerar las transacciones que se efectuaban allí. Su evidente decisión de no leer en ninguna circunstancia ponía en una desventajosa situación a los que se habían vuelto esclavos de dicha costumbre: una desventaja que, al parecer, ellos disfrutaban. La señorita Scott, aunque mucho más útil, era poco relevante: a diferencia de Daphne, ella no era una dama y no solamente leía, sino que incluso le pagaban por leer, lo cual era peor. De todos modos, no tenía el imponente aspecto de Daphne. La mayoría de los suscriptores de Seale eran personas maduras, y la edad e incluso la forma más modesta de intelecto tienden a convertir a la gente en esnob. Tal vez hubiera bibliotecas donde Daphne no habría sido tan bien vista. Pero, para esta clientela de individuos en declive, su juventud y su displicencia la situaban por encima de la literatura. Estos lectores no esperaban ya demasiado de la vida y solo osaban buscar en las páginas de los libros lo mucho que habían perdido. Puesto que los ancianos suelen ser masoquistas, sus menguantes corazones se estremecían con la fría y descarada sonrisa de Daphne. Tal vez se tratara, al fin y al cabo, de un intercambio de crueldades, pues los suscriptores de Smoot tenían, en definitiva, el poder de encadenar allí a una hermosa muchacha. Una zona desgastada en la alfombra que había debajo del escritorio de Daphne les habría mostrado, si ellos hubiesen querido apreciarlo, los efectos de la rabia con que ella hundía sus tacones en el suelo. En los días de pleno sol, los suscriptores solían comentarle que era injusto que tuviera que permanecer encerrada allí, y enseguida se marchaban con sus libros en busca del sol de la calle.

El respeto que Portia sentía por Daphne aumentaba mientras la veía sacar las tarjetas de la caja archivadora. Examinando los estantes, vio que los autores estaban en perfecto orden alfabético, lo que de por sí parecía la labor de una mente magistral. Además, aunque Daphne detestara la letra impresa, le agradaban especialmente las encuadernaciones elegantes: los libros que ella cuidaba eran los más lujosos. En cuanto la señora Adams se hubo retirado con su amiga, la señorita Scott reanudó su lectura con una llamativa sonrisa, mientras Daphne se levantaba e iba una o dos veces a la ventana arreglándose con ambas manos la falda, a la altura de las caderas. Luego dio marcha atrás

con un gruñido y volvió a ponerse a tejer.

—¿Has tenido alguna noticia de tu amigo?

—Todavía no...

—Pues yo creo que vendrá, sin la menor duda.

Más tarde, ese mismo jueves, según lo convenido, Portia cogió el autobús rumbo a Southstone para encontrarse con Cecil. La absoluta confianza que la señora Heccomb tenía en Cecil le quitaba bastante encanto al viaje. Portia llegó muy temprano y esperó al pie de un bloque de edificios hasta que Cecil asomó sonándose la nariz. Atravesaron calles invadidas por el viento y los hoteles particulares, hasta llegar al East Cliff Pavilion. Era una vasta construcción de vidrio, de varias plantas, hábilmente adosada al borde de un acantilado. Se accedía a ella por la parte alta, como a una catacumba. Una fila de balcones acristalados daba al mar, que mostraba un diluido tono lila cuando terminó el concierto. Portia no tenía buen oído, pero subió un punto en la estima de Cecil al reconocer una melodía de *Madame Butterfly*. De hecho, la orquesta había tocado varias piezas que Irene y ella habían escuchado de modo ilícito, merodeando por hoteles palaciegos en el extranjero. A las seis y media, los empleados corrieron unas cortinas como si tendieran un manto sobre un paisaje extinto. Al finalizar el concierto, Cecil y Portia dejaron sus butacas de terciopelo rojo y se instalaron en una mesa de vidrio donde comieron pescado con huevos poché y *banana-splits*. Aunque excesivamente iluminadas, la sala y sus filas de mesas estaban casi vacías, y no había allí más que un majestuoso silencio. El sitio seguramente estaría animado en otras circunstancias. Portia seguía a medias la sesuda conversación de Cecil: un día después, a la misma hora, sabría si Eddie venía o no. Subieron al autobús de las nueve menos cuarto, que los condujo de regreso a Seale, y en la puerta de Waikiki, al desearle buenas noches, Cecil le dio un platónico apretón de manos.

El tiempo transcurrido entre la carta de Eddie y su llegada parecía comprimirse hasta desaparecer. El tiempo existía en la medida en que estaba hecho de angustia. El suspenso de la semana, aunque algo desconcertante, había tenido su propia melodía, su dibujo; ahora que Portia sabía que Eddie

iba a venir, la melodía se acallaba. Para las personas que viven de ilusiones, enfrentarse a su concreción equivale a tener que pasar una ardua prueba. Las ilusiones son la forma más temeraria del sueño; pero los sueños se cumplen en el mundo despierto: la diferencia es sutil y a menudo dolorosa. Lo que Portia había empezado a disfrutar desde la mañana del viernes era la anticipación, pero había descubierto que la anticipación ya no le deparaba el puro placer que había sentido en el primer momento. Aunque hubiese tenido un año de anticipación, el placer prometido nunca habría llegado a tiempo: consumir el tiempo intermedio era una tortura. Pero ahora descubría que podía desear que el sábado no llegara tan pronto. Inconscientemente lo repelía, lo ahuyentaba con una mano. Su falta de avidez y compostura —sumada a su necesidad de recobrar estas dos cosas— le hizo ver que ya no era una niña. Resultaba impactante esta pérdida, este cambio en su manera de ser; tan impactante como habría sido advertir un cambio en su propio cuerpo.

El sábado por la mañana pasó despierta un minuto antes de atreverse a abrir los ojos. Entonces vio las cortinas blancas a causa de la luz. El día, implacable, demasiado grande, se derramaba en el mar y en el marco de su ventana. Seguidamente pensó que tal vez hubiera llegado una segunda carta de Eddie anunciando que no vendría. Pero no había ninguna carta.

Más tarde, el cielo no se oscureció, pero se veló; la niebla ocultaba la línea de la costa; el sol no brillaba del todo. No había muchas precisiones sobre el tren matinal que tomaría Eddie: simplemente que llegaría en el mismo tren que había cogido Portia. La señora Heccomb quiso enviar un taxi a esperarlo, pero Portia pensó que Eddie se sentiría incómodo y que no le haría ninguna gracia tener que pagar el taxi, de modo que se dispuso que un mozo trajera su maleta. Portia fue a esperarle a la estación, en lo alto de la colina. Oyó el silbido del tren entre los árboles del bosque; después oyó otro silbido y vio que el tren tomaba la curva con lentitud. En cuanto Eddie se apeó, fueron los dos al parapeto, y desde allí contemplaron el paisaje. Después, se marcharon juntos cuesta abajo. La tarde no era como la tarde en que llegó ella: una nueva semana de primavera había suavizado el aire.

A Eddie le sorprendió el paisaje que podía verse desde el parapeto, pues no pensaba que Seale quedara tan lejos del mar.

—Pues, sí, queda bastante lejos —dijo ella alegremente.

—Yo creía que era un puerto.

—Lo fue, en efecto. Pero el mar se retiró.

—¿Hablas en serio, cariño? ¡Quién lo habría dicho! —exclamó Eddie y, agarrando a Portia por la muñeca, la balanceó un par de veces con metódica algarabía mientras, entre la gente, bajaban la cuesta de la estación. De improviso, soltándole la muñeca, se puso a palpase los bolsillos.

—¡Dios mío! ¡Se me ha olvidado enviar esta carta!

—Oh, ¿es una carta importante?

—Tiene que llegar esta noche. Va dirigida a una persona a la que dejé plantada por telegrama.

—¡Te agradezco mucho que hayas venido, Eddie!

Eddie sonrió de modo cómplice, aunque un poco automático y turbado.

—He tenido que inventarme mil excusas. Pero esta carta debe llegar esta noche. No imaginas lo susceptible que pueden ser algunas personas.

—¿No podemos echarla ahora mismo?

—Me temo que falta el sello... De todos modos, esa gente ya me odia. En fin, Londres queda ahora maravillosamente lejos. ¿Dónde hay una oficina de correos, querida?

Tras esta desesperada ocurrencia, la cara de Eddie se despejó. Ya no fruncía el ceño ante la carta y, cruzando el camino, la echó alegremente en el buzón de la esquina. Desde la acera de enfrente, Portia tardó un momento en entender que él iba a regresar junto a ella, y ahora estaban de nuevo juntos.

Tras haber cruzado la calle, Eddie le dijo:

—¡Te has recogido el pelo en un moño! Y sigues usando los guantes de lana.

Entrelazó la mano de ella con la suya, e introdujo unos dedos en el guante.

—Qué suave —dijo—, como un nido de ratoncitos.

Avanzaban lentamente por aquel sendero en curva. Eddie leía en voz alta los nombres de los portones blancos de las viviendas. Aquellos portones estaban salpicados de manchas verdes de la humedad que caía de los árboles. Las casas se divisaban entre la vegetación. El mar, de momento, no era visible: un poderoso silencio de tierra adentro, que la hora teñía de gris, llenaba el sendero. Aún no se podía ver a Seale más allá de la colina, pero su humo se elevaba por detrás de unas coníferas. Después oyeron el rumor de un

arroyo, como una especie de cañón. La suma de todo aquello hizo que Eddie exclamara:

—Cariño, ¡este lugar parece irreal!

—Ya verás cuando vayamos a tomar el té.

—De acuerdo, pero ¿dónde queda Waikiki?

—Ya te lo he dicho, Eddie: al lado del mar.

—¿Está muy alterada la señora Heccomb?

—Muy alterada, sí, aunque no hace falta mucho para alterarla. Hasta Dickie me ha dicho esta mañana, a la hora del desayuno, que espera verte por la noche.

—¿Y Daphne? ¿Está nerviosa, también ella?

—Yo creo que sí, pero teme que seas un esnob. Tendrás que demostrarle que no lo eres.

—Me alegra mucho haber venido —dijo Eddie redoblando el paso.

En Waikiki, la conducta de la señora Heccomb no estuvo, en un primer momento, a la altura de las circunstancias. Miró dos veces a Eddie y soltó:

—Oh...

Después pareció reponerse y dijo que estaba encantada. Le tendió una mano y rodeó nerviosamente la mesa del té con la mirada clavada en la silueta de Eddie, como si examinase una aparición repentina. Cuando todos se hubieron sentado a tomar el té, la señora se instaló de espaldas a la luz y así pudo tener una visión menos borrosa del recién llegado. Siempre que Eddie hablaba, los ojos de ella se posaban en su frente, en el punto exacto en que le nacían unos tumultuosos mechones. En las inevitables pausas de la charla, Portia creía escuchar las ideas que la señora Heccomb arrastraba y recolocaba como sillas antes de una fiesta. Aunque el té era abundante, a la señora Heccomb se la veía tan distraída que Portia debió encargarse de pasar los platos con las pastas. De pronto, se preguntó quién pagaba todo aquello y si estaba bien que, por culpa de Eddie, la gente de Waikiki debiera incurrir en gastos extras.

También se preguntó si la señora Heccomb estaría preocupada. Como había vivido en hoteles donde las cuentas esperan semanalmente al pie de las escaleras y donde ningún «extra» se pasa por alto, tenía arraigada la idea de que las personas cuestan dinero y de que resulta irremediable incurrir en

gastos. Portia pensaba que, al vivir en Windsor Terrace, al comer todo lo que ella comía, al dormir entre sábanas que había que lavar, al respirar el aire templado del hogar, se había convertido en un gasto para Thomas y Anna. Claro que esos gastos quedaban minimizados por los sentimientos familiares. Ahora, Portia confiaba en que pagarían sus gastos en Waikiki con la suficiente generosidad de incluir también el precio de las pastas que Eddie iba a comer. Pero la incertidumbre hacía que ella moderara hasta su propio consumo de té.

Eddie tuvo la ventaja, durante el té, de no estar habituado al comportamiento de la señora Heccomb. Pensó tan solo que la mujer era sumamente tímida. En consecuencia, decidió ser franco, accesible y sencillo, tres cualidades que él, en su cabeza, creía poseer. No concebía que su aspecto —o eso que podríamos llamar su aura— suscitara en el corazón de la señora Heccomb las primeras sospechas que había tenido en años: sospechas que no tenían nada que ver con Portia, sino con Anna. Eddie era incapaz de saber que había despertado en el cerebro de ella una desconfianza largamente reprimida, una desconfianza relacionada con Anna y Pidgeon... Una desconfianza que su propio casamiento le había hecho olvidar por completo, en su día. La convicción de que ningún hombre con vitalidad podía dejar de tramar algo indebido (convicción proveniente de su último año en Richmond) causaba un tic lamentable en un pliegue de su mejilla izquierda. Los temores de que alguien pudiera ser vulgar eran los peores que debía combatir desde que reinaba en Waikiki. Era correcto, sin duda, que este joven fuera amigo de Portia, dado que Portia había dicho que era amigo de Anna. Ahora bien, ¿qué significaba aquello de que era amigo de Anna?

Al ver el tic de la mejilla, Portia se preguntó a qué podría deberse. En cuanto a Eddie, creía estar causando una excelente impresión. Simpatizaba con la señora Heccomb y ansiaba caerle en gracia. En sus modales no hubo ni una pizca de premeditación. Con total inocencia creyó que la señora Heccomb se sentía fascinada por él. Y se sentía a gusto allí; desde el preciso instante de su llegada, había establecido un buen vínculo con las cosas del lugar: la cortina de seda azul a la izquierda de su cabeza, la cómoda hacia la que apuntaba su silla, la pantalla pintada que había visto y cubierto de elogios. Tan bien parecía adaptarse que Portia se preguntó cómo había podido existir la sala de estar de Waikiki antes de su llegada. En el jardín de invierno, había quedado

inconcluso el puzzle en el cual ella, antes de la llegada de Eddie, había depositado sus ilusiones y sus temores. Después del té, estudió el puzzle como si fuera un objeto de una época pasada. Él estaba de pie, departiendo alegremente, balanceándose junto al fuego. Hasta atrajo la mirada de Doris cuando esta vino a retirar el servicio de té.

—Es delicioso tener un fuego de verdad —dijo—. En mi casa solamente tengo gas.

La señora Heccomb le quitó el mantel a Doris para doblarlo: tenía un borde de croché de ocho pulgadas.

—Supongo que hay calefacción central en la oficina del señor Quayne.

—Claro que sí —dijo Eddie—. Todo allí es muy abundante.

—En efecto, he oído decir que es muy lujosa.

—Por supuesto, Anna tiene un magnífico hogar de leña en su salón. Usted la ve con frecuencia, supongo.

—Sí, voy a Windsor Terrace cada vez que estoy en Londres —repuso la señora Heccomb—. Ellos son extremadamente hospitalarios —añadió, como si indicara que ninguna persona poseía un derecho especial a ser recibido en aquella casa.

La señora encendió la lámpara de su mesa de trabajo, se sentó y empezó a ocuparse de los pinceles. Al ver que el jardín de invierno comenzaba a oscurecerse, Portia dijo:

—Tal vez pueda enseñarle el mar a Eddie.

—Ay, querida, me temo que a esta hora ya no podréis ver mucho el mar.

—De todos modos, podríamos ir a echar un vistazo.

Salieron. Portia se puso su abrigo, pero Eddie solo se anudó la bufanda al cuello. La marea estaba subiendo; el horizonte apenas resultaba visible en el oscuro aire gris. En la delicada curva de la bahía solo reinaba un murmullo, que no era exactamente silencio pues terminaba de manera imperceptible en el mismo lugar en que se hallaba el silencio. No había viento, más bien una fresca sensación en el cuello y en la raíz del pelo. Eddie y Portia permanecieron un rato en la explanada, viendo cómo el cielo y el mar se iban difuminando poco a poco. Eddie tenía un aspecto distante, como alguien que se permite sentirse de nuevo libre y solo. Nunca había mucha conexión entre su afabilidad y su espíritu, que ahora asomaba sombríamente. Tan solo Portia



podía entablar una ardua intimidad con él. Ella era la única persona con quien él no necesitaba fingir que no había cesado de existir cuando, para él, había dejado de existir. El juego tierno o audaz del amor a medias se vuelve exigente con las personas adultas, y Eddie se había cansado de él. Únicamente soportaba con cansada sencillez a Portia. Ella gozaba, por lo tanto, de una especie de privilegio: él le permitía estar, al menos físicamente, a su lado cuando se perdía, cuando su mente se extraviaba. Ninguna presencia era menos invasiva que la de Portia. Eddie la trataba como si fuera un elemento natural (el aire, por ejemplo) o un estado (la oscuridad): una de esas cosas que nos tocan con su familiaridad y con su ligereza cuando no somos capaces de soportar el menor roce humano. Podía ver el mundo a través de ella, sin hacer ningún esfuerzo, sin sentirse vergonzosamente consciente del vacío en sus propios ojos.

Portia, que seguía esperando a Eddie como tantas otras veces, movió lentamente los puños en el interior de sus bolsillos, lamentando que él tuviera que ausentarse justo ahora. Era un momento otoñal, como los que se producen en todas las estaciones. El mar, que se oscurecía dentro de sus entrecomillados de espuma, no representaba contención alguna para la soledad que sentía Portia, aun cuando se notaba bastante resignada. De repente, una luz recorrió el mar, iluminando sus depresiones y sus pulidas olas. El faro había iniciado sus intermitentes tareas, que duraban toda la noche. La luz pasó la punta de su dedo por la cara de Eddie y, un minuto más tarde, unas farolas se encendieron a lo largo de la explanada. Portia pudo a vislumbrar las sombras de unos arbustos estampándose contra las fachadas de las casas en alquiler.

—¡Qué maravilla! —clamó Eddie, como si él también se encendiera—. ¡Esto sí que es la costa del mar! ¿Hay alguna escollera aquí?

—No, pero en Southstone hay una.

—Bajemos a la playa.

Mientras andaban haciendo crujir los guijarros, Eddie dijo:

—Entonces, ¿eres feliz aquí?

—Este lugar se parece más a lo que estoy acostumbrada. En casa de Anna nunca sé lo que va a pasar... Mientras que aquí, aunque no lo sepa, no me importa tanto. En cierto aspecto, en casa de Anna no sucede nada, aunque también podría ser, desde luego, que yo no me entere de si ocurre algo o no.

Aquí soy capaz de ver lo que siente cada uno.

—No sé si me gustaría algo así —dijo Eddie—. Yo suelo sospechar lo que siente la gente, y eso me pone bastante triste. No sé si la verdad es mejor o peor. Me refiero a la verdad acerca de los otros. Ya sé de sobra lo que siento yo.

—Yo también.

—¿Tú sabes lo que siento?

—Claro, Eddie.

—Haces que me sienta un poco culpable.

—¿Por qué?

—Porque, en fin, tú no tienes la menor idea de cómo me comporto algunas veces. Ni yo mismo sé muy bien lo que siento, hasta que actúo. Mi vida depende por completo de lo que sucede.

—Es decir, ¿ignoras cómo debes sentirte?

—No tengo la menor idea, cariño. Es algo totalmente imprevisible. Y eso es lo peor de todo. Deberías tener miedo de alguien como yo.

—Tú eres la única persona que no me da miedo.

—Espera un minuto... ¡Maldición! Tengo una piedra en el zapato.

—Yo también.

—¿Por qué no lo has dicho antes, niña tonta? ¿Para qué andas sufriendo?

Se sentaron en un médano y cada cual se quitó un zapato. La luz del faro iluminó el rincón donde estaban sentados.

—Vaya —dijo Portia—, tienes el calcetín agujereado.

—Sí. Este faro es como el ojo de Dios.

—¿En serio piensas que debería temerte?

—Haces preguntas muy embarazosas y das a entender que exagero. El hecho de que yo sea quien soy no es, supongo, más que una falacia romántica. Tal vez sea vulgar sentir que soy alguien, pero al menos tengo la certeza de no ser otro. Por supuesto, todos tenemos ciertas cosas en común, pero buena parte de lo que tenemos en común es espantoso. Dado que odio muchas cosas que veo en mí, ¿cómo quieres que tolere a los demás? ¿Reanudamos el paseo, cariño? Me gusta mucho estar aquí sentado, pero estas piedras me están pinchando el trasero.

—Sí, a mí también me pinchan, ahora que lo dices.

—No soporto que seas una chiquilla tan amable. Me gusta estar aquí contigo, pero no me siento del todo feliz.

—¿No has tenido una buena semana en Londres?

—Bueno... Thomas me da cinco libras a la semana.

—¡Qué espanto!

—Ese parece ser el precio de la inteligencia... Ay, por poco se me mete otra piedra en el zapato. Será mejor que volvamos a la explanada. ¿Quiénes viven en esas casas?

—Son casas en alquiler. Hay tres en oferta.

Subieron hasta la explanada y emprendieron el camino de vuelta a Waikiki.

—En todo caso —dijo Portia—, ¿no crees que la señora Heccomb es muy simpática?

En un raptó de excelente humor, Eddie se precipitó sobre Daphne y Dickie, que estaban de pie cerca de la chimenea, con la radio encendida. Lo miraron con recelo. Eddie le dio un viril apretón de manos a Dickie e intercambió una mirada algo atrevida con Daphne. La señora Heccomb bajó entonces las escaleras, y Daphne adoptó su costumbre de dirigirse exclusivamente a ella cuando deseaba decir algo importante. Por encima de la radio, que sonaba a todo volumen, la señora Heccomb y Daphne no podían ponerse de acuerdo sobre la hora de la cena, puesto que unos miembros del grupo deseaban ir al cine.

—¡Clara se encontrará allí con nosotros! —exclamó Daphne.

Dickie no reaccionó.

—¡Estoy diciendo que Clara vendrá con nosotros!

Con frialdad, Dickie levantó la mirada del *Evening Standard* y repuso:

—No te había oído la vez anterior.

—Vamos, no seas tonto. Será Clara probablemente quien pague.

Dickie gruñó y se agachó para rascarse el tobillo, como si le picara con auténtica urgencia. Por un momento, los ojos de Daphne, llenos de consideración, parecieron fijarse en la cara de Portia. Después le dijo:

—¿Tú y tu amigo venís con nosotros?

Daphne clavó una mirada displicente en el espejo que quedaba justo detrás

de Eddie.

—¿Vamos, Eddie? —le preguntó Portia, poniéndose de rodillas en el sofá.

En el acto, él le lanzó una vertiginosa y profunda mirada. Una sonrisa maliciosa iluminó sus facciones mientras seguía ignorando a Daphne.

—Si nos invitan de verdad —repuso por encima de la música—, será maravilloso.

—¿Quieres que vayamos, Daphne?

—A mí me da lo mismo. Como queráis.

Así pues, se pusieron en marcha después de comer. Pasaron por la casa de Wallace para recogerlo y continuaron, en fila de cinco, por el sendero de asfalto que llevaba a la ciudad. Reinaba la oscuridad bajo los árboles, y las luces parpadeaban en la distancia. Una ráfaga de viento se levantó por el canal haciendo bastante ruido, mientras llegaban al puente; detrás de un seto repleto de plantas, el cine Grotto hacía brillar sus luces doradas, rojas y azules. En el vestíbulo, envuelta en un abrigo de visón, Clara esperaba al lado de una palmera mostrando su expresión más abnegada. Hubo una educada disputa ante la ventanilla cuando Dickie, Wallace y, con menos insistencia, Eddie quisieron pagar. Por fin Clara se adelantó y pagó por todos, que era lo que todos esperaban que hiciera. Entraron en la oscura sala y se sentaron en el orden siguiente: Clara, Dickie, Portia, Eddie, Daphne y Wallace. En la pantalla había una película cómica.

Durante casi toda la función, Dickie se mostró más atento con Portia que con Clara; apoyó un brazo en el respaldo de la butaca de Portia, pero no puso el otro brazo tras la espalda de Clara. Respiraba como jadeando. Durante un breve intervalo en medio de la película cómica, Clara dijo que esperaba que Dickie hubiera jugado un buen partido de *hockey*. Cuando a la pobre Clara se le cayó su bolso de perlas al suelo, con dinero y todo, tuvo que recogerlo ella misma. Portia tenía los ojos fijos en la pantalla y, una o dos veces en que Eddie modificó su postura, sintió la rodilla de él contra la suya. Esto hizo que lo mirase y, como respuesta, notó un brillo divertido en sus ojos. Eddie estaba sentado con los hombros hacia atrás, en una suerte de íntima complicidad consigo mismo. Más allá de Eddie, el perfil de Daphne se recortaba nítidamente y, al lado de Daphne, un comatoso Wallace bostezaba.

Tras las noticias, dio inicio el drama. Esto puso a todos muy nerviosos,

incluso a los muchachos, aunque algo lograba apartar la atención de Portia de lo que estaba ocurriendo en la pantalla: cierta cautela en las rodillas de Eddie. Contuvo el aliento, pero no pudo oír la respiración de Eddie. ¿Por qué no respiraba? ¿Cuál podía ser la causa? Sentía una presencia extra, una tensión en la fila que ocupaban ellos seis. Deseando saber qué pasaba, se volvió para mirar de lleno a Eddie, quien respondió de inmediato con una sonrisa franca, resplandeciente. Parecía haberle copiado esa sonrisa a otra persona. A su lado, una de las manos de él colgaba floja, con un cigarrillo entre el dedo índice y el corazón. Irguiéndose en la butaca, implorante, ella observó la pantalla y se prometió no pensar más ni volver a desviar la mirada.

La pantalla se había poblado de criaturas amenazantes que conformaban una especie de tormenta. Oyó que Clara profería un grito ahogado. Indiferente a lo que ocurría, Dickie sacó su pitillera y, prestándole a la pantalla una atención casi nula, cogió un cigarrillo, lo apretó entre sus labios y reacomodó la mandíbula. Después, se puso a dar unas suaves patadas y, ya encendido el cigarrillo, contempló la hilera de amigos para saber si alguien necesitaba fuego.

La brusca llama del encendedor de Dickie iluminó una especie de túnel que se abría debajo de sus piernas. El resplandor captó el cierre cromado del bolso de Daphne, el reloj pulsera de Wallace en la última butaca, recorrió la apretada seda color carne de la pantorrilla de Daphne e hizo brillar algún que otro papel metálico tirado en el suelo. Los que querían fumar estaban fumando: nadie necesitaba fuego. Pero Dickie, siempre con la llama en la mano, mantuvo el mechero encendido; parecía esperar algo. La pausa fue tan pronunciada que Portia, como si Dickie la hubiera forzado a girarse, miró hacia donde él miraba. Con maliciosa precisión, la luz enmarcaba un puño, un brazalete de acero y la brillante uña de un dedo pulgar. Sin ocultar del todo sus brazos en el hueco que había entre las butacas, Eddie y Daphne estaban cogidos de la mano. El pulgar de ella amasaba sin cesar la muñeca de él.

## 6

Aquella casa vacía estaba colmada de rumores marinos, como si en sus chimeneas y en sus armarios entreabiertos habitasen años de ecos de olas y mareas. Las escaleras crujieron cuando Portia y Eddie subieron; la balaustrada algo floja temblequeaba en sus manos. Dobladas e infladas por la humedad del mar, las puertas cerraban a duras penas. Jirones de empapelado temblaban en las paredes cada vez que había una ráfaga de viento. Los techos de la habitación de enfrente brillaban con reflejos marinos; las ventanas traseras daban al norte, a un paisaje de campos de sal. El socio minoritario del señor Bunstable, el señor Sheldon, había olvidado las llaves de esta casa en Waikiki, una noche en que había ido a jugar a las cartas. El llavero llevaba escrita la dirección: Winslow Terrace 5. Dickie había encontrado el llavero, Eddie había recibido las llaves de Dickie y ahora Eddie y Portia estaban usándolas. No hay nada como explorar una casa vacía.

Era la mañana del domingo, un poco antes de las once: las campanadas de la iglesia de la colina atravesaban los cristales de las ventanas cerradas de los cuartos. Pero la señora Heccomb había ido sola a la iglesia. Dickie tenía que entrevistarse con un sujeto por cierto asunto, y Daphne se había quedado leyendo el *Sunday Pictorial* tumbada en una *chaise longue* del jardín de invierno. Se había peinado de otro modo, con el pelo sobre la frente, y ni siquiera pestañeó cuando Eddie, agarrando a Portia del codo, salió de Waikiki rumbo a la explanada.

En la primera planta, los dos dormitorios del frente parecían celdas de convento con sus postigos exteriores sujetos por unos ganchos. Las paredes eran de color azul mohoso, como un cielo muerto, y, al ver las grietas en el

techo, uno pensaba en el despertar de los veraneantes. Un rancio olor a carbón emanaba de una parrilla. Waikiki parecía quedar a muchas millas de distancia. Estas habitaciones eran como un punto muerto: un vacío, un aire de disolución subía con uno por las escaleras y parecía bloquear el descenso. Portia tuvo la impresión de haber trepado a la copa de un árbol, perseguida por algo. De repente, recordó la primera vez que vio la amenazante altura de aquella casa, la tarde en que iba en taxi con la señora Heccomb. Ahora, tras girar la llave y forzar la puerta trabada, había oído un rumor de papeles en el salón. Pero no era únicamente en esa casa donde temía quedarse a solas con Eddie.

Eddie encendió un cigarrillo y se acodó sobre la repisa de la chimenea. Parecía medir a ojo aquel salón mientras jugaba con las llaves, que colgaban de un cordón envuelto en torno a su dedo. Portia se acercó a la ventana.

—Todas las ventanas son dobles —dijo tras haberse asomado.

—¡De bien poco van a servir si la casa se derrumba!

—¿Crees que algo así podría ocurrir? Ay, las campanas han dejado de sonar.

—Sí. Tendrías que haber ido a la iglesia.

—Fui el domingo pasado. Y, en realidad, no me importa la iglesia.

—Si es así, ¿por qué fuiste el domingo pasado, tramposa?

Portia no respondió.

—Cariño mío, te noto rara esta mañana. ¿Por qué estás tan rara conmigo?

—¿Lo estoy?

—Sabes bien que lo estás. No seas tonta, ¿qué sucede?

Siempre dándole la espalda, Portia tiró calladamente del cierre de la ventana. Pero Eddie silbó dos veces, hasta lograr que lo mirase. Se había enroscado con tal fuerza el cordón de las llaves que la carne del dedo, con una pátina de nicotina, formaba un pequeño bulto. Tras el resplandor de sus ojos yacía una expresión tensa y cautelosa, como si se avecinara el fin del mundo. Llevándose instintivamente una mano a la cara, ella miró los dientes de Eddie.

—¿Y bien? —preguntó él.

—¿Por qué le cogías la mano a Daphne?

—¿De qué hablas? ¿Cuándo?

—En el cine.

—Ah, eso. Lo hice porque debo ser atrevido con la gente.

—¿Por qué?

—Porque no acabo de entenderme con ella y eso me enfurece. En efecto, advertí que me mirabas de forma extraña.

—¿Te refieres a cuando me sonreíste? ¿Le estabas cogiendo la mano en ese instante?

Eddie caviló antes de decir:

—Sí, supongo que ya estaba haciéndolo. ¿Te ha molestado? Me pareció que te ibas a dormir algo temprano. Pero pensé que sabías que yo siempre soy así. Que me gusta tocar, ¿entiendes?

—Sí, pero nunca te había visto hacerlo.

—No, supongo que no lo habías visto antes.

Mirando al suelo, Eddie desenvolvió el cordón que apretaba su dedo.

—No, no me has visto —dijo más afablemente.

—¿A eso te referías cuando afirmaste en la playa que nunca sabes la forma en que tienes que actuar?

—Frase que has ido corriendo a apuntar en tu diario, supongo. Creía haberte dicho que no escribas nada acerca de mí.

—No, Eddie, no he apuntado nada en mi diario. Lo recuerdo porque me lo dijiste ayer, después del té.

—En cualquier caso, no es manera de comportarse... Y tampoco es tan importante ni ha sido algo nuevo.

—Lo ha sido para mí.

—Eso es algo que yo no puedo evitar —dijo él, sonriendo razonablemente—. No puedo evitar que seas como eres.

—Comprendí que ocurría algo antes de que Dickie usara el encendedor. Me di cuenta por la forma en que sonreíste.

—Para ser una chiquilla, eres bastante neurótica.

—No soy una chiquilla. Cierta vez hablaste, incluso, de casarte conmigo.

—Solamente porque eres una chiquilla.

—¿De modo que no iba en serio?

—No. Pensaba que tú eras la única persona que no adoptaba los retorcidos puntos de vista de todo el mundo. Pero ahora actúas como una chica común y corriente: vigilando y juzgando sin cesar. Tratando de armar un cuadro que no existe. Me conviertes en un...



—Vale, vale... ¿Por qué le cogiste la mano a Daphne?

—Pura camaradería.

—Sí, pero... A mí me conoces más...

Eddie pareció interrumpir o deponer su actitud cortante. Atravesó el cuarto hasta el armario donde había clavado su mirada y lo cerró con cuidado. Después, miró alrededor, como si hubiese estado allí antes y ahora regresara en busca de sus últimas pertenencias. Recogió la cerilla apagada y la arrojó a la chimenea. Por fin propuso, vagamente:

—Será mejor que bajemos.

—Pero, Eddie, ¿no has oído lo que te he dicho?

—Por supuesto que te he oído. Siempre eres tan dulce, cariño.

Bajaron a la planta inferior, más cerca del tenue rumor del mar. Eddie entró en el salón a fin de echar otra ojeada. Cierta espacio de suelo donde había habido una alfombra mostraba una mancha de barniz rojizo; en la parte alta del marco de la ventana saliente, había un gancho del cual podría haber colgado una jaula con un pájaro.

A través de la ventana, la luz marina iluminó el rostro de Eddie en el momento exacto en que se giraba de prisa y decía amablemente:

—No puedo decirte lo apenado que estoy. Solo quise divertirme un poco. Honestamente, no pensé que pudieras enfadarte, cariño... O, mejor dicho, pensé que, en caso de notarlo, te lo pensarías dos veces. Tú y yo nos conocemos: sabes lo tonto que soy. Pero, si con ello te he alterado los nervios, es que he hecho algo terrible. Te ruego que no te ofendas: si te ofendes, desearé estar muerto. Esta es otra de mis cien maneras de crear problemas. Sé que no debería decirlo, pues ya te he dicho que lo lamento, pero lo cierto, cariño, es que se trata de un hecho insignificante. ¿Por qué no le preguntas a Daphne? Es tan solo una estrategia que usa casi todo el mundo para ponerse en contacto.

—No. No voy a preguntarle nada a Daphne.

—Pues entonces acepta lo que te digo.

—Ellos creían que tú eras mi amigo, Eddie. Yo estaba muy orgullosa de que lo pensarán...

—Pero, cariño, si yo no quisiera verte, ¿habría hecho este viaje y habría anulado todos mis compromisos? Sabes que te amo: no seas tonta. No deseaba

más que estar contigo a orillas del mar. Aquí estamos los dos y es un momento feliz. ¿Por qué echarlo a perder por algo que no significa nada?

—Sí que significa algo... Significa algo.

—Tú eres la única persona con quien yo hablo en serio. Nunca soy serio con el resto de la gente: por eso hago lo que, al parecer, los demás quieren que haga... Pero tú sabes que soy serio contigo, ¿verdad, Portia? —preguntó Eddie acercándose a ella y mirándola a los ojos.

En sus propios ojos, los postigos se abrieron y dejaron ver por medio segundo, en el fondo de la oscuridad, al Eddie que estaba allí. Nunca hasta ese momento, nunca hasta ese medio segundo, Portia había sido la primera en apartar la mirada. Luego contempló las marcas fantasmales de algún mueble en el empapelado: las huellas descoloridas en el sitio donde había estado antes.

—Pero has dicho allí arriba —le dijo apuntando al techo— que nunca hablas en serio porque soy una chiquilla.

—Cuando hablo sin pensar, desde luego no soy serio.

—No debiste hablar de matrimonio sin pensar.

—Querida: creo que estás loca. ¿Por qué razón quieres casarte?

—¿Hablabas sin pensar en la playa, cuando dijiste que debería tenerte miedo?

—Qué buena memoria tienes.

—Fue anoche.

—Puede que anoche sintiera eso.

—¿No te acuerdas?

—Oye, cariño, no debes exasperarme. ¿Cómo quieres que siga sintiendo algo que he sentido una vez cuando hay tantas cosas que uno puede sentir? La gente que afirma que sigue sintiendo lo mismo que antes no hace más que fingir. Tal vez yo sea un canalla, pero no soy un impostor: son dos cosas completamente distintas.

—De acuerdo, pero no entiendo cómo me dices que eres serio cuando no puedes sentir nada de forma estable.

—Pues, entonces, no lo soy —dijo Eddie mientras apagaba el cigarrillo con un pie. A continuación soltó una risa crispada—. Tendrás que acostumbrarte a mí. Pensé, de hecho, que ya te habías acostumbrado. Será mejor que no me consideres serio si cualquier insignificancia te va a perturbar

de este modo. Lo que recuerdo haberte dicho anoche es que ignoras la mitad de las cosas que yo hago. Suelo hacer cosas que detestarías. Sí, ahora me doy cuenta de que me he equivocado: pensaba que podía contarte cualquier cosa, que incluso podía permitir que descubrieses cualquier cosa que yo hubiera hecho por que no se te movería un pelo. Como deseaba que existiera una persona así, he incurrido en el error de formarme una imagen absurda de ti. Una imagen irreal... Ahora lo veo claro. Lo que sucede, mi adorada Portia, es que tú y yo hemos caído en un estado enfermizo, por no decir sensiblero. Y eso, para mí, es muchísimo peor que un leve manoseo con Daphne. Pero aquí estamos. Me haces trepar y ladras al pie del árbol, como todo el mundo. Venga, bajemos de una vez. Ya hemos visitado de sobra esta casa. Cerremos y devolvámosle las llaves a Dickie.

Eddie avanzaba hacia la puerta a paso firme.

—Espera, Eddie. ¡Espera! ¿Estás diciendo que lo he echado todo a perder? Prefiero morir a decepcionarte. Por favor... Eres la razón de mi vida. ¡Lo juro, lo prometo! Prometo no interponerme en nada. Lo que ocurre es que aún no estoy acostumbrada a estas cosas. Me siento una estúpida cuando no las entiendo.

—Nunca las entenderás. Puedo verlo.

—Pero estoy dispuesta a entenderlas. No quiero ser una estúpida sin darme cuenta. Por favor...

Portia le agarró el brazo que tenía más cerca. Lo hizo de forma salvaje, con las dos manos, sin distinguir entre la manga y la carne. Y, más que de forma salvaje, con la urgencia del dolor, sus ojos recorrieron la cara de Eddie.

—Por favor, cállate —dijo él—. Haces que me sienta una bestia humana.

Tras liberar su brazo, él aferró las manos de ella entre las suyas, con fastidio, pero con bondad, como si fueran dos gatos en celo.

—¡Vaya escándalo has armado! —le dijo—. ¿No puedes dejar que una persona pierda la ilusión sin tirar la casa abajo con tus gritos? ¡Chiquilla tonta!

—¡Yo no quiero que pierdas la ilusión!

—Pues, entonces, no la he perdido.

—Prométemelo, Eddie. ¿Me lo juras? No es porque se trate de mí, pero has dicho que tenías tan pocas... ilusiones. ¿Lo prometes? ¿O lo dices para

calmarme?

—No, no... Es decir, te lo prometo. Sí. He dicho una tontería. Eso es lo malo de hablar. ¿Nos marchamos de una vez? No me vendría mal un trago, pero dudo que en esta casa haya algo para beber.

Los ecos de sus voces los siguieron hasta abajo: nuevamente crujieron los peldaños y temblaron las barandillas. En el vestíbulo, una especie de rayo de luz entraba por el buzón. Pisaron una montaña de propaganda impresa y de catálogos enmohecidos. La última visión del salón, con sus paredes color chocolate que apenas recibían la luz de la habitación de enfrente, supuso un espectáculo desmañado y servil. Aquella casa, que había sido escenario de felices vacaciones, ¿volvería a estar habitada en el futuro? Mientras tanto, ofrecía su fachada al sol y reflejaba el mar.

Se toparon con Dickie a la entrada de Waikiki, y Eddie le devolvió las llaves.

—Muchas gracias —dijo Eddie—, es una casa preciosa. Portia y yo la hemos examinado minuciosamente. Hasta hemos pensado en poner allí una pensión.

—¿En serio? —preguntó Dickie con visible suspicacia. Después, escoltó a los dos invitados por la senda del huerto y cerró la puerta detrás de ellos. Daphne seguía tumbada en el jardín de invierno, con el diario del domingo abierto sobre las rodillas.

—Aquí estamos, otra vez juntos —dijo Eddie, pero Daphne no reaccionó. Se agruparon en torno a su *chaise longue* y Eddie, con un gesto autoritario, apartó el *Sunday Pictorial* de sus piernas y se puso a leerlo. Leía con atención forzada, emitiendo un silbido ante cada noticia. Cuando dieron las doce, empezó a mirar con ansiedad en dirección a la sala de estar, pues no veía allí indicios de jerez, ginebra ni zumo de lima. Después, propuso que salieran a tomar un trago.

—¿Adónde? —preguntó Daphne—. No estamos en Londres.

—Y Portia no bebe —le dijo Dickie.

—Pero puede acompañarnos.

—No podemos entrar en un bar con una niña.

—No veo por qué no, es un lugar de vacaciones.

—Eso será para ti, pero no para nosotros.

—Claro, claro... Oye, Dickie, ¿y si me acompañas tú?

—No estaría mal, pero yo...

Daphne bostezó y les dijo:

—Id de una vez, pero no tardéis.

Eddie y Dickie se marcharon.

—Tu amigo está siempre sediento —comentó Daphne mientras los seguía con la mirada—. Anoche quiso que fuéramos a beber algo después del cine. Por supuesto, tuve que explicarle que todo estaba cerrado. ¿Cómo crees que se llevan?

—¿Quiénes? —dijo Portia, que había vuelto a su puzzle.

—Dickie y él.

—No sé... No he pensado en eso.

—Dickie cree que habla demasiado, aunque Dickie piensa eso de todo el mundo. Este joven... ¿cómo se llama...? Ah, sí, Eddie, ¿es muy popular?

—¿Popular con quién?

—¿Tiene éxito con las chicas?

—No conozco a muchas chicas.

—Pero tu cuñada simpatiza con él, ¿no nos contaste eso? Desde luego, ella no es una chica. Ahora que lo pienso bien, no deja de ser curioso... Eddie es muy descarado. Me pregunto si siempre actúa así.

—¿Cómo?

—Así, como actúa aquí.

Portia se colocó al revés para ver el puzzle patas arriba. Empujando una pieza con el dedo, murmuró vagamente:

—Supongo que él siempre actúa igual.

—Parece que no sabes mucho de él. Creía haberte oído decir que erais excelentes amigos.

Portia repuso algo incomprensible.

—Déjame decirte algo: no confíes mucho en ese hombre. No sé si debo entrometerme, pero tú eres una chiquilla y me parece que esto es un abuso. No debes perder la cabeza por él. No intento decir que sea malo, pero es la clase de joven que no busca otra cosa que divertirse. No quiero ser mezquina, pero lo cierto es que... Voy a darte un consejo. Por supuesto, él se siente

enormemente halagado por el hecho de que tú te intereses por él: cualquiera lo estaría, pues eres muy atractiva. A todos los chicos les gusta que las chicas anden tras ellos: mira a Dickie y a Clara. Yo no vería nada malo si te interesaras por un muchacho idealista, como Cecil, pero Eddie es cualquier cosa menos idealista. Dudo que pretenda aprovecharse de ti: se da cuenta de que eres una niña. Pero, si pierdes la cabeza por él, el golpe será terrible. Aprende de mí. Debes darte cuenta de que juega contigo. Nada más, pese a que ha venido aquí a verte. Es la clase de joven que no puede evitar ponerse a jugar con la gente. Jugaría a ser un gatito si tuviéramos aquí un gatito. Pero tú no te das cuenta de nada.

—¿Estás hablando de cuando te cogió la mano en el cine? Según él, lo hizo por camaradería...

Esta vez, la reacción de Daphne no fue muy rápida: tardó unos dos minutos en erguirse en su *chaise longue*. Acto seguido, se le espesaron los ojos y se le endurecieron las facciones. Durante la pausa se fue diluyendo, lentamente, el atroz comentario de Portia. Durante la pausa, toda la cultura de Waikiki se tambaleó sobre sus cimientos. Cuando Daphne volvió a hablar, en su voz se apreciaba una nota de aspereza, como si se hubiera rajado la caja de resonancia moral.

—Escúchame bien —dijo—, te he dado un consejo porque en cierto modo te tengo lástima. Pero eso no te da derecho a ser vulgar. Debo decir que me asombré bastante cuando dijiste que tenías novio. Pensé que sería un chico tonto. Sin embargo, como tenías tanto interés en traerlo, acepté tu propuesta y, como sabes, convencí a mamá. No me gusta alabarme a mí misma, nunca lo hago, pero, si puedo jactarme de algo, es de no ser traicionera: nunca le he robado el novio a una amiga. Ahora bien, en cuanto ese joven entró aquí, me di cuenta de que cualquiera podía atraparlo. Lo lleva escrito en la cara. No puede pasarte el salero sin hacerte ojitos. Así y todo, debo decir que me pareció un poco extraño cuando...

—¿Cuando te cogió la mano? A mí también me lo pareció. Pero pensé que tal vez a ti no te lo parecería.

—Portia, debo decirte una cosa. Si no puedes hablar como una dama, será mejor que te marches a otra parte con ese puzzle. ¡Obstaculizas el paso de todo el mundo! No imaginaba que pudieras ser tan vulgar... Y supongo que

mamá tampoco; de lo contrario, no te habría invitado aquí para complacer a tu cuñada, por más conveniente que sea para ella. Todo esto muestra cómo te han educado. Estoy realmente pasmada. A ver, recoge ese maldito puzzle, llévatelo a tu habitación y termina de montarlo allí si es que tanto te interesa. Me altera los nervios verte escoger y colocar esas piececitas. Este jardín de invierno es nuestro, si permites que te lo diga.

—Me lo llevaré, si quieres. Pero no estoy montándolo ahora.

—Pues entonces deja de tocarlo. Pones nervioso a todo el mundo.

La voz de Daphne iba alzándose al mismo tiempo que cierto rubor en su cara. Finalmente, se aclaró la garganta y se hizo entre ellas un nuevo silencio, como la notoria tensión que precede al borboteo de una tetera a punto de hervir.

—Lo que te ocurre —siguió diciendo mientras reponía fuerzas— es que aquí te han hecho perder la cabeza. Todos están pendientes de ti. Cecil está dolido porque eres huérfana. Dickie te usa para darle celos a Clara. He permitido que entraras en nuestro grupo porque pensé que podía ser una experiencia útil para ti, tan apocada y tímida. Acepté la versión de mi pobre madre, quien te cree una buena chica. Pero ya veo que eso era pura fachada. Por supuesto, no tengo ni idea de cómo se comportan tu cuñada y sus amigos, pero me temo que nosotros aquí somos más exigentes.

—Sin embargo, si todo te parecía tan raro, ¿por qué acariciabas la muñeca de Eddie con el pulgar?

—Si hay dos cosas que no soporto —contestó Daphne, cada vez más tensa—, es a la gente que espía y a la que hace comentarios sucios. Tal vez sea absurdo por mi parte, pero eso es algo que jamás he tolerado y que no puedo tolerar. Por enfadada que estuviera contigo, nunca me rebajaría a algo así. No es culpa mía que tengas una mente infantil... La mente de una chiquilla perversa, permíteme decir. Si no sabes comportarte...

—No entiendo por qué debería comportarme... Eddie me ha dicho esta mañana que la gente debe ser audaz cuando no puede entenderse.

—¿Eso ha dicho? Habéis tenido una larga charla...

—Bueno, le hice una pregunta.

—La verdad es que solo eres una gata celosa.

—Ya no lo soy, Daphne. Te lo aseguro.

—Pero has pensado que no vendría mal un poquito de juego... Te he visto refregarte contra él.

—Era el único lado en que tenía un poco de espacio. Dickie ocupaba el otro brazo de mi butaca.

—¡Deja a mi hermano fuera de esto! —aulló Daphne—. Dios mío, ¿quién te crees que eres?

Con las manos cruzadas en la espalda, Portia murmuró algo confuso.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—He dicho que no lo sé... Sin embargo, no entiendo, Daphne, por qué estás tan escandalizada con Eddie. Si lo que tú y él estabais haciendo no era placentero, ¿por qué razón tendría que estar celosa yo? Y si la cosa no te gustaba, ¿por qué no te negaste?

Daphne perdió la calma.

—¡Estás loca! —exclamó—. Será mejor que subas a descansar a tu habitación. No comprendes nada de nada. Cualquiera podría tomarte, si me disculpas, por una débil mental. No tienes la menor idea de nada...

—No tengo la menor idea —repitió Portia, algo perpleja—. Y las personas de mi familia (las que aún están vivas) no tienen ni idea de por qué he nacido. Quiero decir, de por qué mi padre y mi madre...

Daphne aprovechó la ocasión para decir:

—Más vale que te calles.

—De acuerdo. ¿Quieres que me vaya? Lo siento mucho, Daphne —dijo Portia desde el otro lado de su puzzle; sus ojos fueron de la punta de las pantuflas de Daphne al borde de la bata de lana pasando por las carnosas y firmes pantorrillas tendidas en la *chaise longue*—. Lamento haberte incomodado porque siempre has sido muy amable conmigo. No deseaba hablar de lo de Eddie contigo, pero pensé que tú estabas hablando de eso. Además, Eddie me ha dicho que si no lograba entender que la gente tiene impulsos de camaradería, era mejor que lo hablara contigo.

—¡Qué insolencia! Creo que tu amigo y tú estáis chiflados. Los dos.

—Por favor, no le digas que piensas eso. Él está aquí tan feliz...

—No lo dudo... Vamos, más vale que subas de una vez. Ya viene Doris a poner la mesa.

—¿Prefieres que me quede un rato en mi habitación?



—No, niña tonta, ¿es que no vas a comer? Trata, eso sí, de no poner cara de haberte tragado un ratón.

Portia describió la cortina de seda y salió. De pie ante la ventana de su dormitorio, se puso a peinarse de forma mecánica. Sentía un temblor en las rodillas. El olor del guiso dominical que estaba cocinando Doris se colaba por debajo de la puerta. Vio que la señora Heccomb, con su paraguas y su libro de oraciones, iba muy contenta, por la explanada, en compañía de una amiga. Pareció que se levantaba una brisa porque sus cabellos grises se movieron y, al mismo tiempo, los dobladillos de las cortinas rozaron el marco de la ventana. Las dos damas se detuvieron junto al portón de entrada y empezaron a hablar animadamente. Después, la amiga reanudó su marcha. La señora Heccomb agitó su libro de oraciones forrado en cuero rojo, miró hacia la ventana y avanzó por la senda con paso alegre y triunfal, como si trajera consigo una nueva provisión de gracia. Mientras Portia permanecía en la ventana, no hubo señales de Eddie ni de Dickie. Al rato, sin embargo, pudo oír sus voces en la explanada.

Las campanas de la iglesia aún no habían dado la hora de la comida, así que Portia se sentó junto a su cómoda y estudió con atención el retrato de Anna. Era incapaz de decir qué buscaba exactamente en el retrato. ¿Una confirmación de que toda la gente sufre o de que todos los que sufren tienen una edad similar?

Aquella Anna infantil y sufriente —tanto que parecía una inválida entre sus cascadas de pelo—, aquella alma urgente, extraviada en un mal retrato, solamente adquiriría vida con la luz eléctrica. Incluso de día, el parecido —si había parecido— perturbaba a uno más de lo debido. Pero ¿había un parecido allí o no lo había? ¿Era la cara descubierta? Un retrato, por débil que sea, plasma algo pasivo que yace tras el aspecto consciente y vivaz. Ningún dibujo de algo vivo fracasa del todo, ya que establece algo más: admite lo no admitido. Además de la pintura, lo que la señora Heccomb había puesto en aquella obra, fruto de su amor, eran sus sentimientos. Ella era, dicho en términos amables, una artista negativa. Pero estos artistas parecen dotados de una suerte de nuboso sentido de la orientación. Todo rostro o todo paisaje que se plasman en un cuadro, por malo que el cuadro sea, quedan sutil y fuertemente alterados en la así llamada vida real y, cuanto peor es el cuadro,

mayor es la alteración. Los experimentos pictóricos de la señora Heccomb habían modificado a Anna para siempre. A la luz del día, la obra era un mero mapa humano hecho a partir de simples trazos de tiza. Sin embargo, alumbrados por la luz eléctrica, aquellos triángulos sin sombra —el cabello, la cara, el gato, los ojos atentos— adquirían una inaudita autoridad. Y, así como este rostro había influido en los primeros sueños de Portia en Waikiki, seguía influyendo ahora en su mente despierta. Veía en el gato, apretado contra el pecho, una mueca de extraño pesar.

El consuelo que no halló en el cuadro lo halló en el marco de roble y en la repisa que había debajo de este. Después de un íntimo trastorno, es importante fijarse en cosas imperturbables. Su imperturbabilidad renueva nuestra confianza, pues transmite la noción de que nada ha sucedido. Los retratos no colgarían perpendiculares en los centros de las chimeneas, el empapelado de las paredes no estaría pegado con tal precisión, para que sus juntas no interrumpieran el diseño, si se pudiera realmente confiar en la vida. Estas cosas son lo que queremos dar a entender cuando hablamos de civilización: nos recuerdan cuán raro es que lo incorrecto o lo imprevisible asomen la cabeza. En tal sentido, la destrucción de edificios o de muebles es más palpablemente atroz para el espíritu que la destrucción de la vida humana. La conversación con Daphne había sido abrumadora, pero —bien mirado— no tan fatal como un terremoto o un bombardeo aéreo. Si la estufa de gas hubiera explotado en el momento en que Portia la encendía, destruyendo la habitación, habría sido mucho peor que verse acusada de ser una espía y una niña vulgar. Lo dicho por Daphne era espantoso, sin duda, pero había causado menos daño que un bombardeo. Solo los desastres externos son irreparables. Ahora, iban a anunciar la comida en cualquier momento y ella se lavaría las manos con jabón Vinolia.

Antes de que sonase el último toque de las campanas de la iglesia, la señora Heccomb había destapado la fuente y cortaba el cordero. No sabía que los muchachos habían ido a un bar: pensaba que habían salido a dar un simple paseo. En cuanto Portia ocupó su lugar entre Daphne y Dickie, le pidió que pasara el brócoli. En las comidas dominicales de Waikiki, la cortina siempre se abría con ímpetu: comían como si aquello fuera un maratón gastronómico. Eddie, al parecer, se concentraba en Dickie; era obvio que las bebidas habían

surtido efecto. También, de vez en cuando, le echaba a Daphne una mirada jovial. Y, al pasar su plato para que le sirvieran cordero por segunda vez, le dijo a Portia:

—Tienes un aspecto muy limpio.

—Portia siempre tiene un aspecto limpio —intervino orgullosamente la señora Heccomb.

—Hoy parece más limpia. Pero no es una dama: se lava la cara con jabón.

Dickie dijo:

—El jabón hace bien a la cara de una niña.

—Las damas no piensan así. Se limpian con mejunjes que vienen en frascos.

—Sin duda. La pregunta es si realmente se limpian.

—Por favor, ¿tienes una dilatación en los poros del cerebro? Esa es una de las preocupaciones que he dejado en la oficina. Es uno de nuestros mayores triunfos; incluso he escrito algo al respecto. Empezaba: «¿Por qué tantos ingleses besan con los ojos cerrados?». Pero alguien hizo que eliminara esa frase.

—No me sorprende.

—Sin embargo, me han contado que es así. Por supuesto, lo conozco de oídas: no tengo manera de verificarlo.

Toda la mesa dio señales de que Eddie había ido, una vez más, algo lejos. Portia lamentó que no fuese más prudente. Por fortuna, cuando llegó la tarta de ciruelas, la charla iba por carriles menos preocupantes. Hablaron del apetito nocturno, del mal lavado de la ropa blanca, de la obesidad, de la falta de confianza en uno mismo y del pelo opaco. Eddie tuvo el buen tino de no sacar a relucir sus dos tópicos más usuales: el mal aliento y los bustos flácidos. Doris tuvo dificultades para extraer de un envase de cartón los nueve peniques de una especie de nata que estaba muy endurecida, de modo que la trajo tal como estaba, cosa que hizo que la señora Heccomb se ruborizara.

—Esto parece mantequilla —observó Daphne.

Eddie cogió una cucharada y se la ofreció. A esas alturas, ella lo contemplaba con ojos serios, pero amistosos. Tras devorar las galletitas y el queso gorgonzola, se incorporaron y se tumbaron pesadamente en el canapé.

—Otro gambito nuestro es la saciedad después de las comidas —dijo

Eddie.

Evelyn Bunstable iba a pasar, según se comentó, para despedirse del amigo de Portia. Sin embargo, a eso de las tres menos cuarto, en cuanto Daphne preguntó si la idea era quedarse allí, surgió algo mejor y mucho más importante: reapareció el señor Bursely.

Dickie, el primero en oírlo, se asomó a la ventana y anunció:

—¡Mirad quién viene!

La señora Heccomb volvió a bajar la escalera por la que había empezado a subir con el ánimo de descansar en su habitación. Llegó al jardín de invierno y dijo:

—Es el señor Bursely, creo.

Con un sombrero digno de Ronald Colman<sup>9</sup>, el señor Bursely avanzaba por la senda, algo preocupado por la gran atención general que parecía haber despertado. Eddie, que lo sabía todo acerca de él, dejó caer:

—¡No hay nada como el contoneo militar!

Daphne bizqueó mientras miraba su labor; Eddie se inclinó sobre Portia y le dio un pequeño pellizco en la nuca, al mismo tiempo que decía:

—Cariño, ¡qué emocionado estoy!

Hicieron pasar al señor Bursely al cuarto de estar.

—Temo haber estado un poco holgazán con ustedes —dijo—. Pero he tenido una semana agitada, sin un solo minuto libre.

Tras tirar de las rodillas de su pantalón hacia abajo, Bursely se dejó caer en el canapé, al lado de Eddie. La mirada de Portia viajó de una cara a la otra.

—¿Cómo está la chiquilla de la casa? —le preguntó el señor Bursely a Portia.

—Muy bien, gracias.

El señor Bursely la miró de un modo especial y después le dijo a Daphne, discretamente:

—He dejado mi coche fuera. ¿Qué te parece si damos un paseo?

—Ahora mismo estoy ocupada, lo siento.

—Pues entonces desocúpate, ¿qué estás esperando? Vamos, sé buena o pensaré que te has cansado de mí. Lamento no poder invitar a todos, pero en estos coches tan pequeños no cabemos. Al mío lo llamo escarabajo y está siempre zumbando. Es un coche que...

—Yo —dijo Dickie— voy a jugar al golf.  
—Clara no me ha dicho nada.  
—Porque voy a jugar con Evelyn.  
—Propongo lo siguiente: ¿por qué no nos reunimos todos en alguna parte de Southstone? ¿Por qué no volvemos a quedar allí, en el Pavilion?  
—Muy bien, de acuerdo.  
—Será una partida de seis. Que venga todo el grupo.  
—Portia y yo —anunció Eddie— iremos a dar un paseo.  
—Ven con Portia al Pavilion.  
—Alguien debería decirle a Clara...  
—De acuerdo. Seremos seis —dijo el señor Bursely.

## 7

Camaron tierra adentro y cuesta arriba hacia el bosque que se extendía por detrás de la estación: se trataba del boscoso acantilado que Portia había visto desde lo alto de la escollera. Aquel domingo, mientras esperaba la llegada de Eddie, el bosque no había jugado el más mínimo papel en el paisaje que ella veía en su corazón.

Pero allí estaban los dos, ese domingo, atravesando un vallado de cañas para adentrarse en el bosque entre unos carteles que decían: «Propiedad privada». En la distancia se divisaba un grupo de avellanos, y unos muñones de árboles se recortaban contra un cielo primaveral, separados de los matorrales. La luz que bañaba las ramas extendidas se filtraba entre los setos convirtiendo cada hoja en una diminuta llama de tempranos tonos verdes. Protegidas por el calor del valle, que era como una axila, las hojas asomaban tímidas y húmedas; en el bosque, en lo alto de las colinas, la primavera apenas tocaba las ramas con una bruma verdosa que se extendía hasta el cielo. Las escamas de unos brotes se adhirieron al cabello de Portia. Las diminutas primulas, todavía hundidas en la tierra, asomaban desde unos refugios repletos de hojas venosas y, en los soleados resquicios que se abrían al pie de los robles, las violetas salvajes desplegaban su color en un aire que nadie había respirado. La secreta vitalidad del bosque llenaba el hueco del valle y recorría todos los árboles de la llamativa colina.

Había túneles, pero no senderos: debían andar encorvados, por tanto, debajo de los avellanos, y hacer a cada minuto un alto a fin de estirar las piernas.

—¿Crees que nos pondrán una multa?

—Esos carteles solo sirven para que los bosques se vuelvan antipáticos.

Apartando una rama de su rostro, Portia dijo:

—Yo había imaginado que pasearíamos a orillas del mar.

—Ya he visto suficiente mar en estos días...

—Pero lo estás pasando bien, Eddie, ¿verdad?

—Tienes el pelo cubierto de mariposas. No te toques, son bellísimas.

Eddie se detuvo y se sentó en un espacio libre al pie de un roble. Despejando lentamente un área a su alrededor, alisó la hierba con un amplio movimiento de codos y manos hasta que ella se sentó también. Entonces, hundiendo el mentón de tal manera que se le formó una papada, empezó a quebrar unas hojas con las uñas de los pulgares, deteniéndose de cuando en cuando para contemplar el cielo, como si alguien hubiera dicho allí arriba algo que iba dirigido a él. Abrazándose las rodillas, Portia miraba fijamente un túnel de ramas de avellano. Al cabo de un rato, él le dijo:

—¿Qué casa más espantosa! O, mejor dicho, ¿qué cosas más espantosas nos dijimos allí!

—¿En la casa vacía?

—Sí. Qué inmenso alivio volver a Waikiki. Allí me siento algo asustado, pero me parece mejor. El cordero sangraba, ¿lo has notado? No, me refiero a la casa de esta mañana. ¿Te he ofendido, cariño? Juro que no fue mi intención. ¿Qué he dicho para ofenderte así?

—Has confesado que no habías dicho en serio ciertas cosas que habías dicho.

—En efecto, no las dije en serio. O eso espero... ¿Han sido cosas a las que les otorgas mucho valor?

—También has dicho que hay cosas que no te gustan de nosotros dos —añadió Portia, cubriéndose el rostro.

—Eso no es cierto. Te lo aseguro con una mano en el corazón, cariño. Creo que somos perfectos. Preferiría que supieras cuándo no estoy hablando en serio. No tendríamos que dar marcha atrás y andar aclarando las cosas.

—¿Y en qué puedo basarme para saberlo?

—En ti misma.

—Pero Daphne sostiene que estoy loca. Antes de la comida, me dijo que no me pusiera histérica...

—No te sientes tan erguida que no puedo verte bien.

Portia se tumbó y apoyó una mejilla en la hierba hasta que sus ojos, de forma obediente, se toparon con la mirada gentil y curiosa de Eddie; entonces, Portia se llevó una mano a los ojos y permaneció inmóvil, contrayendo los dedos.

—Daphne dice que estoy chiflada por ti. Y que no tengo la menor idea de nada.

—¡La muy perra! —exclamó Eddie—. Todos tratan de pervertirte, pero solamente yo soy capaz de hacerlo, cariño. Supongo que algún día te harás una idea de cómo funciona todo, ¿sabes? Y, sin embargo, me aterra esa perspectiva. Tu forma de ser es, ahora mismo, lo que te convierte en la única persona a la que amo, lo sé. Pero también sé que algo así me convierte en un embustero. No pierdas nunca la cabeza por mí: yo no puedo hacer nada por ti. O, en todo caso, no voy a hacerlo. No quiero que cambies, cariño. No nos queremos comer el uno al otro.

—No, Eddie, no... Pero ¿qué quieres decir con esto último?

—Que no quiero que seamos como Anna y Thomas. O algo mucho peor.

—No comprendo —dijo Portia levantando la mano por encima de los ojos.

—Son cosas que ocurren constantemente. Y es a lo que la gente llama amor.

—Dices que nunca amas a nadie.

—¿Por qué iba a ser tan tonto? Soy capaz de ver con claridad entre tantos tejemanejes. Pero tú me haces dichoso en todos los casos... A excepción de esta mañana. Nunca cambies, por favor.

—Sí, lo que dices está muy bien, pero tengo la impresión que todo el mundo espera algo de mí. Todo el mundo se impacienta y, así, no puedo seguir siendo como soy. Todos esperan que suceda algo en el lapso de dos años. Por ahora, personas como Matchett y la señora Heccomb son buenas conmigo, y el comandante Brutt siempre me envía algún puzzle, pero eso no ocurrirá eternamente... Supongo que un buen día ellos ya no estarán aquí. Me doy cuenta de que hay algo en mí que Daphne aborrece. Y me aterra lo que has dicho esta mañana. ¿Lo nuestro es antinatural? ¿Te sientes seguro conmigo, pese a que estoy medio loca? ¿Qué ha querido decir Daphne cuando mencionó



que no tengo la menor idea de nada?

—Que no tienes las mismas ideas que ella, supongo. Pero...

—Pero ¿cuáles son las ideas que tú no quieres que tenga yo?

—Bueno, eso ya es más complicado.

—Me llenas de angustia —dijo ella, sin moverse.

Eddie se incorporó y le quitó la mano de los ojos. Acto seguido, manteniendo la mano de ella sobre la hierba, abrió uno a uno, suavemente, los dedos de Portia y pasó la punta de un dedo por la palma de su mano, como si allí intentara leer algo escrito en braille. Portia miró el cielo entre las ramas, por encima de sus cabezas, y suspiró cerrando de nuevo los ojos.

—No imaginas cuánto te quiero —dijo Eddie.

—Sí, pero me amenazas con no quererme... Con no quererme si crezco. Imagina que tuviese veintiséis años.

—¿Tan anciana?

—No hagas bromas, por favor. Haces que me angustie más aún.

—Me veo obligado a bromear. No me gusta lo que dices. ¿Te das cuenta de las cosas tan horribles que estás diciendo?

—No —replicó ella, temerosa—. ¿A qué te refieres?

—Me acusas de ser un vicioso —dijo Eddie, cada vez más tenso.

—¡Claro que no!

—Tendría que haberme dado cuenta de que esto iba a suceder. Siempre sucede... Está sucediendo ahora mismo.

Aterrada por la voz de Eddie y por su expresión de acero, Portia gritó:

—¡Ay, no!

Entonces le puso un brazo encima reduciendo a cero la distancia de hierba entre los dos. Apoyó su cuerpo contra el de Eddie y le besó las mejillas, la boca, la barbilla, con desesperación.

—Eres perfecto —dijo entre sollozos—. Eres mi perfecto Eddie. Abre los ojos. No soporto verte así.

Eddie abrió los ojos y vio que la sombra de Portia obstruía completamente la luz del cielo. Pero él, frenético e impasible, seguía observándola con una actitud terrible. Para que ella no siguiera mirando, le bajó la cabeza; las dos caras quedaron tan cerca que pudo besarla en la boca y ella sintió, de esta manera, la sal de sus propias lágrimas. Después, él intentó apartarla

suavemente.

—Vete —le dijo—, por amor de Dios, vete y cálmate un poco.

—Ni lo sueñes... No soporto cuando haces cosas así.

Eddie rodó alejándose de ella y se puso de pie; luego empezó a dar vueltas por el seto: Portia pudo oír cómo su chaqueta golpeaba contra las ramas del avellano. Eddie se detenía a la entrada de cada túnel como si fuera una puerta con llave, mientras pisoteaba el silencioso musgo. Portia, aún tumbada en la hierba, miró las briznas aplastadas del lugar donde él había estado tumbado; después, volviendo la cabeza, descubrió dos o tres violetas. Tendió una mano. Las arrancó, las levantó sobre su cara y contempló a través de ellas la luz.

Eddie la examinaba desde lejos, estudiando cada gesto.

—¿Por qué las has recogido? —quiso saber—. ¿Para consolarte?

—No lo sé...

—Nunca podemos dejar las cosas en paz.

Ella no lograba apartar los ojos de las violetas, que ahora temblaban en su mano en alto. Con cada pausa de los movimientos de Eddie, podía oírse un rumor marino procedente de la espesura del bosque, como una marea subterránea.

—Malditas violetas —dijo Eddie—. ¿Por qué las has arrancado? Más vale que ahora me las pongas en el ojal.

Dicho esto, se aproximó y se arrodilló impacientemente a su lado. También Portia se arrodilló de modo que su rostro quedara algo más bajo que el de Eddie, y se dedicó a emparejar los tallos de las flores. Luego introdujo los tallos en el ojal, vio cómo las flores asomaban en la chaqueta y no levantó la vista hasta que él la cogió de las muñecas.

—No sé lo que sientes —dijo Eddie—. No me atrevo a preguntarlo y nunca he querido saberlo. Te lo suplico, ¡no me mires así! Y tampoco tiembles así... Es algo que no soporto. Sé que va a ocurrir algo espantoso. No logro sentir lo que sientes: estoy encerrado en mí mismo. Solo sé que tú has sido increíblemente adorable, pero que no debes aferrarte a mí o terminaré asfixiándote. Portia, tú no sabes lo que estás haciendo.

—Sí que lo sé.

—No quiero poseerte, cariño. No tengo lugar para ti, solamente quiero lo que tú me das. Yo nunca deseo a nadie completamente. No he querido herirte;

no he querido dañarte de ningún modo. Sé que te lleno de angustia cuando intento enseñarte la verdad. La vida es mucho más dura que lo que tú crees. ¿No entiendes que, por mucho que nos amemos, estamos colmados de un horrible poder que actúa en contra del uno y del otro? Me atormentas por el hecho de estar tan atormentada. Lloras a gritos, si es lo que te hace falta: llora, llora... Pero no te conformes, por favor, con esas débiles lágrimas que ruedan por tu rostro. Lo que tú quieres es poseerme entero, ¿verdad? Sin embargo, yo no me ofrezco entero a nadie y no existo en ese sentido pleno que tu anhelas. ¿Qué ha causado este terrible trastorno en ti? ¿Por qué no te contentaste con la verdad acerca de mí que ya poseías, por pequeña que fuera? Desde esa noche en que me acercaste el sombrero, he sido contigo lo más sincero que puedo ser. No me fuerces a empezar a mentir. Dices que nada podría hacer que me odiaras. No obstante, si llegas a hacer que me odie a mí mismo, harás también que te odie a ti.

—Tú ya te odias a ti mismo. Yo solo quería consolarte.

—Me has consolado. Desde que me diste el sombrero.

—¿Por qué no podemos besarnos?

—¡Porque es muy desolador!

—Pero tú y yo... —empezó a decir ella antes de interrumpirse. Después, presionó su cara contra la chaqueta de Eddie, debajo de las violetas, y, retorciendo sus muñecas dentro de las manos de él, soltó unas palabras confusas antes de exclamar—: ¡No soporto que hables así!

Cuando liberó las muñecas, volvió a abrazarlo y empezó a balancear el cuerpo con una violencia sin pasión que, como estaban arrodillados, hizo que él se balanceara también entre los brazos de ella.

—¡Te quedarás a solas con tu alma! ¡A solas con tu alma!

Totalmente pálido, Eddie contestó:

—Déjame.

Portia se sentó sobre los talones y miró de forma instintiva en dirección al roble, deseosa de averiguar si seguía en posición vertical. Después, unió las manos que, apartadas bruscamente por Eddie, tenían las palmas raspadas por la tela áspera de la chaqueta de este. Las últimas lágrimas le ardían en la cara: empezaban a perder impulso, se detenían y le quemaban la piel. Hurgó en los bolsillos de su abrigo y dijo:

—No tengo pañuelo.

Eddie sacó de su bolsillo un inmenso pañuelo de seda y, mientras lo sostenía por una punta, ella se sonó la nariz con la otra. Después, se secó deprisa las lágrimas con la mano. Como un fantasma bondadoso cuyo contacto no puede sentirse, Eddie recurrió a dos dedos para arreglar el cabello húmedo de Portia poniéndoselo detrás de las orejas. Entonces, le dio un beso triste, uno solo, que obedecía a sus dos eternidades, no a una palabra que acabara de pronunciarse. Pero el temor que ella tenía de haberlo atacado, de haberlo herido, de haberlo traicionado era tan fuerte que rehuyó el beso. De pronto, Portia sintió en sus rodillas algo como un helado temblor que ascendiera desde la tierra. La muralla que formaba el seto, con sus hojas iluminadas, parpadeó como un bosque que se atisba desde un tren en movimiento.

Cuando volvieron a sentarse en la hierba, separados el uno del otro por un metro, Eddie sacó su paquete de cigarrillos Players. Los veintiséis cigarrillos estaban aplastados.

—¡Mira lo que has hecho! —dijo, pero así y todo encendió uno.

Unas volutas de humo brotaron de su nariz y empezaron a flotar. La cerilla chisporroteó secamente al apagarse en el musgo. Cuando terminó de fumar, Eddie hizo un agujero en el suelo y allí enterró el resto del cigarrillo. Entonces, después de dejar pasar varios minutos, dijo con su tono más casual:

—Bueno, cariño, tendrías que haberle pedido a Anna que te hablase de la neurosis de Eddie.

—¿Ella dice eso de ti?

—Tendrías que saberlo: has vivido con ella medio año.

—No siempre la escucho.

—Deberías hacerlo. A veces tiene mucha razón... Mira, tomemos distancia e intentemos vernos con ojos ajenos... Pensaríamos: ¡qué felices se les ve! Somos jóvenes; es primavera; esto es un bosque. En cierto aspecto, nos amamos y tenemos nuestras vidas por delante... ¡Dios mío, ten piedad de nosotros! ¿Oyes los pájaros?

—No oigo muchos.

—No, muchos no hay. Pero trata de oírlos... Sígueme el juego. ¿Qué hueles?

—Musgo quemado y los olores típicos del bosque.

—¿Y qué es lo que ha quemado el musgo?

—Tu cigarrillo, Eddie.

—Sí, el cigarrillo que he fumado en este bosque junto a ti, cariño. No, no debes suspirar. Contéplanos sentados bajo este viejo roble. Por favor, enciende una cerilla: voy a fumar otra vez, pero tú no debes hacerlo, eres demasiado pequeña. Yo tengo ideales, como Dickie. No te llevamos a tabernas y nos encanta que inspires en nosotros ideas piadosas, morbosas. Estas violetas deberían estar en tu pelo... Oh, Primavera, Primavera<sup>10</sup>, ¿por qué te obligan a llevar ese horrible abrigo marinero? Dame la mano...

—No.

—Entonces, mírate la mano. Tú y yo bastamos para romperle el corazón a cualquiera... ¿Por qué no habríamos de romper nuestros propios corazones? Estamos tan ahogados en este bosque como si nos hundiéramos en el mar. Y, desde luego, somos felices, ¿cómo podríamos no serlo? Recuerda todo esto esta noche, cuando yo esté en mi tren.

—¿Esta noche? Yo pensaba que...

—Debo estar mañana en la oficina. Por tanto, es una suerte que ahora nos sintamos felices.

—Pero...

—No hay ningún pero.

—La señora Heccomb se sentirá defraudada.

—Sí. Ya no podré dormir en su delicioso trastero. Mañana no amaneceremos bajo el mismo techo.

—No puedo creer que hayas venido y que ya te marches.

—Confírmalo con Daphne: ella te lo explicará.

—Por favor, Eddie, no...

—¿Por qué no? Hay que seguir adelante, ¿sabes?

—No digas que somos felices con esa sonrisa tan espantosa.

—Mi sonrisa nunca indica cómo me siento.

—¿No podríamos pasear por otro sitio?

Siguieron estrechos senderos que subían la colina y, así, partiendo ramas de avellano, atravesando espesuras, llegaron al acantilado donde terminaba el bosque. Desde allí podían admirar el paisaje. El sol, iluminando la ladera de árboles, brillaba sobre la tenue y fina capa de brotes verdes y blancos: un olor

pegajoso flotaba en la tibia bruma vespertina. Al sur, el mar se presentaba azul claro; al norte, las estribaciones se alisaban. También vieron los destellos de las vías del tren. Sus almas se elevaron como burbujas. Eddie entrelazó su brazo con el de ella; Portia apoyó la cabeza en el hombro de él y acogió el sol con los ojos cerrados.

En el piso superior del autobús, yendo hacia Southstone, Eddie arrancó de los cabellos de Portia unas pocas briznas de hierba y algunas escamas de brotes. Se pasó un peine por el pelo y luego se lo pasó a ella. El cuello de la camisa de Eddie estaba raído; los zapatos de los dos se habían embarrado; ninguno tenía sombrero y Portia no llevaba guantes. No los hubiesen aceptado, así vestidos, en el Pavilion. Pero, cuando el autobús que iba a Southstone tomó el camino de la costa, los dos se sintieron dichosos y disfrutaron del viaje. Eddie fumaba sin cesar; Portia bajó la ventanilla y se asomó apoyando el codo en el marco. El aire del mar soplaba de frente y ella volvió a pedirle el peine a Eddie. Cuando el autobús aminoró su marcha, al pie de la colina de Southstone, consultaron el reloj y vieron que tan solo eran las cinco. Tenían tiempo para tomar el té antes de que los demás llegaran.

—He intentado preguntarle a Daphne qué es lo que suscita en nosotros ese anhelo de camaradería.

—Eres muy cambiante: ¿por qué se te ocurrió hacer eso?

—¿Sabes que llegué a pensar, en una fiesta, que el señor Bursely se te parecía?

—¿Bursely? Ah, sí, ese tío... Bueno, ¿no sé qué decir! Me pregunto dónde andarán Daphne y él, ¿tú no?

—Podrían haber llegado a Dover, si así lo desearan.

Aún estaban sentados tomando el té en el Pavilion cuando entraron Dickie, Evelyn, Clara y Cecil. Evelyn llevaba un vestido de dos piezas color canario; Clara, un abrigo de peluche que se ataba con un lazo bajo la barbilla. Dickie y Cecil estaban vestidos a rayas: era evidente que todos se habían cambiado de ropa. A esas horas, el Pavilion se alzaba en el aire rosado como una linterna apagada y la orquesta tocaba algo de *Sansón y Dalila*.

Evelyn dirigió su mirada a Eddie y le preguntó si le gustaban las

caminatas. Cecil mostraba tan poca curiosidad que hasta parecía deprimido. Clara tenía la mirada fija en Dickie y no decía nada: de vez en cuando, lanzaba una mirada ansiosa a su bolso de gamuza. Como la reunión había sido idea del señor Bursely, nadie osaba empezar antes de que él llegase. Dickie hizo correr una puerta de vidrio y cromo, y dijo que tal vez a las chicas les gustaría ver el paisaje.

Desde la terraza, contemplaron el sendero que se extendía allí abajo, las copas de los pinos y el techo de la pista de patinaje. Eddie se inclinó tanto sobre el parapeto que Portia temió que fuera a demostrarles (como ya se lo había demostrado a ella) lo lejos que podía escupir. Todo lo que ocurrió fue que las violetas se desprendieron de su ojal y cayeron al vacío.

—Has perdido tus flores —dijo Evelyn, de lo más campante.

—¿Crees que me he mareado? —contestó Eddie lanzándole una mirada.

—No lo sé, ¿es posible que seas tan flojo?

—Claro que no. Es tu magnífico vestido amarillo lo que me hace perder la cabeza.

—Bueno, yo... —titubeó Evelyn sin saber cómo tomarse aquello—. Oye, Dickie, tu amigo tiene la cabeza floja. ¿No te parece que deberíamos entrar?

Dickie consultó su reloj con más severidad que la vez anterior.

—No lo entiendo —protestó—. Le he dicho a Bursely que estaría aquí con las chicas a las seis. Pensé que había sido claro, pero ya son las seis y veinte o las seis y veinticinco... Espero que no haya tenido ningún problema.

—Bueno, la cosa depende de Daphne, ¿no es cierto? —dijo Evelyn con picardía, mientras se pintaba la boca.

Dickie esperó a que guardara su lápiz de labios. Luego, dijo con frialdad:

—He querido decir con el coche.

—Bueno, es un coche muy fácil de conducir: yo misma lo he conducido y Clara también. Supongo que esta tarde conduce Daphne. Mira cómo está tiritando Clara. ¿Tienes frío, querida mía?

—Un poco.

Dentro, entre los espejos y las columnas, encontraron al señor Bursely y a Daphne tomando muy animados una copa. Hubo un intercambio de reproches y risas algo indecorosas, hasta que el señor Bursely llamó al camarero y pidió bebidas para todos. Clara y Portia recibieron naranjadas con higiénicas pajitas

envueltas en papel; Daphne pidió otro Bronx; Evelyn, un Sidecar. Los hombres pidieron whisky, salvo Eddie, que se hizo traer una ginebra doble e insistió en ponerle él mismo a su ginebra un toque de cerveza amarga Angostura. Daphne parecía enardecida y satisfecha. Se había quitado el sombrero. Mientras hablaba, se arreglaba los rizos con una u otra mano, o lanzaba una mirada satisfecha a su bufanda de terciopelo verde. El señor Bursely y ella — sentados el uno junto al otro y más bien taciturnos— parecían extremadamente conscientes de sus mutuas presencias.

Sorbiendo de forma muy discreta su bebida, Portia contemplaba la escena, apartada del grupo, oculta tras su larga pajita. De vez en cuando, sus ojos escrutaban el reloj: en tres horas, Eddie se habría ido. Veía cómo él iba excitándose más y más hasta proclamar que la próxima ronda correría por su cuenta. Observó la mano de Eddie, que se dirigía al bolsillo, ¿tendría dinero suficiente? Le enseñó a Evelyn algo que había apuntado en su agenda; se arremangó el puño para mostrar el vello de su muñeca. Le preguntó al señor Bursely si estaba tatuado. Cogió la pajita que Clara había estado sorbiendo y le hizo con ella cosquillas en la nuca, al tiempo que Clara hurgaba en su bolso.

—Dime una cosa, Clara —preguntó—, ¿por qué nunca me has hablado?

Ella lo miró con aire de ratoncito asustado. Él puso una medida un poco exagerada de Angostura en su segunda ginebra y tuvo que pedir una ginebra más, para equilibrar. Apoyando un codo en un hombro de Cecil, le dijo que tenía muchas ganas de que fueran juntos a Francia. Escribió, con el carmín de Evelyn, su nombre en el envoltorio de papel de la pajita de Clara.

—No te olvides de mí —le dijo—. Estoy seguro de que te olvidarás. Oye, te apunto también mi número de teléfono.

Dickie dijo:

—Estamos haciendo demasiado ruido.

Hasta Bursely parecía haber perdido los estribos. Eddie y él habían establecido uno de esos estrechos vínculos que solamente son posibles después de varias bebidas. Se miraban el uno al otro con ojos acuosos, impregnados de ensoñada admiración. Sin duda alguna, Eddie excitaba al señor Bursely, quien hizo una imitación del Pato Donald y, luego, cogiendo el gran peine verde de Daphne, trató de seguir a la orquesta con él. En cuanto cesó la música, se puso a entonar una melodía de su invención, y exclamó:



—¡Soy un pastor que llama a sus ovejas!

—¡Al diablo con las ovejas! —espetó Daphne iniciando su tercer Bronx—. ¡Dame ese peine! ¡Basta de payasadas!

—Por favor —les dijo Dickie—, este no es un lugar para pelear.

—Lo será o no —repuso el señor Bursely—, pero es el lugar en el que estamos.

Portia oyó un rumor a sus espaldas: alguien estaba descorriendo las cortinas y unas franjas amarillas de seda se movieron en la penumbra. Cecil siguió bebiendo su whisky sin decir nada.

—Oídmeme —les dijo Dickie al señor Bursely y a Eddie—, si no os calláis, me llevo a las chicas a casa.

—No, no hagas eso: no podemos vivir sin las mujeres.

Dickie dijo:

—Será mejor que os calléis o nos echarán de aquí. Esto no es el casino de París... Me llevaré a las chicas.

—Tienes razón, Mussolini. Es más, creo que lo haré yo.

—No se lleve a todas las mujeres. No puede usted hacer eso —dijo el señor Bursely cerrando un ojo y tratando de mirar a través del peine de Daphne.

—¿No puedo? —preguntó Eddie entre risas, y dio unas palmaditas en el hombro de Cecil—. Pregúntele a Cecil: él conoce Francia.

—Debo decir —dijo Evelyn con voz serena— que vosotros, muchachos, sois lamentables.

—Bueno, díselo a Cecil... Cecil está soñando.

—Cecil es siempre un caballero —replicó Daphne, acariciando con ternura el vaso de Cecil—. Es un buen chico, lo conozco desde que éramos niños. ¿No nos conocemos desde que éramos niños, Cecil? ¡Te he pedido que dejes de hacer tonterías con mi peine! ¡Ese peine es mío! ¡Devuélvemelo ahora mismo!

—No puedo, estoy llamando a mis ovejas.

Dickie descruzó las piernas y se echó hacia atrás, apartándose de la mesa.

—Cecil —dijo—, es mejor que llevemos a las chicas a casa.

Cecil sonrió con cuidado y se llevó una mano a la frente. Después, se levantó y se retiró de forma brusca. Todos vieron cómo se abría paso entre las

mesas hasta desaparecer tras el relampagueo de la puerta giratoria.

—Ahora solo somos siete —dijo Clara.

—¡Qué vacío nos deja! —exclamó Eddie—. Era nuestro único pensador. Yo le tengo miedo a los sentimientos, y sé que Clara le tiene miedo a los sentimientos, lo puedo ver en su cara. Le tienes miedo a los sentimientos, ¿verdad, Clara? Dios mío, ¡qué tarde se ha hecho! ¿Cómo voy a coger el tren si no sé ni dónde está la estación? Dime, Daphne, ¿qué debo hacer para encontrar el tren?

—Cuanto antes lo encuentres, mejor.

—No he preguntado cuándo, eso ya lo sé. He preguntado dónde. Dios mío, qué dura eres... Oye, Evelyn, ¿por qué no me llevas en coche hasta Londres? Huyamos en mitad de la noche.

Abotonándose la chaqueta amarilla, Evelyn tan solo dijo:

—Bueno, Dickie, he de marcharme. No sé lo que diría mi padre en este caso... No, gracias, señor... No deseo su número de teléfono.

—¡Por el amor de Dios! ¿Así que me rechazas? —dijo Eddie, y buscó a Portia, que estaba en la otra punta de la mesa con los ojos muy abiertos—. Querida, ¿qué voy a hacer? —le preguntó en voz alta—. Me estoy portando horriblemente. ¿Qué voy a hacer?

Bajó los ojos, se echó a reír, encendió una cerilla y quemó la tira de papel donde había escrito su nombre con carmín.

—Me marchó —dijo. La ceniza cayó sobre la mesa, y Eddie sopló una parte y aplastó el resto con el pulgar—. Debo marcharme, pero no sé dónde está el tren.

—Preguntemos —sugirió Portia. Se incorporó y se quedó de pie, como si esperara algo.

—Bueno, adiós, adiós a todos, tengo que volver a Londres. Adiós, muchísimas gracias.

—Es inútil que digas adiós —dijo Dickie despectivamente—. Tienes que volver a Waikiki a recoger tu equipaje, si es que recuerdas dónde queda la casa. Además, nos has dicho que tu tren sale a las diez y son solo las ocho y cinco. Por lo tanto, no tiene sentido que nos digas adiós aquí. Atención, atención todos: ¿os vais? Alguien tiene que esperar a Cecil.

Eddie se puso pálido y dijo:

—¡Ocúpate tú de Cecil y que Portia me atienda a mí! Así es como se suele llevar a los borrachos de regreso a su casa.

Las otras tres muchachas, al oír aquellas palabras, se escabulleron como conejos. Portia fue hacia las cortinas amarillas, las apartó y abrió una puerta de cristal. Una racha de aire oscuro entró en la sala; varias personas temblaron de frío y se miraron entre sí. Portia salió a la terraza, suspendida sobre el mar negro e iluminada por la tenue luz amarilla proveniente de las ventanas. Al cabo de un minuto, Eddie fue tras ella y dijo, mientras miraba la oscuridad que reinaba alrededor:

—¿Dónde estás? ¿Estás ahí?

—Aquí estoy.

—¡Perfecto! Por favor, no te caigas por la barandilla.

Eddie se apoyó en el marco de una ventana, cruzó los brazos y rompió a llorar. Portia vio cómo se agitaban sus hombros alumbrados por la ventana. No hay que acercarse cuando alguien llora así.

## 8

### El diario

#### *Lunes*

Esta mañana, la señora Heccomb no ha dicho nada, como si lo de ayer hubiera sido un sueño mío. He proseguido con el puzzle. Como se había caído al suelo, una parte se desarmó y no he podido continuar por donde lo había dejado. Tal vez moleste en el jardín de invierno, aunque Daphne no ha vuelto a decir nada al respecto. Está lloviendo, pero hay más oscuridad que lluvia.

#### *Martes*

Desperté y caía una fuerte lluvia. Ahora ya no llueve y la explanada ha quedado reluciente. La señora Heccomb y yo hemos ido esta mañana a Toyne's, a comprar unos sujetapapeles para evitar que todas las cosas se vuelen; de regreso, me pareció que iba a decirme algo, pero no lo hizo y quizá no lo haga nunca. En los días de humedad o de lluvia, el olor a sal es más fuerte. Esta tarde fuimos a tomar el té con otras personas y hablamos de la fiesta de la iglesia; dijeron que era una pena que yo no vaya a estar aquí, pues la fiesta será en junio. Me pregunto qué será de mí por entonces.

#### *Miércoles*

Resulta extraño quedarse en un lugar cuando otro se ha marchado de allí.

Ya no se trata de los dos lugares habituales: el lugar en que ambos estaban y el que allí existía hasta que llegaron ellos. No logro habituarme a ese tercer lugar ni tampoco quedarme al margen.

La señora Heccomb tiene un nuevo alumno de piano en Southstone, y me lleva con ella cuando va a impartir sus clases. Yo la espero en un banco que hay cerca del acantilado. He visto las banderas del East Cliff Pavilion, pero no me he acercado.

### *Jueves*

Daphne dice que Cecil está ofendido conmigo. Y que Eddie hizo con el cigarrillo un agujero en el edredón que la madre de Cecil les prestó para su cama. Esto ha creado una situación incómoda con la madre de Cecil. Daphne dice que lo sucedido no tiene remedio, pero que yo debía saberlo.

### *Viernes*

He recibido una carta de Eddie y la señora Heccomb ha recibido otra. Eddie dice que siempre se acordará de este lugar. La señora me ha enseñado su carta y ha dicho que era muy simpática, pero no añadió ningún comentario acerca de Eddie. Por un momento, creí que iba a decir algo, pero no lo hizo; quizá no tuviera pensado decir nada.

Cecil ha venido esta tarde; nos ha contado que ha cogido frío y se ha resfriado. No me parece que esté ofendido conmigo.

### *Sábado*

Hace una semana, hoy es el día en que llegaba Eddie.

Dickie es muy amable: me ha invitado a Southstone para que vea un partido de *hockey* sobre hielo. También viene Clara e iremos en su coche. Daphne y Evelyn van a bailar al Splendide con el señor Bursely y un amigo de este. Cecil dice que aún está resfriado.

### *Domingo*

Esta mañana fui a la iglesia con la señora Heccomb. El ruido de la lluvia resonaba con fuerza en el techo. Con tanta lluvia apenas pude ver tierra adentro. Debe de haber mucha humedad en el bosque y en todas partes. Hoy iré a tomar el té con la madre de Cecil.

### *Lunes*

He recibido una carta del comandante Brutt agradeciéndome las líneas que le envié con motivo del puzzle. Me pregunta cuándo estaremos todos de regreso en Londres.

Creo que aquí se han olvidado de lo sucedido.

Clara ha sido muy amable: me invitó a jugar al bádminton en casa de Evelyn y así lo hicimos, pero la cosa no salió demasiado bien. Después, fui a tomar el té con Clara. Su padre es millonario: se dedica al negocio del té. La casa tiene una buena calefacción y por el suelo hay pieles de animales. En los rellanos han puesto flores en unos tiestos enormes. Clara me hizo pasar a su dormitorio. Allí destaca, sobre la cama, una fotografía de Dickie con la inscripción: «De tu Dickie». Clara me ha dicho que sin duda para nosotras resulta aburrido que los demás trabajen durante el día; Clara piensa a veces en hacer algo. Me ha regalado un pañuelo de seda que jamás ha usado y también dos collares. Le enseñaré todo esto a Dickie para que vea qué buena es Clara.

### *Martes*

Ha llegado carta de Eddie. Dice que está bien y pregunta por todos. También he recibido una carta de Thomas, con una posdata de Anna en la última página. Anna dice que se ha reído de solo imaginar a Eddie en Waikiki. Yo no les he contado que iba a venir: con toda certeza ha sido la señora Heccomb. Anna dice que no hace falta que escriba si estoy pasando un momento tan bueno, ya que ellos volverán pronto y oirán entonces todas mis novedades.

### *Miércoles*

La señora Heccomb ha dicho de repente que está preocupada por mí. Yo me he alegrado cuando Cecil ha decidido llevarme a pasear por la playa.

### *Jueves*

La señora Heccomb me ha dicho que esperaba no haber hablado de más y que está tan preocupada que ha pasado la noche en vela. Yo le he contestado que no, que no es así, gracias a Cecil. Le he dicho que esperaba no haber hecho nada malo, y ella me ha contestado entonces que no, que no se trata de eso, que solamente ha dudado un poco. Solamente eso. ¿Dudado de qué?, le he preguntado. Entonces me ha dicho que había dudado de haber hecho lo debido. ¿Hecho cuándo?, quise saber. Y la señora respondió que ahí estaba el asunto: que no estaba segura de cuándo debía haberlo hecho, si es que había hecho algo. Me dijo que esperaba que yo me diese cuenta de cuánto me aprecia. Le he contestado que eso me alegraba mucho.

### *Viernes*

Hay lugares por los que aún no puedo pasar, aunque tan solo anduviésemos dos días por ellos. Cuando salgo de paseo, busco los sitios a los que no hemos ido. Hoy he estado en un puente en el que nunca nos detuvimos nosotros. Me he quedado observando a un par de cisnes que se deslizaban bajo el puente. Dicen que es el momento del año en que anidan, pero estos dos iban dándose la espalda, sin mirarse. Hoy no llueve. Está bastante oscuro y el aire parece negro, pero el verde es un verde reluciente. Los días que pasan hacen que sienta que me alejo cada vez más del momento en que vi a Eddie por última vez, pero no me acercan, en cambio, al día en que lo veré de nuevo.

### *Sábado*

Dos semanas desde la llegada de Eddie. Mi último sábado aquí.

Dickie volvió a las tres de comer con el grupo de *hockey*. Me dice que han terminado la temporada. Yo estaba en el jardín de invierno montando el puzzle y él me preguntó, nada más entrar, por qué tenía ese humor. Le dije que era mi último sábado aquí. Me propuso que lo acompañase mientras jugaba al golf. Así que, cuando Clara vino a buscarlo en coche, me instalaron en el asiento trasero y fuimos los tres al campo. Clara hace el esfuerzo de jugar al golf por Dickie, pero Dickie juega una especie de golf solitario. Desde los campos, se ve el bosque que se extiende al otro lado del valle; todo es hermoso y hay grandes cantidades de aulaga. Al terminar, Dickie propuso que fuéramos a tomar el té, de modo que tomamos el té en el salón del club. Es un sitio muy bonito, con una enorme chimenea, y nos sentamos junto al ventanal saliente. Me he divertido muchísimo. Me parece que mi presencia hizo que Clara se sintiera un poco la mujer de Dickie. Insistió en pedir más mermelada y al final sacó su cartera, pero Dickie le dijo al camarero: Cóbreme a mí, y pagó el té. Solo si está Daphne, se vuelve hiriente con Clara.

Se hizo tan tarde que Clara exclamó: Madre mía, debo darme prisa. En su casa habían invitado a un juez a comer. Dickie le dijo que era preferible que se marchara cuanto antes; ella aceptó, y él y yo volvimos andando a Waikiki. Por el camino, me preguntó: ¿Estás triste porque tienes que irte? Le contesté que sí (lo estoy); entonces, él se detuvo, me miró fijamente y dijo que ellos también lo sentían. Dijo que casi me había convertido en uno de ellos. Eso hizo que le preguntara si también Eddie le había caído bien. Me dijo: Desde luego, es un tipo divertido. Le dije que me alegraba que Eddie le hubiera parecido divertido. Es una especie de Lotario<sup>11</sup>, comentó, ¿no pensaba yo lo mismo? Repuse que no. Dickie dijo: Sin embargo, Eddie pierde la cabeza con frecuencia, ¿sabes lo que quiero decir? No del todo, contesté. Y él dijo que, a su modo de ver, se trataba más que nada de una cuestión de carácter. Él juzgaba a la gente por su carácter. Yo le dije que ese no es, tal vez, el mejor modo de juzgar a la gente, ya que el carácter de las personas cambia según la ocasión, y depende mucho de lo que les vaya sucediendo. Él dijo que no, que me equivoco, que lo que le ocurre a la gente depende de su carácter. Seguramente Dickie tenga razón, pero a la vez me da la impresión de que no es así. Mientras tanto, ya estábamos en la explanada y el sol se iba ocultando.



Dije que el mar parecía de cristal y él contestó que sí, que eso parecía. Dije que me agradaba Clara, y él dijo que sí, que era buena, pero que perdía a menudo la cabeza. Le pregunté si con eso quería decir que Clara era como Eddie, pero contestó que no. Después volvimos a Waikiki.

### *Domingo*

Mi último domingo. Un día estupendo, caluroso. Han brotado muchas hojas de los castaños, aunque no son hojas grandes, y los otros árboles parecen cubiertos de adornos verdes. A la salida de la iglesia, cierta mujer nos invitó a la señora Heccomb y a mí a que fuéramos a admirar los jacintos de su huerto. Parecen porcelanas de colores. En el huerto, la señora Heccomb le dijo a esta mujer: El próximo domingo, lamentablemente, Portia ya no estará aquí. Yo pensé: Puede que el próximo domingo vea a Eddie. Y, sin embargo, también pensé: Quisiera quedarme aquí, ahora que llega el verano, pues harán muchísimas cosas que aún no les he visto hacer. Ignoro lo que hace la gente en Londres, pues allí no es posible ver a nadie haciendo nada de nada. Aunque hay cosas que me han dolido desde que me trajeron aquí, preferiría quedarme y no tener que regresar a un lugar donde no sé qué va a ocurrir.

Al volver del huerto de los jacintos, la señora Heccomb lamentó que yo no hubiera salido a remar por el canal. Dice que es allí donde reman en verano. Le pregunté si no remaban en el mar, pero ella dijo que no, que es demasiado abierto, mientras que en el canal hay más sombra. Me preguntó si no deseaba que le pidiera a Cecil que nos llevase por la tarde, a ella y a mí, a pasear en bote. De modo que fuimos a casa de Cecil. Él no estaba, pero su madre nos dijo que iba a pedirle que nos diera un paseo en bote.

Así que por la tarde fuimos en bote. Cecil remó y me enseñó a dirigir el timón; la señora Heccomb sostenía una sombrilla. Era de seda color malva y, una o dos veces, cuando yo no timoneaba, se me enredaron unos hierbajos en las manos. Eran fuertes y también se enredaban en los remos, así que nadie habló mucho mientras Cecil remaba. La señora Heccomb iba pensativa y yo miraba el agua o los árboles. El sol brillaba demasiado. En determinado momento, se nos acercó un cisne y la señora Heccomb dijo que debía de estar en celo y hasta rabioso, mientras blandía la sombrilla dispuesta a asestarle un

golpe. Es mejor que guarde los remos, dijo Cecil. Pero el cisne no reparó en nuestra presencia. Más tarde pasamos muy cerca de su nido, donde vimos al otro cisne.

Los demás estaban jugando al tenis en algún lugar. El día en que llegué aquí, la señora Heccomb llevaba un abrigo de piel. Ahora es verano, aunque todo parece color verde pálido. Todo cambia muy velozmente en esta época del año en la que a diario sucede algo nuevo. En invierno no ocurre nada.

Esta noche, la señora Heccomb cantará en un oratorio. Daphne, Dickie, Clara, Evelyn, Wallace, Charlie y Cecil se han reunido abajo, y juegan al rummy aprovechando que ella ha salido. Pero la señora Heccomb me ha enviado temprano a la cama porque, mientras remábamos, me dio dolor de cabeza.

### *Lunes*

La señora Heccomb está cansada después del oratorio. Y a Daphne y a Dickie no les gustan los lunes. En un rato voy a salir y me tumbaré en la playa.

### *Martes*

Aún no he recibido la carta que Eddie prometió escribirme, pero eso puede deberse a que estoy a punto de regresar. Este sitio parece nuevo esta semana, pues se ha vuelto un lugar de veraneo. La explanada huele a alquitrán caliente. Pero todos, desde luego, dicen que pasará pronto.

### *Miércoles*

Debo marcharme mañana. Como este es mi último día completo aquí, la señora Heccomb y la madre de Cecil me llevarán a ver unas ruinas. Meteremos las cosas del té en un cesto e iremos en autobús.

Clara me llevará mañana en su coche hasta la estación donde se hace el trasbordo, y así me ahorro tener que cambiar de tren. Clara dice que se siente realmente apenada. Como hoy es mi última tarde, Dickie, Clara y Cecil me han

invitado a la pista de patinaje, en Southstone, para que los vea patinar.

Soy incapaz de decir algo acerca de mi partida. Ni siquiera puedo escribirlo aquí. Tal vez sea mejor que nunca más diga nada de nada. Debo tratar de no decirle nunca nada más a Eddie: siempre que le digo algo, es un error. Ahora debemos coger el autobús que va a las ruinas.

*Jueves*

Estoy de regreso, aquí, en Londres. Ellos no volverán hasta mañana.

# TERCERA PARTE

*El diablo*

# 1

Thomas y Anna no regresarían del extranjero hasta el viernes por la tarde.

Todo estaba preparado para que, a la vuelta, reanudaran su vida habitual. La mañana de ese viernes, unos espléndidos rayos de sol asaltaron la casa de Windsor Terrace, y se movieron cálidos e invisibles por los pisos encerados. La casa, con sus ventanas vacías de cara al brillante lago y a los castaños llenos de hojas, ofrecía un molde perfecto para la vida, uno de esos moldes a los cuales, luego, la vida casi nunca se ajusta. Los relojes, en hora y con cuerda, marcaban cada minuto en un vacío immaculado. Portia iba abriendo suavemente una puerta tras otra, recorría cada habitación con sus pensativos ojos oscuros, y observaba los relojes y los teléfonos, pero no contaba como una presencia tangible.

El aseo primaveral se había efectuado a fondo. Cada objeto lavado y pulido destacaba con nitidez en aquella atmósfera impoluta. Los mármoles refulgían como azúcar blanca; la pintura color marfil era más tersa que el marfil. Un líquido azul había eliminado la costra invernal de los espejos: ahora, sus agudos reflejos casi dañaban la vista, como si encerraran algo real. En el barniz de los muebles refulgía una luz castaña. Por todas partes, la casa olía a cera; y un perfume jabonoso llegaba desde los libros. Crujientes de limpieza, las cortinas tiritaban en las ventanas, abiertas de mala gana para que penetrase el aire de abril con su leve carga de hollín. Así, con cada bocanada que penetraba en la casa, entraba un poco la contaminación.

La calefacción estaba apagada y en la primera planta había una masa de aire neutro que, al abrirse una puerta o una ventana, recibía un impacto primaveral. Esa mañana, los cuartos del fondo carecían de sol y en ellos

reinaba el frío. El subsuelo estaba aún más frío, y olía a lavado y cepillado; la luz llegaba filtrada, casi fantasmal. Una penumbra urbana, como cansada, se congregaba en esa parte de la casa. Portia llevaba cuatro semanas sin estar bajo tierra.

—¡Madre mía, Matchett, lo has limpiado todo!

—Hola... ¿Has tenido un buen viaje?

—Sí. He mirado por toda la casa. Está limpiísima... No digo que no lo esté siempre.

—Es más fácil notarlo cuando te vas y regresas luego. Y sé cómo son esas casas de la playa: puras patrañas, nada más.

—Debo decir —afirmó Portia, sentándose junto a Matchett— que hoy me apetecería mucho que viviéramos aquí tú y yo solas.

—Ay, ¡deberías sentir vergüenza! No olvides que un lugar como este no existe sin un señor y una señora Thomas. Si no fuese por ellos, ¿dónde estarías tú ahora? No, yo aguardo muy dichosa su regreso y me parece justo que sea así. No me mires de ese modo... ¿Qué te ocurre? Sé que el señor Thomas, al menos, se pondría bastante triste si supiera que preferirías haberte quedado en ese balneario.

—Pero yo no he dicho eso.

—No se trata solamente de lo que uno dice en voz alta.

—Sacas conclusiones apresuradas, Matchett. Lo único que he dicho es que...

—De acuerdo, de acuerdo... —interrumpió Matchett, y se dio un golpecito en los dientes con una aguja de tejer antes de empezar a examinar atentamente a Portia—. Díos mío —añadió—, te han enseñado a decir lo que piensas. Me parece que estás muy cambiada.

—Me atacas porque he estado ausente, pero yo no quería marcharme. Fueron ellos quienes me enviaron allí.

Sentada en el pequeño salón de Matchett, en el subsuelo, Portia extendió las piernas y se miró la punta de los pies, como si el cambio que Matchett había observado (aunque, ¿existía realmente ese cambio?) hubiese empezado por allí. Matchett tejía un calcetín, sentada en una de las sillas junto a la apagada estufa de gas. Los pies de Matchett descansaban en el travesaño de otra silla; se había desabrochado los zapatos porque tenía los pies hinchados.

Eran las doce del mediodía: las manecillas del reloj parecían anunciar una hora decisiva. Las doce, y todo estaba ya dispuesto. Nada más sucedería hasta que un tren vespertino entrase en la estación Victoria, y un taxi, con el techo repleto de maletas de cuero, cruzara Londres de suroeste a noroeste. Entre tanto, reinaría una calma extraordinaria. La cocinera y Phyllis cuchicheaban en la cocina mientras bebían té. La silla de Matchett crujía de vez en cuando a causa de su peso monolítico.

Se había salido con la suya. Tensamente concentrada en las agujas de tejer (porque no podía descansar sin descargar de alguna forma toda su energía), sus dedos estaban descoloridos y arrugados, como la cáscara de una vieja manzana, debido a la incesante inmersión en agua caliente, bicarbonato y jabón. Tenía las uñas pálidas, fibrosas, con las puntas rotas. La luz se filtraba por debajo de un tiesto ennegrecido, a través de las rejas de la ventana, sin detectar ningún color en Matchett: su vestido azul bloqueaba toda la luz, de modo que, tras el duro brillo de su delantal, Matchett parecía formar parte de aquella penumbra. Entre sus recios cabellos asomaban unas pocas y flamantes canas, pero sus facciones no permitían vislumbrar ningún signo de cansancio. Se trataba de algo más que autodominio pues ella parecía haberse moldeado a sí misma de manera majestuosa. Piso tras piso, por encima del subsuelo, se erguía su immaculada casa y, por el modo en que sus ojos contemplaban entre sus bajas pestañas el tejido, estaba claro que Matchett era muy consciente de ello.

Portia miró por las rejas de la ventana y dijo:

—Qué pena que no hayas podido limpiar el tiesto.

—Hemos fumigado la hiedra sin muchos resultados pues esos malditos gatos no se van de los helechos.

—Sabía que estabas ocupada, Matchett, pero no tan ocupada.

—No entiendo cómo has podido pensar en otras personas con toda la gente nueva que has conocido.

(Aunque severo en la superficie, el comentario no fue pronunciado con severidad: mientras hablaba, Matchett no dejaba de tejer, y había algo simpático en el clic-clic que hacían las agujas al chocar entre sí.)

—A tu edad, no se debe estar en dos lugares a la vez. Cuando estás en el mar, estás en el mar. Conserva tu imaginación para el momento en que haga

falta. En primaveras como esta, lo que no se ve no se siente: eso es siempre lo mejor. Ha sido una primavera maravillosa para ventilar la ropa... Si hubiera estado en casa de la señora Quayne, habría sacado los colchones al sol.

—Pero yo he pensado en ti. ¿Tú no has pensado en mí?

—¿Crees que he tenido un minuto libre? Si tú hubieras estado aquí, te habrías sentido peor conmigo que con el señor y la señora Thomas. Y no me digas que has estado lloriqueando: has tenido compañía de sobra en aquel balneario. Aunque eso no signifique que ahora tengas mucho que contar: sueles ser reservada, siempre has sido así.

—Tú tampoco me has preguntado nada, con lo ocupada que estabas. Esta es la primera vez que me escuchas. Y ahora no sé por dónde empezar.

—Pues bien, tómate todo el tiempo del mundo. Tienes el resto del verano —dijo Matchett, y miró su reloj—. Has vuelto con buen color, eso debo admitirlo. No me parece que el viaje te haya hecho ningún daño. Al contrario, te estabas volviendo muy sedentaria. Nunca había visto que una chica de tu edad fuese tan tranquila. En cuanto a la señora Heccomb, pobre santa, dudo que pueda enseñarle a alguien a decir que no. Lo único que le he oído decir cada vez que habla con la señora Thomas es una palabra: sí. Y la otra gente de allí parece bastante rústica. ¿Te han servido los calcetines que llevaste?

—Sí, gracias. Pero me temo que he roto un par a la altura de las rodillas. Iba corriendo por la explanada y me caí.

—¿Qué hizo que estuvieras corriendo? ¿Puedo saberlo?

—Bueno... El aire del mar.

—¿De verdad... —empezó Matchett— fue eso lo que hizo que corrieras?

Sin interrumpir su labor, Matchett entreabrió las pestañas lo suficiente para poder mantener la mirada fija sobre el vago espacio desdibujado, y no sobre un objeto en concreto. Qué distanciadas habían estado en las últimas semanas sus existencias, la suya y la de Portia, y qué distanciadas seguían estándolo ahora. Nunca se sabe cuándo puede repararse el daño causado al marcharse. Retirando pesadamente un pie del travesaño de la silla, Matchett quiso atraer la madeja de lana rosada que se había alejado rodando por el suelo. Portia se incorporó, recogió la madeja y se la dio.

—¿Este calcetín es para ti? —preguntó con cierto atrevimiento.

Matchett asintió a medias con la cabeza, de forma distante, como contra su



voluntad. Nadie tenía constancia de que Matchett durmiera ni de que se metiera en la cama: por las noches simplemente se volatilizaba. Portia advirtió que había franqueado un límite, y se apresuró a decir:

—Daphne tejía. Tenía la costumbre de tejer en la biblioteca. La señora Heccomb sabe tejer, pero prefiere pintar pantallas de lámparas.

—Y tú, ¿qué hacías?

—¿Yo? Yo seguí armando mi puzzle.

—Como diversión, no es gran cosa.

—Pero era un puzzle nuevo, y solo lo armaba cuando no tenía otra cosa que hacer. Ya sabes cómo es...

—No. No lo sé. No estoy haciendo preguntas y no me agradan los misterios.

—No hay ningún misterio, salvo por lo que haya podido olvidar.

—No tienes nada que explicar porque no he preguntado nada. Lo que has hecho allí forma parte de tus vacaciones. Ahora que todo ha finalizado, debes quitártelo de la cabeza. Veo que has gastado los codos de la chaqueta. Le he dicho a la señora Thomas que esas ropas no eran las adecuadas. ¿Has llegado a ponerte el vestido de terciopelo o fue un error llevarlo?

—No, me lo he puesto. Yo...

—Ah, ¿significa que ellos se visten para las comidas?

—No, me lo he puesto para una fiesta que dieron. Para un baile.

—Tendría que haber metido en la maleta tu vestido de organdí. Pero no quise que llegase arrugado, y el aire del mar echa a perder los pliegues. Supongo que te ha servido el vestido de terciopelo.

—Sí, Matchett. Hasta causó admiración.

—Más vale que así fuera porque está muy bien hecho.

—La verdad, Matchett, es que lo he pasado estupendamente.

Matchett volvió a mirar de soslayo el reloj, como exigiendo que el tiempo se diera prisa. De pronto, su actitud se volvió más evasiva que nunca; parecía hipnotizada por el ritmo de sus agujas y al mismo tiempo, para su propio placer, canturreaba una melodía inaudible. Solo al cabo de un minuto reaccionó ante la frase de Portia levantando bruscamente la barbilla. Pero la frase, para entonces, se había marchitado en la penumbra de aquel recinto, como el ramo de narcisos silvestres de la repisa (regalo de alguna amiga) que

ella había metido en una jarra de vidrio. Esas flores eran de esos regalos que Matchett ya casi no podía tolerar.

—Estás contenta, ¿verdad? —dijo Portia con voz más débil.

—Vaya pregunta que haces.

—Supongo que debe de haber sido el aire del mar.

—¿El aire del mar también le ha sentado bien al señor Eddie?

Como no estaba preparada para este súbito ataque, Portia cambió de postura y se reacomodó en la mesa.

—¿Eddie? —dijo—. Tan solo estuvo allí dos días.

—Aun así, dos días son dos días a orillas del mar. Y yo le he oído decir que se sintió muy bien allí. Esas fueron, al menos, sus palabras.

—¿Cuándo dijo esas palabras Eddie? ¿A qué te refieres?

—Por favor, no me atosigues con tus preguntas —le pidió Matchett mientras desmadejaba el ovillo de lana rosa con un dedo y entonaba algunos compases más—. Fue ayer, a eso de las cinco y media, calculo. Yo bajaba las escaleras con el abrigo y el sombrero puestos, para ir a buscarte a la estación, sin tiempo que perder, cuando él llamó por teléfono... Por poco no derriba la casa con tantas llamadas. Creyendo que era importante, fui a contestar. Pensé que nunca me libraría de él porque empezó a hablar y hablar... Supongo que el teléfono que hay en la oficina del señor Thomas sirve para eso. No me sorprende, por tanto, que tengan tres números distintos. «Discúlpeme, señor», le dije, «pero debo ir a la estación pues llega un tren».

—¿Él sabía que era mi tren?

—No lo preguntó y yo no se lo especificué. Me limité a decir «un tren». Ahora bien, ¿crees que eso hizo que dejara de hablar? No, los trenes tienen que esperar mientras ciertas personas hablan. «Ay, no quiero que se retrase», me dijo más de una vez, pero enseguida se ponía a hablar de cualquier otra cosa.

—¿De qué se ponía a hablar?

—Parecía muy contrariado porque la señora Thomas no hubiera vuelto, y tampoco tú. «Ay, querida Matchett», me dijo, «supongo que me he equivocado con las fechas». Luego, me rogó que no olvidase decirle a la señora Thomas que había llamado y que te dijese a ti que se ausentaría de Londres a partir del día siguiente (o sea, a partir de esta mañana), aunque esperaba llamarte por

teléfono tras el fin de semana. Luego agregó que me alegraría ver qué aspecto tan saludable te había dado la vida junto al mar. «Se pondrá usted muy contenta, Matchett», dijo. «Portia tiene muy buen color de cara». Se lo agradecí y le pregunté si necesitaba algo más. Me dijo que, sobre todo, saludase de su parte a la señora Thomas y a ti. Eso era lo principal.

—¿Y al fin pudiste colgar?

—No, colgó él. Supongo que era su hora de tomar el té.

—¿Dijo si iba a llamar de nuevo?

—No. Simplemente dejó esos mensajes.

—¿Le dijiste que yo estaba a punto de llegar?

—¿Por qué habría de hacerlo? No me lo preguntó.

—¿Cuándo pensaba Eddie que yo volvía?

—No puedo decírtelo. No tengo ni idea.

—¿Por qué se marcha de la ciudad un viernes por la mañana?

—Tampoco tengo ni idea, Portia. Alguna obligación laboral, sin duda.

—Me parece muy extraño.

—Muchas cosas resultan extrañas en esa oficina. De todos modos, no es asunto mío.

—Una última pregunta, Matchett. ¿Entendió Eddie que yo regresaba esa misma noche?

—Lo que Eddie entendió o no entendió es algo que yo no puedo saber. Lo que sé es que no paraba de hablar.

—Es muy parlanchín, es cierto. Pero tal vez...

—Escúchame bien, Portia. Yo no creo nada ni tengo tiempo para creer. Ya deberías saber lo que pienso y lo que no pienso. Tampoco me ando con secretos. Supongo que si Eddie no lo hubiera mencionado, tú no me habrías dicho nunca que estuvo en casa de la señora Heccomb. Ahora, por favor, sé una niña buena y vete: tengo que planchar la ropa.

Con voz apenas audible, Portia repuso:

—Pensé que habías dicho que habías terminado.

—¿Terminado? Muéstrame una cosa en el mundo que esté terminada... No. Terminaré de trabajar cuando me encierren en un ataúd, y entonces no será tampoco porque haya terminado algo... Te diré lo que puedes hacer por mí: sube ya mismo, como una chica obediente, y cierra la ventana del dormitorio

de la señora Thomas. La habitación ya ha de estar bien ventilada y no quiero que siga entrando la suciedad de la calle. Por lo que más quieras, hazlo y déjame tranquila mientras plancho. De paso, ¿por qué no vas a pasear por el parque? Debe de estar precioso.

Portia cerró las ventanas y se miró con indiferencia en el espejo de pie de Anna. Antes de cerrar las ventanas, oyó el arrullo de las palomas y el ruido de los vehículos que corrían por el camino reluciente. A través de las cortinas, alcanzó a ver los árboles llenos de sol, pero no se decidió a salir porque se sentía sola. Si uno debe andar a solas, mejor que sea cuando tiene pensamientos agradables. A esa misma hora, pensó, la señora Heccomb estaría volviendo a solas a Waikiki, tras la compra de la mañana... Bajó las escaleras con cierta demora: en la mesa de mármol, dos pilas de cartas aguardaban el retorno de Thomas y Anna. Leyó tres veces lo que decía cada sobre. A lo mejor, se había mezclado entre ellas una carta para la señorita P. Quayne. Pero no, algo así no había ocurrido nunca antes ni ocurriría tampoco ahora... De modo que volvió a revisar los sobres, esta vez por mera curiosidad. La letra de algunos amigos de Anna era cautelosa; otras caligrafías eran, en cambio, audaces. ¿Cuántas de estas cartas eran impulsivas? ¿Cuántas implicaban un simple paso en un cuidadoso plan social? Podía adivinar a quién correspondían algunas de esas cartas; había visto a varias de estas personas. Por ejemplo, estaba el sobre gris, todo atildado, de Saint-Quentin. ¿Qué podría añadir él a todo lo que ya había dicho?

Las cartas personales para Thomas no eran muchas. En cambio, fue difícil reordenar el pilón destinado a Anna. Portia trató de imaginarse en su lugar: bajar de un taxi y encontrar su nombre escrito tantas veces. Esto tenía que causar, sin duda, que uno sintiese que su apellido tenía importancia.

Con un gruñido teatral, Anna exclamó:

—¡Cuántas cartas!

Sin embargo, no intentó recogerlas en el acto: leyó uno o dos mensajes apuntados en el cuadernito que estaba situado al lado de teléfono, y vio que sobre una silla había una caja dorada, procedente de la floristería. No había espacio para posarla sobre la mesa del vestíbulo.

—Alguien me ha enviado flores —le dijo a Thomas, pero él ya se había enclaustrado en el estudio. Así que Anna le sonrió a Portia y le dijo cordialmente:

—No abriré ahora mismo las flores... Vaya, ¡qué buen aspecto tienes! Morena por el sol, menos delgada.

Después, miró escaleras arriba, y comentó:

—¡Cuánta limpieza! Llegaste anoche, ¿verdad?

—Sí, anoche.

—Y algo me dice que te has divertido mucho.

—Sí. Mucho, Anna.

—Eso has escrito, pero esperábamos que fuera verdad. ¿Has visto a Matchett?

—Desde luego.

—Sí, claro que la has visto. Olvidaba que llegaste ayer... Bueno, echaré un vistazo a la casa —dijo Anna recogiendo las cartas—. Me siento rara. ¿Me harías el favor de abrir esas flores y decirme de quién son?

—Es una caja muy bonita. Espero que las flores también lo sean.

—Seguramente. Pero quiero saber quién las ha enviado.

Anna se marchó con sus cartas y fue a darse un baño. Cinco minutos más tarde, Portia llamó a la puerta del cuarto de baño. Anna aún no se había metido en la bañera: abrió la puerta, se asomó y, de pronto, salió una nube de vapor perfumado.

—Hola, Portia —dijo—, ¿y bien?

—Son claveles.

—¿De qué color?

—Una especie de rosa brillante.

—Qué espanto... ¿Quién los envía?

—El comandante Brutt. Ha escrito en la tarjeta que estas flores son para darte la bienvenida a Londres.

—Me lo veía venir —dijo Anna—. Deben de haberle costado una fortuna. Me imagino que habrá pasado dos días sin comer para pagarlas, y eso me pone fatal. Ojalá nunca me hubiera topado con él: no hemos hecho más que meterle ideas raras en la cabeza. Es mejor que lleves las flores abajo y se las enseñes a Thomas. O, mejor, dáselas a Matchett: pueden quedar bien en su habitación.

Sé que está mal, pero ese color es horrible... Luego le escribirás una nota al comandante Brutt. Dile que me he acostado. Estoy segura de que prefiere mil veces recibir una nota tuya. A propósito, ¿cómo está Eddie? Veo que ha llamado por teléfono.

—Habló con Matchett.

—Vaya, supuse que había hablado contigo. Adiós, Portia, hablaremos más tarde —dijo Anna y, súbitamente, cerró la puerta y se metió en la bañera.

Con los claveles en la mano, Portia acudió a ver a Thomas.

—Anna dice que no son del color adecuado.

Thomas se había reinstalado en su sillón como si nunca lo hubiese abandonado. Había cruzado una pierna y apoyaba un tobillo sobre una rodilla. Aunque al estudio no llegaba más que un débil reflejo vespertino, él se cubría los ojos con una mano, como si hubiese mucha luz.

—Vaya, ¿no le gusta el color? —dijo mirando los claveles de forma inexpresiva.

—Eso es lo que dice Anna.

—¿Quién me has dicho que los envía?

—El comandante Brutt.

—Ah, sí, claro, él. ¿Crees que habrá encontrado empleo? —preguntó, mirando ahora con mayor detenimiento las flores que Portia, como una novia infeliz, no dejaba de blandir—. Hay cientos de empleos posibles. Supongo que algo habrá encontrado. Eso espero pues nosotros no podemos hacer nada... ¿Cómo te sientes tú, Portia? ¿Realmente lo has pasado bien? Disculpa que permanezca sentado, pero me duele la cabeza... ¿Qué te ha parecido Seale?

—Me ha gustado muchísimo.

—¡Excelente! Me alegra tanto...

—Ya te lo había dicho por escrito, Thomas.

—Anna no estaba muy convencida de que fuera verdad. Imagino que es un sitio muy agradable. Nunca he estado allí.

—En efecto, ellos también me lo han dicho...

—Es una pena... Pero, en fin, me alegra verte de nuevo. ¿Tus cosas van bien?

—Sí, muy bien. Disfruto de la primavera.

—Una hermosa primavera —dijo Thomas—. Aunque algo fría, al

parecer... ¿Te apetecería dar más tarde un paseo por el parque?

—Me encantaría. ¿A qué hora?

—No sé, más tarde, ¿de acuerdo...? ¿Dónde me has dicho que está Anna?

—Dándose un baño. Me ha pedido que le escriba al comandante Brutt. ¿Puedo usar tu escritorio, Thomas?

—Claro que sí.

Thomas salió discretamente del estudio mientras Portia abría el cartapacio dispuesta a escribirle a Brutt. Thomas se sirvió una bebida, subió las escaleras con el vaso en la mano y, en el camino, echó una ojeada al salón principal. Ningún objeto se había movido de su categórica y rígida posición: era obvio que Anna no había pasado por allí. De modo que fue con el vaso a su dormitorio y se sentó en la gran cama esperando que ella saliera del baño. Tan vagos y densos eran sus pensamientos que fue convirtiéndose en algo así como una figura de piedra... Anna se sobresaltó cuando abrió la puerta y lo vio allí sentado. Ella tenía desabotonado su albornoz y en una mano llevaba un manojo de cartas, medio arrugadas y abiertas por el vapor del baño.

—¡Vaya susto que me has dado!

—Quería saber si había cartas...

—Claro que hay cartas, sí, pero ninguna es divertida. En cualquier caso, querido, aquí las tienes.

Anna arrojó las cartas sobre la cama, al lado de él, y se aproximó al espejo quitándose la redcilla que le aplastaba los rizos. Mientras obsequiaba a su reflejo con una mueca de disgusto, empezó a ponerse una crema de belleza. Sus manos iban de memoria de un pote a otro pues había encontrado todo en su lugar habitual. La familiaridad de esas acciones hizo que renaciera en ella cierto estado de ánimo invariablemente ligado a su tocador de Londres. Dándole la espalda a Thomas, que examinaba las cartas, comentó:

—Aquí estamos. De regreso...

—¿Qué has dicho?

—He dicho que aquí estamos, de regreso.

Thomas escrutó la habitación y, más precisamente, el tocador.

—¡Me asombra lo veloz que es Matchett para deshacer las maletas!

—Solamente mis cosas de tocador. Le he dicho que se marchase y que terminara más tarde. Por su cara, me ha parecido que deseaba decirme algo.

Thomas dejó caer las cartas y volvió a sentarse, ahora con el torso echado hacia adelante.

—Tal vez tenía algo que decir.

—Tal vez, Thomas, ¡pero ahora es un mal momento! ¿Me has oído decir, hace un instante, que aquí estamos, de regreso?

—Sí, te he oído. Pero, ¿qué quieres que responda?

—Cualquier cosa, pero di algo... Nuestra vida transcurre sin dialogar.

—Lo que tú necesitas es una especie de trovador.

Anna se limpió la crema de los dedos con ayuda de un pañuelo de papel, ató hábilmente el cordón de su albornoz, se arrimó a Thomas y le dio un pequeño golpe en la cabeza, tan amistoso como poco amistoso.

—Eres como una de esas estatuas sentadas a las que transportan de aquí para allá, pero que siempre permanecen sentadas. A mí me apetece sentir algo con respecto a las cosas que pasan. Estamos de regreso, Thomas: dime lo que piensas sobre la limpieza y el estado de la casa... —dijo, y con más suavidad, pero en forma menos amable, volvió a golpearle la cabeza.

—Calla, Anna. Y deja de golpearme. Tengo una leve jaqueca.

—Madre mía, ¿por qué no te das un baño?

—Lo haré más tarde. Ahora, por favor, no me golpees en la cabeza... Pensaba en que Portia nos ha dado la bienvenida.

—Claro que sí, pobre niña. Parecía un ángel allí, de pie. Somos nosotros quienes no hemos estado a su altura. Temo no haber actuado bien, ¿qué piensas tú?

—Es verdad, pienso que no has estado bien.

—¿Y tú crees haberlo estado? Fuiste a encerrarte bajo llave en el estudio. Supongo que en el fondo piensas: ¿por qué tiene que estar Anna a la altura de las circunstancias cuando yo no lo estoy? Admitámoslo, nadie está nunca a la altura de lo que esperan los demás. Creamos situaciones invivibles para los otros y después se nos rompe el corazón. No es necesario estar enamorado para ser estúpido... Más bien pienso que somos más estúpidos cuando no estamos enamorados, porque hacemos un drama de cualquier cosa. Eso es, al menos, lo que me ocurre a mí. Y estos claveles del comandante Brutt me han puesto histórica. ¿Los has visto? ¡Color rosa cochinilla!

—Yo no genero situaciones. No diría eso.



—Sí que las generas. De hecho, ahora estás generando una con tu dolor de cabeza. Y me estás arrugando la colcha.

—Lo siento —dijo Thomas poniéndose de pie—. Iré abajo.

—¿Te das cuenta? Ahora generas otra situación. Yo simplemente deseo vestirme sin tener que hablar, pero no puedo echarme de aquí. Y Matchett aguarda para venir con algún problema. Sé que te desilusiono, querido. Sé que estarías más feliz en tu estudio.

—Portia está allí, escribiendo un mensaje para el comandante Brutt.

—Y si vas al estudio, tendrás que decirle: «Hola, Portia, ¿cómo va ese mensaje para el comandante?».

—Pues no... No veo la necesidad de decirle eso.

—Entonces Portia alzaré los ojos y te mirará hasta que se lo digas. Que el comandante Brutt haya enviado claveles es la clase de cosas que a Portia le encantan —dijo Anna, y se sentó junto al tocador. Luego desenrolló unas medias de seda y se las puso—. Sí, a veces me parece que tú y yo no somos normales. Pero después me digo: ¿quién es normal?

Thomas dejó su vaso sobre la alfombra, puso descaradamente las piernas sobre la cama y se tumbó sobre aquella colcha inmaculada.

—Me parece que no te ha sentado demasiado bien el baño —dijo—. ¿O acaso razones así la mayor parte del tiempo? Conversamos tan poco, estamos juntos tan poco...

—Debo de sentirme cansada. Eso me provoca una sensación extraña. Te lo repito: tan solo quiero vestirme.

—Vístete, pues. ¿Por qué no puedes vestirme mientras yo estoy aquí tumbado? No hace falta que hablemos. Por más que seas un monstruo, me siento más normal contigo que con las personas supuestamente normales... Si las hay. ¿Es necesario que te pongas esos horribles zapatos de gamuza verde?

—Sí, porque los otros siguen en alguna maleta. ¡Cómo calienta el sol esta tarde! —dijo Anna corriendo las cortinas tras la mesa del tocador—. Cuando estábamos allí, me imaginaba una Inglaterra gris y fría, pero hemos aterrizado en medio de un infierno rutilante.

—Calculo que habrá tormenta. Lo que no te gusta nada, ¿verdad?

—No, nada —admitió ella enarbolando una de sus sonrisas más malévolas. Terminó de vestirse en la penumbra de las cortinas, entre los tonos

amarillos y rosados que formaba el sol. El suave temblor del tráfico llegaba a través de la ventana cerrada y de las cortinas de cretona.

Anna volvió a mirar a Thomas antes de añadir:

—Me parece que no ignoras que así me estropeas la colcha.

—Puedes enviarla a la tintorería.

—El detalle que se te olvida es que acaba de salir precisamente de allí...

¿Cómo crees que está Portia?

Tras encender un cigarrillo (lo peor para una jaqueca), Thomas repuso:

—Dice que disfruta de la primavera.

—¿Qué diablos le hace decir algo así? A las chicas de su edad no les interesa el clima. Alguien tiene que haberle hablado de eso.

—Tal vez no disfruta nada de la primavera, pero creyó que debía decir algo amable. Sospecho que lo ha pasado bien en Seale... Quizá tendríamos que haberla enviado allí más tiempo.

—No, querido. Si Portia ha de vivir con nosotros, tiene que vivir aquí. Además, las clases se reinician este lunes. Si no disfruta de la primavera (y no acabo de entender si tú crees que disfruta o no), es que tiene algún problema. Y será mejor que averigües qué sucede. Sabes bien que ella no habla conmigo de esos asuntos. Pero pienso que, si alguien la ha herido o decepcionado, ese alguien ha tenido que ser Eddie.

Thomas hizo que la ceniza cayera dentro del vaso vacío.

—Me parece que ya va siendo hora de que tomemos cartas en este asunto. No sé por qué hemos permitido que llegara tan lejos.

—Yo tengo la impresión de que el asunto no avanza. Hace meses que está estancado. Por supuesto, tú no sabes cómo es Eddie. No hace falta que vaya muy lejos con alguien para decepcionarlo por completo. ¿Qué esperas que haga o diga yo? Hay límites para lo que podemos decirles a los otros; y no se trata, creo, de hacer cualquier cosa. Por otra parte, ¿hablar con quién? Si hablo con Eddie, recuerda que él es muy susceptible conmigo. Si hablo con Portia, ten en cuenta que ella y yo solemos mostrarnos tímidas y que la timidez a veces nos vuelve brutales... No, el pobre Eddie no es un león hambriento.

—Eddie es cualquier cosa menos un león.

—No seas tan malvado, Thomas.

Feliz de haberse vestido al fin, Anna se estremeció satisfecha dentro de su

ropa verde, como un pájaro que, tras limpiar sus plumas, vuelve a sacudirlas. Buscó su pitillera, encendió un cigarrillo y se sentó en la cama, junto a Thomas. Girándose, él logró que la cabeza de ella se apoyara en la almohada.

—De todos modos —dijo Anna después del beso, mientras se incorporaba y se peinaba con los dedos un mechón de la nuca—, creo que debes levantarte y dejar en paz mi colcha.

Mientras Anna regresaba al tocador y volvía a tapar sus frascos de crema, Thomas se puso de pie y alisó con triste meticulosidad las arrugas de la colcha.

—Después del té —dijo al fin—, Portia y yo daremos un paseo por el parque.

—Claro, ¿por qué no? —respondió Anna.

—Si fueras la mitad de lo desapasionada que aparentas ser, resultarías la mujer más aburrida del universo.

Después del té, Thomas y Portia salvaron dos filas de coches, lograron cruzar la calle y entraron en el parque. Allí, atravesaron el puente hasta el otro lado del lago. Los tulipanes estaban a punto de florecer: aún se mostraban grises y puntiagudos, aunque jaspeados con los brillantes colores que habrían de tener: carmesí, lila, amarillo. El último sol de la tarde iluminaba los semblantes de la gente sentada a orillas del lago en sillas de playa o directamente sobre la hierba. Muchos se cubrían los ojos con una mano, se tumbaban boca arriba o se sentaban como piedras y permitían que el sol entibiase sus párpados cerrados.

El lago estaba animado: la luz resplandecía sobre los remos y penetraba en las velas blancas o de colores que parecían vibrar más allá de las islas. Unos remeros inclinados, flexionados, surcaban el agua semejante a un espejo. Una sensación etérea, típica de las mañanas, llegaba desde las largas y angostas islas arboladas, en las que nadie tenía permiso para desembarcar. Las islas estaban repletas de misteriosos nidos de cisnes. La luz se internaba por las zonas más inaccesibles de aquellas islas. Las ramas plateadas de los sauces se desplegaban para que la luz resplandeciera entre ellas. Los reflejos de los árboles, de las velas, de los remos hacían que el agua se volviese hondamente

colorida; unas aves acuáticas la surcaban entre amplias olas.

La gente se apiñaba cerca del lago o por los oblicuos senderos. Todos se miraban las caras como sintiendo que debían entablar algún vínculo. Los dobladillos de los vestidos de las mujeres aleteaban debajo de sus abrigos. Los niños corrían, hacían travesuras o soltaban intensos gritos. Pero esa animada tarde los adultos no se daban prisa: el parque estaba impregnado de fantasías errabundas y de un ocio soñador.

Thomas y Portia volvieron sus rostros, tan parecidos entre sí, en dirección al lugar de donde venía la brisa. Portia pensó que aquel aire estaba cargado de olor a tierra. Mirando el cielo turquesa por encima de unos árboles amarillos y verdes, Thomas dijo que pensaba que el tiempo iba a cambiar.

—Espero que no cambie antes de que florezcan los tulipanes. Me refiero a los tulipanes de los que me habló papá.

—¿Tulipanes? ¿Qué dices? ¿Cuándo los ha visto él?

—El día en que pasó por la puerta de tu casa.

—¿Por la puerta de mi casa? ¿Cuándo?

—Un día, una vez. Me contó que habían pintado y que todo parecía de mármol. Eso dijo. Y que estaba muy feliz de que tú vivieras ahí.

El rostro de Thomas se endureció lentamente, como si sintiera el peso de los solitarios años de su padre y también de los suyos. Miró a Portia y vio que las cejas de su padre trazaban en el rostro de ella una línea más delicada. Su modo de mirarla indicó a las claras que no iba a hablar.

Al otro lado del lago, solamente se veían, por encima de los árboles, el parapeto y las ventanas altas de Windsor Terrace: las molduras, ya no recién pintadas, parecían gastadas y precarias.

—Pintamos cada cuatro años —le dijo a Portia.

En medio del tráfico, en medio de la calle, Portia miró de repente hacia la ventana del salón y saludó.

—¡Cuidado! —exclamó Thomas agarrándola del codo. Un coche que estaba dando un giro brusco pasó a pocos centímetros de ella, como un inmenso pez—. ¿Qué te ocurre?

—Allí arriba estaba Anna. Ya se ha ido.

—Si no prestas más atención cuando cruzas la calle, no te dejaré salir sola.

## 2

Después de que Portia la viera en la ventana y la saludara, Anna retrocedió de forma instintiva. Sabía bien el aspecto tonto que exhibe una persona cuando se asoma a la ventana de una casa a la espera de que ocurra cualquier cosa, anhelando algo del mundo exterior. Una cara en una ventana, una cara que se asoma sin un motivo especial, es una cara digna de llevarse un pulgar a la boca porque en ella siempre hay algo infantil. Y, en el caso excepcional de que no llegue a exhibir un aspecto infantil, resulta amenazadora puesto que, empalidecida por la oscuridad interna, parece invariablemente poseída por un poder maléfico.

¿Podrían pensar Thomas y Portia que había estado espiándolos? Si la habían visto con una carta en la mano, era porque Anna había resuelto asomarse a la ventana para huir de los pensamientos que suscitaba en ella aquella carta. Ahora volvía a su secreter, que, en un rincón penumbroso de aquella gran habitación llena de luz, solo servía para escribir breves mensajes. En los pequeños cajones, Anna guardaba su agenda personal y sus libretas. Las gavetas que estaban bajo la tapa corrediza eran muy útiles porque podían cerrarse con llave. Pero ahora había una gaveta abierta, con cartas y más cartas, muchas de ellas dobladas, otras guardadas con bandas elásticas, casi todas con olor a viejo. Al oír el ruido de la llave que abría la puerta de entrada, y luego la confiada voz de Portia, Anna escondió velozmente las cartas en la gaveta y se puso de rodillas para echar la llave. Pero el pequeño y triste triunfo de haber actuado a tiempo resultó bastante vano porque los dos Quayne fueron directamente al estudio, sin subir las escaleras a fin de reunirse con ella.

Contemplando la llave del escritorio en la palma de su mano, Anna se sintió todavía más apartada de las cartas. Una clase de soledad suscita otra. Cuando los hermanos salieron, tras haber tomado el té, Anna buscaba en sus cajones viejas cartas, decidida a comparar la falsedad de Pidgeon con la falsedad de Eddie. Hay fases de nuestros sentimientos que imponen conductas extrañas. Anna había dicho la verdad, al menos sobre sí misma, al declararle a Saint-Quentin meses antes que la experiencia no era nada hasta que no se repetía. Todo en su vida, como ahora podía ver con claridad, había tomado aquel camino; en cuanto al amor, a menudo quedaba desorientada, no se permitía sentirse apenada y se preguntaba a qué se debería la equivocación. Esto no funciona, pensaba Anna. En ocasiones, se planteaba si no sería ella quien estaba equivocada: prefería, incluso, que así fuera. Lo que creía echar de menos era su falta de cautela, su caprichosa extravagancia... Pero ¿no sería más cautelosa de lo que imaginaba? ¿No sería una embustera? Le costaba dar cuenta de lo sucedido. Al parecer, existía un modo de que las personas se entendieran mutuamente, pero ella lo desconocía.

Lo único que le he dicho a Thomas ha sido que no se tumbase sobre mi colcha, pensó. Y después él ha salido a dar un paseo por el parque.

La calma y la inteligencia parecían haberla llevado a un callejón sin salida. Pensativa, guardó la llave de la gaveta cerrada en un bolsillo de su bolso, y lo cerró de inmediato. Cualquier persona superficialmente herida y, a la vez, profundamente desconcertada, como Anna, se considera a sí misma sin esperanzas. Esto es lo que se obtiene por ser amable y por tener en cuenta a los demás, razonó. No sabía por qué le daba tanta importancia a esa llave, máxime cuando la gaveta no contenía ningún secreto pues Thomas estaba al corriente de todo. Desde luego, ella jamás le había enseñado aquellas cartas. Thomas sabía lo que había sucedido, pero no cómo ni por qué. De pronto, se le cruzó por la cabeza la idea de arrojarle a Portia el paquete con las cartas y decirle: «¡A esto se reduce todo, niña tonta!».

A continuación, Anna encendió un cigarrillo, se dejó caer con su bolso en el sofá y se preguntó por qué apreciaba tan poco a Portia. La simple idea de su existencia no me deja en paz, se dijo, y basta con que Portia entre en la habitación para que me sienta en terreno resbaladizo. Todo lo que ella me provoca pertenece al campo del inconsciente. Si fuera consciente, no me haría

daño. Hace que me sienta como un grifo que no se abre. Me pone en un estado fatal, hasta tal punto que incluso Saint-Quentin me pregunta por qué reacciono así ante ella. Hace que mi relación con Thomas se reduzca a esas bromas tan febriles y provocativas. La única solución que me queda es mantenerme dura con los dos, cosa que ya hago. Esta tarde, apenas oyó el ruido de nuestro taxi, Portia acudió a abrir la puerta y se quedó mirando cómo bajábamos. Ni siquiera puedo asomarme a la ventana de mi cuarto sin que ella se detenga a saludarme en medio de los coches. Y por poco no la atropellan, algo que hubiese sido espantoso.

A veces siento que la muerte ronda siempre a su familia. ¿Quién es ella, al fin y al cabo? El fruto de una aberración, el producto del pánico, el fruto de la lamentable sexualidad de un anciano. Aunque ha sido concebida entre horquillas perdidas y fotografías de perritos en un pequeño piso de Notting Hill Gate, lo ha heredado todo y se mueve por la casa como la gran heredera. La tratan como si fuera la pretendiente a la corona. Ah, sí, conozco la forma en que conspira Matchett. Y ha sido monstruoso por parte de Eddie, quien en el fondo es muy tonto... En fin, que el cielo la asista. No veo por qué debo asistirle yo.

Bueno, nunca va a encontrar una respuesta aquí, pensó Anna, echada con los pies sobre el sofá, mientras unía sus manos nerviosamente bajo la nuca preguntándose qué se habrían contado en el parque el hermano y la hermana. De nada sirve que Portia mire a todos lados. ¿Quiénes somos nosotros para que nos venga ella con sus preguntas?

Anna marcó el número de Saint-Quentin y oyó que el teléfono sonaba durante un buen rato: era obvio que Saint-Quentin había salido.

El lunes por la mañana, Thomas volvió a su oficina y Portia volvió a sus clases en Cavendish Square. Una lluvia primaveral, suave y gris, se instaló y tembló sobre los árboles. Thomas, a quien le alegraba acertar en asuntos menores, se alegró de haber pronosticado ese cambio de clima. En la primera semana florecieron los tulipanes, pero no hubo sol que los iluminase; nadie podía ver las corolas carnosamente húmedas, color malva, color coral, color carmesí. No, esa tarde de mayo no se parecía a aquella otra tarde de mayo en

que el anciano señor Quayne se había arrastrado por el parque.

Portia no vio a Eddie hasta el fin de semana: el sábado por la tarde, cuando regresó a la casa, se lo encontró tomando el té con Anna. Eddie pareció muy feliz de verla, aunque también muy sorprendido. Le sonrió ampliamente, le cogió la mano y, por fin, le dijo a Anna:

—¡Qué espléndida está Portia!

Eddie hizo que ella se sentara en el sillón que había estado ocupando él hasta entonces, y se sentó en el brazo. Entretanto, con un temblor de impaciencia, Anna pidió que trajeran otra taza. Portia estaba equivocada: ellos no esperaban verla pues había dicho que esa tarde tomaría el té con Lilian.

—¿Sabéis? —preguntó Eddie—. Hacía meses que no estábamos los tres juntos.

Saint-Quentin se había mostrado más entusiasta el miércoles anterior, cuando Portia lo había encontrado andando con brío y sin un objetivo claro por la calle Wigmore. Llevaba un negro sombrero de fieltro algo caído sobre la frente y avanzaba con las manos cruzadas a la espalda y embutidas en grandes guantes. De vez en cuando se detenía y, girándose, escrutaba con indirecta intensidad los objetos suntuosos de los oscuros y lustrosos escaparates. Su conducta no era del todo creíble, así que Portia no supo, al acercarse, si Saint-Quentin realmente la había visto o si la había visto y fingía que no. Dudó: ¿debía cruzar la calle? Se subió a la acera balanceando su bolso como un bote a merced de un viento demasiado fuerte, y no halló razones para detenerse. Pero el reflejo de su imagen en algún escaparate llamó la atención de Saint-Quentin, que reaccionó de inmediato:

—Vaya, ¡hola! —le dijo—. ¿Ya has vuelto? ¡Me alegro mucho! ¿Qué haces por aquí?

—Vuelvo a casa después de estudiar.

—Eres muy afortunada... Yo no hago nada. O, mejor dicho, hago tiempo. ¿Vas por Mandeville Place? ¿Quieres que caminemos juntos por Mandeville Place?

Doblaron juntos la esquina. Portia se pasó el bolso de una mano a la otra y quiso saber:



—¿Cómo marcha su nuevo libro?

En vez de contestar, Saint-Quentin alzó la vista y contempló las ventanas.

—Más vale que por aquí hablemos en voz baja. Está lleno de hospitales y los enfermos se pasan las horas escuchando lo que les llega del exterior. ¿Lo has pasado bien allí? —siguió preguntando, con voz cada vez más baja.

—Sí, muy bien —repuso Portia poco menos que susurrando, y se imaginó una habitación de hospital: camas altas y blancas, gráficos de fiebre y flores de cera.

—Lo siento, pero no recuerdo el lugar al que has ido.

—Seale. A orillas del mar.

—Maravilloso. ¡Seguro que lo echas de menos! Me gustaría hacer también una escapada. En realidad, creo que la haré: no hay motivos para no hacerla y estoy fatal de los nervios. Hablemos, mejor, de otra cosa. ¿Cómo va tu diario?

Saint-Quentin vio que la cara de Portia se alteraba y que, después, le echaba una mirada de pájaro atrapado, horrorizado. Se detuvieron para dejar pasar a alguien que acababa de bajar de un taxi y que entraba en uno de los hospitales con un ramo de flores en las manos. Cuando reanudaron la marcha, Saint-Quentin parecía nuevamente capaz de hacer cualquier cosa, y Portia miraba fijamente la calle, repentinamente amenazadora en medio de la penumbra.

—Lo he dicho sin pensar —dijo él—. Algo me ha llevado a suponer que tienes un diario. Imagino que sueles reflexionar sobre la vida.

—No, no reflexiono mucho —dijo ella.

—¡Es importante que lo hagas, niña mía! Pero seguro que tienes reacciones emocionales. Cada vez que te miro, me pregunto cuáles son.

—Ni yo misma sé cuáles son... Me pregunto, es más, qué son las reacciones.

—Podría explicártelo, pero ignoro si debo hacerlo. Tienes sentimientos, ¿verdad?

—¡Claro! ¿Usted no?

Saint-Quentin se mordió malhumorado el labio superior, y su bigote pareció hundirse.

—No, casi nunca los tengo. No me divierten mucho. Pero... ¿Por qué se me habrá ocurrido que puedas llevar un diario íntimo? Ahora que te veo, me doy

cuenta de que no serías tan imprudente.

—Si yo tuviese un diario, sería secreto. ¿Qué tendría eso de imprudente?

—Que es una locura ir apuntando las cosas que nos suceden.

—Pero usted escribe libros. Y pasa el día entero escribiéndolos, ¿verdad?

—Lo que escribo en ellos nunca ha ocurrido. Podría haber ocurrido, es cierto, pero en verdad no sucedió. Y, aunque lo que se siente en ellos es plausible (y es, en el fondo, mucho más plausible de lo que imagina la gente), también es bastante improbable. Por lo tanto, es un juego al que yo me consagro. Y nunca escribiría acerca de algo que ha sucedido de verdad. Nuestra naturaleza es olvidar, y uno debe cumplirla. La memoria es bastante insoportable, pero, así y todo, desecha bastantes cosas. Nos defraudaría si no fuera, en cierta medida, una farsa: recordamos para hacer con ello lo que queremos. En serio, Portia, debes creerme: si no nos permitiéramos unas pocas mentiras, no sé cómo soportaríamos el pasado. Gracias a Dios, salvo en el instante exacto en el que sucede, no existe eso que se llama un hecho puro, desnudo. Diez minutos más tarde, media hora más tarde, empezamos a reescribir lo sucedido. «Las horas que he pasado contigo, mi amada, son como perlas para mí.» Pero un diario (si lo escribimos cada día) se acerca bastante a la verdad. Es necesario dejar pasar cierto tiempo antes de mirar algo de nuevo. Así es como los recuerdos se reconcilian con todo... Además, si alguien leyera tu diario...

Esto último hizo que Portia tropezara y tuviera que sujetar su bolso. Miró el perfil de Saint-Quentin, que tenía algo de tiburón, apartó la mirada y permaneció en silencio: un silencio tan tenso que él la observó de soslayo.

—Yo lo tendría bajo llave —dijo él—. No confiaría en nadie.

—Pero yo he perdido la llave.

—¿Hablas en serio? A ver, pongamos las cosas en claro: ¿no estábamos hablando de un diario hipotético?

—El mío no es más que un diario —dijo ella, sin poder contenerse.

Saint-Quentin tosió con una pizca de remordimiento.

—Discúlpame —dijo—. Me he pasado de listo. Y eso, a la larga, nunca es bueno.

—Prefiero que nadie lea el diario. Se trata de algo exclusivamente mío.

—No, en ese punto te equivocas. Esas cosas no son exclusivas de nadie.

Lo que haces es peligroso pues todo el tiempo estableces conexiones, y eso puede convertirse en un vicio.

—No entiendo lo que quiere decir.

—Tú nos analizas y nos conviertes en algo. Lo cual no es justo porque no podemos defendernos frente a ti. Por ejemplo, ahora que sé que llevas un diario, siempre me sentiré envuelto en una suerte de plan. Tú precipitas las cosas. Quiero creer —se explayó Saint-Quentin bondadosamente— que lo que escribes son cosas intrascendentes, pero que a la vez te tomas ciertas libertades. Nos tiendes trampas. Arruinas nuestro libre albedrío.

—Yo escribo acerca de lo que ha ocurrido. No invento.

—Pero añades cosas al reconstruir lo que ha ocurrido. Y así eres una chica muy peligrosa.

—Nadie sabe lo que yo hago.

—De acuerdo, pero alcanzamos a sentirlo. Y tú has detectado lo perturbados que estamos ahora.

—Ignoro cómo estaban ustedes antes.

—Nosotros también lo ignoramos, pero entonces nos llevábamos muy bien. Lo más injusto del caso es que tú te escondes como una espía de Dios o algo así... Otra ofensa consiste en que posees una naturaleza amante: eres la naturaleza amante *in vacuo*. No te enfades por lo que digo. Después de todo, tú y yo no vivimos bajo un mismo techo; nos vemos de vez en cuando y me afectas poco o nada. Sin embargo...

—¿Se está mofando usted de mí o se mofaba hace un rato? Sospecho que ha estado burlándose de mí en algún momento. Ha empezado diciendo que estaba seguro de que llevo un diario, después me ha dicho que no lo llevo, después me ha preguntado que dónde está y ha fingido asombrarse al saber que existe, después ha dicho que soy una impiadosa espía y ahora sostiene que amo demasiado a la gente. No hay dudas de que usted sabía de la existencia de mi diario... Algo me dice que Anna lo ha encontrado y le ha hablado de él. ¿Es así?

Saint-Quentin estudió a Portia de reojo.

—Estoy quedando muy mal parado —respondió él.

—¿Es así o no?

—Soy perfectamente capaz de decir mentiras, pero mi problema consiste

en que carezco de lealtad. Sí, Anna me habló de ello, lo admito. Vaya alboroto que va a causar todo esto. ¿Puedo confiar en tu discreción? Ya ves que nadie puede confiar en la mía.

Portia observó con suma atención a Saint-Quentin y se dijo que no se trataba tanto de que fuera indiscreto sino de la mente malévolamente que poseía.

—¿Quiere decir —preguntó— que no debo contarle a Anna lo que usted me ha dicho?

—Preferiría que no lo hicieras —repuso Saint-Quentin con cierta humildad—. Evita las escenas y vigila en el futuro tu pequeño secreter.

—¿Le ha dicho ella que tengo un secreter?

—Simplemente he imaginado que tendrías uno.

—Entonces, ella muchas veces...

Saint-Quentin puso los ojos en blanco.

—No. No creo que muchas veces... Solo tienes que hallar un nuevo escondite para el diario. Mi experiencia indica que todo lo que uno ha escondido debe ser, tarde o temprano, escondido en otro lugar.

—Gracias. Es usted muy amable —dijo Portia, un poco perpleja. Y fue incapaz de añadir nada más.

Sus pies seguían moviéndose. La charla había llegado a una especie de abismo, era innegable. Como todas las personas que quedan perplejas, Portia ignoraba dónde estaba (se habían internado por la calle Marylebone, en la zona de las tiendas) y desde el fondo de sus ojos echaba miradas cautelosas y esquivas a quienes avanzaban en sentido opuesto, especialmente a quienes la miraban. Tan solo era consciente de que la mera presencia de Saint-Quentin le inspiraba el deseo de huir por alguna calle lateral. Andaban a paso veloz, como en una pesadilla, cuando él exclamó de pronto:

—¡Las *lacunae* del ser humano!

—¿Que ha dicho usted?

—¿Te preguntas realmente por qué lo he hecho? Ni siquiera te lo preguntas a ti misma.

Portia repuso:

—Ha sido usted muy amable.

—Las cosas más insólitas que hacemos, las más contrarias a nuestra forma de ser, no despiertan ni siquiera la curiosidad de los amigos. Uno puede sentir

una convulsión que modifique su manera de ser y, a menos que sea escandalosa, nadie se da cuenta de ello. No solo carecemos de curiosidad; tampoco tenemos la menor noción de la existencia de los otros. Ni siquiera de alguien como tú, tan adorable... Sí, en cierto aspecto he jugado sucio con Anna y le hecho algo que ella nunca me perdonará. Pero tú, Portia, ni siquiera me preguntas el motivo. De forma deliberada y totalmente gratuita, según creo, he puesto en marcha algo que puede ocasionar una temible ruptura. Esto no forma parte de mi carácter: no soy maligno, no tengo tiempo para serlo ni me interesa demasiado. Y tú ni siquiera me escuchas, ¿no es verdad?

—Lo siento, yo...

—Sin duda, te has enfadado y preferirías que viviese en la otra punta del mundo. Pero deja ya de pensar en Anna y en tu diario... Préstame atención y no sientas terror ante mí como si fuera yo una suerte de taladro eléctrico. Deberías saber por qué la gente hace lo que hace. Tú piensas que todos somos malvados...

—No, yo...

—Sin embargo, la cosa no es tan simple. Lo que hace que nos creas malvados es nuestro modesto modo de mantenernos en movimiento. Todos tenemos que seguir viviendo, aunque tú no entiendas para qué. Es probable que, a fin de cuentas, no hagamos las cosas bien. Pero intentamos ser civilizados y amables. La verdad es que no sentimos un gran deseo el uno del otro: quiero decir que no sentimos un deseo espontáneo por el prójimo, lo que hace que nos comportemos con escasa diplomacia. Como quiero bastante a Anna, paso por alto muchas cosas de ella; como ella me quiere a mí, omite muchas cosas mías. Nos reímos de nuestras bromas y salvamos las apariencias... Al traicionar a Anna contigo, estoy violando una regla establecida. Esto no se hace a menudo. Lo hace la gente que se encuentra en un perpetuo estado histérico, como tu amigo Eddie, o la gente que se cree dueña de una autoridad mayor (como, no lo dudo, se cree Eddie) y adora romper todo el tiempo todas las reglas. Obedecer una regla sería todo un acontecimiento para él. Tanto es así que, cuando él rompe una regla, la cosa no tiene ninguna importancia... No es mi caso, sin embargo, y no me explico la fascinación que Eddie ejerce sobre Anna...

—¿La fascina a ella?

—Es más que obvio, ¿no crees? Y deduzco que eso significa que Anna tiene, al parecer, una mente convencional. No niego que pueda haber en él ciertos aspectos interesantes... Pero en mi caso tendría que producirse una crisis mental para que yo violase una regla. El amor, la bebida, la cólera... Algo hace que se derrumben todas las certidumbres y uno se ve de repente en un mundo fabuloso. La incorrección y la gloria que hay en todo esto son realmente indescriptibles. Uno se vuelve una especie de coloso... De todas maneras, aún ignoro por qué acaba de suceder algo así. Tal vez se deba a la proximidad de la primavera. Supongo que es un tiempo religioso.

—Entonces, ¿usted cree que ella le ha hablado a Eddie de mi diario?

—Hija mía, no me preguntes a mí de qué hablan ellos. ¿Por qué hemos girado por aquí?

—Yo siempre paso por este cementerio.

—Resulta inútil querer explicarse las cosas... Tal vez, un día, alguien te diga que yo era un hombre importante y te exprimas el cerebro para entender o para recordar las cosas que te he dicho. ¿Dónde piensas vivir en el futuro?

—No tengo ni idea. Con mi tía.

—Pues allí no oirás hablar de mí.

—Creo que viviré con mi tía cuando ya no esté con Thomas y Anna.

—Con tu tía tal vez tengas tiempo para arrepentirte. No, soy injusto contigo. No te hablaría de este modo si no fueras una verdadera joyita.

—Es lo que usted me ha dicho.

—Desde luego, desde luego. ¿Te gusta pasear por el cementerio? ¿Sabes por qué posee un pabellón de orquesta en el centro? Como ya casi hemos llegado a tu casa, será mejor que te arregles un poco la cara.

—No tengo polvos ni nada.

—En el fondo, no me arrepiento de que esto haya ocurrido: pienso que debía ocurrir tarde o temprano... No me refería a que te pusieras polvos, me refería a tu expresión. Una de las cosas que debes aprender es a enfrentarte a la gente que no soportas.

—Anna ha salido a tomar el té.

—Si no hubiéramos hablado de todo esto, te invitaría a tomar el té. Pero debo estar en otro sitio a las cinco menos cuarto. Así que tengo que irme. Imagino que lamentas nuestro encuentro...

—Supongo que siempre es preferible saber las cosas.

—No, la verdad es que no. Te he hecho algo que no soportaría haberme hecho a mí mismo. Y lo más terrible es que ahora me siento mejor. Bueno, adiós —dijo Saint-Quentin deteniéndose en el sendero asfaltado del cementerio, y quitándose el sombrero entre las tumbas y los sauces.

—Adiós, señor Miller. Gracias.

—Vaya, ¡eso es algo que yo no diría!

Aquello ocurrió un miércoles. El sábado siguiente, Portia abandonó el sillón de Eddie, que este había arrastrado alegremente a fin de ocupar su lugar acostumbrado en el taburete junto a la chimenea. Un resplandor tenue y un rumor suave emanaban de los leños; las ventanas enmarcaban un paisaje de árboles mojados; el lugar parecía elevado y tenue bajo la lluviosa luz de la tarde. Entre Portia y Anna estaba la naturaleza muerta de la bandeja de té. Encima de sus rodillas apretadas, Portia sostenía en equilibrio un plato con un bizcocho. Mordisqueándolo, miró a Anna, que tomaba el té con Eddie, del mismo modo en que ya la había examinado cuando tomaba el té con otros amigos próximos.

Su aparición, sin embargo, había impuesto una perpleja pausa a lo que allí ocurría. El hecho de que ellos hicieran que esa pausa fuese notoria convertía a Portia en una suerte de accesorio, y eso era lo último que ella deseaba ser.

Eddie posó un codo en el brazo de su silla, apoyó una sien en la palma de la mano y se puso a mirar el fuego. Sus ojos recorrían las puntas afiladas de las llamas. Con indolencia, para divertirse, imitó la boca de un pez, redondeando el labio inferior y contrayendo las mejillas. Anna abrió con la uña del pulgar un nuevo paquete de cigarrillos y los puso en su pitillera de carey. Portia terminó el bizcocho, se acercó a la mesita y se sirvió otro pedazo. Apartando por un instante los ojos del fuego, Eddie le dedicó una sonrisa irresponsable.

—¿Cuándo salimos a dar otro paseo? —preguntó.

Anna intervino:

—¿Otra taza de té?

—Hace quince días —dijo Portia sin que viniera a cuento, mientras se

incorporaba en busca de su taza—, estaba tomando el té en el club de golf de Seale con Dickie Heccomb y con Clara, una chica con quien él juega a veces al golf.

Anna hundió la barbilla, sonrió vagamente y cabeceó.

—¿Fue divertido? —le preguntó con aire ausente.

—Sí, la aulaga estaba en flor.

—Supongo que te has divertido mucho en Seale.

—En mi dormitorio había un retrato tuyo.

—¿Una foto?

—No, un retrato en el que tú sostienes un gatito.

Anna se llevó una mano a la cabeza.

—¿Un gatito? —repitió—. ¿De qué hablas, Portia?

—De un gato negro.

Anna se puso a hacer memoria.

—¡Claro, sí, el gatito negro! Pobre animalillo, ha muerto... ¿Se trata, entonces, de un retrato de cuando era niña?

—Sí, tenías el pelo largo.

—Es un dibujo hecho con tiza. ¿Dices que ella lo ha colgado en la habitación de huéspedes? Pero, ¿quién es Clara? Háblame de ella.

Portia no supo por dónde empezar y miró a Eddie. Este pareció volver en sí y dijo con ligereza:

—¿Clara? El rol de Clara me parece incierto. Apenas pertenece al grupo. De todos modos, no logro olvidarla... Tal vez por esa razón. Y porque gasta enormes cantidades de dinero con la ilusión de casarse con Dickie... Con Dickie Heccomb, ¿comprendes? Además de mucho dinero, siempre lleva dentro del bolso una especie de nido de ratones que saca a relucir en cuanto la cosa se pone difícil. ¿No es así, Portia? Hemos visto hacer eso a Clara.

Anna dijo:

—Ojalá la hubiese visto yo también.

—Anna querida, a ti no te hace falta... En fin, hicimos que Clara metiera la mano en su bolso esa noche, en el East Cliff Pavilion, cuando todos nos portamos muy mal. Desde luego, yo fui el peor de todos. Fue espantoso: Portia y yo habíamos dado un paseo magnífico por el bosque, pero yo lo estropecé emborrachándome y poniéndome pendenciero. En un principio, apenas llegué



a Waikiki, produjo una excelente impresión, pero me temo que luego lo eché todo a perder.

Eddie le lanzó a Portia una equívoca mirada de reojo, después giró la cabeza y siguió hablando con Anna:

—La posición de Clara era penosa: ella solo tenía ojos para Dickie y Dickie solo tenía ojos para Portia.

Portia reaccionó, azorada:

—Eddie, ¿eso no es verdad!

—Bueno, hizo algunas aproximaciones... No prosperaron, pero fueron las aproximaciones que Dickie se permite a sí mismo. Pude oír cómo en el cine jadeaba encima de ti. Tanto jadeaba que incluso me jadeó encima a mí.

—Eddie, realmente eres muy vulgar... —dijo Anna. Adquirió una expresión distante y se examinó las uñas con severidad, pero al cabo de un minuto no aguantó más y preguntó—: ¿Fuisteis al cine todos juntos? ¿Cuándo?

—Mi primera noche allí —repuso Eddie, muy desenvuelto—. Fuimos los seis. Todo el grupo. Debo decir que quedé escandalizado con Dickie: no solo es un fascista, sino que además no sabe comportarse. En la playa traspasó todos los límites.

—Habrás sido muy molesto —dijo Anna—. ¿Tu qué hiciste?

—Estábamos en la penumbra del cine, de modo que no podía hacer nada. Por otra parte, su hermana me había agarrado la mano. Son gente bastante inmoral. Me parece, Anna, que deberías tener más cuidado con el lugar que eliges para las próximas vacaciones de Portia.

Esto último no le sentó bien.

—Portia sabe comportarse. Y eso es mucho más importante de lo que tú te imaginas —contestó glacialmente Anna, y le lanzó a Portia lo que habría sido una mirada afectuosa si no hubiera habido una intención oculta. Después le dijo a Eddie, con enfurecida dulzura—: Para alguien tan inteligente como tú, estas descripciones de la realidad resultan muy insatisfactorias. En primer lugar, no creo que hayas entendido en absoluto lo que ocurría allí pues sueles estar demasiado ocupado pensando en cómo aprovecharte de la situación.

Eddie hizo un mohín y respondió:

—Muy bien. Pues pregúntale a Portia.

Portia, no obstante, bajó la mirada y no abrió la boca.

—En cualquier caso —prosiguió Eddie—, he tenido que hacer un enorme esfuerzo para hablar cuando no me apetecía hacerlo. Parece que uno siempre debe decir cosas divertidas en esta casa. Siento que no te haya gustado lo que te he contado, pero ha sido como si hablase dormido.

—Si tienes tanto sueño, será mejor que te vuelvas a tu casa.

—No entiendo por qué esto del sueño te ofende tanto, Anna. Es lo más normal en una tarde lluviosa de primavera, cuando uno no está obligado a hacer nada, especialmente en un salón tan tranquilo y agradable como este. ¿Acaso deberíamos dormir los tres, en vez de hablar por hablar?

—Portia no ha hablado casi nada —dijo Anna, y miró el fuego.

Las palabras que brotaban de labios de Eddie suscitaban en Portia un deseo de dormir que se desplegó por su interior como un abanico. Vio que la lluvia parecía reflejarse en los objetos de plata posados en la bandeja, y se sintió ausente allí, en aquel salón, tan ausente como los otros dos ya habían advertido que estaba. Se acercó un poco más a la chimenea a fin de apoyar la mejilla contra el mármol; fue un gesto casi inconsciente, como si estuviera sola en otro sitio. Cerró los ojos y se puso a descansar, a recobrar fuerzas. El pequeño tapiz a sus pies se movió y se arrugó un poco en el suelo pulido; la habitación se hizo añicos y lentamente perdió sus colores, como un dibujo bajo el agua.

Desde su charla con Saint-Quentin, la noción de traición no abandonaba a Portia, dormida o despierta, como una especie de remordimiento, lo que le impedía enfrentarse a cualquiera con candor, y hasta hacía que le tuviera miedo a Eddie. Cerrar los ojos cuando Eddie estaba en el mismo salón que ella, sentir la frialdad del mármol contra su rostro, todo eso le causaba una impresión de inmunidad: la inmunidad del sueño, de la anestesia, de la infinita soledad, la inmunidad del viaje a través de Suiza dos días después de la muerte de su madre. Volvía a ver ese árbol que había visto cuando el tren frenó por alguna razón; volvía a ver, nerviosamente, tan cercanos como distantes, los árboles mojados del parque. Oía el mar de Seale, la amplia y silenciosa costa.

Se hizo un silencio en la sala, hasta que Anna dijo:

—Me gustaría poder hacerlo; me gustaría tener dieciséis años.

—Portia parece adorable, ¿verdad? —preguntó Eddie.

Dicho esto, se acercó sigilosamente y con un dedo acarició la sonrisa de

Portia. Aunque Anna seguía allí, no dijo nada.

### 3

—¡Por favor, Anna, esto es demasiado! —exclamó Eddie por teléfono, quién sabe desde dónde, cuando ella menos se lo esperaba—. Portia me acaba de llamar para contarme que has leído su diario. No supe qué responder: había alguien en la oficina.

—¿Y ahora no estás también en la oficina?

—Sí, pero es la hora de comer.

—Claro. Ya sé que es la hora de comer. Tengo aquí al comandante Brutt y a dos personas más. Eres horriblemente desconsiderado.

—¿Cómo iba yo a saberlo? Pensé que esto sería urgente para ti. ¿Están todos allí, en el salón?

—Por supuesto.

—Pues, adiós. *Bon appétit* —añadió Eddie con sarcasmo, y colgó antes que Anna, quien regresó a la mesa de inmediato.

Los tres invitados notaron en la voz de ella el matiz propio de las disputas entre amantes, así que hicieron un esfuerzo para no expresar recelo. Los tres eran bastante ingenuos. El señor y la señora Peppingham, de Shropshire, habían sido invitados ese lunes a comer porque un vecino de ellos, en Shropshire, buscaba un agente, y el comandante Brutt podría servir. Pero durante la comida se volvió cada vez más obvio que el comandante era, a los ojos de los Peppingham, uno de esos hombres que, pese a ser extremadamente honrados, por algún motivo no consiguen triunfar en el mundo. Mala suerte, pero así son las cosas. El comandante, haciendo gala de una especie de amable negligencia, dejó pasar todos los anzuelos que le tendió Anna. Los Peppingham pensaron que, aunque sin duda había mostrado una conducta

intachable en la guerra, en el fondo había sido afortunado por contar con una guerra donde mostrar esa conducta intachable. Era en vano que Anna lo incitase a hablar, a contar otra vez que había trabajado en plantaciones de caucho, que había tenido a su cargo —porque había sido así, ¿verdad?— la dirección de una importante hacienda. En Malasia, por supuesto, pero lo esencial era —¿no es cierto?— saber cómo se maneja a la gente.

—Claro que sí —convino con cierta prudencia el señor Peppingham.

—Con tantos cambios sociales, me temo que sea un arte obsoleto... Me refiero al arte de manejar a la gente —dijo la señora Peppingham—. Siempre me ha parecido que las personas trabajan doblemente mejor si sienten que alguien las supervisa. —La convicción hizo que se le enrojeciera el cuello. Luego, añadió con firmeza—: Estoy segura de que es así.

Anna pensó: «En estos días, ocurre algo horrible en las charlas: las convicciones de la gente salen a la superficie haciendo que las caras se les congestionen. Sin duda, era mejor cuando la gente vinculaba esta clase de cosas a la religión, y no se hablaba de religión a la hora de las comidas».

—Supongo que en el campo uno piensa más acerca de estas cosas —reflexionó en voz alta—. Eso es lo malo de Londres: aquí ya no pensamos.

—Mi querida señora —dijo el señor Peppingham—, pensemos o no pensemos, hay ciertas cosas que no se pueden dejar de notar. Si se destruye la tradición, se destruye también el sentido de la responsabilidad.

—Así es. Por ejemplo, en la oficina de su esposo... —empezó a decir la señora Peppingham.

—Nunca voy a la oficina, pero no creo que Thomas inspire un respeto especial entre sus empleados, si es eso lo que quiere usted decir. Me parece que él no sabría qué hacer con algo así.

—No me refiero a un respeto reverencial, como ante un ídolo. Me temo que eso únicamente conduce a una dictadura —aclaró la señora Peppingham tocándose las perlas con una sonrisa tímida, pero firme, y ruborizándose un poco otra vez—. Me refiero, más bien, al respeto instintivo. Esto es muy importante para la gente que trabaja a nuestras órdenes.

—¿Cree usted que uno inspira realmente eso?

—Uno lo intenta —dijo la señora Peppingham, no muy complacida.

—Me parece triste tener que intentar algo así. Yo preferiría pagarle a la

gente y punto.

La aparición de Phyllis inhibió cualquier nuevo comentario de la señora Peppingham sobre el tema de las clases sociales. La muchacha hizo una ronda ofreciendo un *soufflé* de naranja que sostenía con firmeza para que todos se sirvieran. *Pas avant les domestiques* tal vez fuese el lema grabado en el comedor de los Peppingham, sobre la repisa de la chimenea, debajo de *Honni soit qui mal y pense*. La señora Peppingham se sirvió un poco de *soufflé*, echó una ojeada a los puños de Phyllis y guardó silencio. Anna hundió la cuchara y el tenedor en el *soufflé*, con el franco apetito que uno se permite mostrar en su propia casa cuando abunda la comida.

—Por otra parte —añadió—, creo que usted ha dicho que es instintivo. ¿A los instintos de quién se refiere?

—El respeto es un instinto humano general —dijo el señor Peppingham mirando de reojo el *soufflé*.

—¡Estoy de acuerdo! Pero, ¿realmente cree que todavía es así?

Los ojos de los Peppingham se cruzaron por una fracción de segundo. Comparten los mismos ideales, pensó Anna. ¿Como Thomas y yo? Quizá, pero ¿cuáles son estos ideales? Si al menos el comandante Brutt dijera algo y me contradijese... De lo contrario, los Peppingham pensarán que es comunista. La reputación de esta casa desorienta a la gente: los Peppingham seguramente han venido aquí en busca de una charla jugosa porque creen que algo así no abunda en Shropshire. Los anhelos de la gente de campo son vergonzosos. Se olvidan de que el comandante Brutt ha venido en busca de un trabajo; tal vez están ofendidos porque él es el único invitado. Si hubiera invitado a un escritor —como probablemente esperaban ellos— las cosas no habrían resultado peor, pero los Peppingham estarían de mejor humor y el comandante Brutt daría tal vez la impresión de ser un hombre práctico. He creído que mis *beaux yeux* bastarían para hacer que el comandante y los Peppingham se abalanzasen los unos en los brazos de los otros. Pero los Peppingham no son lo bastante amables para sentirse halagados. En cambio, son duros y calculadores, y piensan que los utilizan. Cosa que haría si pudiese, pero ellos son imposibles. Desprecian al comandante Brutt porque es más amable que ellos y porque no ha hecho dinero del mismo modo que ellos. ¡Si por lo menos se acalorase y discutiera, en vez de seguir ahí inmóvil! Madre mía, nunca

podré conseguirle un empleo a este hombre.

—Usted no aprueba mis ideas, ¿verdad? —le preguntó Anna al comandante Brutt con una sonrisa frenética, propia de una desesperada petición de ayuda.

Pero este se limitó a desmigajar el pan y a comerlo en silencio.

—Ay, creo que no me atrevería a desaprobarlas. No en bloque, al menos. Sin duda, hay mucho de cierto en lo que usted dice —se quedó mirándola afablemente con sus honrados ojos grises—. Una de las razones por las cuales querría establecerme es que de esa manera podría empezar a pensar las cosas por mí mismo. No saber a ciencia cierta lo que puede ocurrir hace que uno se sienta algo inseguro, y muchas veces, cuando trato de reflexionar (pues, después de todo, ahora tengo un poquito de tiempo libre para hacerlo), descubro que no estoy en forma y que, por lo tanto, no pienso lo suficiente. Mientras tanto, para mí es un placer escuchar una discusión, pero no me considero capacitado para intervenir.

—Lo único en lo que no estoy de acuerdo con esta encantadora dama —dijo el señor Peppingham, que se estaba poniendo odioso— es que no quiera confiarnos cuáles son sus ideas.

—Podría hacerlo si supiera de qué estamos hablando —contestó Anna sin darse del todo por vencida.

El señor Peppingham, tolerante, se puso a cortar el queso. Anna sintió deseos de alargar el brazo, coger la mano del comandante Brutt y susurrarle: «Lo siento mucho, no hay nada que hacer. Le he dado otra oportunidad, pero no he logrado venderlo y, si hemos de ser sinceros, tampoco usted ha hecho mucho por venderse a sí mismo. No hay remedio: ya no hay nada que hacer aquí. Vuelva a las páginas de avisos de *The Times* y cruce los dedos a ver si se topa con otro hombre que pueda ofrecerle alguna cosa. Ya tuvo la suerte de toparse con nosotros, aunque no hayamos ido muy lejos. Que le vaya mejor la próxima vez, mi amigo. *Je n'en peux plus*».

El comandante parecía adoptar hoy —al admitir tan dulcemente, mientras bebía su café, que no había nada más que hacer en ese asunto de Shropshire— la misma actitud o, mejor dicho, el mismo aire de reproche corrosivo que solía mostrar Portia. No estaba lo suficientemente cerca del hogar de ellos ni había estado bastante tiempo con ellos como para volver a Kensington con la

sospecha de que la cordialidad que había encontrado era falsa. Sus deseos incumplidos seguían acumulándose y concentrándose en torno a los Quayne. Pensaba en ellos cuando estaba en el vestíbulo de su hotel o cuando paseaba por Cromwell Road. Se aferraba más y más a la idea que se había hecho de ellos cada vez que otra instancia fracasaba, que algo zozobraba, que otra de sus esperanzadas cartas quedaba sin responder, que otra posibilidad se malograba y debía enfrentarse al hecho de que el dinero se hacía humo. Era evidente que pensaba en ellos todo el tiempo. ¿Se vuelve uno más bueno y más feliz cuando los demás creen que uno es bueno y feliz? La política de la piedad acaso evitase que Anna llegara a decepcionarlo de forma rotunda. Él era el apéndice de la historia terminada entre ella y Robert. Era inútil, inútil desear no haberla encontrado; al parecer, aquello había sido fatal. En cierto aspecto, el comandante Brutt había sido como un legado de Robert. O acaso ella creía ver en él algo semejante a la última de las crueles bromas de Robert: bromas crueles e hirientes porque nunca eran totalmente amargas. ¿Era Robert capaz de manipular el destino hasta el punto de poner al descubierto las limitaciones de ella?

El comandante Brutt no se marchó hasta que lo hicieron los Peppingham. De ese modo, impidió que Anna pudiese elogiarlo en su ausencia afirmando, por ejemplo, que la persona que lo emplease haría una excelente adquisición o repitiendo que había ganado una medalla al mérito militar. Al cabo de unos minutos, decidido a marcharse, el comandante se puso de pie y echó una mirada a la sala.

—Me envió usted unos claveles muy bonitos el otro día —dijo Anna—. Le pedí a Portia que le escribiera unas líneas porque yo estaba muy cansada y porque tenía la certeza de que nos veríamos pronto. Ya sabe usted cómo se siente uno cuando vuelve de viaje. Por eso mismo es tan grato encontrar flores.

La cara de él se iluminó.

—Vaya, me alegra —le dijo— que mis flores la hayan alegrado.

El oscuro deseo de conmoverse, de ser humana, la empujó a decir:

—¿Ha vuelto a tener noticias de Pidgeon desde la última vez que hablamos?

—Es curioso que me pregunte eso...

—¿Curioso? —repitió ella.



—No he tenido noticias de él... Es el problema de no contar con una dirección fija. La gente pronto se cansa de perseguirnos con las cartas. Por supuesto, tengo la dirección de mi hotel. Sin embargo, cuando escribo desde allí, nada parece muy estable. La gente da por supuesto que uno se ha mudado... Eso me dice mi experiencia, al menos... Claro que, de haber tenido una dirección fija, no por ello habría recibido carta de Pidgeon. Él nunca ha sido de escribir mucho.

—Es cierto, nunca le ha gustado... Pero ¿qué iba a decirme usted?

—Ah, sí... Fue algo muy curioso. Esas cosas que me suceden a menudo. Hace dos semanas, perdí la oportunidad de encontrarme con Pidgeon por apenas tres minutos: literalmente por tres minutos. Es asombroso haberlo perdido por tan poco cuando ni siquiera sabía que él estaba en el país.

—Cuénteme.

—Bueno, fui por casualidad al club de un amigo... con un amigo, quiero decir... y me encontré con otro conocido (al que no veía desde hacía años), quien me dijo que había estado charlando con Pidgeon hacía apenas tres minutos. Hablando con Pidgeon en ese mismo club. «Madre de Dios», le dije. «Es asombroso, ¿todavía está en el club?». Mi conocido me explicó que no, que acababa de marcharse. Quise averiguar adónde, con la intención de salir a buscarlo, pero aquel tipo, por supuesto, no tenía la menor idea. Todo aquello me pareció una coincidencia asombrosa y decidí que debía contárselo a usted. Si yo hubiese llegado tres minutos antes... Un simple caso de azar, a fin de cuentas. No se puede prever nada. Vea, por ejemplo, el modo en que usted y yo nos encontramos de pronto. En una novela, algo así habría parecido forzado.

—En efecto, fue bastante inverosímil. Yo nunca me encuentro con nadie.

El comandante Brutt metió con lentitud las manos en los bolsillos mientras pensaba de forma vaga.

—Y esa semana, por supuesto, usted estaba ausente —dijo al fin.

—¿Qué semana?

—La semana en la que estuve a punto de encontrar a Pidgeon.

—Ah, sí, estaba en el extranjero. Usted... ¿ha oído decir algo más? ¿Pidgeon no está ya en Londres?

—No lo sé; ojalá lo supiera. Es una especie de diablillo capaz de encontrarse en cualquier lado. Pero este conocido mío piensa que Pidgeon se

ha marchado... Se ha «evaporado», como solemos decir. Casi siempre está de viaje. Londres nunca le ha gustado mucho.

—No, nunca le ha gustado Londres.

—Y, sin embargo, aunque siento no haberlo visto, pienso que eso es mejor que nada. Si ha aparecido una vez, significa que puede hacer una nueva aparición.

—Sí. Yo también deseo que reaparezca... Aunque no donde esté yo.

No sin cierto fatalismo, Anna se miró con enorme calma en el espejo admitiendo lo que acababa de decir. Mientras tanto, el comandante Brutt daba la espalda a la chimenea y examinaba un recipiente en forma de bote y lleno de rosas cuyo perfume llevaba un rato cautivándolo. Casi en forma reverente, con la punta de un dedo, acarició los suaves pétalos rojos y se agachó para olisquearlos exhaustivamente. La acción, un poco teatral, pero bien consciente, demostraba que él sabía que se encontraba donde ella acaso no quería que estuviera: junto a una puerta cerrada, como un mensajero olvidado para quien puede haber una respuesta o no. La perplejidad, la reverencia, la prontitud en mostrarse triste o confiable se manifestaba en cada ápice de su actitud. Hubiese hecho cualquier cosa que ella le hubiera pedido. No tenía la costumbre de prestar atención a las flores ni a los detalles de un salón, y al prestar tanta atención a las rosas se ponía a sí mismo en una relación equívoca con ellas. Volvió a acariciar una flor y preguntó:

—¿Estas rosas vienen del campo?

—Sí, sus bonitos claveles acaban de marchitarse.

Tal vez hubiera en aquella frase una señal o un consejo oculto. Tal vez Anna hubiera propiciado ese momento especial para que él le hiciera preguntas, sin rodeos. ¿Qué ha sucedido realmente? ¿En qué quedó todo con él? ¿Por qué no es usted la señora Pidgeon? Usted es la misma y él sigue siendo, al parecer, el mismo. Los dos eran como eran y eso estaba muy bien. Usted sigue siendo usted... ¿Qué es lo que ha fracasado?

El comandante la miró, y la delicada situación hizo que los ojos de él se volvieran lo más furtivos que podían llegar a ser. La miró y se encontró con que ella no lo estaba mirando. En cambio, había sacado un pañuelo de su bolso y se limpiaba la punta de la nariz con gestos veloces y eficaces. Si pareció actuar con cierta intencionalidad, fue únicamente cuando guardó el

pañuelo y dijo:

—Yo no sería el monstruo que soy si Pidgeon no me hubiera metido esa idea en la cabeza.

—Querida Anna...

—Sí, es así: todo el mundo piensa que soy un monstruo. El terrible Eddie me ha llamado durante la comida para decirme que soy mala con Portia.

—¡Dios me libre!

—A usted no le agrada Eddie, ¿verdad?

—Bueno, no es de mi estilo. Pero yo quería decirle...

—Robert no me valoraba mucho —dijo Anna tras una risa—. ¿Lo sabía usted? A Robert ya no le importaba demasiado. Por lo tanto, no ocurrió nada importante ni le rompí el corazón. Dadas las circunstancias (que usted comprende ahora, ¿verdad?), no podíamos casarnos.

El comandante Brutt solo atinó a murmurar:

—Espero que todo haya sido para bien.

—Por supuesto —dijo Anna sonriendo de nuevo.

Él repitió «por supuesto» mientras contemplaba el salón.

—¡Vaya costumbre la mía de saltar de un tema a otro! —añadió Anna con gran soltura—. El pasado nunca importa, en realidad. Pero he querido aclararle lo que pasó entre Robert y yo. Si hoy parezco algo nerviosa, es porque una llamada ha interrumpido mi comida y un joven me ha dicho que Portia no es feliz. ¿Qué puedo hacer? Usted sabe hasta qué punto ella es callada y buena; tiene que haberse sentido muy alterada para quejarse de esa manera frente a un extraño. Aunque, desde luego, Eddie es bastante entrometido.

—Si me permite opinar —dijo el comandante Brutt—, considero que se trata de una insolencia de parte de Eddie, por decirlo moderadamente. Yo nunca he...

—El sinvergüenza de Eddie siempre actúa con insolencia —repuso ella, y dio un golpe suave sobre la repisa de la chimenea—. Es Portia quien me tiene preocupada. Todo esto me parece impropio de ella. Comandante Brutt, usted nos conoce bastante bien como familia. ¿Piensa que Portia es feliz?

—Más allá de que la pobre acaba de perder a su madre, nunca se me ha ocurrido pensar que no sea feliz. La veo tan a gusto en esta casa que es como

si hubiese nacido aquí. Lleva una vida ideal, como dicen las chicas.

—¿No será que su forma tan sensible de ver el mundo embellece las cosas? Nosotros le damos más libertad que la que tienen otras chicas de su edad porque Portia nos parece bastante madura. Supo cuidar a su madre... Pero ahora advierto que una niña no es mayor hasta que sabe elegir a sus amigos. Sobre todo, a los muchachos.

—¿Piensa usted que se ve demasiado con ese joven?

—Eso pienso en este momento. Por supuesto, me culpo a mí misma. Eddie frecuenta mucho esta casa; está muy solo y tratamos de ser amables con él. Pero, al margen de eso, creo que el pasado invierno Portia fue feliz aquí. Parecía haberse adaptado bien. Después, como usted sabe, se fue a ese lugar de veraneo y me temo que allí empezaron los problemas. Mi vieja gobernanta es un ángel, pero sus hijastros no son ninguna joya y eso puede haber alterado a Portia, que no es la misma desde que volvió. Hasta nuestra vieja criada lo ha advertido. Está menos tímida y menos espontánea. Supongo que esas vacaciones fueron un error... Me refiero a nuestro viaje justo cuando Portia empezaba a adaptarse aquí. Partimos demasiado pronto y eso la ha perturbado. Qué tontería por nuestra parte... Pero Thomas necesitaba unas vacaciones: ha pasado un invierno muy duro en la oficina.

—Es una chica tan tierna... Es adorable.

—Si usted estuviera en mi lugar, ¿le diría a Eddie que se fuera al diablo?

—Pues... más o menos... Sí... Sí que lo haría.

—¿Y tendría una extensa conversación con Portia?

—Estoy seguro de que es usted muy capaz de manejar la situación.

—¿Ha notado, comandante Brutt, que a veces soy estúpidamente tímida?

—Pienso que Portia se preocuparía si supiera que ha causado en usted toda esta inquietud —dijo él con autoridad—. Pero casi podría jurar que ella no tiene la menor idea de lo ocurrido.

—No tiene la menor idea de lo mucho que habla Eddie —dijo Anna casi fuera de sí—. Ay, comandante, ha pasado usted una tarde espantosa por mi culpa: primero, esa horrible gente que he invitado a comer y, ahora, mis problemas familiares. No obstante, me alivia saber que a sus ojos Portia es feliz. Debe usted regresar pronto, así compartimos un momento más agradable. ¿Lo promete?

—Nada me daría más placer. Como usted sabe, mis planes aún son algo vagos. Tendré que aceptar lo primero que se presente, y solo Dios sabe dónde he de terminar.

—Pero antes nos veremos otra vez, estoy segura. Me alegra mucho, en todo caso, que no vaya usted a Shropshire. Fue una locura mía y de Thomas haber pensado algo así; ahora me doy cuenta de que no habría funcionado. Y muchas gracias por haberme escuchado: es usted un ángel de bondad. Es una desgracia —concluyó mientras le tendía la mano— ser amigo de una mujer tan egoísta como yo.

Mientras él le asía la mano y la apretaba con fuerza, ella continuaba sonriendo. Después no solo sonrió, sino que se echó a reír, asomándose a la ventana como si acabara de ver algo cómico en el parque.

Tan pronto como Brutt se hubo marchado, Anna tomó asiento y, sin permitirse un solo segundo de descanso, escribió una impulsiva carta para Eddie:

*Querido Eddie:*

*Por supuesto, no te lo pude decir mientras estaba comiendo, pero yo, en tu caso, tendría más cuidado al usar el teléfono de la oficina. Sin duda, no es simple saber cuándo uno traspasa la línea de lo permitido, pero me temo que esta vez te has excedido. Máxime cuando me he enterado de que Thomas y el señor Merrett piensan llevar un control de todas las llamadas personales que se hacen y se reciben en la oficina. Puede que la telefonista se haya quejado o algo así. No debes pensar que esto sea una descortesía por parte de Thomas y el señor Merrett: para ellos se trata de una simple cuestión de principios. Aunque las cosas marchan bien en la oficina, yo tendría algo de cuidado, al menos durante un par de semanas. Creo que debo decírtelo. Ya sabes cuánto deseo que te vaya bien allí.*

*Por más que tus amigos tengan muchas cosas que decirte, yo les pediría que esperasen a que estuvieras en tu casa. En tu lugar, los llamaría desde allí. Me temo que eso aumentará tu cuenta de teléfono, pero parece inevitable.*

*Tuya,*

*Anna.*

Después de escribir esta carta, Anna consultó el reloj. Si mandaba la carta por correo, estaría en manos de Eddie al día siguiente, por la mañana. Si la enviaba por medio de un mensajero especial, él la recibiría en cuanto volviese a casa, esa misma tarde. Esa es la hora en que las cartas producen más impresión. Así que Anna marcó el número de una mensajería.

A las cuatro y media de la tarde de aquel lunes, Lilian y Portia bajaban los escalones de la escuela de la señorita Paullie y entraban en Cavendish Square. Lilian había tardado un buen rato en lavarse las muñecas porque sus nuevas pulseras, aunque muy bonitas, le dejaban marcas en la piel. Ellas dos eran las últimas de una gran cantidad de chicas. Acostumbradas al silencio de la clase, la plaza parecía retumbar; los edificios altos e irregulares, con sus ventanas relucientes, brillaban a la luz de la tarde. Los árboles en medio de la plaza se mecían a causa del viento y dejaban ver los pálidos reversos de sus hojas. Al salir de las clases, las chicas se internaban en un mundo de piedra impermeable donde no podía penetrar la dulzura primaveral. Al divisar la metálica luz del sol en las ramas, tuvieron la impresión de que la primavera había dejado allí olvidadas sus huellas.

—¿Dónde vas ahora? —preguntó Lilian.

—Ya te lo he dicho: tengo una cita a las seis.

—Es lo que intento decirte: que todavía no son las seis. ¿Vas a tu casa a tomar el té o qué?

Muy nerviosa, Portia repuso:

—No iré a casa.

—Pues entonces podríamos tomar el té en alguna parte. Pienso que un poco de té le hará bien a tus nervios.

—Eres muy buena conmigo, Lilian.

—Me doy cuenta de que estás muy inquieta. Puedo verlo con claridad, por experiencia.

—Solo tengo seis peniques.

—Yo, en cambio, solo tengo tres. Después de lo que me ha ocurrido —dijo Lilian guiando a Portia por el borde exterior de la plaza—, creo que nunca deberías sentirte tímida conmigo. Puedes conservar mi pañuelo hasta esta noche, en caso de que te haga falta cuando te veas con esa persona, sea quien sea. Eso sí, hazme el favor de devolvérmelo mañana y no permitas que lo

laven, es un recuerdo especial.

—Eres muy buena conmigo.

—Cuando me pongo nerviosa, me olvido de comer; y, si trato de comer, lo vomito todo de inmediato. He pensado, mientras comía, que tú tienes la suerte de que no te ocurra eso ya que en casos semejantes uno atrae mucho la atención. Fue una pena que llamaras la atención de todo el mundo cuando te pescaron usando el teléfono de la señorita Paullie. Debo decir que yo nunca habría osado hacer algo así. Ella fue odiosa contigo, ¿verdad?

—Fue muy arrogante —dijo Portia, y sus labios volvieron a temblar—. Dice que soy una calamidad, que lo piensa desde el último semestre, cuando me descubrió leyendo esa carta que me enviaron. Según ella, todo se debe al modo en que me han educado.

—Tiene la edad exacta en que las mujeres empiezan a ponerse raras, ¿sabes? ¿Dónde me has dicho que tenías que verte con tu amigo?

—Cerca de Strand.

—Ah, ¿cerca de la oficina de tu hermano? —inquirió Lilian mirando a Portia con sus grandes ojos de color gris oscuro—. Pienso, Portia, que debes tener cuidado: un hombre poco fiable puede arruinarte la vida.

—Si no hubiera algo en qué confiar, ninguna persona nos gustaría.

—No veo el sentido de que seamos tan grandes amigas si no me confiesas que esa persona es Eddie.

—Sí, pero no estoy inquieta por su culpa: lo estoy por algo que ha ocurrido.

—¿Algo que ha ocurrido en tu casa?

—Sí.

—¿Tiene que ver con tu cuñada? Siempre me ha parecido una mujer peligrosa, aunque no quise decírtelo en su momento. Oye, no hablemos de esto en plena calle Regent porque la gente se pondrá a mirarnos. Iremos al A.B.C., enfrente del Politécnico: allí es menos probable que nos reconozcan. Y es más seguro que Fuller's. Trata de no perder la calma, Portia.

Era Lilian, de hecho, quien llamaba la atención al mirar fijamente a todas las personas. Al lado de su amiga con porte de diosa, Portia marchaba cabizbaja chocando contra las ráfagas del viento callejero. Cuando llegaron a la esquina, Lilian asió el brazo desnudo de Portia con una mano enguantada;

una apacible sensación animal subió por el codo de Portia hasta que se aflojó su tensa articulación. Se apartó un poco para mirar una alfombra de boda que cubría los peldaños de la iglesia de Todas las Almas, en Langham Place, y, como alguien que ha dejado atrás unas horribles convulsiones de ahogo, pareció brotar y flotar cual una muerta en la superficie soleada. Seguía los pasos de Lilian entre los autobuses con la ligereza de su pequeño cuerpo.

—Aunque puedas comer —le dijo Lilian posando los codos en la mesa de mármol y tirando de las puntas de sus guantes (Lilian nunca descubría ninguna parte de su cuerpo de manera inconsciente: al quitarse la bufanda o el sombrero montaba un pequeño espectáculo)—, en tu caso evitaría cualquier comida pesada.

Lilian llamó a una camarera y pidió lo que juzgó más apropiado.

—¿Te has fijado qué mesa más retirada he conseguido? —siguió diciendo—. Aquí podrás hablar con libertad. ¿Por qué no te quitas el sombrero en vez de echártelo hacia atrás todo el tiempo?

—Ay, Lilian, ¿sabes? En realidad, no tengo mucho que contarte.

—No seas tan humilde, querida. Has mencionado algo acerca de un complot.

—Tan solo he querido decir que han estado riéndose de mí.

—¿De qué se reían?

—Han estado comentando cosas.

—¿Dices que Eddie también?

Portia le lanzó a Lilian una mirada furtiva. Obedeciendo lentamente, se quitó el ingenuo sombrero que Anna había juzgado apropiado para su edad, y lo depositó entre ellas de forma conciliadora.

—El otro día —dijo—, ese día en que no pudimos ir juntas a casa, me encontré con Saint-Quentin Miller... ¿Te lo he contado ya? Estuvo a punto de invitarme a tomar el té con él.

Lilian sirvió un poco de té entre gestos de reprobación.

—No apruebo tu conducta —dijo—. Te encanta la idea de haber estado a punto de tomar el té con Saint-Quentin porque es escritor. Pero, en el fondo, te cae mal, ¿verdad?

—Eddie también ha sido escritor, por cierto.

—Dudo de que Saint-Quentin sea la mitad de lo malvado que es Eddie.



¡Reírse de ti con tu cuñada...!

—Ay, no, ¡yo nunca he dicho eso! ¡Nunca lo he dicho!

—No comprendo, entonces, por qué estás tan enfadada con ella. Me has dicho que no deseas volver a casa.

—Anna ha leído mi diario.

—¡Madre mía, Portia! Ignoraba que tú...

—Nunca se lo he contado a nadie.

—Eres un enigma, admitámoslo. Pero, en todo caso, dime, ¿cómo se ha enterado ella?

—Yo no se lo he dicho a nadie.

—¿Me juras que no se lo has dicho a nadie?

—Bueno... Nunca le he dicho nada a nadie, salvo a Eddie.

Lilian alzó los hombros, enarcó las cejas y echó más agua caliente en la tetera, todo ello con una expresión que Portia no osó interpretar.

—Vaya, vaya —dijo—. Ya no sé qué más necesitas pues lo tenemos todo, ¿verdad? Todo lo necesario para lo que yo llamo un complot.

—Yo no me refería a un complot de esa clase.

—Oye, prueba esta tarta. Tienes que comer. De lo contrario, me temo que la gente nos mirará. ¿Sabes qué? Pienso que no estás en condiciones de andar a pie hasta Strand. Si no te comes la tarta, podemos ir en taxi. He de acompañarte, Portia: mejor que él vea que tienes una amiga.

—¡Pero él es un amigo! Siempre ha sido mi amigo.

—Además, voy a esperar —prosiguió Lilian— porque sé que todo esto puede ponerte los nervios de punta.

—Eres muy amable, pero prefiero ir sola.

El dolor, indudablemente, rebaja nuestra posición en el mundo. El privilegio aristocrático del silencio, como muy pronto descubrimos, se corresponde tan solo con el estado de felicidad o, al menos, con cierto estado en que el dolor se mantiene dentro de límites razonables. Cuando llega a su pleno poder, el sentimiento se vuelve subversivo y violento: la parte más orgullosa de nuestra naturaleza resulta maltrecha. Es entonces cuando las personas que se apiñan ante cada accidente, las que prefieren las muertes, los nacimientos o las enfermedades, pues han perdido toda contención, huelen lo que está en el aire y aparecen en el acto con una especie de macabra buena

voluntad. Uno se sabe condenado apenas ve los buitres en el cielo; son, más bien, los cuervos de Elías<sup>12</sup> pues traen la noción de que la pesadumbre más personal posee una pasmosa universalidad. En ellos, la naturaleza humana exhibe su sabiduría más burda, su eficacia, sus cálculos más infalibles, su más bajo nivel, tan bajo que no puede descenderse más. Los accidentes se convierten en propiedad humana; solamente una especie de miedo a la vida, un miedo a lo universal de nuestra naturaleza, hace que reivindicemos el carácter privado del dolor. En sociedades más ingenuas, más humildes o más nobles, el sufriente se vuelve una propiedad pública; el espectáculo de cualquier desastre pronto pierde su aislado rubor. El adecuado comentario acerca de la pena, el comentario que la eleva a poesía, no proviene de la palabra certera, del silencio perspicaz e intachable, sino del coro de los amigos no solicitados, vulgares amigos que son ajenos a la inteligencia y a la sensibilidad.

De hecho, no hay nadie que nos consuele, ningún confidente que nuestro instinto no quiera rechazar aunque sea a medias. El desenfreno, la explosión de lágrimas y palabras, el desborde del dolor privado se produce, como una convulsión, en circunstancias que uno no habría elegido jamás. Los confidentes *in extremis* —con su talento para aparecer y su poder de suscitar convulsiones que nos alivian— son, con demasiada frecuencia, aunque no siempre, individuos ociosos, morbosos, triviales, adolescentes o personas que han visto un vacío que ansiaban llenar. A estas personas no les enseñaríamos, en momentos más dichosos, ningún resorte secreto de nuestra persona: ni el orgullo de nuestro amor ni nuestras ambiciones ni nuestras esperanzas. Con estos individuos nunca compartiríamos el delicado placer de vivir pues resulta imposible dialogar con ellos. Pero sus torpezas, intromisiones e ineptitudes resultan posibles cuando uno no puede tolerar un contacto hecho de ternura. Cuanto más delicada es un alma y más elevada es la esfera en la que aspira vivir, tanto más bajo cae e incluso se sumerge en el dolor: acabará llorando entre mendigos y pordioseros porque al lado de ellos disminuye la vergüenza de ser infeliz.

Así pues, aquella insoportable tarde de lunes, dos días después de que Portia viera a Eddie y a Anna (y a casi una semana de la revelación de Saint-Quentin: tiempo suficiente para que en ella madurase como un árbol la

sensación de haber sufrido dos traiciones íntimamente vinculadas), nadie podía ser más oportuna que Lilian. El escándalo del teléfono en la escuela de la señorita Paullie, justo antes de la comida, había sido una buena ocasión para que interviniera Lilian. Que ella la hubiese descubierto lloriqueando en el guardarropa había conducido a Portia a una especie de zona subtropical en el país de sus sentimientos: nadie es más bondadoso que el narcisista cuando uno reacciona ante la vida de acuerdo con los términos de este. Ser consolada y comprendida por Lilian era como echarse a llorar en una cueva repleta de helechos cuyo aire es bochornoso y cuyas húmedas frondas nos rozan, nos desmoralizan y nos apabullan. El tamaño de todo se altera: cuando uno eleva su mirada con ojos húmedos, los árboles no parecen más amenazadores que los helechos. El sentimiento ficticio y el sentimiento verdadero vienen a ser más o menos lo mismo cuando nos toca sentir dolor. Los arabescos en el corazón de Lilian y la crueldad de aquel actor hacían que viera a Portia con fatídica benevolencia y, mientras apartaba el plato de la tarta, comenzó a hacer un cálculo mental del dinero que llevaba encima y del precio del viaje en taxi.

—En fin, como te parezca —dijo—, ya que eres capaz de cometer la imprudencia de ir sola. Pero no hagas que el taxi se detenga en el lugar al que vas realmente. A lo mejor alguien te sigue para extorsionarte. Nunca se sabe.

—Tengo que ir a Covent Garden, simplemente.

—Pero, querida, ¿por qué no lo has dicho antes?

## 4

Eddie no pensaba que Covent Garden fuera un buen lugar para organizar una cita, pero no había tenido tiempo de pensar en otro; su charla telefónica con Portia se había cortado, del lado de ella, en el instante justo en que él empezaba a decir que acaso podían encontrar un sitio mejor. Aun así, se sentía bastante aliviado de haber podido desechar la primera opción que ella le había dado, pues Portia le había propuesto encontrarse en el vestíbulo de Quayne & Merrett. En sí, esto era muestra suficiente de cuán inquieta y nerviosa estaba ella, pues Portia siempre había sido discreta en extremo, y respetuosa con la oficina de Thomas. Llegaría trastornada a la cita, se dijo Eddie. Craso error.

No era aquella semana la más propicia para un encuentro así, pues el vínculo de Eddie con la firma Quayne & Merrett (más allá de los incidentes telefónicos que —de momento— sabía por boca de Anna) atravesaba una fase incierta. Eddie había irritado a bastantes empleados paseándose por la oficina como si viniera de un país de clima más soleado. Además, se había tomado esos fines de semana un poco largos. Y la ausencia de Thomas, combinada con cierta susceptibilidad por parte de Merrett, lo había hecho caer en excesos de frivolidad: se había mostrado muy desenvuelto, había estado ineficaz en la producción de copias y sus modales habían sido más evasivos e insolentes de lo que allí se consideraba aceptable, como por cierto ya le habían informado. Acababa de recibir tres notificaciones de lo más deprimentes con las iniciales de Merrett, y sentía cernirse sobre su cabeza la amenaza de una entrevista que prometía ser determinante. Había protagonizado una escena indecorosa, en un bar de la zona, con un joven de muy baja extracción social que Merrett había

reclutado. Tras aquel incidente, le habían advertido de que no podía tomarse tantas libertades por el simple hecho de ser el niño mimado de la señora Quayne. Normalmente, ese era el momento en que el otro debía romperle los dientes a causa de su insolencia, pero Eddie había intentado mostrarse simpático, gracioso y por nada del mundo sorprendido. Eso causó un pésimo efecto, naturalmente, y el hecho de que le saliese una risita tonta en el peor momento tan solo logró empeorar las cosas. Pero el colmo habría sido encontrar a la hermana menor del señor Quayne sentada en la salita de entrada.

Covent Garden, poco después de las seis de la tarde, no era un lugar muy alegre que se diga, con sus pórticos y sus arcadas. En los espacios vacíos, en las fachadas semejantes a decorados teatrales raídos, gastados bajo la brillante luz del día, las sombras se acumulaban con frialdad y desde el cielo parecía abatirse sobre la ciudad una nerviosa marea. Aquí y allá, unos pedazos de papel, más que volar, se arrastraban desganadamente. El lugar causaba una impresión de desnudo desamparo, como si aquel abandono fuera definitivo. Londres está lleno de páramos de ese tipo; de momentos en que el espejismo de nuestra nerviosa existencia se desmorona de repente. Covent Garden actuó como un disolvente en Eddie, que se movía de acá para allá como un gato.

Entonces divisó a Portia. Le estaba esperando en un lugar que no era, pensó, el convenido. El modo paciente con que ella sostenía su pequeño bolso, la cabeza ladeada, la delgada y estrecha franja de sus brazos apenas cubiertos por unas mangas cortas y unos minúsculos guantes, todo ello impactó en la zona de su cuerpo donde teóricamente le latía el corazón: verla le causaba una mezcla de irritación y jovialidad a partes iguales.

—Vaya, has tenido que meterte una buena caminata —le dijo—. Me siento muy halagado, cariño.

—He venido en taxi.

—¿En serio? Oye, ¿qué diablos ha ocurrido? ¿Es que sufriste un desmayo mientras charlábamos por teléfono? Lo único que estaba haciendo era tratar de encontrar un sitio mejor para nuestro encuentro.

—No veo nada malo en este lugar.

—Sí, pero me has desconcertado al cortarme de esa manera.

—Estaba usando el teléfono del estudio de la señorita Paullie. Ella entró y

me pescó hablando. No nos permiten llamar desde allí. Como mucho podemos pedir que la gente envíe un mensaje en nuestro nombre.

—Y te has metido en un buen lío, imagino. ¿Quién pudiera volver a ser joven!

—No soy tan joven como tú crees.

—*In statu pupillari*. ¿Adónde vamos?

—¿No podemos simplemente andar un poco?

—Como quieras. Pero andar no es muy divertido que se diga.

—No pretendo que lo sea.

—No. Y eso no suena tampoco muy prometedor —añadió Eddie echando a caminar lo más deprisa que pudo para que ella fuera incapaz de seguirlo—. Oye, cariño, lo siento mucho por ti, pero no deberías exaltarte de este modo. Pienso que leer tu diario fue una inmoralidad por parte de Anna, pero recuerda que yo siempre te he dicho que no lo dejaras abandonado por ahí. Por fortuna, tuve la buena idea de hacerte jurar que no ibas a escribir sobre nosotros. Porque supongo que no lo habrás hecho, ¿verdad? —añadió, mirándola de reojo.

—Ahora veo por qué me pediste que no lo hiciera —respondió Portia con voz entrecortada.

Una mueca desfiguró visiblemente el rostro de Eddie.

—¿Qué diablos intentas decirme? —le preguntó.

—Por favor, no te enfades... Por favor, no te enfades conmigo. Tan solo dime si le has hablado a Anna de mi diario.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Como una especie de broma. Como parte de esas charlas en broma que siempre tienes con ella.

—Mi pobre niña. Para tu información: no, yo no le he dicho nada. Y el caso es que... —Portia lo observaba muda.

—El caso es que... —siguió diciendo él— es ella quien me lo ha contado todo a mí.

—Fui yo quien te hablé de ello, Eddie.

—Sí, pero ella me lo había contado antes. Desde hace un tiempo, vive pendiente de tu diario. Como sabes, Anna puede ser espantosamente indiscreta.

—De modo que, cuando te conté que yo llevaba un diario, ¿tú ya sabías de su existencia?

—Sí. Lo sabía. Pero, cariño, me parece que estás haciendo un mundo de todo esto. Toma, por ejemplo, el caso de tu diario. Es un diario muy sincero, abunda en reflexiones inteligentes y es delicado, como tú, pero ¿es acaso un hecho extraordinario que lleves un diario? Casi todas las chicas escriben diarios.

—Entonces, ¿por qué has fingido que significaba algo especial para ti?

—Me agradaba oírte hablar de ello. Me conmuevo cuando me cuentas algo.

—Y has permitido todo este tiempo que siguiera escribiéndolo, sin decirme nunca nada. Mientras tanto, has de saber que he escrito algunas cosas acerca de ti, por supuesto.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Eddie deteniéndose de golpe—. Y yo que pensaba que podía confiar en ti...

—¿Por qué te avergüenzas de haber sido amable conmigo?

—Porque el diario era algo entre tú y yo. No me gusta que Anna se entrometa.

—¿Así que no te interesa el resto de mi vida? Reconozco que no hay mucho que decir del resto de mi vida, pero mi diario soy yo. Yo en persona. ¿Cómo podría dejarte afuera?

—De acuerdo, prosigue: haz que me odie a mí mismo... A propósito, ¿cómo lo supiste?

—Saint-Quentin me lo contó.

—Ese tipo es un sinvergüenza.

—No veo por qué dices eso. Él ha actuado de buena fe.

—Lo más probable es que estuviera harto de Anna. Hace mucho tiempo que ella le cuenta cosas sobre tu diario... Por el amor de Dios, cariño, no te echas a llorar aquí.

—Lloro porque me duelen los pies.

—Pero te he dicho que por favor no lo hagas, y mucho menos mientras andamos por estas malditas calles. Te lo suplico, ¡no debes llorar aquí!

—Lilian vive pensando que la gente nos observa. Y ahora eres tú quien actúa como Lilian.

—Tengo que parar un taxi.

En medio de un sollozo, Portia dijo:

—Solo me quedan seis peniques. ¿Tú tienes dinero? —y permaneció inmóvil mientras Eddie iba en busca de un taxi, volvía con uno y le daba al conductor la dirección de su edificio.

Una vez dentro del taxi, mientras dejaban atrás Henrietta Street, él la abrazó penosamente, hundiendo la cara, de forma desesperada, allí donde el pelo de ella se enredaba con la oreja.

—Por favor —dijo—, por favor, cariño, detente. Bastante mal andan las cosas...

—No puedo, no puedo, no puedo...

—De acuerdo, llora si eso te consuela. Eso sí, no me hagas esos reproches tan terribles.

—¿Le has contado a Anna lo de nuestro paseo por el bosque?

—Cuando uno se pone a hablar...

—Pero fue en el bosque donde te besé.

—No estoy preparado para que me ocurran cosas así, cariño. Debería existir un mundo especial, creado solo para nosotros dos. ¿Por qué tenemos que vivir en este estado de inocencia cuando todo alrededor ha perdido su virtud? ¿Cómo pretenden que maduremos si no nos dejan ninguna clase de legado, si todo cuanto debería nutrirnos está caduco o corrompido? No, no mires. Sigue así, escondida en mí.

—Pero tú no estás escondido: tú ves lo que ocurre todo el tiempo. ¿Dónde estamos?

—Cerca de la estación de Leicester Square. Doblando a la derecha.

Portia se movió entre los brazos de Eddie, levantó la mirada y distinguió la fría luz diurna reflejada en sus ojos dilatados. Logrando soltar un brazo, tapó los ojos de Eddie con una mano y le dijo:

—¿Por qué no podemos cambiar las cosas?

—Porque hay muy pocos como nosotros.

—No, tú no quieres realmente cambiar nada. Te limitas a jugar conmigo y nada más.

—¿Eso piensas? ¿Que estoy jugando...?

—Sí. A una especie de juego espantoso. Y no permites que yo interfiera de



ningún modo. Te agrada más despreciar que amar. Finges tenerle miedo a Anna, pero es a mí a quien temes realmente.

Eddie apartó la mano con la que ella le había tapado los ojos y la sostuvo con firmeza.

—Así eres —continuó ella—, y no permitirás que me quede contigo.

—¿Cómo puedes pensar eso? Eres muy infantil, cariño.

—Lo dices porque digo la verdad. Te vuelves horrible cuando yo no estoy. No, no me abrases. Deja que me siente erguida. ¿Dónde estamos ahora?

—Solo quería darte un beso... En Gower Street.

Sentada en su rincón del taxi, Portia intentó devolverle la forma al sombrero aplastado golpeándolo con la rodilla. Acható el lazo de la cinta con los dedos, apartó un poco la cabeza y dijo:

—No. No me beses ahora.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece que lo hagas.

—Eso quiere decir —sostuvo Eddie— que no lo he hecho en el momento en que deseabas que lo hiciera.

Ella empezó a colocarse de nuevo el pequeño sombrero con una sonrisa, como si nada le importara, como si todo aquello hubiese ocurrido muchísimo tiempo antes. Las lágrimas que había vertido tras esa serie de ligeras convulsiones —sentidas por él, pero silenciosas— no habían hecho más que volverle más espesas las pestañas. Eddie pudo advertir todo aquello mientras le examinaba el rostro y, con un dedo ansioso, le enderezaba el sombrero.

—Últimamente te pasas el día llorando —dijo Eddie—. Es algo sencillamente espantoso, ¿sabes...? Estamos a punto de llegar. Dime, Portia, ¿dispones de mucho tiempo? ¿A qué hora te esperan en casa?

—Eso no importa.

—Cariño, no seas ingenua. Si no regresas, alguien se alarmará. ¿Hace falta, realmente, que vengas? ¿Y si nos vemos en tu casa?

—¡No es mi casa! ¿Por qué no puedo ir a la tuya?

Entrelazando las manos, enfundadas con elegancia en sus pequeños guantes, Portia ladeó la cabeza y añadió con una especie de murmullo:

—¿O es que has invitado a alguien?

El taxi se detuvo.

—De acuerdo, de acuerdo. Baja. Creo que has leído demasiadas novelas.

La tarea de pagar el taxi y encontrar el llavero, de retirar las cartas del buzón y guiar después a Portia escaleras arriba, todo ello mantuvo ocupado a Eddie hasta que empleó una segunda llave y logró abrir la puerta de su habitación. Pero sus nervios acababan de pasar por un estado de alerta tan indecoroso que temía encontrarse con una silueta fatídica junto a la ventana o de espaldas al hornillo. En el estado en que se hallaba, sus enemigos parecían tener poderes sobrenaturales y ser capaces de pasar a través de las cerraduras o de sólidas puertas de madera. La escena con Portia había sido bastante llevadera hasta el momento, pero las nubes de tormenta empezaban a hincharse de modo perceptible, a desprenderse como pedazos de revoque negro, de forma todavía amable, por encima de su cabeza. Y, sin embargo, allí no había nadie. La habitación, fría y llena de un aire viciado, olía al desayuno y a los cigarrillos de la noche anterior. Colocó las dos cartas (una de ellas traída «por mensajero», sin estampilla) en el centro de la mesa, abrió la ventana y apoyó una rodilla en el suelo con la intención de encender la estufa de gas.

Con pasos como de grulla, propios de una persona muy alterada, Portia iba y venía por la habitación examinándolo todo hasta el menor detalle: los dos sillones con sus resortes vencidos, el espejo empañado, el diván con su tela azul arañada, los almohadones descuidadamente enfundados en una tela del mismo color azul pálido, la montaña de libros extranjeros desparramados de cualquier manera por las estanterías. Había estado antes allí: había ido dos veces a visitar a Eddie. Pero tenía la impresión de ser alguien que, por haber perdido el hilo de un libro o por haberse confundido en su interpretación de lo que leía, debe dar marcha atrás y volver sobre sus pasos.

Solo alguien de mente más diestra y con mayor experiencia podría haber aprendido algo del lugar en que vivía Eddie. Si el interior mostraba alguna afectación, se debía a que conservaba la aridez de la vida universitaria: el gusto inmaduro, la falta de tacto engendrada por el roce con grandes objetos simples (mesas, armarios) que encima no le pertenecen. Los sillones de asiento cóncavo y el apelotonado diván sugerían una comodidad bastante brutal. La ardua labor que significaba para Eddie exponerse ante el mundo no terminaba cuando volvía a su domicilio, pues allí solía recibir visitas, aunque él prefería sugerir, con toda clase de actitudes negligentes, que eso le tenía sin

cuidado. Más allá de sus manías de solitario, había creado un paisaje fantasmal donde los armarios y las mesas parecían acantilados u opacos estanques sin fondo. La sensación que tenía ella (al menos como mujer) era que aquel hombre fundamentalmente sencillo y más bien anticuado, vivía de ese modo cuando llegaba por la noche y se ponía las zapatillas. En las paredes oscuras, amarillentas por el humo, en las maderas sin lustrar, esa neurosis, por supuesto, no alcanzaba a dejar huella. Ser recibido por Eddie en aquel lugar tan sofocante podía interpretarse bien como un gesto de confianza o bien como una insolencia. Si alguna vez ponía un ramo de flores (nunca flores muy bonitas) en el único florero de buena calidad que había en la estancia, la concesión resultaba hasta conmovedora. Y no era eso lo único conmovedor: el olor a ceniza en la alfombra, a polvo acumulado en los libros y a té olvidado en la tetera, dotaban al lugar de una suerte de aquiescencia pesimista. No todo era una farsa: Eddie necesitaba que se ocuparan de él; no era estético; desdeñaba las pequeñas comodidades y asociaba el buen vivir a una situación económica a la que ciertamente no podía aspirar. Aceptaba (con un deje de arrogancia) el horrendo mobiliario que le había tocado en suerte en aquella habitación alquilada. Ejercía el derecho de husmear en las habitaciones de todos sus amigos —de husmear sus gustos, la lozanía y la inventiva de sus interiores— con una mirada fría, mordaz y distante. De haber contado con algo más de dinero, sus muebles y sus paredes habrían estado estampados en elegantes colores oscuros, como el rojo afrancesado de las novelas de Bourget: colgaduras, lámparas de cuarzo, bronce alegóricos, espejos, una pianola quizá, un voluptuoso diván y flores de aspecto pecaminoso *en jardinières*. Como era habitual en el caso de personas de extracción humilde como él, su escaso discernimiento en materia de gusto arrastraba unas cuantas décadas y además poseía un excitante tono de inmoralidad. Su suspicacia animal, su melancolía, la moralidad subyacente de su clase social, el miedo a que un terrible percance le obligara a abandonarlo todo de pronto, todas esas eventualidades no estaban previstas en sus escasos sueños de suntuosidad, pues hay una cierta estrechez en las fantasías que se combinan únicamente con la parte más explícita del ser. Por fortuna, él conservaba casi en secreto sus gustos personales, y esa habitación se había convertido en un *tour de force*, no solamente por tener que vivir en ella (no le quedaba más remedio), sino

también por el hecho de que tuviera que mantenerla y pagarla. Era capaz de convertir esa habitación (que ni siquiera era un ático) en un factor especial, incluso en el factor clave de sus vínculos con las personas más molestas que conocía...

En el florero había unas margaritas rojas, moribundas, indicio de que alguien, la semana anterior, había pasado por allí a tomar el té.

—Eddie. Tus flores se han marchitado.

—¿En serio? Pues tíralas a la basura.

Portia retiró el ramo del florero y escrutó los tallos viscosos y podridos con una suerte de involuntaria repulsión.

—Ya era hora —dijo Eddie—. Tal vez ese era el motivo de que oliese tan mal... Tíralas a la papelera, cariño. Bajo la mesa. Allí, ¿ves?

Eddie cogió el florero, y se disponía a llevarlo al baño, cuando a su espalda escuchó un goteo: Portia seguía allí de pie, con las margaritas en la mano.

—Eddie —le dijo.

Él se sobresaltó.

—¿Por qué no abres la carta de Anna?

—¡Dios mío! ¿Hay una carta de ella?

—Me refiero a la que acabas de recoger. La que no tiene sello...

Eddie se detuvo, siempre con el florero en la mano, y soltó una risita tonta.

—¿No tiene sello? —dijo—. ¡Vaya, qué curioso! Debe de haberla enviado con un mensajero. Sí, ahora que lo dices me pareció reconocer la letra de ella.

—Es bastante lógico que la reconozcas —comentó Portia con frialdad, y dejó las margaritas en la mesa observando cómo poco a poco formaban una mancha viscosa en el mantel.

—Entonces, la abriré yo —dijo tras coger la carta.

—Cierra la boca. ¡Y deja esa maldita carta en paz!

—¿Por qué? ¿Por qué debo dejarla? ¿A qué le tienes miedo, Eddie?

—Primero y principal, es una carta para mí. ¡No seas tan indiscreta!

—Pues, entonces, léela. ¿A qué le tienes tanto miedo? ¿Cuáles son esos secretitos que compartes con Anna?

—No puedo contártelos: eres demasiado joven.

—Eddie...

—¡Déjame en paz, maldita seas!

—No me importa que me maldigas. ¿De qué habláis Anna y tú?

—Bueno, muchas veces hablamos de ti...

—Pero hablabais de otras cosas antes de que me conocieras, ¿no es verdad? Antes de que tú me dijeras que me amabas, o algo por el estilo. Recuerdo haberos oído hablar en la sala, mientras subía o bajaba las escaleras, antes de que eso me importara lo más mínimo. ¿Eres su amante acaso?

—No tienes la menor idea de lo que dices.

—Sé que es algo que me excluye. No me importa lo que has hecho, pero no puedo soportar las cosas que ahora pienso que haces.

—Entonces, ¿por qué insistes en hacer preguntas?

—Porque aún estoy esperando a que me digas que realmente deseabas decirme otra cosa.

—Pues bien, sí: soy el amante de Anna.

—Vaya... ¿Lo eres?

—¿No me crees?

—No tengo modo de saberlo.

—Parece que la noticia no te ha impresionado mucho. ¿Para qué tanto alboroto si no sabes lo que quieres? Por cierto, no soy su amante. Ella es demasiado astuta y cautelosa, y dudo que sea capaz de sentir pasión alguna. Prefiere ser una fuente de problemas para los demás.

—Entonces, ¿por qué tú...? Quiero decir, ¿por qué?

—Lo malo contigo es que, desde un principio, siempre has querido analizarme.

—¿Eso hago? Pero tú has dicho que nos amábamos.

—Antes eras mucho más amable y mucho más dulce conmigo. Sí, eras la única persona, ya te lo he dicho más de una vez, que yo podía amar con naturalidad. Pero estás muy cambiada desde que has vuelto de Seale.

—Matchett opina lo mismo... Eddie, ¿por qué no apagas la estufa?

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? ¿Qué ha hecho que te encuentres mal? ¿Por qué no te sientas?

Eddie rodeó velozmente la mesa con una mirada severa, como desafiándola a derrumbarse, a desaparecer de su vista. Después, puso una

mano como de piedra en el hombro de Portia y la empujó hasta hacer que se sentara en un sillón. Su aguda insensibilidad no era fingida: se sentó en el brazo del sillón, cosa que acostumbraba a hacer, miró audazmente el aire por encima de la cabeza de ella y se echó a reír como si todo aquello fuese absolutamente natural.

—Si te mueres aquí, cariño, harás que pierda mi empleo —dijo antes de quitarle el sombrero y dejarlo en el suelo—. Eso es, mucho mejor. Ojalá fumaras —añadió—. ¿Sigues deseando que apague la estufa? ¿Y por qué habrías de morirte?

—Has dicho que lo nuestro se acabó —explicó Portia mirándolo a los ojos.

Pasaron un rato sosteniéndose la mirada con gesto incrédulo hasta que Eddie cedió y dijo:

—¿Piensas que me he portado mal?

—No tengo modo de saberlo.

—Me gustaría que tuvieras algún modo de hacerlo —dijo él y, tras fruncir el ceño y hacer con sus labios un mohín que parecía resucitar el fantasma de otras charlas más felices, agregó—: Porque yo no lo sé. ¿Lo sabes tú? Tal vez yo sea una especie de monstruo; la verdad es que no tengo ni idea... Las cosas que debo decir, al parecer, nunca antes debieron ser dichas. ¿Es mi vida realmente tan horrenda y extraordinaria? No tengo modo de saberlo. Ojalá fueras mayor: querría que supieras más cosas.

—Tú eres la única persona que yo...

—Ahí. Ahí está el maldito problema... Eso es exactamente lo que quiero decir: que no sabes aún lo que debes esperar.

Sin apartar del rostro de Eddie sus ojos ansiosos (unos ojos desesperadamente concentrados, como si quisieran aprender una lección), Portia dijo:

—Después de todo, nada de lo que sucede ha sucedido antes. Quiero decir que tú y yo somos lo primero que hemos podido ser.

—Casi toda la gente, Portia, te da lecciones sobre la vida. Todas las mujeres que he conocido, excepto tú, parecen saber cómo funciona todo. No me importa si ahora estás confundida, pero lo cierto es que vives dispuesta a saltarme al cuello desde el día en que me preguntaste por qué le cogí la mano

a esa chica. Tú esperas que cada maldita cosa sea buena o mala, y que se haga con toda el alma. Hasta donde alcanzo a entender, tal vez tengas razón. Pero algo así es sencillamente intolerable. Me hace sentir que estoy volviéndome chiflado. He empezado a vivir de determinada manera porque es la única forma en que puedo vivir. Me doy cuenta de que te hago daño, pero ¿cómo puedo saber si no es todo culpa tuya por ser como eres? Quizá no eres más sensible y vulnerable que los demás, y simplemente sucede que te gusta más llamar la atención. Tiendes a aplicar los mismos criterios desesperados para todo... Por ejemplo, como te he dicho que te amo, esperas que sea tan bueno contigo como tu madre. Tienes muchísima suerte de haber hallado a alguien con cierto grado de inocencia, como yo. A alguien como yo, que nunca te ha engañado, ¿no es verdad?

—Has hablado con Anna, le has contado...

—Eso no viene al caso. ¿Alguna vez te he mentido?

—No lo sé.

—Vamos, dime, ¿te he mentido o no? Si yo no fuera inocente, tan inocente hasta el punto de ser deforme, ¿me pondrías en semejante estado? Cualquier otro hombre te habría dado ya un golpecito en el mentón, habría roto contigo y se habría mofado después tildándote de niña tonta.

—Tú te has mofado de mí. Te has reído de mí con ellos.

—Bueno, cuando estoy con Anna, te admito que sí nos pareces un poco cómica. En realidad, pienso que a todos, salvo a mí, les pareces un poco cómica. Tus valores son los de una lunática y tienes una especie de instinto infalible para rodearte de otros lunáticos, de otras personas tan extraviadas como tú o quizá más. Sabes bien que no soy un canalla y yo sé bien que tú no estás loca. Y, sin embargo, Dios mío, ¡tenemos que vivir en este mundo!

—Tú me has dicho que este mundo no te agrada. Me has dicho que es infame, que es perverso.

—Esa es otra cosa que haces siempre: me confrontas con todo lo que he dicho.

—Entonces, ¿por qué proclamas que siempre me dices la verdad?

—Te he dicho la verdad porque me sentía seguro contigo. Ahora...

—¿Ahora no me quieres?

—Tú no sabes lo que dices cuando hablas de querer. Estábamos muy bien

juntos porque yo pensaba que nos entendíamos. Sigo creyendo que eres adorable, aunque a veces me aterrorizas. Siento que estás intentando que caiga en una especie de trampa. En la vida se me ha pasado siquiera por la cabeza acostarme contigo: la idea me parece absurda. Así y todo, te permito que me digas cosas horribles, cosas que nadie tiene el derecho de decirle a otra persona. Y supongo que yo también te digo a ti cosas horribles. ¿Te las digo?

—No sé qué es realmente una cosa horrible.

—Claro que no lo sabes. Resulta evidente que no lo sabes. Debe de ser que te falta algún sentido. Y la verdad es que estás volviéndome loco.

Eddie, que había estado fumando un cigarrillo tras otro, se incorporó y se alejó del sillón. Arrojó el cigarrillo al suelo, junto a la estufa de gas. Se detuvo a contemplar el fuego y después, casi de forma automática, se arrodilló y lo apagó.

—Ya es hora de que vuelvas a casa —dijo—. Son las siete y media.

—¿Quieres decir que te sentirías más feliz sin mí?

—¡Feliz! —clamó Eddie alzando las manos.

—Creo que hago felices a algunas personas (al comandante Brutt, a Matchett) cuando no tengo secretos. He hecho bastante feliz a la señora Heccomb; ella me dijo que... ¿Quieres decir que ahora sientes que podrías ser feliz sin mí, tan feliz como te sentías conmigo cuando pensabas que yo era diferente?

Con una expresión muy rígida, Eddie cogió las margaritas olvidadas sobre la mesa, dobló los tallos y lo arrojó todo con cuidado a la papelera. Echó un vistazo a la habitación, como en busca de algo que estuviese fuera de lugar. Después, sus ojos se posaron sobre la figura de Portia sin alterarse ni temblar, con toda la oscuridad de una inmutable turbación.

—Sin duda, es lo que siento en este momento —dijo.

Portia se inclinó de inmediato para recoger su sombrero del suelo. El tonto tic-tac del reloj y una campanilla de teléfono que sonaba en algún lado en la planta inferior llenaron el silencio mientras ella se ponía el sombrero. Para hacerlo, tuvo que librarse de la carta de Anna, que inconscientemente había tenido todo el rato en la mano: se incorporó y la dejó sobre la mesa. La mirada perdida de Eddie se posó en el sobre.

—Ay —dijo—, no tengo dinero. ¿Puedes prestarme, por favor, cinco



chelines?

—Para volver desde aquí no hace falta tanto dinero.

—Prefiero tener cinco chelines. Mañana te haré un giro postal.

—Sí, cariño, no dejes de hacerlo. ¿Te acordarás? Supongo que siempre puedes pedirle dinero a Thomas. Ahora mismo, ando un poco escaso.

Tan pronto como ella se puso los guantes, él le metió en la palma del guante derecho cinco chelines en monedas reunidas de mala gana. A cambio, ella le tendió la mano con el duro volumen situado en la palma.

—Bueno, adiós, Eddie —dijo sin mirarlo.

Ella hacía pensar en alguien que, al término de una visita demasiado larga, consciente de haberse demorado en exceso y de haber sido inoportuna, no encuentra el modo de marcharse con elegancia. La intolerable timidez social de Eddie y el intenso deseo que ella sentía de estar lejos de allí hacían que sus ojos viajaran de uno a otro punto de la alfombra.

—Te acompañaré. No bajarás sola las escaleras: este lugar está plagado de gente.

Con su silencio, ella expresaba: «¿Qué más pueden hacerme?». Esperó: él le puso la misma mano de piedra en el hombro, atravesaron la puerta y bajaron los tres pisos de ese modo. Ella reparó en ciertas cosas que no había visto al subir: las volutas que formaba, como olas pequeñas, el empapelado a lo largo de la escalera; las raspaduras en el rodapié color oliva; el caótico paisaje que ofrecía una de las ventanas del rellano; un pequeño cartel escrito a máquina y puesto sobre la puerta de un baño... Por infinitesimales momentos, durante el descenso, siempre con la mano de él sobre su hombro, se detenía a mirar aquellas cosas como si experimentase algún alivio al concentrarse en cada una de ellas. Sentía la silenciosa tensión de las otras personas, de todas esas vidas en las cuales no había reparado tras las puertas cerradas. El aire rancio de la casa, viciado de tantos pulmones, cargado con el polvo de tantos pies, subía por el hueco penumbroso de las escaleras pues no había ventana cerca del vestíbulo.

Ya en la planta baja, Eddie miró otra vez el buzón, por si había llegado el siguiente correo. Abrió audazmente la puerta de la calle y anunció que le buscaría un taxi.

—No, no lo hagas. Yo encontraré uno fácilmente... Adiós —dijo Portia con

una mezcla de vergüenza y timidez.

Antes de que Eddie pudiera responder (sentía, en algún rincón de su memoria, el contacto del hombro de ella bajo su mano), Portia había bajado ya las escaleras y había echado a correr por la calle. El paso de sus largas piernas, su carrera torpe y desbocada, hizo que se perdiera de vista con una velocidad que contrarió y alegró, al mismo tiempo, a Eddie. Las manos de ella se mecían con cada movimiento de su cuerpo: no cargaban nada y aquello le pareció extraño. La sensación de que algo faltaba contrarió a Eddie mientras subía de nuevo las escaleras.

Una vez arriba, se encontró, por supuesto, con que Portia había olvidado su bolso con todas sus notas y lecciones. Vaya problema, ¿cómo iba a devolvérselo sin hacer ningún comentario? Aquello le causaría nuevos contratiempos a la desdichada alumna de Cavendish Square, se dijo, tan disgustado que, con tal de distraerse, se puso a pensar en los líos en que se había metido Anna, más urgentes y peligrosos que los suyos. Después, sacó una botella de un armario, se preparó un trago, lanzó una de esas desafiantes carcajadas con que a menudo uno acompaña su propia soledad, se bebió la mitad del vaso, lo dejó sobre la mesa y abrió la carta.

Entonces leyó el mensaje de Anna referente al teléfono de la oficina.

## 5

El Hotel Karachi consta de dos casas en Kensington, las dos de gran altura, de estilo a la vez majestuoso y frágil, fundidas en una sola o, más que fundidas (pues su estructura apenas podría soportarlo), conectadas por unos arcos situados en varios puntos clave. Una de las dos inmensas puertas de entrada ha sido vidriada y clausurada; la otra se abre, hasta las doce de la noche, con solo presionar un picaporte redondo de bronce. El nombre del hotel, en deslustradas letras mayúsculas, puede leerse en la parte alta del pórtico. Se ha demolido el muro que separaba un vestíbulo de un antiguo comedor y se ha obtenido así la sala de recepción del hotel; el comedor de la otra casa sigue siendo el comedor y es bastante grande. Uno de los salones de la primera planta continúa siendo un salón. Las amplias habitaciones son majestuosas: en ellas hay amplios vacíos y nada es tan positivo como el espacio. Las chimeneas con sus pilastras, las puertas con sus pobres molduras, las ventanas de aspecto casi desnudo ocupan paredes desiertas: cuando oscurece, las luces eléctricas, muy altas, mueren allí, arriba, encima de sillones poco acogedores. Estas casas ganan poco al convertirse en hoteles, pero también pierden poco; ni siquiera en las que fueron hogares logra florecer la vida o, al menos, volverse entrañable. Estos fueron los hogares de una clase condenada desde un principio, sin privilegios naturales y sin gracia. Se edificaron para encerrar una niebla que nunca se va del todo. La dispepsia, los resquemores, la ostentación y los sabañones han gobernado las vidas de las familias que habitaron antes aquí.

En el Hotel Karachi, todos los recintos, salvo el salón, han sido divididos en dos o tres habitaciones más pequeñas: el lugar se asemeja a un laberinto. La

delgadez de los tabiques divisorios hace que amar o conversar se vuelva allí una cosa indiscreta. Los pisos crujen, las camas crujen; los cajones se despegan de los armarios con ruidosas convulsiones; los espejos se balancean hasta marear a quienes buscan verse en ellos. Solo hay más privacidad, aunque menos aire, en la zona de los áticos, cuyo espacio es muy pequeño para ser dividido.

El comandante Brutt ocupaba uno de estos áticos. En las últimas horas de ese lunes (pues ya era el fin del día, a menos que uno estuviera divirtiéndose o trabajando hasta muy tarde) se sirvió la cena. Los huéspedes cenaban a la luz del día o, mejor dicho, a la luz de los fantásticos reflejos de las fachadas de las casas situadas al otro lado de la calle. En el salón comedor, cada mesa había sido embellecida hacía pocos días con tres pequeñas ramitas de guisante. Aquella noche, varias mesas se hallaban vacías y las pocas parejas y grupos diseminados por el lugar no tenían mucho que decirse, abrumados, tal vez, por el lúgubre eco o por la sensación de estar cenando en un sitio desguarnecido. El único silencio que no parecía forzado era el del comandante Brutt puesto que él siempre comía solo. Las últimas dos familias con que había cruzado unas pocas palabras no estaban por ninguna parte, cosa que sucedía a menudo. Esa noche, como casi todos eran recién llegados, el comandante echó una mirada a las otras mesas preguntándose con quién podría entablar relación. A su modesta manera, empezaba a comprender el nulo interés que suscitaba en su calidad de hombre solitario. Así que se limitó a contemplar su plato y el espacio que flotaba por encima de él, procurando que los recuerdos de su comida en casa de Anna no echaran a perder la cena. Acababa de terminar sus natillas con ruibarbo cuando la camarera principal se acercó y le murmuró algo cerca del oído.

—No entiendo —reaccionó él—. ¿Una señorita?

—Pregunta por usted, señor. Está en el vestíbulo.

—Pero yo no espero a ninguna señorita...

—En el vestíbulo, señor. Dice que puede esperar.

—¿Significa que la señorita está ahora mismo allí?

La camarera asintió con la cabeza y le lanzó una especie de mirada desdeñosa. La buena opinión que tenía de él acababa de hacerse trizas: ahora lo consideraba ladino y poco galante. El comandante, azorado, analizó la

situación: tal vez fuera una broma, pero ¿quién iba a hacerle una broma a él? No era lo bastante pícaro como para tener amigos pícaros. La timidez o la obstinación hicieron que se sirviera otro vaso de agua y se lo bebiera antes de levantarse de la mesa: el ruibarbo suele dejar un gusto ácido en los dientes. Después, se limpió la boca, dobló la servilleta y abandonó el comedor a paso lento y cauteloso, consciente de que los comensales interrumpían sus charlas para seguirlo con sus ojos tristes.

Para el que llega de la segunda casa que conforma el hotel, la visión del vestíbulo se halla interrumpida por una fila de columnitas descalabradas que marcan el límite con el otro salón. En un principio, el comandante no vio a nadie en medio de la escasa luz. Feliz de que no lo vieran allí de pie, lanzando miradas, inspeccionó los sillones. Entonces, a lo lejos, divisó a Portia detrás de una silla, como dispuesta a huir si aparecía la persona indebida.

El comandante Brutt le dijo:

—Hola, hola... ¿Pero qué hace usted aquí?

Ella le miró como si fuera un animal salvaje que ya ha aprendido a temer a los seres humanos, y reaccionó como si él la hubiera obligado a estar allí. Parecía presa del miedo, como un pájaro extraviado, un pájaro algo perplejo después de haberse golpeado contra espejos y paredes.

El comandante se abrió paso entre los sillones y dijo con una voz más urgente y menos serena:

—Querida niña, ¿se ha perdido usted? ¿Se ha extraviado?

—No. He venido por decisión propia.

—Vaya, me siento halagado. Pero este hotel queda muy lejos de donde usted vive. Y a estas horas de la noche...

—Oh... ¿Es de noche?

—No todavía, pero yo acabo de cenar. ¿No es esta la hora en que usted debería estar cenando?

—No sé qué hora es.

La voz de Portia resonó en aquel salón de forma desvalida, a pesar de sus intentos por ocultar su desesperación. El comandante Brutt echó una rauda ojeada alrededor: el portero estaba ausente; no había llegado ningún nuevo huésped; los demás seguían en sus mesas pues aguardaban el queso y el café que siempre les servían allí. Rodeó la silla que la protegía de él, que los

mantenía en dos mundos separados, y sintió que Portia estudiaba con angustia su aproximación. Entonces, como un pájaro que estuviera aún en otra ventana, ella se abalanzó sobre él. Sus manos abiertas se asieron a las solapas de su chaqueta; sus dedos hurgaron la tela; su boca soltó una frase inaudible.

Cogiendo con suave firmeza sus codos fríos, él la apartó un poco.

—Calma, calma... Veamos, ¿qué ha dicho usted?

—Que no tengo adónde ir.

—Por favor, eso es absurdo, usted lo sabe... Cállese y trate de explicarme qué ha ocurrido. ¿Una pelea o algo por el estilo?

—Sí...

—Eso es malo. Bueno, no me cuente nada si no desea hacerlo. Quédese aquí un rato. Tómese un café o lo que quiera. Después la llevaré a su casa.

—Me niego a volver allí.

—Por favor...

—No. Allí no vuelvo.

—Por favor, siéntese.

—No, todos quieren que haga eso. Pero yo no quiero sentarme. Lo que quiero es quedarme.

—Pues entonces me sentaré yo. ¿Lo ve? Yo mismo me siento. Siempre me siento.

Después de soltarle los codos, el comandante la agarró de la muñeca e hizo que Portia se plantara frente a él como si fuera una alumna.

—Tengo una alta opinión de usted —le dijo—. Ya no recuerdo cuánto hace que no conozco a una persona que me haya impresionado tanto. Le suplico, por lo tanto, que no se comporte como una chiquilla histérica (cosa que usted no es) pues me coloca en una situación muy delicada. Olvide un instante ese asunto que la tiene tan nerviosa y piense en mí. Confío en que lo hará porque usted ha sido siempre muy buena conmigo, y eso yo lo valoro mucho. Al venir aquí a decirme que se ha escapado, me pone usted en una posición difícil frente a sus familiares, que son excelentes amigos míos. Cuando un hombre anda un poco solo, como ha sido últimamente mi caso, cuando un hombre siente que ha perdido contacto con el mundo, un sitio como el hogar de ellos, adonde se puede ir en cualquier momento y ser bien recibido, significa mucho, ¿me entiende? Verla a usted tan feliz en ese hogar ha sido maravilloso. Pero

también tengo una alta opinión de ellos dos. Portia, usted no querrá estropear mi relación con ellos, ¿verdad?

—No hay nada que estropear —dijo ella en un impiadoso susurro—. Usted es una de las muchas personas de las que Anna vive riéndose —y antes de proseguir levantó la mirada—. ¿Entiende lo que le digo? Anna siempre se ríe de usted. Dice que es muy patético. Se ha reído del color equivocado de sus claveles; por eso me los dio a mí. Y Thomas piensa que anda en busca de algo. No importa lo que usted haga, no importa cuántos puzzles me envíe, él desconfiará cada vez más y ella se reirá cada vez más. En cuanto usted se marcha, ellos se ríen. Usted y yo somos iguales.

Unos pasos en el vestíbulo, a sus espaldas, hicieron que el comandante Brutt volviera automáticamente la cabeza: la cena había concluido y los huéspedes empezaban a llegar.

—Debería usted sentarse —le dijo a Portia con inesperada severidad—. No querrá que toda esa gente se ponga a mirarla.

Dicho esto, colocó un sillón cerca del suyo, y Portia se sentó allí, aún sacudida por lo que ella misma acababa de decir. El comandante Brutt miró con suma atención a cuatro personas que se habían sentado no muy lejos de ellos. Portia, a su vez, lo miró mientras él miraba. El comandante había clavado los ojos en aquellas personas que, al ignorar lo que él acababa de oír de labios de Portia, se habían convertido en el cuadro mismo de la cordura. Hay momentos en que uno puede reconfortarse mirando caras insensibles o, por lo menos, que no han cometido ningún crimen. Cansado de mirar esos rostros sin obtener nada a cambio, el comandante bajó los ojos y permaneció sentado sin mirar siquiera a Portia. Ella sintió en ese momento lo impresionante del silencio. La proximidad de esa gente le provocaba ansiedad. La sensación de constituir el blanco de sus miradas hizo que se quedara quieta como una piedra, sin mover siquiera las manos.

Parecía no haber motivos para que el comandante Brutt levantara por fin los ojos del suelo. Apenas había empezado a rascarse la nuca cuando, en voz baja, ella propuso:

—¿No hay ningún otro lugar...?

Brutt frunció el ceño.

—¿No tiene usted una habitación aquí?

—He sido muy torpe...

—¿No podemos ir arriba? ¿No podemos ir a otro lugar?

—No sé qué me hizo pensar que a ellos les agrada recibirme... ¿Qué es lo que ha dicho usted?

—Que todos nos están oyendo.

Pero eso no tenía importancia. El comandante notó, con una sombría y curiosa aquiescencia, que otras tres personas pasaban entre las columnas y se sentaban allí. Acto seguido, unas damas más viejas, vestidas de un modo semiformal, atravesaron el salón rumbo a las habitaciones de la planta superior: formaban parte del mismo contingente.

Los ojos grises del comandante Brutt se toparon con los ojos oscuros de Portia.

—No, no hay ningún otro lugar —le dijo, y dejó pasar un rato.

Una charla se había iniciado en la otra punta del salón. El comandante añadió, en un susurro:

—Debe usted hablar más bajo. Y debe tener cuidado con lo que dice. No hay que hablar de esa manera.

—Pero ocurre que usted y yo somos iguales —murmuró Portia.

—Da lo mismo —insistió el comandante, con el ceño fruncido—, eso no cambia las cosas... Nada cambia las cosas. Usted no tiene derecho a darles este disgusto. ¿No se da cuenta de que es un juego sucio y peligroso? Voy a llevarla ahora mismo a su casa... Cuanto antes.

—Claro que no —repuso ella con asombrosa autoridad—. Usted no sabe lo que ha sucedido.

Estaban sentados casi rodilla con rodilla, formando un ángulo recto, y sus sillones se tocaban. El peligro que corrían y la urgente necesidad que sentía ella de impedir que él cometiera ese error hicieron que el salón y el resto del mundo no le importaran nada a Portia. Implacable, como una diosa, posó una mano pequeña, pero firme, en el brazo del sillón y tembló aún más cuando él dijo:

—Mi niña, no importa lo que haya ocurrido. Siempre será mejor que vuelva usted a casa y se olvide de todo.

—Comandante Brutt, aunque usted los odiara, no podría pedirme nada peor. Esto nunca ha de acabar. Además, Thomas es mi hermano. Pero no puedo



hablar aquí... ¿A usted le gusta este hotel?

El comandante tardó dos o tres segundos en reaccionar. Por fin, soltó una especie de gruñido y contestó:

—No me desagrada. ¿Por qué?

—Si usted se marchara mañana, lo que esta gente pudiese pensar no tendría ninguna importancia. Podría decirles que soy su sobrina, que no me sentía bien y que tuve que descansar. Y nosotros podríamos hablar en su habitación.

—Me temo que eso es imposible.

Ella insistió:

—¡Se lo ruego! Voy a echarme a llorar.

Ya estaba llorando, de hecho. Sus dilatados ojos oscuros empezaban a disolverse. Apretó los nudillos contra el mentón a fin de mantener la boca quieta, y con el otro puño se apretó el estómago, como si hubiese sentido la punzada de un dolor incontrolable. Moviendo los nudillos, musitó:

—He pasado el día entre gente y más gente... Solamente necesito media hora o veinte minutos. Entonces, si usted dice que debo...

El comandante se puso de pie y golpeó una mesa, haciendo que temblara un cenicero.

—Vamos a tomar un café —dijo en voz alta.

Atravesaron el arco del comedor rumbo a las otras escaleras (no había ascensor) y ella se le adelantó como un conejo. Él la seguía lenta y pesadamente, silbando con ostentosa calma mientras buscaba la llave de su habitación e iba rozando la barandilla en cada rellano con el paso perdido de un sonámbulo, que era su forma habitual de andar. Portia se había pasado el día entero subiendo escaleras. Sin embargo, su mirada se volvía más salvaje y menos crédula cada vez que, cuando ella volvía la cabeza, él le decía: «Arriba, arriba». Empezaba a pensar que aquella casa no tenía última planta, cuando por fin llegaron al ático. En Windsor Terrace, la planta más próxima al tragaluz encerraba los misterios de la vida de los sirvientes: era allí donde dormía Matchett. Bajo la luz del tragaluz del hotel, él se le adelantó y abrió la puerta silbando todavía más fuerte. Hasta ese instante, ella no lo había visto actuar con la autoridad que proviene de la posesión. Un segundo más tarde, Portia escrutaba dubitativamente una colcha color verde oliva y la ventana de

algo semejante a una penumbrosa casa de muñecas.

—Es un poco estrecho —dijo—, pero me hacen un precio especial.

Su ansiosa indolencia y sus precauciones (porque volvió a salir y golpeó las otras puertas para cerciorarse de que no había nadie en la planta) hicieron que ella no hablara al pasar junto a la cama ni al sentarse, de cara a la ventana, en el borde de la colcha.

—Bueno, aquí estamos —dijo él con una solemne alarma: acababa de comprender la situación en que se había metido.

El respaldo de su silla rozaba los cajones del armario. En el felpudo solo había lugar para sus pies.

—Bueno, prosigamos. ¿Qué la ha hecho llorar ahora?

—Toda la gente que hay por todos lados, todo el tiempo.

—Me refiero a por qué ha venido aquí. ¿De qué me ha dicho que está huyendo?

—De todos ellos. De las cosas que ellos hacen que sucedan...

Él la interrumpió y dijo discretamente:

—Pensé que ocurría algo en especial... Que había sucedido algo.

—Ha sucedido.

—¿Cuándo?

—Siempre, todo el tiempo. Nunca ha dejado de suceder. Fueron crueles con mi padre y mi madre, pero la cosa parece haber empezado antes. Matchett dice...

—No debe prestar atención a lo que dicen los sirvientes.

—¿Por qué? Matchett es la única que ve lo que sucede realmente. Ellos no creían que mi padre y mi madre fueran malos: simplemente los despreciaban y se reían de ellos. Eso nos volvía cómicos a los tres; ahora lo veo con claridad. Ahora veo que mi padre quería que yo perteneciera a algún lugar porque él no pertenecía a ninguno: por esta razón ellos han tenido que hospedarme en Londres. Me alivia que mi padre ignore cómo han salido las cosas. Supongo que él y mi madre no sabían que eran ridículos: creían haber hecho algo extraordinario (haberse casado fue extraordinario, sí), pero pensaban que la vida era muy simple para la gente que no hace cosas extraordinarias. Mi padre solía explicarme que la gente no vivía como nosotros: decía que nuestro modo de vida no era el corriente, por más que fuésemos felices. Estaba convencido

de que en algún sitio existía algo llamado «la vida normal»... Y por eso me envió con Thomas y Anna. Pero ahora veo que no es así: si él y yo volviésemos a vernos, le diría que la vida normal no existe.

—¿No es usted un poco joven para razonar así?

—No lo creo. Yo pensaba que a la gente, cuando es joven, se le permite esperar que exista una vida normal. Algo así parecía existir junto al mar, pero todo se enrareció en cuanto llegó Eddie y pude ver que hasta los Heccomb niegan la existencia de la vida normal. De lo contrario, ¿por qué le tuvieron tanto miedo a Eddie? Él solía decir que los locos somos él y yo, y a la vez parecía pensar que teníamos razón, pero hoy me ha dicho que estamos equivocados, que le horrorizo, y me ha pedido que me marchase.

—¿Es eso, entonces? ¿Se han peleado usted y él?

—Eddie me ha mostrado todos mis errores y no he sabido qué hacer. Dice que paso el tiempo juzgándolo, analizándolo. Que no puedo dejar de preguntarle por qué hace cada cosa que hace. Yo creía que deseábamos conocernos el uno al otro.

—Todos sufrimos golpes así: este es su primer golpe, supongo. Mi querida niña, ¿quiere usted un pañuelo?

—Tengo uno en algún lado.

Con un gesto automático, Portia sacó de un bolsillo un pañuelo arrugado, lo sostuvo un rato como para complacer a Brutt y luego, con la misma mano, hizo unos vagos movimientos.

—¿Cómo puede hablar usted de «primer golpe»? —dijo ella—. Esto no debe volver a ocurrir.

—Ay, uno olvida. Y a la larga siempre logra recuperarse, ¿sabe usted?

—No. ¿Ser adulto consiste en eso?

—¡Por favor! No es momento para que yo le cuente ciertas cosas. Usted querría matarme luego por ello. Pero me parece muy bien que haya terminado con ese joven. Sí, ya sé que no me corresponde criticarlo. Sin embargo...

—No se trata únicamente de Eddie —dijo Portia, atónita—. Gracias a él, yo me sentía más segura con los demás. Nunca imaginé que las cosas pudieran ser tan horribles. Estaba Matchett, pero se puso distante al enterarse de mi relación con Eddie: me apreciaba más cuando estábamos las dos solas. Yo no quería cometer errores, pero ella siempre estaba de muy mal humor, como si

quisiera que yo también lo estuviese. En cambio, Eddie y yo no nos enfadábamos nunca. Más bien nos serenábamos el uno al otro. Sin embargo, ahora he descubierto que él estaba con ellos todo el tiempo y que ellos estaban al tanto de todo. No puedo volver allí ahora que lo sé.

—Nuestros sentimientos se lastiman fácilmente: no es posible evitarlo. Pero tampoco se puede armar una guerra por eso. Una chica como usted, Portia, una chica realmente buena, no debe ahogarse en un vaso de agua. Siempre que las personas la traten mal, usted debe preguntarse de qué forma se tratan entre ellas. Claro que usted es todavía muy joven...

—No sé qué tiene que ver la edad con esto.

El comandante se movió en su silla, tan incómodo como un niño en la escuela, y miró con aire taciturno y perplejo sus viejos cepillos de caoba para el pelo, la caja de sus gemelos, sus tijeras para las uñas; era como si aquellos objetos, que habían viajado con él, fueran testigos de su relativa capacidad para seguir adelante en la vida hasta alcanzar un punto en el que uno llega a decirse que nada es muy importante.

Molesta en la cama de él, en aquella sórdida habitación, Portia no parecía pertenecer a ningún lugar, ni siquiera a ese. Despojada de aquel agradable hogar que había llegado a formar parte de ella, despojada también de sus deseos y sus esperanzas, Portia parecía golpeada y mostraba el aspecto adusto y temerario de una refugiada que rechaza toda forma de piedad, sobre todo aquella en la que reside el miedo.

—Véalo de este modo... —empezó a decir él, pero se perdió en una pausa. Comprendía hasta qué punto resulta ficticio eso que se llama «sentido común».

Pero el final de la frase no tenía importancia: ella apenas le habría escuchado. Reclinada sobre el respaldo de la cama, Portia apoyaba la frente sobre sus nudillos apretados. Su cuerpo estaba tensamente torcido; las piernas, como descoyuntadas, colgaban: sus delicados miembros, sus curvas, su inconsciencia la convertían en la viva imagen de un dolor prematuro. Es una dichosa ventaja que muy pocos comprendamos la realidad del mundo hasta que ya nos hemos confabulado con él. La fantasía infantil, como la vaina que recubre el tierno brote, no solamente protege, sino que además refrena el terrible y floreciente espíritu, y no solamente protege del mundo a la inocencia, sino también al mundo del poder de la inocencia.

—Bueno, ánimo —dijo el comandante Brutt—. ¡Estamos todos en el mismo barco!

Ella repuso, como si les hablase a sus nudillos:

—Yo pensaba que, cuando tuviese más años, me casaría con Eddie. También pensaba que todo sería diferente cuando eso ocurriera... Sin embargo, Eddie asegura que sabía que yo pensaba eso y que eso es lo que no le gusta.

—Cuando uno está enamorado...

—¿Lo he estado yo? ¿Cómo lo sabe? ¿A usted le ha sucedido?

—En mis tiempos —afirmó el comandante con cierta animación—. Y, aunque a usted le parezca raro, por una u otra razón nunca logré romper el hielo y todo se torció. Pero aquí estoy, después de todo, ¿no es cierto? —dijo inclinándose hacia adelante y haciendo crujir el sillón de mimbre.

Portia apenas lo miró. Después, apoyó la otra mejilla en los nudillos.

—Sí, aquí está usted —dijo—. Pero él me ha pedido hoy que me marchara. ¿Qué puedo hacer ahora, comandante Brutt?

—Tal vez le parezca rudo de mi parte, pero yo sigo sin ver por qué no puede usted volver a su casa. Todos tenemos que vivir en algún sitio, pase lo que pase. Hay que desayunar, comer y todo lo demás. Al fin y al cabo, ellos son su familia, su misma sangre...

—No, no es así. Mi sangre y la de Anna no son la misma. La cosa no puede seguir así: ella y yo nos avergonzamos la una de la otra. Ella ha leído mi diario y ha descubierto algo. No le gusta nada lo que ha leído, pero se burla de todo con Eddie: los dos se ríen de la relación que ha mantenido conmigo.

El comandante Brutt permaneció en silencio y, algo enrojecido, giró la cabeza para mirar por la ventana que quedaba detrás de su sillón. Después, mirando cómo se oscurecía el cielo, preguntó:

—¿Quiere decir que ellos dos son uña y carne?

—Eddie no es solo su amante. Es algo mucho peor que eso... ¿Sigue siendo usted amigo de Anna?

—No puedo olvidar que ella ha sido muy gentil conmigo. No sé si quiero hablar de esto ahora... En cualquier caso, si usted sintió que algo andaba mal en la casa, tendría que haber recurrido a su hermano.

—Él también se avergüenza de mí. Está avergonzado a causa de nuestro padre. Y todo el tiempo teme que yo me apiade de él. Cada vez que abro la

boca, me mira como si pensara: «¡No digas eso!». Claro que usted no lo conoce lo más mínimo y piensa que exagero.

—Por el momento...

—Pero es que este es un momento que no acaba nunca... No volveré a esa casa, comandante Brutt.

—Entonces, ¿qué quiere hacer usted? —preguntó él, con buen tino.

—Quedarme aquí... —dijo ella y se calló de repente, sintiendo que había dicho antes de tiempo algo muy importante que requería mayor cautela.

Entonces, frunciendo los labios, se levantó de la cama y se detuvo junto a él, de modo que, por estar ella de pie y él sentado, dominaba un poco la situación. Lo miró de arriba abajo, como si quisiera moverlo, sacudirlo, despertarlo, pero no supiese ni por dónde cogerlo. A ambos lados del cuerpo caían sus brazos rígidos, pero dispuestos a moverse en cualquier momento con ciega desesperación. No sabía o no quería adoptar una actitud de súplica. Desprovista de toda seducción, su invocación fue severa: él sintió que ella lo golpeaba como si tuviera un segundo corazón fuera de sus costillas.

—Quiero quedarme aquí con usted —dijo Portia—. Usted es bueno conmigo. Me escribe, me envía puzzles y dice que piensa en mí. Anna lo tilda a usted de sentimental, pero eso es lo que ella dice cuando la gente no siente nada. Podría hacer cosas para usted: podríamos tener un hogar y no nos haría falta vivir en un hotel. Dígale a Thomas que quiere quedarse conmigo y él le enviará mi dinero. Podría cocinarle: mi madre cocinaba cuando vivía en Notting Hill Gate. ¿Por qué no se casa usted conmigo? Yo puedo hacerlo feliz. No me interpondría en sus asuntos y estaríamos menos solos. ¿Por qué me mira así de anonadado, comandante Brutt?

—Porque estoy anonadado... —fue todo cuanto él pudo contestar.

—Le he dicho a Eddie que usted es una persona a la que yo hago feliz.

—¿Por supuesto que es así! Pero, ¿no ve usted que...?

—Piénselo, se lo ruego... —dijo ella con calma—. Esperaré.

—De nada sirve que se ponga a pensar, querida.

—De todos modos, esperaré.

—Está usted tiritando —dijo él.

—Sí, tengo frío.

Con gestos prácticos y enteramente nuevos, como si aquella habitación

hubiera pasado a pertenecerle, Portia hizo algunos arreglos en el recinto: acomodó el edredón, se descalzó, posó la cabeza en la almohada y se tapó hasta la barbilla con el edredón. Mediante esa serie de gestos, parecía a la vez protegerse, instalarse allí y volverse inaccesible; sobre todo, esto último. Como una persona enferma o como alguien que ha resuelto no levantarse ni efectuar las tareas del día, pareció instalarse de repente en un mundo aparte. De forma evasiva, a veces cerraba los ojos, a veces contemplaba el techo, que reproducía la inclinación del tejado.

—Supongo —afirmó ella al cabo de unos minutos— que no sabe qué hacer.

El comandante Brutt no dijo nada. Portia acomodó su cabeza en la almohada, sus ojos recorrieron con calma la habitación y escudriñaron los objetos que se hallaban sobre el lavabo.

—Hay toda clase de tejidos y cremas —dijo—. ¿Se lustra usted mismo sus zapatos?

—Sí. Siempre he sido algo quisquilloso con eso, y aquí no pueden ocuparse de todo.

Portia miró los zapatos, en fila, cada cual en su horma respectiva.

—No me extraña que tengan un aspecto tan reluciente: parecen castañas... Esta es otra cosa que podría hacer por usted.

—No sé por qué, pero las mujeres nunca son muy buenas lustrando los zapatos.

—Pero podría cocinar. Mamá me ha enseñado a preparar los platos que ella hacía. Como le he dicho, no hay razón para que usted y yo tengamos que vivir en hoteles.

El disparatado y feliz espejismo de algo que uno no ha deseado ni siquiera un instante no debe prolongarse. Si nada dentro de Brutt hubiera respondido a este espejismo, él habría continuado siendo amable y se habría apiadado de ella... Sin embargo, el comandante se levantó de un modo brusco. No solo se levantó, sino que también arrastró la silla hasta dejarla contra la pared, dando a entender que la charla había finalizado. Y el esfuerzo que le exigió poner fin a algo así hizo que su enérgica acción pareciera más desalmada que triste.

A fin de impedir cualquier pausa que pudiera debilitarlo, se movía sin cesar: cogió sus cepillos y, con aire ausente, pero de forma eficaz, se dedicó a

peinarse. Portia pudo tener así una visión de su intimidad masculina, del carácter grave y abstracto con que cumplía cada uno de los pasos de su aseo.

El comandante no habría podido expresar inconscientemente con más claridad su decisión de seguir viviendo solo. Cogió los cepillos, los dejó sobre el lavabo y produjo un ruido que sobresaltó a Portia tanto como a él.

—No tengo dudas acerca de que sepa usted cocinar —dijo Brutt— y me parece perfecto, pero aún faltan algunos años para eso y no seré yo, me temo, para quien tenga que hacerlo.

—Imagino que hice mal en proponerle matrimonio —reflexionó Portia, no en un tono de confusión, sino de forma muy considerada.

—Me siento halagado —reconoció el comandante—, pero usted piensa demasiado en mí y muy poco en lo que intento decirle. Y lo que intento decirle es que se olvide de todo y vuelva a su casa. —Brutt no osaba mirar el edredón, del cual no llegaba el más mínimo rumor—. No se trata de hacer lo mejor posible —añadió—. Se trata de hacer la única cosa posible.

Portia cruzó los brazos sobre el edredón (su último refugio) y se tapó el cuello con él.

—No servirá de nada, comandante Brutt. Ellos no sabrán qué decir.

—Pues bien, oigamos lo que tengan que decir. ¿Por qué no darles una oportunidad? —preguntó él. Hizo una breve pausa, se mordió el labio superior, justo debajo del bigote, y agregó—: Iré con usted, desde luego.

—Puedo darme cuenta de que no desea hacerlo. ¿Por qué se ofrece?

—Porque quiero que sepan que usted ha estado aquí, conmigo, mientras ellos pasaban horas de angustia. Voy a telefonar... ¿Entiende por qué? De lo contrario, llamarán a la policía o a los bomberos.

—De acuerdo. Dígales, si tanto lo desea, que estoy aquí con usted. Pero no les diga, por favor, que volveré... Eso depende.

—¿Ah, sí? ¿De qué depende?

—De lo que hagan ellos a continuación.

—Permítame que les diga que está aquí sana y salva.

Sin decir nada, Portia le dio la espalda y se llevó una mano a la mejilla. Su indiferencia hizo que pareciera optar por no ser una mujer, sino una de esas criaturas infantiles que hay en las obras teatrales isabelinas, que son conducidas de aquí para allá, que tienen fama de estar unidas a un destino



trágico y que hacen gala de un punto de vista con grandes dosis de irrealidad.

El comandante recogió el sombrero de Portia y lo colgó en el respaldo de la cama. Mientras, ella le dijo:

—¿Promete que volverá después de telefonar?

—¿Promete que esperará aquí, como una buena niña?

—Si usted vuelve, yo esperaré.

—Les diré que usted está aquí.

—Y me dirá qué piensan hacer ellos a continuación.

El comandante echó otra larga mirada por el interior de esa habitación en la que ya oscurecía con Portia metida en la cama. Salió, cerró la puerta y se dirigió al teléfono. Su paso de sonámbulo estaba un poco acelerado, como si se viera afectado por una pesadilla de la cual aún no había despertado. Mientras bajaba piso tras piso, recordó el rostro de Portia sobre la almohada y vio, como en un sueño, lo engañosa que puede ser la sabiduría. Nuestras lealtades y nuestros sentimientos —por llamarlos de algún modo— son tan instintivos que uno apenas sabe que existen: solo cuando los traicionamos comprendemos su importancia. Esa traición marca el fin de una vida interior sin la cual lo cotidiano se vuelve amenazador o insignificante. En el fondo del alma naufraga, de pronto, un paisaje misterioso cuyas perspectivas llegan a ser infinitas: es como ser desterrados para siempre de un país y no encontrar en ningún lado rastros de su paisaje.

El comandante Brutt poseía una mente que no siempre operaba bien. Sencillamente sentía que las cosas se habían echado a perder. Su hogar se había hecho pedazos y no podía pensar más en Windsor Terrace ni en volver allí. Trató de anticipar lo que se le avecinaba; esperaba que los Quayne tuvieran una propuesta inmediata y que se pudiera disponer el traslado de Portia, de modo que él no tuviera que acompañarla por Londres hasta la puerta de sus amigos. Pero, al entrar en el ataúd vertical de la cabina telefónica, no titubeó un solo instante: era su deber hacer esa llamada, sí, por más que ellos se rieran... Porque, sin duda, iban a reírse de nuevo.

## 6

Atraído por el escenario de su crimen —o, más exactamente, por su fuente moral— Saint-Quentin estaba bebiendo jerez en casa de Anna cuando saltó la alarma. Hasta ese momento, Saint-Quentin se había sentido de buen humor, aliviado por estar experimentando tan poca culpabilidad. No se había pronunciado una sola palabra acerca del diario de Portia.

El alboroto empezó en la planta baja de Windsor Terrace y fue ascendiendo. Mientras Saint-Quentin y Anna bebían su jerez, Thomas llegó, preguntó por Portia y oyó que no había regresado aún. No volvió a pensar en ello hasta que Matchett llamó a la puerta del estudio para decirles que Portia no había vuelto y para preguntarle a Thomas qué pensaba hacer. Matchett, de pie bajo el dintel, lo observó detenidamente: en los últimos tiempos había habido pocas confrontaciones entre ellos dos.

—Me parece —dijo ella— que las ocho menos veinte es un poco tarde.

—Habrá hecho algún plan y se habrá olvidado de decírnoslo. ¿Ya ha hablado de esto con la señora Quayne?

—La señora tiene visita, señor.

—Ya lo sé —replicó Thomas. Y por poco añadió: «¿Estaría yo aquí si no fuera así?». En cambio, dijo—: No es razón para no preguntarle a la señora. Quizá ella sepa dónde está la señorita Portia.

Matchett le clavó a Thomas una mirada nada temblorosa. Thomas frunció el ceño, contempló su estilográfica y agregó:

—En cualquier caso, es mejor que se lo pregunte a ella.

—Si no desea usted, señor...

Consciente de su apremio, Thomas suspiró y se levantó del escritorio. Era

obvio que Matchett tenía algo en mente... Pero ¿no era siempre así? Si uno contempla la vida de una única manera, siempre habrá alguna razón para alarmarse. Thomas subió las escaleras y llegó al salón influido por lo que Matchett pudiera estar pensando, hasta tal punto que abrió bruscamente la puerta y se plantó en el umbral con un nerviosismo que turbó a los otros dos.

—Portia no ha vuelto —les dijo—. ¿Alguien sabe dónde está?

Saint-Quentin se puso de pie de forma inmediata, cogió el vaso de Anna y le sirvió más jerez. Esta actividad le permitía estar cierto tiempo de espaldas a los Quayne. Se sirvió jerez también para él y llenó después un vaso para Thomas. Se apartó y, mirando por la ventana, observó cómo unas personas remaban lentamente por el lago. Si algo tenía que suceder, se dijo a sí mismo, a esas alturas ya habría sucedido pues pensaba que no podía estar sucediendo en ese preciso instante. Habían pasado cinco días desde que se quitara el sombrero en el cementerio para saludar a Portia y decirle lo que le había dicho. Por otro lado (debía enfrentarse también a esa idea), nunca se sabe el tiempo que alguien puede llegar a tomarse para reaccionar de una vez. El impacto tiende a ser acumulativo. Su corazón se agitó. Odió su complicidad con los parientes de la chica y tuvo ganas de irse de aquella casa. Luego, oyó que Thomas se había puesto de acuerdo con la desconcertada Anna en que debían llamar a casa de Lilian.

La madre de Lilian, no obstante, les informó de que su hija había salido con su padre: era evidente que Portia no estaba con ellos.

—¡Dios mío! —dijo la madre de Lilian, con cierta satisfacción—. ¡Cuánto lo siento! ¡Qué problema para ustedes!

Anna colgó de inmediato y Thomas se puso a hablar de una manera que muy pronto llegó a ser bastante agresiva:

—No sé si te das cuenta, Anna, de que nadie más que nosotros dejaría andar sola por Londres a una niña de la edad de Portia.

—Ay, querido, ¡cierra la boca! —contestó Anna—. Y no seas tan clase alta. A su edad, muchas chicas trabajan como mecanógrafas.

—Pero ella no es mecanógrafa y dudo que en esta casa aprenda a ser eso o cualquier otra cosa. ¿Por qué nunca hemos enviado a Matchett a buscarla por las tardes?

—Porque no podemos permitirnos ese lujo y porque Matchett está

demasiado ocupada. Una de las cosas que Portia puede aprender en esta casa es a cuidarse sola.

—Sí, en teoría, todo eso es excelente. Pero en el curso de su aprendizaje tal vez la atropelle un coche.

—Portia no corre tantos riesgos: le tiene demasiado miedo al tráfico.

—¿Cómo sabes de qué modo se comporta cuando está sola? La otra tarde, justo aquí, frente a esta casa, yo mismo tuve que evitar que la atropellara un coche.

—Eso ocurrió porque me vio de repente. —Con algo de miedo, pero con audacia, Anna añadió—: Está bien, ¿llamamos primero a los hospitales?

—Antes —dijo Thomas, impertérrito—, ¿por qué no llamas a Eddie?

—Eddie no está nunca en su casa. Además, ¿por qué debo llamarlo?

—Porque lo haces casi todo el tiempo. Admito que Eddie no es muy brillante, pero tal vez tenga alguna idea al respecto.

Thomas cogió el vaso de jerez que le había servido Saint-Quentin y se lo bebió. Entonces dijo:

—Al fin y al cabo, Eddie y ella pasan juntos bastante tiempo.

—Tenemos que intentarlo todo —dijo Anna con frialdad.

Marcó el número de Eddie y esperó. Tenía razón: Eddie había salido. Así que colgó y exclamó:

—¡De qué gran ayuda son los teléfonos!

—¿Qué otros amigos tiene Portia?

—No se me ocurre nadie —dijo Anna frunciendo el ceño.

Sacó un peine de su bolso y se lo pasó por el pelo. Aquel gesto indiferente proclamaba, justamente, su completa falta de indiferencia.

—Seguro que tiene más amigos. Pero ¿cómo adivinar quiénes son? —agregó Anna, y sus ojos recorrieron el salón—. Si no estuvieras aquí, Saint-Quentin, podría llamarte por teléfono.

—Me temo que no serviría de mucho, incluso en el caso de que no estuviera aquí... Siento decir que no se me ocurre nada que proponer.

—Por favor, haz un esfuerzo. Después de todo, eres novelista. ¿Qué hace la gente? Por otra parte, Thomas, todavía no son las ocho. ¡Quiero decir que no es tan tarde!

—Es tarde para ella —dijo Thomas implacablemente—. Es tarde para

alguien que nunca va a ninguna parte.

—A lo mejor ha ido al cine...

Pero Thomas, cuya voz había adquirido un tono legal (irreductible, duro, tenso), no tomó en consideración esa idea.

—Cuéntame, Anna, ¿ha ocurrido algo especial? ¿Ha habido algo que haya podido molestarla?

La especie de cortina que cayó sobre las caras de los otros dos hizo evidente que no tenían muchas ganas de hablar. El aire se enrareció de inmediato, como el aire de un tribunal. Thomas le echó una segunda ojeada a Saint-Quentin, preguntándose por qué estaría metido él en todo esto. Después, al mirar de nuevo a Anna, notó que detrás de su rostro, detrás de su vaga sonrisa y de sus párpados bajos, ella creía hallarse realmente a solas. Una profunda sensación de culpa aislaba a Saint-Quentin de ella, y viceversa. Ella no advirtió siquiera la sospechosa mirada de Saint-Quentin; no tenía ni idea de lo que pasaba por la mente de él. Esta discordia en el campo opositor alentó a Thomas, que solo permitió que Anna finalizara diciendo:

—La verdad es que no la he visto esta mañana.

—Tal vez no quiera volver. Es algo que uno tiende a hacer a veces.

—Sí —dijo Anna—. Pero Portia suele ser muy considerada. Por otra parte, ¿cómo puede saber uno lo que la gente es capaz de hacer?

Saint-Quentin dejó cuidadosamente el vaso, e intervino:

—¿Entonces Portia es un misterio para ti?

Anna pasó por alto el comentario y prosiguió:

—¿Sugieres, Thomas, que ella nos está probando?

—Todos tenemos nuestros sentimientos —dijo él, y miró a Anna de forma extraña.

—Es probable que Portia no tenga mucho talento para la vida en familia —sugirió Saint-Quentin.

—¿Lo que vosotros dos queréis decir en realidad —preguntó Anna desde su sofá, sin que se le moviera un pelo— es que yo no me porto bien con ella? ¡Qué fácil es llevar las cosas al límite! No, Saint-Quentin, no te inquietes: no vamos a tener una pelea.

—Mi querida Anna, puedes tenerla si quieres. En cualquier caso, no me siento de mucha ayuda aquí. ¿No es preferible, por tanto, que me marche? Si

puedo hacer algo más tarde, volveré. Mientras, me marchó, pero estaré sentado junto al teléfono.

—No exageremos —dijo ella con cierta aspereza—, todavía no estamos en plena crisis. Falta media hora para que se produzca la crisis. Así y todo, ya son las ocho. Y la cuestión, ahora, es si vamos a cenar o si preferimos no hacerlo. Por mi parte, no lo sé. Nunca antes me había ocurrido un incidente como este.

Ni Saint-Quentin ni Thomas sabían muy bien qué pensar, de modo que Anna anunció por el teléfono interno:

—Vamos a comer ahora. No aguardaremos a la señorita Portia, que llegará un poco tarde... —Dicho esto, comentó—: Así es mejor, odio las decisiones a medias. O nos sentamos a comer o llamamos a la policía... Lo mejor que puedes hacer, Saint-Quentin, es quedarte y acompañarnos... Salvo que debas marcharte.

—No se trata de eso —dijo Saint-Quentin, bastante desconcertado—. La cuestión es: ¿tiene algún sentido que me quede aquí?

—La cuestión es que eres un viejo amigo de la familia.

La tarde se volvió más lúgubre y oscura. Las nubes crearon una prematura penumbra acerada haciendo que los árboles del parque parecieran de metal. Anna mandó encender las velas para la cena, pero sin correr las cortinas puesto que aún había luz. El centro de mesa, con adornos de oro, parecía pálidamente teatral. Fuera, en el lago, la gente seguía remando. Phyllis sirvió la cena para Thomas, Anna y Saint-Quentin: nadie consultó la hora. Justo después de que sirvieran el pato, sonó el teléfono del comedor. Lo dejaron sonar unos segundos, mirándose unos a otros.

—Lo atenderé yo —dijo Anna, pero no se movió.

—No —dijo Thomas—, será mejor que vaya yo.

—O yo, si lo preferís —intervino Saint-Quentin.

—¡Qué tontería! —exclamó Anna—. ¿Qué impide que lo coja yo? Es posible incluso que se trate de algo intrascendente.

Saint-Quentin comía sin parar, con los ojos clavados en el plato. Anna cambió varias veces la postura de los dedos en torno al auricular.

—¿Hola? —dijo ella—. ¿Hola...? Ah, hola, comandante Brutt...

—Bueno, ha dicho que está con él... —informó Anna mientras se volvía a sentar.

—Sí, ya lo he entendido, pero, ¿dónde? —preguntó Thomas—. ¿Dónde dice él que está Portia?

—En su hotel —respondió Anna casi sin expresión—. En esa especie de hotel donde él vive.

Tendió el vaso para que le sirvieran más vino, y añadió:

—Bueno, así son las cosas.

—Así son las cosas —repitió Thomas mirando por la ventana.

Saint-Quentin preguntó:

—¿No ha dicho Brutt qué hace ella allí?

—Ha dicho que está allí. Que se presentó de repente.

—¿Y ahora, qué? —inquirió Thomas—. Imagino que él la traerá aquí, ¿no es así?

—No —dijo Anna con notoria perplejidad—. No es lo que propone. Él...

—Entonces, ¿qué desea?

—Saber qué vamos a hacer.

—¿Puedes repetírmelo?

—No. Sé que me has oído bien... Le dije que volveré a llamar.

—Para decirle... Para decirle ¿qué?

—Si lo supiese, se lo habría dicho en el acto, ¿no crees, querido Thomas?

—¿Por qué diablos no le has dicho que la trajera aquí ahora mismo? Ese maldito viejo no tiene derecho a entrometerse. Que venga a casa y lo invitaremos a beber lo que quiera. ¡O que simplemente la meta cuanto antes en un taxi! ¿Puede haber algo más sencillo?

—No es tan sencillo como crees.

—No entiendo por qué. ¿Cuáles son las complicaciones? ¿Qué demonios te ha dicho?

Anna terminó de beber su vino y se limitó a comentar:

—Es verdad que podría ser más sencillo, si captases lo que intento decir...

Thomas cogió la servilleta, se limpió la boca, miró a Saint-Quentin y le

preguntó a Anna:

—Lo que tú quieres decir es que Portia no desea volver aquí, ¿verdad?

—Por ahora, no parece muy interesada en hacerlo.

—¿Por ahora? ¿Sugieres que vendrá después?

—Primero quiere ver cuál es nuestra reacción, y si le parece adecuada.

Thomas no dijo nada. Frunció el ceño, miró a través de la ventana y golpeteó la mesa, a cada lado de su plato, con los pulgares. Por fin dijo:

—Entonces, ¿algo importante está sucediendo?

—Eso parece pensar el comandante Brutt.

—Maldito sea —dijo Thomas—. ¿Por qué se ha entrometido? ¿Tú sabes lo que está ocurriendo, Anna? ¿Tienes la menor idea?

—Sí, debo admitir que la tengo. Portia piensa que he leído su diario.

—¿Ella lleva un diario?

—Así es. Y lo he leído.

—¿Lo has leído? —preguntó Thomas, y volvió a dar unos golpes más con los pulgares.

—Querido, ¿son necesarios esos golpes? Haces que se muevan las copas... Además, no es nada raro: es la clase de cosas que hago yo. Su diario es muy bueno... Nos analiza a todos. ¿Cómo dejar de leer un libro que trata de nosotros? No digo que su lectura haya cambiado mi vida, pero me ha causado una sensación desagradable y he lamentado el hecho de estar viva... O, al menos, de ser quien soy.

—Así y todo, no entiendo por qué algo así la lleva a tomar una actitud tan extrema. El hotel de Brutt queda en Kensington, ¿verdad? ¿Y por qué Brutt? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Le ha regalado unos puzzles.

—Incluso algo tan nimio puede ser significativo —dijo Saint-Quentin—. Incluso algo así puede ser alentador.

—Yo tengo hábitos de sirvienta —prosiguió Anna— y más tiempo libre que una sirvienta. De todos modos, me gustaría saber cómo llegó a averiguar que yo había leído su diario. Lo puse justo donde ella lo guarda; no he dejado huellas y no estaba atado con ningún cordón. Matchett no puede habérselo dicho porque nunca lo leo cuando Matchett está en casa... Realmente, me gustaría mucho saberlo.



—¿Te gustaría? —dijo Saint-Quentin—. Es muy simple: yo se lo he dicho.

Saint-Quentin miró a Anna con aire crítico, como si hubiera hablado ella, no él, y hubiese dicho algo dudoso. La pausa, durante la cual Thomas mostró una actitud distante, fue subrayada por el rauda ingreso de Phyllis, quien cambió los platos y trajo compota de fresas. Saint-Quentin, enfrentado a lo que acababa de decir, enarboló con sosiego una sonrisa y bajó la mirada.

—Ay, Phyllis —dijo Anna mientras tanto—, dígale a Matchett que la señorita Portia acaba de llamar. Se ha retrasado un poco y creemos que llegará tarde.

—Sí, señora. ¿La cocinera debe mantener la comida caliente?

—No —dijo Anna—. La señorita Portia tiene que haber comido ya.

En cuanto Phyllis se hubo marchado, Anna tomó la cuchara, miró las fresas y dijo:

—¿De verdad has hecho eso, Saint-Quentin?

—Supongo que quieres saber por qué lo hice.

—No. Prefiero no saberlo.

—Igual que Portia... Ella tampoco quiso saber nada. Por supuesto, quedó impactada y, aunque yo deseaba hablarle de mí, no quiso escucharme. Como le dije en la calle Marylebone: ¡cuán cerrados estamos a los demás...! Ahora bien, Anna, lo que yo quiero saber es cómo has inferido que ella sabe que has leído su diario.

—Sí, por cierto —dijo Thomas, animándose de pronto—. ¿Cómo sabes que ella lo sabe?

—Veo claramente —dijo Anna elevando apenas la voz— que, pese a lo que hayan podido hacer los otros (traicionar la confianza de los amigos o fugarse con el comandante Brutt), soy yo quien carga con todas las culpas. A ver, oídme bien: Portia no me ha dicho ni una sola palabra de todo esto. No es su manera de actuar. No. Ella se limitó a llamar por teléfono a Eddie, quien luego me llamó para quejarse por lo cruel que he sido. Todo esto ha sucedido hoy. ¿Cuándo se lo dijiste tú, Saint-Quentin?

—El miércoles pasado. Me acuerdo muy bien porque...

—Perfecto. Simplemente creo que algo más debe de haber ocurrido después del miércoles para que las cosas hayan llegado a tal extremo. El sábado me pareció que Portia estaba rara cuando entró y se encontró con que

Eddie había venido a tomar el té. Tal vez tuvieran alguna disputa cuando él fue a Seale. Tal vez Eddie se haya asustado.

—Sí, él es tan sensible —dijo Saint-Quentin—. ¿Os molesta si fumo? —Tras encender un cigarrillo para él y otro para Anna, añadió—: ¡Cómo detesto a Eddie!

—Yo también —dijo Thomas.

—¡Thomas! —reaccionó Anna—. ¡Nunca me lo habías dicho!

Con la actitud de quien se aboca a descargar sus emociones, Thomas siguió diciendo:

—Sí, es un verdadero canalla. Y su trabajo es de mala calidad. Merrett quiere echarlo.

—No puedes hacer eso, Thomas: se morirá de hambre. ¿Debe morirse Eddie de hambre simplemente porque no os cae bien?

—¿Debe no morirse de hambre porque te cae bien a ti? El razonamiento me parece el mismo e igual de erróneo en los dos casos. Cosas peores les ocurren a personas mejores.

—Yo no creo que Eddie se vaya a morir de hambre —intervino educadamente Saint-Quentin—. Siempre podrá venir a comer aquí.

—No, no puedes hacer eso, Thomas —repitió Anna, alzando la voz—. Si es holgazán en el trabajo, debes darle un buen susto. Pero no puedes echarlo así como así. No tienes nada en contra de él, excepto que es un burro.

—No nos podemos permitir el lujo de pagarle cinco libras semanales a un burro. Cuando me pediste que lo contratara, insististe en que era muy brillante... Y debo admitir que lo fue durante la primera semana. Pero ¿por qué me dijiste entonces que era inteligente si ahora lo tildas de burro? Y, si es tan burro, ¿por qué está siempre aquí, en casa?

Anna miró a Saint-Quentin, pero no a Thomas. Comió un poco de compota y dijo:

—Porque anda detrás de ella.

—¿Y te parece que eso está bien?

—Realmente, no sé qué decirte. Después de todo, es tu hermana. Fuiste tú quien quiso traerla aquí. No, está bien, Saint-Quentin, no te alarmes, no vamos a tener ninguna pelea... Si no te gustaba, Thomas, ¿por qué no lo has dicho? Me parece que ya hemos hablado antes de este tema.

—Portia parecía saber lo que quería, a su manera.

—De hecho, tú no quisiste enfrentarte a la situación, pero confiaste en que lo haría yo.

—A ver, dime, ¿qué has querido decir hace un instante, cuando hablaste de una posible disputa entre ellos en Seale? ¿Qué diablos fue a hacer allí él? ¿Por qué no se quedó en Londres? ¿O acaso a esa vieja imbécil, la señora Heccomb, le gusta hacer de celestina?

Anna se puso sumamente pálida.

—¿Cómo osas decir eso? Ha sido mi gobernanta.

—Sí, ya lo sé —replicó Thomas—. Me pregunto si supo cuidarte alguna vez.

Anna contempló las flores iluminadas por las llamas de las velas. Le pidió otro cigarrillo a Saint-Quentin, quien se lo dio con discreta celeridad. Y, por fin, dijo con voz firme:

—Creo no entenderte del todo, Thomas. ¿Debo suponer, por tanto, que no confías en Portia? Eres tú quien ha de saber si tenemos razones o no para confiar en ella. Tú has conocido a su padre... Yo no. Nunca he visto ningún motivo para espiarla.

—No, claro. Solo has leído su diario...

Saint-Quentin, sentado de espaldas a la ventana, observaba detenidamente la calle.

—Se está poniendo bastante oscuro.

—Saint-Quentin intenta decirnos que preferiría estar en cualquier otra parte.

—Lo que intento decir, Anna, es: ¿no ibas a llamar al comandante Brutt?

—Sí, me estará esperando, ¿verdad? Y Portia también, supongo.

—Perfecto —dijo Thomas reclinándose—. ¿Qué vamos a decir?

—No debimos apartarnos de ese punto.

—Nos hemos mantenido demasiado pegados a él.

—Pero tenemos que decir algo. El comandante Brutt va a pensar que somos gente muy rara.

—Ya tiene sobradas razones para pensarlo —dijo Thomas—. ¿Dices que, de acuerdo con lo que él te ha contado, Portia estaría dispuesta a volver si nosotros hacemos lo correcto?

—¿Sabemos qué es lo correcto?

—Supongo que es lo que tratamos de decidir ahora mismo.

—Sabremos qué es lo correcto si no lo hacemos. El caso es bastante simple: Portia se quedará allí, con el comandante Brutt. ¡Oh, Dios no permita —dijo Anna suspirando— que vuelva yo a ofender a una persona tan joven! Pero no he sido solamente yo... Todos tenemos algo que ver. Sabemos lo que creemos haber hecho, pero no sabemos lo que realmente hemos hecho. ¿Qué anhelaba ella y qué anhela ahora? Y no se trata tan solo de que regrese esta noche a casa; se trata de nosotros tres viviendo juntos aquí... La situación no es fácil. Y es ella quien la ha provocado.

—No. Ella únicamente la ha puesto de manifiesto. Lo cual es algo completamente distinto. Portia tiene su propio punto de vista.

—Todos lo tenemos. Desde fuera, podemos parecer despreciables, pero no somos despreciables con nosotros mismos. Si uno se pusiera a pensar en lo que sienten los demás, uno se volvería loco. No es conveniente pensar en lo que sienten las otras personas.

—Me temo —dijo Saint-Quentin— que en este caso tendremos que hacerlo; sobre todo, si estáis ansiosos por conseguir que ella regrese. La idea que Portia tiene de lo «correcto» es una especie de absoluto, y los absolutos solo existen en el sentimiento. Allí están ellos dos, aguardando en Kensington. Debéis hacer algo cuanto antes.

—Aun si uno deseara saberlo por un breve instante, ¿cómo es posible saber lo que siente otra persona?

—¡Por favor! —dijo Saint-Quentin—. En este caso en particular, ninguno de nosotros tres está tan mal situado. Yo soy novelista; tú, Anna, has leído su diario; Thomas es su hermano, y no es posible que ella y él sean tan distintos. Por mucho que nos incomode, no veo ningún motivo, ahora que nos enfrentamos al problema, para no entender más o menos en qué situación se encuentras Portia... O, mejor aún, para ver las cosas desde su punto de vista. ¿Puedo continuar, Anna?

—Sí, continúa. Pero es cierto que debemos tomar una decisión. ¿Qué hacemos, Thomas?

—Cerrar las cortinas. La gente nos está mirando... ¿No nos traen el café?

—Espera, por favor, Saint-Quentin, a que traigan el café.

Les sirvieron el café y Saint-Quentin, con los codos dispuestos a ambos lados de la taza, siguió frotándose lentamente la frente hasta que dijo:

—Creo que estás celosa de ella.

—¿Y ella lo sabe? Si no lo sabe, no puedes decir que eso forme parte de lo que nos plantea.

—No, ella no es consciente de gozar de todo eso que a ti te provoca tantos celos. Puede que ni ella misma lo disfrute. Su extraordinario deseo de amar...

—Eso sí que no se lo envidio...

—Su extraordinaria ilusión acerca de que todo lo que encuentra disponible puede llevarla a alguna parte. Nunca sabremos adónde espera llegar. Da vueltas en torno a ti y a Thomas detectando lo que no hay, y tomando notas en su diario. Desde luego, en cierto aspecto no ha tenido mucha suerte al ir a caer aquí. Si vosotros fuerais mejores personas y vivierais en el campo...

—¿Qué pruebas tiene usted —preguntó Thomas interviniendo por primera vez— de que realmente exista gente mejor?

—Supongamos que existe y que vosotros dos formáis parte de esa gente. En tal caso, no os sentiríais tan incómodos con ella... O, mejor dicho, no os preocuparíais tanto por ella. Pero estáis excepcionalmente pendientes de ella: se diría que la niña tiene la solución para esclarecer un crimen... Vuestra madre, por ejemplo, debe de haber sido una excelente persona, ¿no es cierto, Thomas?

—Lo mismo que mi padre, por cierto, hasta que se enamoró. El problema de la gente buena y accesible, Saint-Quentin, radica en que suele ser bastante impermeable, aunque no en todos los sentidos. Sí, ya sé a qué clase de personas se refiere usted... Usted es novelista y siempre ha vivido en la ciudad... Pero mi experiencia me dice que todo el mundo tiene un punto débil. Y estoy convencido de que una muchacha íntegra, como Portia, ha de encontrar muy pronto el suyo. No. Lo cierto es que nadie puede convivir con una muchacha tan íntegra como Portia. —Thomas se sirvió una nueva copa de coñac y, tras la pausa, añadió—: No digo que no hubiera sido todo mejor, al menos aparentemente, de haber vivido en algún sitio donde le hubiéramos podido regalar una bicicleta. Así y todo, tampoco se habría pasado el tiempo pedaleando... Tarde o temprano habría advertido algo. Anna y yo vivimos del único modo en que podemos, y es muy probable que ese modo no llegase a

aprobar ningún examen estricto. Consideremos, por ejemplo, la charla que estamos manteniendo ahora mismo: a mi modo de ver, esta charla es el colmo del mal gusto. Si fuéramos personas decentes y sencillas, no podríamos tolerarlo a usted ni un solo instante, Saint-Quentin. Tendríamos horror ante sus indiscreciones, seguramente con razón, y, sin duda, seríamos mucho más felices de lo que somos. Pero quizá no nos iría mejor con Portia. Para empezar, haríamos que se sintiera bastante rara.

—Ya es algo habitual —dijo Anna—. Eso explica por qué se abalanzó sobre Eddie.

—¿Y tú qué hiciste, con pocos más años que ella?

—¿Por qué siempre sacas a relucir eso?

—¿Por qué no puedo quitármelo de la cabeza? No lo sé... Pero Portia vive en un mundo tan disparatado que es totalmente natural que un pequeño tramposo como Eddie le parezca tan normal como cualquier otra persona. Si tú y yo, Anna, hubiésemos estado a la altura de las circunstancias, es posible que ella no...

—Sí, lo habría hecho igualmente. Portia deseaba apiadarse de él.

—Victimizarlo —dijo Saint-Quentin—. Ella detecta a sus posibles víctimas. Y ve la larga serie de ataques que puede infligirles. Nunca tendrá en cuenta el daño que uno puede causarse a sí mismo: el chico que se rompe el brazo para no volver a la escuela y dice que un matón se lo ha hecho, el hombre que se ata a la silla de su dormitorio para no tener que bajar y enfrentarse a un ladrón. Ay... Debe creer que él es Prometeo. Hay algo muy espectacular en la desesperación y se requiere un aguerrido ingenio para descubrir que constituye una grandiosa forma de fraude. Hay que ser muy osado para armar semejante embrollo... Y nuestro Eddie, sin duda, lo es. Pero se requieren agallas para no hacerlo, y eso es algo que Eddie no tiene. Si las tuviese, no se habría dejado utilizar así por Anna. Él no va a dejar de ladrarle a la luna mientras tenga quien le preste atención, y Portia siempre le prestará atención a alguien que le ladra a la luna.

—Es probable que tengas toda la razón. De todos modos, eres muy brutal. ¿Llega uno muy lejos con la brutalidad?

—Desde luego que no —dijo Saint-Quentin—. Fíjate un poco en nosotros tres. Totalmente desengañados, sin poder decidir nada. Esta noche, los puros

de corazón brindan por nosotros. Sí, ella se está divirtiendo: viviendo en un mundo de héroes. ¿Quiénes somos nosotros para creer que los héroes son falsos? Si el mundo es realmente un escenario, algunos tienen que representar los papeles más importantes. Todo lo que ella pide es poder subirse al escenario... Y con razón: si el gran personaje fracasa, es mejor elegir al gran fracasado y no al hombrecito correcto que ha tenido que salir más o menos a escena. Y, por cierto, no existe ningún hombre correcto y sin fantasmas. Soy capaz de jurar que cada uno de nosotros guarda, muy dentro, reprimido, una especie de gigante insano (socialmente intratable), y que son los golpes y los tropiezos de los demás los que impiden que nuestros contactos sean absolutamente banales. Esos ruidos, Portia los está oyendo sin cesar: en realidad no oye otra cosa más que eso... ¿Nos puede sorprender que tenga un aire tan huraño la mayoría de las veces?

—Supongo que no. Pero ¿qué hacemos para traerla a casa?

Saint-Quentin dijo:

—¿Cómo se sentiría Thomas si él fuera su hermana?

—Sentiría que he nacido en un nido de víboras. Querría salir de él y quedarme fuera. A la vez, daría gracias a Dios por ser mujer y por no tener que montar ninguna clase de espectáculo.

—De acuerdo —dijo Anna—, pero piensas eso porque crees que ser hombre te ha privado de muchas cosas. Tu insatisfacción es problema tuyo. Si fueras Portia, no un hombre, siempre hallarías una excusa para preocuparte. Pero no es eso lo que Saint-Quentin intenta decir. La pregunta es: si esta noche fueras Portia, ¿qué querrías que hiciésemos nosotros?

—Algo totalmente natural. Algo sin alardes.

—Mi querido Thomas, en nuestro vínculo con Portia nunca hubo nada natural. Desde un principio le hemos aplicado el sistema de educación a golpes.

—Bueno, me gustaría que me llamara y me fuese a buscar alguien que no hiciera grandes aspavientos. Alguien que estuviese enfadado, pero que no me juzgara, al menos, por el momento —dijo Thomas y miró con severidad a Anna—. Por lo general, no mandamos a nadie a hacer cosas así —dijo—, pero cuando alguien debe ir a buscar a otro... ¿quién suele ser, generalmente?

—Matchett.

—¿Matchett? —repitió Saint-Quentin—. ¿Te refieres a Matchett, el ama de llaves? ¿Se lleva bien con Portia?

—Sí, ellas dos se llevan muy bien. Sé que, cuando no estoy en casa a la hora del té, lo toman juntas. Y, cuando creen que no estoy en casa, van a darse las buenas noches. Y se rumorean cosas sobre ellas... Pero de eso yo no sé nada. O, mejor dicho, tengo una vaga sospecha: creo que se pasan las horas hablando del pasado.

—¿Del pasado? —preguntó Thomas—. ¿Por qué? ¿A qué te refieres?

—Al gran pasado que ellas tienen en común: tu padre, naturalmente.

—¿Por qué sospechas eso?

—Porque están tan unidas que a menudo hasta se parecen. ¿Qué otra cosa, excepto el amor, da a la gente esa suerte de aire obsesionado? Hablar de ese modo es vivir todo el tiempo en una especie de clímax. Es un trance, un vicio. Es una especie de mundo aparte. Portia tal vez se haya relajado últimamente, por culpa de Eddie. Pero Matchett no se relajará nunca: es su *raison d'être*, aparte de los muebles. Y, con Portia en casa, no podrá bajar la guardia jamás. El hecho de que Portia haya venido aquí es una consumación para ella... No sé si me entiendes.

—¿Consumación? ¡Pamplinas! ¿Es eso lo que ha estado ocurriendo en mi casa? Si lo hubiera sabido, habría echado inmediatamente a Matchett.

—Sabes perfectamente que Matchett está aliada con los muebles. Tú has heredado una bolsa llena de trampas, y Matchett tiene una opinión muy elevada de tu padre. ¿Por qué está mal que a Portia le hable de su padre una persona que lo ve como a un ser humano y no como a un pobre e ignominioso anciano?

—No me parece necesario que hables de este modo.

—Nunca te había hablado así antes... Pero tienes razón, Saint-Quentin: Portia habla sobre todo con Matchett.

—¿Matchett? ¿Esa mujer que lleva un gran delantal almidonado y que se adhiere a las paredes, como una cariátide, cada vez que paso? ¿Esa mujer que casi siempre ronda por las escaleras?

—Sí. Es verdad que se pasa el día bajando y subiendo... ¿Por qué no enviar a Matchett, después de todo?

—¿Hemos pasado, por lo tanto, de «por qué» a «por qué no»? A ver, ¿qué sentirías tú, Anna?



—¿Si fuese Portia? Desprecio por nosotros, que hemos hecho un desastre de nuestras vidas y que le impedimos vivir la suya. Aburrimiento, mucho aburrimiento ante una especie de sociedad secreta carente de contenido, ante una gente vacía que se pasa la vida haciéndose señas minúsculas. Sentiría una total falta de ganas de comprender. Ganas de que alguien hiciera sonar un silbato que le pusiera fin a todo. Ganas de tener mi propia intimidad. Desprecio por la gente casada, que vive en la impostura. Desprecio por la gente soltera, tan cautelosa y susceptible. Un inmenso, inmenso deseo de que se me tratase con respeto y cariño y, al mismo tiempo, de que me dejaran tranquila. Ganas de que me preguntasen cómo estoy, y más ganas aún de que lo adivinasen...

—Todo esto es completamente novedoso, Anna. ¿Cuánto de lo que dices proviene del diario y cuánto de ti?

Más serena, Anna repuso:

—Me has preguntado qué sentiría yo si fuera Portia. Desde luego, eso es imposible: ella y yo nos parecemos solamente en que somos del mismo sexo. Y en que, aunque quisiéramos empezar de nuevo, no podríamos hacerlo. Yo siempre la ofenderé; ella siempre me perseguirá... Ahora bien, ¿ya está decidido, Thomas? ¿Enviamos a Matchett? ¿Por qué no se nos habrá ocurrido antes?

—Envíemos a Matchett, sí. ¿Está usted de acuerdo, Saint-Quentin?

—Sin ninguna duda...

*«Matchett irá en su busca,  
irá en su busca, en su busca,  
En medio de esta fría noche,  
Matchett la traerá a casa».*

—¡Saint-Quentin, por el amor de Dios!

—Discúlpame, Anna. Me he dejado llevar por la emoción. Pero celebro que todo esté arreglado.

—Todavía debemos pensar qué le diremos a Matchett, y quién de nosotros llamará por teléfono al comandante Brutt.

—Nadie —se apresuró a decir Thomas—. Esto es un *coup* o no es nada. No hablamos: hacemos lo que es obvio.

Anna miró a Thomas y sus arrugas en el ceño fueron borrándose.

—Muy bien —dijo—. Pues le diré que coja su sombrero.

Matchett repuso «sí, señora» y se quedó esperando hasta que Anna se dio media vuelta y se fue al comedor. Después, subió pesadamente la silenciosa escalera: al llegar al segundo rellano, empezó a desatarse el delantal. Se detuvo para abrir la puerta del dormitorio de Portia y, en la penumbra del anochecer, echó un veloz vistazo circular. Aunque la cama estuviera hecha, con un camisón encima, la habitación parecía no esperar la llegada de nadie. Un dormitorio vacío suele adquirir, al final de la tarde, el aspecto de que en él hubiese muerto el día de pura soledad. Sosteniendo las cintas de su delantal con una sola mano, Matchett encendió la estufa eléctrica. Acto seguido, volvió a incorporarse y miró por la ventana: las copas de los árboles, de color verde acerado, estaban en orden y el parque continuaba abierto. Matchett subió hasta su propia habitación, que nadie más que ella frecuentaba.

Cuando bajó con el sombrero y el abrigo oscuro, con los guantes negros de gamuza en una mano y con un bolso de cuero apretado contra las costillas, Thomas la aguardaba en el vestíbulo para abrirle la puerta. La había observado con ansiedad mientras ella bajaba las escaleras. El motor de un taxi palpitaba fuera, tan cerca de la casa que parecía haber aparcado dentro del vestíbulo.

—Aquí tiene usted su taxi —dijo Thomas.

—Gracias, señor.

—Es mejor que le dé un poco de dinero.

—No. Llevo lo necesario.

—Muy bien. Pues suba.

Matchett subió al taxi y cerró la puerta. Se sentó muy erguida, miró con aire impasible por la ventanilla y empezó a ponerse los guantes de gamuza. A través del cristal, vio cómo Thomas le daba una dirección al conductor. El

taxi, entonces, se puso en marcha.

Matchett se abotonó los guantes y los estiró hasta que no quedó en ellos la menor arruga. Esto la mantuvo ocupada la mitad del trayecto por la calle Baker. Pero, de pronto, sintió un sobresalto, como una corriente eléctrica, y se quedó quieta, con un pulgar sobre el otro. Dijo en voz alta:

—Pensar que...

Entonces, muy nerviosa, observó la espalda del conductor a través del cristal interno. Dejó su bolso a un lado, se adelantó e intentó correr el cristal que la separaba del conductor, pero sus manos enguantadas patinaron sobre él. El taxista movió una o dos veces la cabeza. Finalmente, ante un resplandor rojo, girándose, hizo correr el cristal, y miró atentamente a Matchett.

—¿Señora? —le preguntó.

—¿Sabe usted adónde vamos?

—Adonde él me acaba de decir, ¿no es así?

—En efecto, siempre que usted lo sepa. Pero no me venga, por favor, con ninguna pregunta. No es asunto mío. Usted tiene que conocer el camino.

—¡Vaya! —reaccionó de mal modo el taxista—. A mí me han llamado, ¿verdad? Esto no es asunto mío.

—No me venga con esas, joven, y cumpla con su trabajo. Lo suyo es conocer la dirección que le ha dado el señor.

—¡Ya veo! ¿Es eso lo que quiere saber? ¿Por qué no me lo ha preguntado directamente, sin tantos rodeos?

—Yo no quiero saber nada. Solo quería estar segura de que conoce usted el camino.

—De acuerdo, abuelita. De acuerdo —dijo el conductor—. Es usted quien corre el riesgo. ¿Verdad que la vida es una aventura?

Matchett se acomodó en su asiento y no dijo una sola palabra más. Ni siquiera intentó correr el cristal: las luces del semáforo cambiaron y el taxi volvió a arrancar. Ella recogió su bolso, cruzó las manos encima de este y se sentó como un icono. Ni siquiera miraba el reloj porque nada podía hacer con respecto al tiempo. Atravesaron el despilfarro de luces de la calle Oxford y cogieron un atajo que llevaba hacia Mayfair. En las esquinas, o cuando el taxi zigzagueaba un poco, ella extendía una mano y tensamente recobraba el equilibrio.

La mente de Matchett también se balanceaba denodadamente en el interior de su cuerpo. Y, cuando pensaba algo, lo hacía con palabras claras:

Por supuesto que no lo sé.

La señora Thomas no me ha explicado nada, y a mí no se me ocurrió preguntar. ¿Dónde tenía la cabeza? Todo lo que dijo el señor Thomas cuando me metió en el taxi fue que me hacía falta dinero. No, el señor Thomas tampoco me explicó nada porque creyó que la señora ya lo había hecho. Si yo hubiera dejado abierta la puerta, habría oído lo que le decía al taxista. Pero he cerrado la puerta... ¿Dónde tenía la cabeza? No, no se me ocurrió prestar atención y no se lo voy a preguntar ahora, después de nuestro cruce de palabras. Uno no sabe qué esperar de los taxistas. Malas personas, eso es lo que son.

Todo esto resulta muy extraño. Deberé aceptar que, bueno, las cosas se hacen con descuido. Se hacen deprisa. «El hotel», fue todo lo que ella dijo. «El hotel». Pero el hotel puede quedar en cualquier sitio. No puedo sino preocuparme... Ay, me odio por no haber preguntado. ¿Cómo sabré que hemos llegado al sitio correcto? El taxista podría dejarme en cualquier lado, ahora que sabe que ignoro adónde voy. No tendría que haber demostrado que no lo sé. He quedado expuesta ante él, y este no es uno de los choferes de nuestra parada de taxis.

Además, ¿qué haré si me dicen: «Ay, no, el comandante Brutt no está aquí, no conocemos a nadie con ese nombre?». ¿Cómo haré para decir: «este es el lugar al que me enviaron, es aquí donde tengo órdenes de esperar»? Me pueden mentir porque ignoro la dirección. Cualquier empleado del hotel podría decirme, con toda tranquilidad, que he ido a parar al lugar equivocado.

Tendrían que haberme dado la dirección; tendría que haber pedido que la escribieran.

Pero la señora Thomas estaba tan acelerada que me hizo perder la cabeza. Si tanta prisa tenía, ¿por qué no mandó a alguien antes con la orden? Cuando Phyllis vino y me dijo «lo han oído todo, pero insisten en que volverá tarde», yo me preparé para salir y me quedé esperando con el sombrero puesto. Phyllis me dijo: «Están hablando a fondo del asunto. Me parece que es a raíz del señor Miller».

¡Si hablaran menos y se decidieran de una vez...! Nunca había visto a la

señora Thomas tan acelerada. Estaba ansiosa por darme la orden y, al mismo tiempo, le costó dármela. Fue como si no quisiera pedírmelo. Claro, yo estoy acostumbrada a recibir sus órdenes. «Vaya y vuelva en taxi», me dijo. «Ya hemos pedido el taxi.» Me miraba sin cesar, pero en el fondo no me miraba del todo. Y me habló como si yo tuviese que hacer una especie de conjuro mágico. Luego, ¡cómo corrió de regreso al comedor y cómo cerró la puerta...! Allí estaban todos.

Oh, ya llegamos a Hyde Park... ¿Es aquí? ¡No lo sé, no estoy segura...!

Sé que me dije a mí misma, mientras iba por mi sombrero: hay algo que ella no me ha dicho. Eso mismo iba pensando mientras buscaba el sombrero. Cuando bajé y me topé con el señor Thomas, lo miré y me dije: Sí, debo preguntarle algo. ¡Si hubiera prestado atención cuando el señor hablaba con el taxista...! Pero yo estaba poniéndome los guantes y todo lo demás. No presté atención a nada hasta que llegamos a la calle Baker. Allí me dije: ya es tarde. ¡Y qué rara me sentí! Todo se me vino encima.

¿Quién diría que iba a verme en una situación como esta? ¿Quién diría que iba a ir en un taxi sin conocer el destino? ¡Que la manden a una así, como un muñeco, a una dirección que ignora!

Bueno, el taxista lo sabrá... Supongo. No tengo razones para pensar que no. Pero, ¿quién iba a imaginarme a mí dependiendo de un tipo como él? Sí, debieron darme la dirección. Debieron haberlo pensado. Una cosa es ser olvidadizo, pero esto es otra muy distinta. No es normal.

Menudo lío. ¿Qué voy a decir ahora?

En esto ellos son tan diferentes al señor Quayne...

No. No se parecen en nada al señor Quayne. Él siempre pensaba las cosas. Me daba órdenes, claro, pero me explicaba por qué. Nunca me hubiese metido en un embrollo como este, y mucho menos con un taxista. Él nunca hubiese puesto a nadie en una situación así. Él era justo, muy justo, en todo lo que hacía. Y, sin embargo, muchas personas peores que él lo señalaban con el dedo.

¿Qué pensaría ahora de ti el señor Quayne, querida Portia? ¡Vagando por Londres a estas horas! No. Ha estado mal de tu parte hacerme algo semejante. Qué diría tu padre, me gustaría saber... Para empezar, nunca me dijiste que no ibas a volver para el té. Yo te había preparado un buen té; te lo mantenía

caliente. Fue a las cinco y media cuando pensé: quizá esté en casa de Lilian, pero tenía que habérmelo dicho. Me quedé esperando hasta las seis, pero nada, tú no aparecías. No daba crédito al reloj. Y, cuando fui a abrir más tarde la puerta de entrada, no era otro que el señor Thomas.

Esto no es propio de ti. No tiene nada que ver con cómo eras. ¿Qué te está ocurriendo? Estos últimos días has estado tan extraña... Escondiendo tonterías bajo la almohada... Estas cosas nunca terminan bien. Sí, ya no eres como antes. Y, cuando no es el tal Eddie, son los Heccomb o algún otro de ese pueblo a orillas del mar... No tendrías que haber ido a ese sitio pues has vuelto irreconocible. Tendrías que haber sido más cautelosa después de lo que te he dicho. Nunca se saca nada bueno de los secretos: mira el caso de tu padre. Y nunca tendrías que haber ido al hotel de un caballero.

La estación South Kensington... Bueno, ¿por qué no?

Por cierto, ¿habrás cenado bien? ¿Una buena comida? Nunca se sabe en esos hoteles, donde sirven cualquier cosa. El comandante Brutt es muy ingenuo: no se entera de nada. ¡Vive metido en sus puzzles! Sin embargo, lo que me parece mal es que te hayas escapado de este modo, que me hayas hecho algo así. No, ya es hora de sentar la cabeza. Cálmate y recuerda lo que te he dicho. He encendido la estufa; tu dormitorio está más bonito que nunca y he comprado esos bizcochos que te gustan tanto. Te sentirás muy bien allí. Solo tienes que portarte como te portabas antes.

No, no me enfadaré contigo. Y ya he dicho lo que tenía que decir. No te alteres ni hagas tonterías. Vuelve con Matchett y sé una niña buena.

Madre mía, ¡los hoteles, en esta calle, son como agujas en un pajar!

¿Adónde piensa este taxista que me lleva? Ah, ¿así que paramos aquí? Bueno... ¿Por qué no? Qué sé yo...

El taxista, aminorando la marcha y acercándose a la acera, la miró con descaro a través del cristal interior. Luego frenó y bajó del coche decidido a abrir la puerta, pero Matchett ya se había apeado sin necesidad de ayuda, y examinaba el paisaje. La fea fachada del hotel se cernía sobre ella reflejando la incolora luz del atardecer.

—Muy bien, señora —dijo el taxista—. Aquí tiene su sorpresa.

Con un gesto de admirable dignidad, Matchett leyó el nombre del Hotel Karachi. Sus ojos viajaron solemnemente desde el pórtico hasta la puerta de

entrada, con su opaco picaporte de bronce amarillento, y también hasta los empujados peldaños gastados por tantos pies. Sin mirar al taxista, dijo:

—No se haga ilusiones. Si se ha equivocado de dirección, no le pagaré un penique. Me llevará de regreso a mi casa y hablaré con el señor.

—Está bien —repuso el taxista—. ¿Pero quién me asegura que va a salir usted de ahí?

—Si no salgo de ese lugar con una señorita, será porque usted me ha traído al hotel equivocado.

Matchett se enderezó el sombrero con las dos manos, asió con más firmeza el bolso y subió los escalones. Más allá, la calzada era todo estuco y ecos: algún taxi esporádico o algún autobús. Los reflejos del anochecer hacían que las ventanas no iluminadas parecieran un poco fantasmales; las luces encendidas, en cambio, dejaban ver unos salones pálidos y desnudos. En el vestíbulo del Hotel Karachi, alguien tocaba tímidamente el piano.

En el crepúsculo lila de la calle se insinuaba ya el verano, que todo lo intensifica con su calor y su luz. En los jardines de las afueras de Londres, las rosas pronto ofrecerían su fulgor mientras el resto de las cosas se sumía en la penumbra. En todos los corazones se insinuaba la fatiga, pero también una especie de felicidad pues el verano constituye la cumbre y la plenitud de la vida. Hasta el polvo olía de manera más potente. En esa noche prematura y nublada, el aire era tibio y los edificios parecían expandirse. Los dedos se detuvieron sobre el piano. Después tocaron unas notas certeras que desembocaron en un acorde.

A través de la puerta de cristal, Matchett vio luces, sillas, columnas... Pero no vio a ningún botones. «¡Vaya lugar!», pensó. Y, sin llamar porque el lugar era público, hizo girar el picaporte con aire de autoridad.

# Notas



<sup>1</sup> Especie de leche malteada, muy popular en los años treinta. (*Todas las notas son del traductor.*)[≤≤](#)

<sup>2</sup> Christian Bernhard fundó en Alemania la editorial Tauchnitz, que existió desde 1840 hasta mediados de la década de 1950, e incluía una colección de literatura inglesa y estadounidense en lengua original. <<

<sup>3</sup> Elaine, la doncella de Astolat, personaje de la leyenda del rey Arturo. <<

<sup>4</sup> Montaña de Gales, al sur del Parque Nacional de Snowdonia. Tiene menos de 900 metros de altura y es un paseo veraniego muy frecuente. <<

<sup>5</sup> Personaje de *Winnie the Pooh*. Se trata de un niño inspirado en el hijo del autor A.A. Milne. <<

<sup>6</sup> Alusión a la novela *Emma*, de Jane Austen. <<

<sup>7</sup> *The Lady of Shalott* (1833-1842), poema de Lord Tennyson, que a la vez inspiró en 1888 una de las obras más famosas del pintor John William Waterhouse. <<

<sup>8</sup> Personaje creado por Ian Hassall, apareció a principios del siglo XX en la revista infantil *Toby*.[↵](#)



<sup>9</sup> Actor inglés (1891-1958) muy famoso en su época, ganador de un premio Óscar en 1947. <<

<sup>10</sup> Bowen parece hacer aquí un guiño a la *Primavera* de Botticelli. <<

<sup>11</sup> Una especie de Don Juan. La expresión proviene de un personaje llamado Lothario que aparecía en la pieza teatral *A Fair Penitent* [Un justo penitente], de Nicholas Rowe (1674-1718).<<

<sup>12</sup> Alusión al episodio de la Biblia donde se narra que, en tiempos de sequía y hambruna, Elías fue alimentado por los cuervos. <<